figuras y episodios de la historia de méxico

Spectator

Los Cristeros del Volcán de Colima

Escenas de la lucha por la libertad religiosa en México

1926-1929

Tomo I

SEGUNDA EDICION

No. 103
$ 25.00

Editorial J

ces de su contrario, levantará su garra sectaria que ha plantado sobre el Continente Isabelino, y entonces México, el auténtico México, podrá cumplir sus magníficos destinos providenciales, implantando o reimplantando la Realeza temporal de Cristo, en su territorio, en el de la América Latina, y tal vez en la misma América Anglo-Sajona.

El Congreso Mariano se ha celebrado en Conmemoración de la trascendental Declaración que el 24 de agosto de 1910, hizo San Pío X, del Patronato de la Virgen de Guadalupe sobre la América Latina, y aunque el Congreso fue continental, de hecho, en virtud de los mismos acontecimientos ha servido y debe servir para afirmar la existencia de la Estirpe Hispana en América y las Filipinas. Los que promovieron, hace medio siglo, la Declaración, se propusieron, por medio de ella, obtener que la Estirpe afirmase y vigorizase, en el orden sobrenatural, su existencia y su índole, eminentemente católica. El egregio Juan XXIII, felizmente reinante, en su mensaje dirigido al Congreso, textualmente declaró: "Feliz oportunidad esta del 50 aniversario del Patronato de María Santísima de Guadalupe sobre la América Latina, que tanto bien ha producido entre los pueblos del Continente". Así ha seguido el Gran Pontífice el trayecto que señalara con suprema sabiduría, su inmediato predecesor, S. S. Pío XII, quien, en su primera Encíclica, **Summi Pontificatus,** declaró: "La Iglesia. . . no puede pensar ni piensa en menoscabar y desestimar las características particulares de cada pueblo, que con celoso cariño y comprensible orgullo, custodia y guarda cual precioso patrimonio. Su intento. . . no es la conformidad exclusivamente externa, superficial, y como tal, debilitadora. No hay que temer que la conciencia de la fraternidad universal, . . .y el sentimiento que ella inspira, se opongan al amor, a la tradición y a las glorias de la propia patria".

Y la América se salvará, ¡vive Dios!, al cambiar los derroteros en el Norte del Continente, y afirmando los latinoamericanos los supremos valores de la bendita Estirpe Hispana.

Los que se consagren a leer las páginas de esta historia, sentirán que los heroísmos y los martirios "cristeros", que la sangre derramada a torrentes para obtener la reimplantación de la Realeza temporal de Cristo en México, han sido el clamor elevado al Cielo para obtener la afirmación de la Estirpe y para que Cristo Rey y María Santísima del Tepeyac nos liberten para siempre de las siniestras influencias de ambos Imperialismos.

Miguel Palomar y Vizcarra.

México, a 19 de octubre de 1961.

—Es —dice el Padre, mostrando tranquilidad y sin querer descubrir el secreto— que ya se le está pasando a Dionisio el tiempo en que debería haberse presentado en Guadalajara para reanudar sus clases.

En realidad, Dionisio era estudiante y el tiempo de presentarse ya había llegado.

—Y tú ves —continuó el Padre Ochoa— cómo están las cosas. Tú verás si nos haces el favor de que lo lleves a Tonila. En Tonila lo dejas.

Aunque Alfredo Blake no replicó, sin embargo, sus ojos indicaron muy a las claras, que "no se la habían pegado". Y quedaron en que muy en la madrugada, entre las dos y tres horas, habrían de marchar.

SUBLIME LOCURA

Arreglado el asunto del chofer, ya de noche, Dionisio Eduardo y José Ray Navarro fueron a comprar una poca de dinamita, para poder realizar su proyecto de interrumpir la vía del ferrocarril si las circunstancias les eran favorables.

Antonio no fue con ellos, porque tenía la intención de conseguir una carabina 30-30, con buena cantidad de parque, una linterna de mano y un machete: —De algo nos servirán —decía él. Por otra parte, en la casa *Jalomo,* en donde la dinamita se compró, lo conocían perfectamente; más aún, el que esto escribe entiende que eran parientes de él. En una caja de cartón, de las que sirven de empaque para zapatos, llegaron a casa Dionisio Eduardo y José Ray Navarro con su dinamita, llenos de alegría y haciendo fiesta por su adquisición.

Cuando estos momentos, de veras y bromas, de preparación, pero al mismo tiempo de sano esparcimiento, pasaron, llegaron las horas solemnes. Entre 10 y 11 de la noche estuvieron reunidos todos los que habrían de partir, o sea Dionisio Eduardo Ochoa, su compañero Antonio C. Vargas y también Rafael G. Sánchez, quien, ya meditabundo, había pasado la tarde en la casa de Ray Navarro. También estaba con ellos el mismo José Ray. Como sobre éste pesaba menos el problema, él era el que bromeaba más. Le seguía Dionisio Eduardo, con su carácter siempre alegre y festivo. Antonio era decidido y también jovial, aunque en menor grado. Rafael G. Sánchez, tal vez por ser el de mayor edad de ellos cuatro, estaba pensativo y hablaba muy poco. ¡Quién no habría de preocuparse ante tan tremendo paso!

Y reunieron lo que a esas horas tenían: dos pistolas, una de ellas pequeña, niquelada, 32-20, que Antonio se había conseguido en el mismo despacho donde trabajaba. La otra era un pistolón negro, pesado, anticuado, de aquellos "de prepare", con unos cuantos cartuchos, no más de 8 o 10. Esta era la de Dionisio Eduardo, que había conseguido prestada con su tío don Librado, que trabajaba en una pequeña sastrería de la misma calle "República". Y la dinamita.

A esas horas de la noche, eso era todo, más un capital de 18 pesos reunido entre ellos tres —no fue posible conseguir más—, un tesoro de energía juvenil y, sobre todo, de fe, que era superior a todas las riquezas del mundo; porque la fe roba el corazón de Dios, para disponer de El en la medida en que en El se confía, como después lo predicaría Dionisio Eduardo a los compañeros que reclutaría en las filas de la nueva Cruzada y como lo constataron más tarde los cristeros: "Quien a Dios tiene, nada le falta, sólo Dios basta" —había dicho Teresa de Jesús, la Santa de Avila—. Acto fue aquél de heroica locura, de esa de que son víctimas los que aman de veras a Cristo.

Aquella noche casi nadie durmió. Antonio, Rafael y José Ray se marcharon de nuevo, porque tenían pendiente aún obtener algo más de lo que se esperaba llevar: la linterna de mano, el machete y la carabina que Vargas no había podido conseguir a hora temprana; pero a las 2 de la mañana todos, aun el mismo José Ray, estuvieron presentes a la cita, en la casa de Dionisio Eduardo y el Padre su hermano. Este les celebró la Santa Misa en aquellas altas horas de la madrugada. En ella recibieron ellos cuatro el Pan de los Fuertes —la Santa Comunión—, Viático de aquella

caron todos a recibir al Señor Sacramentado. El mismo piadoso general Ochoa ayudó la Santa Misa y dirigió la acción de gracias.

De nuevo se escucharon los cánticos piadosos y, como sello magnífico de aquella gran fiesta, se recitó en coro el solemne juramento que todos habían hecho al ingresar a las filas libertadoras, de trabajar con valor y entusiasmo y hasta vencer o morir por la santa Causa de Dios.

El campamento estaba todavía cubierto por las sombras de la noche y un viento helado azotaba los encinares cuando los ecos de la montaña recogieron la voz vibrante y resuelta de los cristeros que renovaban su juramento. El Sagrario estaba ya vacío; la solemnidad del Rey Divino terminaba. Los ojos estaban aún húmedos, y en los corazones se sentía agigantarse el espíritu de lucha y sacrificio. En cada palabra del juramento se había puesto toda el alma y un alma hecha fuego que encendía en nuevo ardor a aquellos luchadores. Todos estaban aún ante la pequeña capillita; era preciso separarse y que cada quien volviese a sus respectivos campamentos. Mas antes de dejar aquel lugar santificado con la presencia de Cristo, había que dar rienda suelta al entusiasmo, y entonces, con toda la fuerza de sus viriles pechos, iniciando el general Dionisio Eduardo Ochoa, vitorearon jubilosamente a Cristo Rey.

INDUSTRIA DE GUERRA EN EL CAMPO CRISTERO

Las necesidades de la lucha imponían esfuerzos nuevos.

Habíanse reunido en la misma Mesa de la Yerbabuena, la mañana del 7 de noviembre, el general Dionisio Eduardo Ochoa, el coronel Antonio C. Vargas y las señoritas de las Brigadas Femeninas Sara Flores Arias, Faustina Almeida y María de los Angeles Gutiérrez, verdaderas heroínas, quienes después de haber estado en Colima procedentes de Guadalajara, Jal., para la fundación de las Brigadas, habían llegado al campamento de la Mesa, en la mañana del citado lunes día 7, escoltadas por el capitán Marcos

V. Torres y sus soldados, con el fin de fabricar para los libertadores, bombas explosivas de mano. El mismo día principiaron su trabajo con muy buen éxito, e hicieron en los días subsiguientes una considerable cantidad.

El día 11, por ser dedicado en la Nación Mexicana a Cristo Rey, estuvo el Santísimo Sacramento, día y noche, en la humilde capilla del campamento, aquella que los cristeros habían construido para la festividad de Cristo Rey.

Con el fin de dedicarse al culto de Cristo Sacramentado, se suspendieron los trabajos en aquella ocasión y, en verdad, no cesaron ni de día ni de noche los cánticos y oraciones ante el pequeño y hermoso sagrario que guardaba a Jesús. Personalmente el general Dionisio Eduardo Ochoa adornó con flores silvestres el altar en que estuvo el Augusto Huésped.

COMO PENSABA EL GENERAL OCHOA RESPECTO A LA MUERTE

El mismo día, cuando sentados en el suelo tomaban su pobre alimento, único que en ese día tenían —unos pedazos de pan seco con miel de abeja—, Dionisio Eduardo Ochoa, su jefe de Estado Mayor coronel Antonio C. Vargas, las señoritas venidas de Guadalajara y los cristeros de su escolta, uno de sus principales colaboradores, J. Trinidad Castro, tratando de la muerte de los mártires, dijo que él prefería morir en la ciudad, fusilado por los enemigos.

En el acto Ochoa, cortando casi la palabra del amigo y compañero, replicó:

—Me parece que el desear morir públicamente en la ciudad, es cierta vanagloria. Yo creo que para morir por Jesucristo y tener el mérito del martirio da lo mismo morir en la ciudad, que acá donde estamos, y ser fusilados por los perseguidores, morir luchando contra ellos, como es nuestro deber como soldados de Cristo, o de la manera que Dios quiera.

Ese era su pensamiento.

Dionisio Eduardo Ochoa, a lo que parece, no estaba errado;

EDICION MUY OPORTUNA

ME UNEN VINCULOS de recia amistad con **Spectator,** el autor de esta noble historia de **Los Cristeros del Volcán de Colima;** amistad establecida en una época de desolación que se padeció a consecuencia de los llamados "Arreglos del 21 de junio de 1929".

Por ese motivo, no puedo declinar la bondadosa invitación que me hace **Spectator** para que formule algunas breves consideraciones sobre la nueva edición de su historia, no sin advertir que soy el primero en ver que ninguna falta hacen aquéllas para que se reconozca el mérito relevante de esta obra.

Esta nueva edición, corregida y considerablemente aumentada, se lanza a la publicidad en circunstancias soberanamente oportunas; me atrevo a decir, providenciales.

Se está desarrollando una crisis tremenda y es casi seguro definitiva, entre los dos Imperialismos que pesan sobre la humanidad.

Se acaba de celebrar el Congreso Mariano Guadalupano en esta ciudad de México.

Aquella crisis tiene que influir, y ya está influyendo, sobre los destinos de nuestro México, y el Congreso hizo destacar una de las notas características de la salvación de nuestra Estirpe Hispana.

En efecto, aunque ello cause a algunos timoratos consternación, las pavorosas y efectivas amenazas del abominable Comunismo, ateo y desintegrador, están obligando al Imperialismo que se ostenta como su contrario, a abandonar, y lo obligará a abandonar, las rutas siniestras, satánicas, que durante siglo y medio, ha seguido con México, y, en general, con la América Latina, por medio de sus legítimos representantes, con el designio siniestro de evaporar las esencias benditas de nuestra patria y expulsar de nuestro Continente a la augusta Hispanidad. Ya han comprendido esos representantes, o, cuando menos, están en vías de comprender, que esa labor tradicional, hábil, desintegradora, revolucionaria, no va a servir para otra cosa, sino para abrir amplísimas rutas para implantar el Comunismo en nuestro Continente y consumar en forma apocalíptica, la suprema liquidación del Imperialismo nórdico.

El célebre Prelado Mons. Fulton J. Sheen, afirmó el 4 de abril de 1947, en una conferencia radiodifundida, que "Rusia contribuye al plan divino, porque —aseguró el Prelado— devolverá toda la Europa a la fe y será, a la vez, medio para lograr la unidad espiritual de aquel Continente con el Asia". Quedó corto Monseñor. Debió haber añadido: Rusia hará y está haciendo que el Imperialismo nórdico, bajo el espanto que, con toda razón, deben causarle los avan-

SPECTATOR

LOS CRISTEROS DEL VOLCAN DE COLIMA

Escenas de la lucha por la libertad religiosa en México

1926-1929

Tomo I

SEGUNDA EDICION



EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1961

Primera Edición (en italiano) *Fede di Popolo, Fiore di Eroi.* Volumen en 8° Librería del "Sacro Cuore". Calle Garibaldi, N° 18, Turín, Italia. 3,000 ejemplares. 19 de marzo de 1933. Traducción al italiano del Rev. Padre Giulio Monetti, S. J. *Spectator.*

Primera Edición en lengua castellana: *Los Cristeros del Volcán de Colima.* Volumen en 8° Editorial "Veritas". México, D. F. 3,000 ejemplares. 1° de noviembre de 1942. *Spectator.*

Segunda Edición. Agosto de 1961. 3,000 ejemplares en Librex y 100, numerados, en biblios. Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo 14. Col. Guerrero, México 3, D. F.

"Quaeque ipse miserrima vidi,
Et quorum pars magna fui. . ."
(VIRGILIO, *Eneida,* 2o.)

PRESENTACION DE LA PRIMERA EDICION EN LENGUA CASTELLANA

Lector:

Ponemos en tus manos unas páginas de la lucha sostenida por los católicos mexicanos en defensa de su fe y de sus derechos más sagrados, durante una de las más crueles tiranías que han pesado sobre ellos.

Esta obra fue publicada en la ciudad de Chieri (Torino), Italia, por el R. P. Giulio Monetti, S. J., quien la vertió al italiano y le puso por título *Fede di Popolo, Fiore di Eroi,* bajo el cual fue tan expresivamente alabada por *L'Osservatore Romano.*

No sólo ese autorizado periódico dio su elocuente testimonio, sino también *L'Illustrazione Vaticana* reprodujo partes del libro.

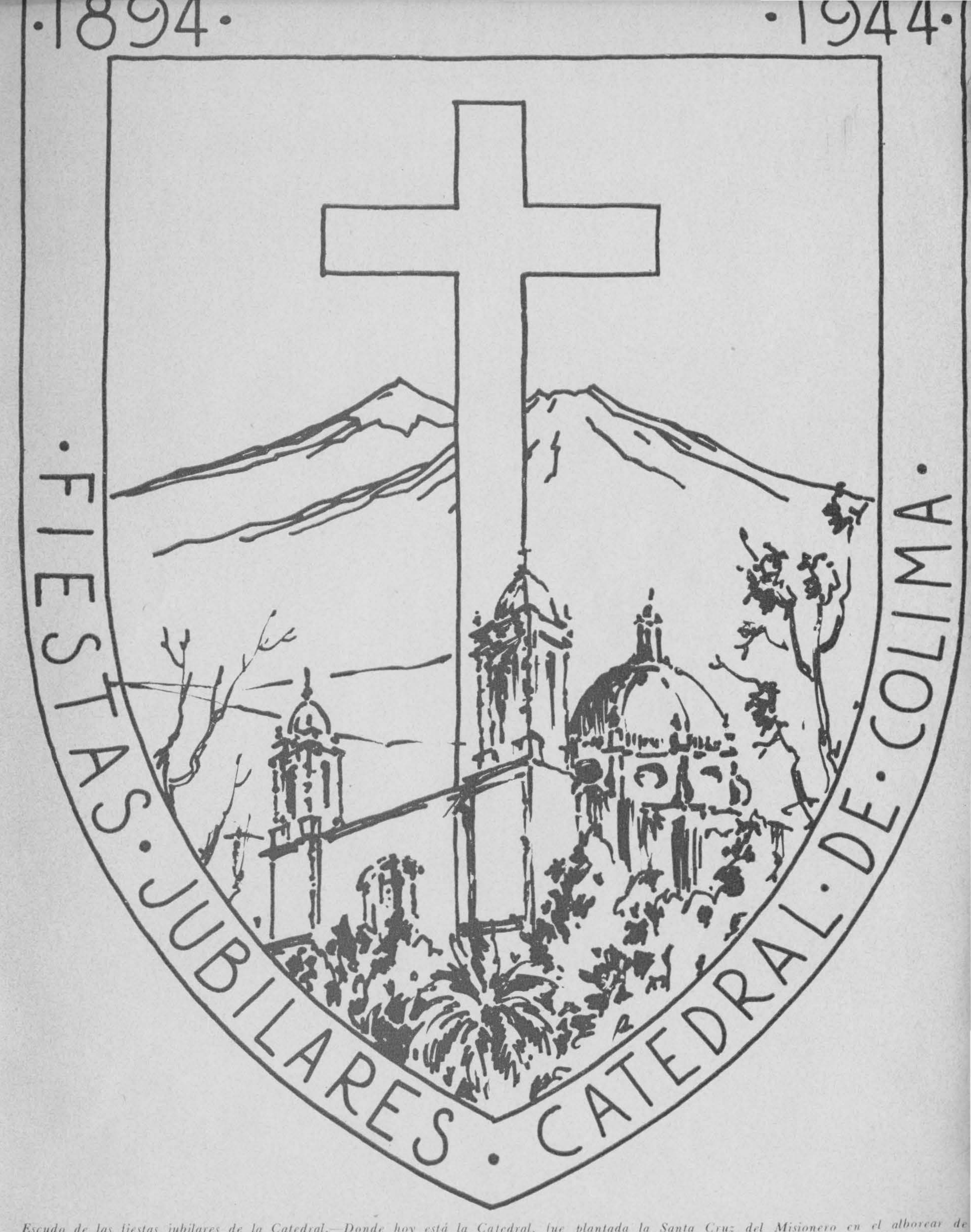
Al publicarlo en su lengua original nos proponemos tributar justo honor a los que dieron su vida por amor a Dios y a su Patria y también a los que sin morir lucharon tan heroica y noblemente. Son gloria de Cristo Rey y de México las proezas que aquí se relatan, y no se enciende la luz para ponerla bajo el celemín.

Hacemos constar, por recomendación del autor, que *aunque se hable de santidades y martirios, de ninguna manera es la intención anticiparse al juicio de la Iglesia, única a quien corresponde el derecho de declarar quién es verdadero mártir, quién es verdadero santo.*

Que el fulgor que irradian las páginas de *Spectator,* aumentando en las almas el anhelo apostólico del reinado de Cristo, grabe en ellas amorosamente los nombres de sus héroes.

México, D. F., 1o. de noviembre de 1942.

Los Editores



Escudo de las fiestas jubilares de la Catedral.—Donde hoy está la Catedral, fue plantada la Santa Cruz del Misionero en el alborear de la colonia.—Colima se fundó por Gonzalo de Sandòval en el 1522.—Fue por tanto la primera ciudad, en todo el occidente de México, en que se colocó la Cruz de avanzada de la Cultura Cristiana.



Sr. Lic. don Rafael Ceniceros y Villarreal, Presidente de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa.



Sr. licenciado don Miguel Palomar y Vizcarra, vicepresidente de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, Caballero de la Orden Pontificia de San Gregorio Magno.



Don Bartolomé Ontiveros, el hombre valiente y grande que estuvo al frente del Comité Especial de Guerra de la L. N. D. L. R. cuando éste fue creado.

PROLOGO DE LA EDICION ITALIANA

PRESENTAMOS AL LECTOR un libro que prevemos será leído de corrido; tan variadas, atrayentes, llenas de aventuras y excitadoras de un legítimo entusiasmo son las narraciones que contiene. Se nos describe el fervor, el valor, el heroísmo vivido, convertido casi en hábito de los Cristeros de Colima que combatieron santamente por defender la Fe Católica, sangrientamente perseguida.

Al entregarnos su magnífico trabajo, el autor nos legó escritas estas textuales palabras:

"Yo, a quien el cielo llamó a ser testigo de cerca del heroísmo de aquellos luchadores de Cristo, y que contemplé sus lágrimas, vi sus miserias, su constancia, su fe intrépida e invencible, su sencillez y sinceridad evangélicas, me creo obligado a escribir algo, algo siquiera de tanta gloria contemporánea, aunque sea en mal forjados renglones y en humilde y simple narración. No tiene otra belleza el presente trabajo que la sublime belleza de los hechos heroicos de un pueblo mártir, descritos con la mayor ingenuidad, sencillez y veracidad. De la mayoría de ellos fui testigo ocular, por singular providencia de Dios y, de aquellos de que personalmente no fui testigo, procuré tomar los mejores y mayores datos posibles de los labios mismos de aquellos que los vieron y estuvieron en el campo de los hechos": Esto en cuanto a conocimiento de causa.

En cuanto a la absoluta lealtad del mismo autor de no exagerar o mitigar, faltando de esta manera a la verdad, sirve de garantía la elevación singular de su alma que conocemos bien.

El libro, por lo tanto, será leído; y, leído, hará mucho bien, con

la gracia de Dios; él enseñará a todos, especialmente a los jóvenes, cómo se hace honor a la propia fe cristiana, cómo se defiende a la Iglesia perseguida, con qué espíritu de sacrificio se ha de servir a Dios y a su santa causa, cómo debe tenerse fe inconmovible en la ayuda de Dios, cuando ésta ha sido convenientemente pedida... Leyendo este libro que rebosa de una fe tal, podremos los católicos de todos los países aprender las sublimes lecciones del más santo fervor y llenarnos de santo y activo entusiasmo.

¡Cuán provechosa y hermosa será la lectura de este libro en los colegios y en las reuniones periódicas de nuestras asociaciones, en los retiros espirituales, en las Conferencias de San Vicente de Paúl! Es en libros como éste donde se aprende: "cómo se vive una vida que valga la pena de vivirla; cómo se ama a Dios con amor y no con simples palabras ilusorias; cómo se vence en la santa batalla de ayer, de hoy y de mañana, contra los enemigos de Dios y de las almas, con no efímeros triunfos".

Chieri, Turín, fiesta de San José, del año 1933.

P. Giulio Monetti, S. J.

NOTA DEL EGREGIO SOCIOLOGO REV. P. DON GIULIO MONETTI, S. J. LA CUAL SE ENCUENTRA EN LA EDICION ITALIANA

Nosotros no intentamos discutir la cuestión de la resistencia armada ni de resolverla; narramos solamente la manera como se creyó resolverla en México.

No faltaron ciertamente, ni entre los enemigos, ni entre los católicos mismos mejor dispuestos; más aún, ni entre los sacerdotes —estos últimos con buena intención, pero insuficientemente orientados en su juicio—, quienes confundieron el Movimiento Libertador Mexicano con una insurrección o revolución propiamente dicha que, sea cual fuere su especie, la moral cristiana condena, porque entraña un ataque, sin legítimo derecho, en contra de la autoridad constituida.

El pensamiento, en cambio, del Episcopado Mexicano fue otro, según se demuestra en el siguiente documento oficial que firmaron siete Excmos. Prelados, entre ellos los Arzobispos Dr. D. José Mora y del Río y Dr. D. Leopoldo Ruiz y Flores, de los cuales seis estaban desterrados por la Fe y el séptimo encarcelado en Pachuca, Hgo., el cual documento fue publicado en San Antonio, Texas, E. U. de América, el primero de mayo de 1927.

He aquí, textualmente, el documento:

"Durante los primeros días de nuestro destierro nos hemos indignado grandemente al leer las atroces calumnias del Gobierno Mexicano. Ha-

blamos ahora sólo por la necesidad de contestar a un Gobierno que cree necesario encubrir su odiosa campaña contra la Religión.

Ante todo declaramos que nosotros y todos nuestros sacerdotes y muchos seglares somos víctimas de la más cruel persecución religiosa de los tiempos modernos. Tanto las leyes que se han aprobado, como la inhumana aplicación de ellas, son suficientes pruebas de ello.

Nunca hemos deseado llevar la intervención extranjera armada a nuestro amado México. En 1914 y en varias ocasiones de ese año, los Obispos mexicanos hemos empleado nuestra influencia moral para evitar esa intervención, y ahora repetimos que la desaprobamos y la repudiamos con todas nuestras fuerzas. Al repudiarla, nos asociamos al Episcopado Americano en su magnífica Pastoral de diciembre último. Esa Pastoral enumera y refuta las calumnias que se han esparcido por el mundo; pero el Presidente Calles no se ha preocupado por presentar pruebas de su mendacidad, para llevar a cabo sus nefastos propósitos... Ahora añade la hipocresía a la calumnia al declarar que 'ha sido demasiado benigno al dejarnos partir'.

Digamos la verdad acerca de esto: a las 7 p.m. del día 21 de abril, 6 de los 15 Obispos secuestrados en la Capital de la República Mexicana, entre ellos el Ilmo. Sr. Arzobispo Mora y del Río, Primado de la Iglesia Mexicana, y el Arzobispo Ruiz y Flores, fuimos llamados por el Ministro de Gobernación Tejeda, a su oficina y nos dijo que por orden del Presidente debíamos de salir del País esa noche, añadiendo:

'Uds. son los jefes de la revolución, y por su silencio, después de la Pastoral del Arzobispo de Durango, declarando que los seglares católicos están justificados al recurrir a las armas para defenderse, Uds. son culpables de la revolución'.

El Ilmo. Sr. Mora y del Río contestó al Ministro en estos términos: 'Señor, el Episcopado no ha promovido ninguna revolución; pero ha declarado que *los seglares católicos tienen el derecho innegable de defender por la fuerza los derechos inalienables que no pueden proteger por medios pacíficos*'.

—'Eso es rebelión' —replicó el Ministro.

—'Eso no es rebelión —repuso el Arzobispo—, esto es legítima defensa contra la tiranía injustificable...' "

Además de este documento colectivo aquí reproducido, firmado por siete señores Obispos, hubo otras muchas declaraciones análogas de Prelados, que hablaron aisladamente sobre el asunto, como

la de aquel Sr. Obispo que aseguraba no saber cómo se podría condenar como ilícita la Defensa Armada: entre éstos, la del Sr. Obispo de Huejutla, y la de la Comisión de Ilmos. Sres. Obispos en Roma: todos son testimonios explícitos en favor de la licitud y santidad de la defensa de las armas, así como fue explícito y solemne lo de la Pastoral del Ilmo. Sr. Arzobispo de Durango, tontamente comentado por el Ministro de Gobernación, Sr. Tejeda, a los seis Ilmos. Sres. Obispos que convocó, según se refiere en el documento reproducido en la nota a que remitimos al lector.

Pensaron aquellos Excelentísimos Señores que a los Cristeros —constituidos legítimos paladines de la Iglesia Católica, quien tiene el supremo derecho de defenderse de sus perseguidores—, no se les podía impedir ni reprobar el haber resuelto reivindicar con las armas —ya que otra defensa humana era vana— los bienes supremos de la Fe y de la Religión, indispensables para las almas, para las familias, para la Patria y para la humanidad.

Hay aún más: existe un documento en el cual el actual Delegado Apostólico en México, Mons. Ruiz y Flores, asegura a todos los Sres. Obispos Mexicanos, en circular dirigida a ellos, que el Santo Padre le repitió, no una sino varias veces, estas palabras: "Yo no puedo reprobar como ilícita la defensa armada de los católicos mexicanos".

Así es que los Cristeros siempre tuvieron la autorizada aprobación oficial del Episcopado y eran admitidos sin dificultad ninguna a la recepción de los Santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, cosa que no hubiera podido hacerse si hubieran sido verdaderos revolucionarios.

EL ENCOMIO DEL VATICANO

(tomado de "L'Osservatore Romano" del 30 de noviembre de 1934)

"SPECTATOR. FEDE DI POPOLO.

ESCENAS HISTÓRICAS mexicanas. Traducción del P. Julio Monetti, S. J., del original en español. Primer volumen en 8°; de cerca de 400 páginas con 90 ilustraciones fuera del texto. Franco de portes, 11,75/00 liras. Librería del Sagrado Corazón, calle Garibaldi 18. Turín.

Ha sido llamado un libro de oro y lo es en realidad, tanto por la sustancia, como por sus ilustraciones y su magnífica presentación tipográfica. Es una historia contemporánea donde se narran, con la más escrupulosa fidelidad histórica, las maravillosas vicisitudes y las increíbles victorias de los Cruzados de Cristo Rey en el Estado de Colima, en el occidente de México, en los años de 1927, 1928 y 1929, y se pinta, además, el conmovedor heroísmo de tantos héroes mexicanos que, en el nombre de Jesús y confiados en la protección de su divina Evangelizadora la gran Madre de Dios, María, derramaron generosamente su sangre por la Religión y por la Fe. El fondo en el que se desenvuelve y entrelaza la historia magistralmente narrada en esas páginas, está constituido, tanto por el amor ferviente de un pueblo que se reconoce deudor a Dios y a Ntra. Sra. de Guadalupe, no solamente de la propia fe, sino aún de la propia nacionalidad e independencia, como por la crueldad bestial de los verdugos que fueron verdaderos asesinos. . .

Parece a primera vista tenerse entre las manos un libro de aventuras maravillosas debido a la pluma y a la férvida fantasía de un escritor de ingenio, cuando, por el contrario, se tiene ante los ojos una historia reciente y verdadera. Son páginas vistas y vividas que reproducen las de los antiguos mártires cristianos; son recuerdos personales del mismo autor, cosas que él ha visto, oído y luego anotado para que quedasen como documento y memoria de tantas vicisitudes de que él fue testigo.

El Padre Monetti, cuya pluma ha dado una multitud de obras a la literatura cristiana, ha realizado una obra santa al traducir este magnífico libro y nosotros auguramos sinceramente que será ávida lectura de los jóvenes de los colegios, de las escuelas; que correrá de mano en mano entre los enfermos de los hospitales y penetrará en todas las familias cristianas.

Será una lectura edificante para las Asociaciones de Acción Católica, para los ejercicios de encierro, para las Conferencias de San Vicente de Paúl y las comunidades religiosas. De estas lecturas aprenderemos todos fácil y prácticamente, cómo se debe amar a Dios con hechos y no solamente con palabras y la juventud se hará apta para el más grande apostolado que es la propagación del Reinado de Jesús en la Tierra.

PALABRAS DEL AUTOR

(Primera Edición en lengua castellana).

La Nación Mexicana va a cumplir cuatrocientos años de existencia. Cuatrocientos años hace que luchaban dos pueblos titanes: el pueblo azteca, pueblo de héroes, raza de águilas, y España, la noble España, raza de leones. Fundir aquellas dos razas era imposible en lo humano: contra la granítica tenacidad azteca en vano luchaba la Nación Ibera.

El indio rechazaba en lo absoluto cuanto venía de los conquistadores: idioma, costumbres, religión. Probado estaba que el fundar una nación nueva y el darle la fe de Cristo, no podría ser obra y gloria simplemente del morado Pendón de Castilla: esta gloria estaba reservada, en los caminos de misericordia de Dios, a María Santísima, la Madre misma del verdadero y supremo Señor.

Ya las naciones del "Viejo Mundo" habían sido evangelizadas dieciséis siglos hacía, por los Apóstoles de Cristo, quienes se dispersaron por todas las regiones del orbe, entonces conocidas, para predicar a su divino Maestro; mas a México tocaba mejor suerte: la Apóstol, la Reina, más aún, la Fundadora y la Madre misma, sería María a quien esta porción del mundo era dada como especial posesión. Y un día, en un helada mañana de diciembre, bajó la augusta y celestial Reina a fundar su imperio; bajó la Apóstol a iniciar su misión; bajó la Madre encantadora y divina a fundar nuestro hogar, a engendrar una nueva nación, a *formar nuestro pueblo.* Y hermosa, bañada de luz, con el color cobrizo de la raza nuestra ibero-azteca, apareció María en el Tepeyac: los indios encantados, cautivados, fueron a Ella desde aquel inmortal día y los misioneros principiaron a bautizar por millares a los hijos de aquel pueblo venturoso. Fue entonces cuando se fundó, al calor de María, una nación nueva, fusión de dos sangres, la azteca y la española.

Desde entonces María de Guadalupe fue el alma de la Patria Mexicana; desde aquella feliz alborada del 12 de diciembre de 1531, María fue la adorada Madrecita del pueblo mexicano.

Pero María es por Jesucristo: es su Madre, es su Precursora, es su Apóstol; y si México habría de ser la porción predilecta, la nación de María de Guadalupe, habría de ser también la porción escogida de Cristo. Y, al adoptarlo Cristo como a hijo mimado y amadísimo, al estrecharlo contra su pecho, las espinas del Corazón de Jesús tendrían que clavarse en el corazón de la Patria Mexicana: México, por su origen, por su vocación, tendría que ser el pueblo mártir. De hecho, unido a Cristo, ha participado de su cruz y sus espinas, y sangrándole el alma por cien heridas, ha sido el pueblo de Jesucristo-Rey.

Y esto no fue obra de la carne, fue obra del cielo. María inyectó a la brava águila azteca, la sangre de los santos, la fe intrépida de los mártires. Ella es quien enciende los corazones, sostiene a sus hijos en las pruebas, los defiende de los peligros y les es auxilio en los combates.

Por eso las glorias de México son las glorias de Ella, de Ella, la Madrecita Morena.

Por eso, para gloria de Ella, al iniciarse el Año Jubilar del Cuarto Centenario de sus Apariciones sobre el Tepeyac, yo, a quien el cielo llamó a ser testigo de cerca, del heroísmo de aquellos abnegados luchadores de Cristo, que contemplé sus lágrimas, vi sus miserias, su constancia, su fe intrépida e invencible, su sencillez y sinceridad evangélicas, me creo obligado a escribir algo, algo al menos de tanta gloria contemporánea, aunque sea en mal forjados renglones y en humilde y sencilla narración.

No tiene otra belleza el presente trabajo que la sublime belleza

de los hechos heroicos de un pueblo mártir, descritos con la mayor ingenuidad, sencillez y veracidad.

De la mayoría de ellos fui testigo ocular, por singular Providencia de Dios, y de aquellos de que no fui testigo inmediato, procuré reunir los mayores y mejores datos posibles, entrevistando a aquellos mismos que los vieron y estuvieron en el campo de los hechos.

Tiene la presente obra, como apéndice, un resumen de los principales hechos de armas de las Fuerzas Libertadoras Cristeras pertenecientes a la Jefatura de Colima, efemérides del Movimiento Cristero que periódicamente, en cuanto a los hechos de armas, se publicaban en los boletines del Ejército Nacional Libertador, en aquellos años de lucha.

Al hacer dedicación de este mi humilde escrito, dos agrupaciones queridas reclaman en lo íntimo del corazón este homenaje: la *A. C. J. M.* y la *Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (L. N. D. L. R.)*

En la A. C. J. M. nos enseñamos a luchar por Cristo. En ella se formaron las más hermosas figuras de nuestros héroes y mártires. Ella fue la escuela en donde se aprendió a trabajar, a sufrir, a despreciar la muerte por este nobilísimo ideal: DIOS Y PATRIA.

La Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, fue la agrupación providencial que surgió en la Patria en los momentos de mayor angustia para unificar la acción de los católicos mexicanos y presentar a los perseguidores un frente unido y potente. Ella mereció, al igual que la A. C. J. M., el elogio público y solemne del Vicario de Cristo, nuestro Smo. Padre el Señor Pío XI, y ha continuado, aún ahora, en medio de la angustia, incertidumbre y tinieblas del presente, sosteniendo en lo alto la Bandera de los Mártires.

Roma, Italia, Parroquia de Guadalupe, a 12 de diciembre de 1930.

SPECTATOR

CARTA DEL EMINENTISIMO CARDENAL VILLENEUVE, ARZOBISPO DE QUEBEC, CANADA, AL AUTOR DE ESTE LIBRO:

Le Palais Cardinalice
Quebec, Canadá.

Quebec le 24 june 1946.

Mi Senior:

J'ai lu avec une extreme devotion et une pareille edification votre livre sur *Los Cristeros del Volcán de Colima.* Malgré mon espagnol trop peu avance, .j'en ai saisi le sens heroique. Je ne m'etonne plus da pareil triomphe de ma Legation a Mexico en octobre dernier. Tant de foi et tant de sang ont attiré les benedictions du seigneur sur toute L'Eglise mexicaine. Que le Coeur de Jésus continue sa oeuvre admirable par la Vierge de Guadalupe.

Je vous remercie et vous benis de tout coeur et N. S. et M. I.

J. M. RODRIGO *Card. Villeneuve*
Arch. de Quebec.

TRADUCCIÓN

Palacio Cardenalicio
Quebec, Canadá.

Quebec, el 24 de junio 1946.

Mi Señor:

He leído con extrema devoción e igual edificación su libro sobre *Los Cristeros del Volcán de Colima.* A pesar de mi español poco

avanzado, he sentido la presencia de lo heroico. Ya no me extraña el gran triunfo de mi Legación a México en octubre pasado. Tanta fe y tanta sangre han alcanzado las Bendiciones del Señor sobre toda la Iglesia Mexicana. Que el Corazón de Jesús continúe su obra admirable por medio de la Virgen de Guadalupe.

Yo os agradezco y os bendigo de corazón en Nuestro Señor y María Inmaculada.

J. M. Rodrigo *Card. Villeneuve.*
Arz. de Quebec.

PROLEGOMENOS DEL AUTOR AL LIBRO *"LOS CRISTEROS DEL VOLCAN DE COLIMA"* EN SU SEGUNDA EDICION

Sale a la luz pública, en su Segunda Edición Castellana, el libro *Los Cristeros del Volcán de Colima,* gracias a las múltiples instancias de muchos y gracias a la Editorial JUS que se hace cargo de la publicación. Y, con el apremio externo, se ha aceptado el que se haga esta segunda edición, por la necesidad de confirmar esta historia del *Colima Cristero* y de esclarecer y ampliar más algunos de sus hechos.

Han pasado ya 34 años del principio de aquella verdadera epopeya en que las juventudes de los diversos rincones de la Patria Mexicana —sobre todo de los Estados del centro y occidente de México—, sin más recursos que su fe grande y robusta, se levantaron, en movimiento bélico, contra una tiranía poderosa que estrangulaba todos los derechos, todas las libertades del pueblo católico, sin respetar ni aun los derechos humanos, tratando de extinguir el Catolicismo en nuestra Nación. Y, a 34 años de distancia, ya que Dios me regaló con el inmerecido don de ser compañero de tantos héroes y mártires que ofrendaron su sangre por Cristo y me ha conservado la vida hasta el presente, creo que es deber mío hablar nuevamente, reafirmando los hechos de esa epopeya y ampliando algunas de sus escenas, más aún que ha habido quienes se atreven a enlodar los ideales de esa Cruzada o a negar la veracidad histórica de sus hechos gloriosos, y novelistas que, llevados por su imaginación que crea y forja tramas en delirio de sueño, han desfigurado y degenerado la

historia de aquel *Movimiento de Resistencia* a la tiranía, que ofrendó México y despertó la simpatía y aplauso de todos los pueblos cultos de la tierra. Porque la actitud del pueblo católico de México que confesaba su fe, en medio de todas las torturas y del correr de la sangre en el martirio fue, según expresión del Papa Pío XI en su Encíclica *Iniquis Aflictisque,* no sólo digna y grandiosa, sino "espectáculo digno de los ángeles, y de los hombres".

Aseguro por tanto y reafirmo de la manera más formal posible, lo siguiente:

A) Que al escribir hace 30 años la obra y al ampliarla ahora, se ha puesto todo el empeño posible por ajustarse a la verdad de los hechos; que no se ha tratado, de ninguna manera, de escribir narraciones ficticias, novelescas, sino libro en verdad histórico. Que de gran parte de los hechos, así como se aseguraba en el prólogo de la Primera Edición Castellana —homenaje a la A. C. J. M. de Colima en sus Bodas de Plata, en el 1942—, el suscrito fue testigo ocular. Y que de aquello de que no fue testigo inmediato, procuró reunir los mayores y mejores datos posibles, entrevistando, siempre que fue factible, a los mismos que los vieron y estuvieron en el campo de los hechos, de tal suerte que, al escribir la obra, se tuvo certidumbre moral de todo lo narrado en ella. Que muchos datos le fueron proporcionados por escrito en personales narraciones, por las mismas personas que intervinieron en los hechos y que estas narraciones, casi textualmente, fueron insertadas en la obra en el lugar que les correspondía, modificándolas solamente en lo estrictamente necesario, en su parte gramatical y aun algo en cuanto a su estilo, para que pudieran encajar en el conjunto, sin muy notable disonancia. Y así, por ejemplo, el capítulo *Los horripilantes dramas de Ejutla,* sobre todo desde donde principia propiamente la narración: "Era el jueves 27. . ." hasta donde termina lo de la Superiora Enferma, todo crítico literario concluye inmediatamente que es pluma distinta de la que escribe, por ejemplo, el *Ruit hora* y *Se pasa el Rubicón* y el capítulo *A las Islas Marías.* El capítulo referente a las Religiosas Adoratrices de Ejutla, fue tomado de un

informe oficial que esas mismas monjitas escribieron. Inmediatamente se ve que es pluma femenina, delicada, piadosa; que es una de aquellas mismas que fueron testigos presenciales, la que, con su estilo de piadosa religiosa, narra las angustias que tuvieron. Lo del *Ruit hora* y *Se pasa el Rubicón,* al momento se ve que es de algún erudito cristiano, preparado y cultivado intelectualmente y de grande amor a su Patria y a la Iglesia: es un viejo luchador tapatío, el Lic. D. Miguel Palomar y Vizcarra, Vicepresidente de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa en los tiempos de la persecución. *A las Islas Marías* es de uno de los mismos que iban en la *Cuerda de los Mártires,* acejotaemero de aquellos tiempos. Todo crítico ve que, quien eso narra, no solamente es testigo presencial, sino uno de aquellos que, en su corazón y en sus carnes, sintieron el doloroso azote de tal martirio: Urbano Rocha Fuentes.

De la misma manera, de una sentida narración escrita, está tomado lo referente a la jovencita mártir Zenaida Llerenas, y así gran parte de las otras descripciones. Lo de esta niña mártir, lo escribió su propia madre, la Sra. Rosalía Torres Vda. de Llerenas, que aún vive.

Lo referente a Dionisio Eduardo Ochoa, aunque *Spectator* hubiera podido escribirlo por sí mismo, en gran parte había sido compilado por un amigo íntimo del mismo Dionisio Eduardo —el Mártir J. Trinidad Castro— y aun publicado, a modo de semblanza, hacía ya algunos años, en la *Revista Católica* de El Paso, Texas. *Spectator,* al ordenar su obra, casi ya no hizo sino ir dividiendo lo que acerca de su hermano estaba escrito e irlo intercalando en su debido lugar.

En lo relativo al capítulo *A las puertas del Triunfo, Spectator* se documentó debidamente: él mismo, personalmente, sacó copias de los documentos al respecto, que, firmados y juramentados por personas de las mismas que intervinieron, existen en el archivo de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, en la ciudad de México. No son cosa, por tanto, de leyenda, ni sueños de novelista.

Respecto al apéndice que ya aparece en la primera edición castellana, Editorial "Véritas", México —páginas 308-330—, en donde se narra lo que la Iglesia de Colima sufrió en la nueva era de persecución religiosa que se inició con el gobernador Salvador Saucedo, en el 1931, éste, en su parte medular, principiando del subtítulo *La persecución se intensifica,* no fue escrito por *Spectator,* ni propiamente puede decirse que haya sido él testigo de las cosas que ahí se relatan; pero lo escribió uno de aquellos sacerdotes que sufrieron en carne propia, en su propia alma, la infame y tiránica persecución de esos años negros que se vivieron del 1931 al 1936. Tal como se publicó en la primera edición castellana a que hacemos referencia, se publica ahora, con ligeras modificaciones solamente.

B) Que, con relación a aquellos hechos que parecen inexplicables, desde el punto de vista puramente humano, como son los primeros combates en que los cruzados salieron casi siempre victoriosos, sin estar casi organizados, con escasísimas y deficientísimas armas y municiones y contra un número de enemigos, tres, diez y aun cincuenta veces superior, como los habidos el 23 de enero en la ranchería de La Arena, Col.; el 31 del mismo en la hacienda de El Fresnal, Jal., y en la ranchería de Lo de Clemente, Col.; el 6 de febrero, en Cerro Carrillo, Col.; el 7 del mismo, en La Joya, Col.; lo de la "Señora del caballo blanco"; lo de la liberación portentosa de José Hernández que aún vive el día de hoy; lo de la visible y portentosa protección divina de las huídas de Tenaxcamilpa, y de Telcruz, Jal.; la salvación del mismo Padre Capellán, cuando, el 2 de octubre de 1928 cayó en una emboscada enemiga; las curaciones increíbles y milagrosas, al grado de que no hubo, en los casi tres años de lucha, ni siquiera un herido que se nos muriese, en los campamentos de los volcanes; lo de la resistencia gloriosa al fin de la epopeya cristera, en la grande y formidable campaña contra las fuerzas del Gral. impío y satánico Eulogio Ortiz, en que se peleó con un enemigo casi cien veces superior en número, *Spectator* asegura haber puesto especialísima diligencia, para que la narración fuese apegada a la verdad de los acontecimientos, ya entrevistando personalmente a uno, ya a otros, ya a los mismos que habían intervenido y eran testigos presenciales y que, al escribir su obra, lo hizo con rectitud, sin pretender falsear los hechos. En fin, de que tenía seguridad moral de que lo que se escribía era verdadero. Más aún, de muchas de estas cosas, fue él testigo inmediato: la protección divina en Tenaxcamilpa, Telcruz y la Galera, Jal., y la portentosa resistencia del campamento cristero de El Borbollón, a las faldas de los Volcanes de Colima, en 4 de junio de 1929, en contra del general Eulogio Ortiz, al finalizar la epopeya.

C) Que con relación a aquello, que casi al finalizar la obra se narra, respecto al ideal y magnanimidad de los Cristeros del Volcán de Colima, no cree que haya exageración ninguna, antes bien, pequeñez y pobreza. Se vivió en realidad, una vida de alto heroísmo cristiano. Hubo abusos, es verdad, hubo manchas, pero fueron cosa aislada y excepcional. Sin saberlo los Cristeros ponían a su Patria en la cumbre de la Cristiandad y su actuación humilde y heroica trascendía, en los planes divinos, para salvar a otras naciones y aun a la Madre España, como ha demostrado, entre otros, el egregio escritor nicaragüense Don Pablo Antonio Cuadra y, mediante la salvación de España, la cultura y la civilización de Occidente, como hay que esperarlo en Dios.

D) Que el apéndice de las Efemérides Cristeras fue hecho con toda lealtad y escrupulosidad histórica: en primer lugar, en el mismo tiempo de la lucha se fueron compilando estos datos de los hechos de armas y *Spectator* los guardó y conservó como rico tesoro. En segundo lugar, la base de estas efemérides la formaron los informes oficiales de la Jefatura Cristera de Colima. Sobre estos datos oficiales, *Spectator* investigaba más y así, para su archivo personal que dio origen a las Efemérides, con frecuencia modificó datos, ya suprimiendo algo que había resultado inexacto, ya añadiendo lo que no se sabía cuando había sido escrito el informe. Todavía más, en estos últimos años, debido a una encuesta promo-

vida entre los antiguos cristeros, por quien, en tiempo de aquella lucha, fue aquí en la ciudad de Colima el Jefe Civil del Movimiento Cristero, se logró una muy amplia lista de caídos y así ilustrar las Efemérides del Movimiento Cristero con los nombres, no sólo de sus principales combatientes muertos, sino de todos aquellos cuyos nombres pudieron obtenerse.

E) Que estos datos de las Efemérides, en cuanto al número de bajas al enemigo, se podían compilar fácilmente en aquellos días de la epopeya cristera con relativa facilidad, pues hay que tener en cuenta que casi no había pueblo ni ranchería en donde la inmensa mayoría de la población no fuese cristera. Las comisiones de investigación de cada lugar, sabían fácilmente todo lo relativo a saldos de combates y podían comunicarlas en sus informes: más aún, en múltiples ocasiones, eran los civiles de la población o ranchería los que eran obligados, por los soldados de la persecución, a dar sepultura a los muertos del Gobierno y a conducir sus heridos.

Finalmente ratifica *Spectator* lo que ya en el prólogo de la primera edición aseguró, a saber, que lo que le movió a escribir, fue el deber que sentía de hacerlo, para no dejar perder en el olvido tantos heroísmos de la lucha cristera. Que de ninguna manera, como algunos quisieran, le movió interés alguno terreno, ni siquiera la gloria de una causa en la que anduvo mezclado, simplemente porque anduvo mezclado, ni mucho menos la publicidad del propio nombre o la gloria de Dionisio Eduardo Ochoa, porque fuera su hermano, sino que, por el contrario, estas circunstancias le estorbaron para obrar con más plena libertad literaria e histórica. Muchos de los epítetos honrosos para Dionisio Eduardo, que aparecen en esta obra, no sólo no son de *Spectator*, sino que se escribieron, en un principio, en contra de su voluntad y aún protestando él; mas vencido al fin, hubo de consentir. Gran parte de ellos, sobre todo los subtítulos de la obra —estos casi en su totalidad— son del R. P. don Giulio Monetti, ilustre Sociólogo de la Compañía de Jesús, que pidió "se le concediera la dicha de ofrecer a Cristo Rey y a sus Mártires de México, el ser él el traductor de los originales inéditos de *Spectator*, allá por el año 1931 y el tener a su cargo aquella primera edición. Aun el mismo seudónimo de *Spectator*, fue invención de él.

Sea pues la presente obra, en esta su nueva edición, una semilla de verdad y de bien, en el revuelto surco de la hora actual y una humilde cooperación a la historia del Colima creyente que, en aquellos días oscuros de la persecución religiosa, se nimbó de luz y de gloria, ante la mirada atónita de todos los pueblos cultos que conocieron su gesta.

Colima, Colima, a 11 de febrero, Fiesta de la Aparición de la Inmaculada Concepción, año del Señor 1961.

SPECTATOR

Primera Parte

SE DESATA EL HURACAN

Capítulo I

EN LA COSTA DEL PACIFICO

EL ESTADO DE COLIMA

COLIMA, EL TEATRO DE LOS HECHOS de que se va a hablar, cuna de Confesores y Mártires, es uno de los más pequeños Estados de la República. Está colocado en el occidente, bañado por las aguas del Mar Pacífico.

Su clima generalmente es cálido, mas no en extremo, teniendo, sin embargo, regiones de un fresco agradabilísimo y aun de un frío intenso; pues su altura es completamente desigual en las diversas regiones y, así, mientras gran parte del Estado se compone de floridos valles, la otra está formada por altas montañas cubiertas de laureles, encinos y pinares, y cuyas altas cimas tocan los cielos.

Al norte del Estado está el majestuoso coloso del occidente de México —el Volcán de Colima— cuyas bases están revestidas con frondosísimos bosques, en tiempo del Movimiento Cristero casi vírgenes, y cuyo cono gigantesco está formado por arenas, cenizas y peñascos fundidos.

Los valles colimenses están cubiertos de palmeras que mece suavemente una aura perfumada y tibia. Hay grandes bosques de cafeteros y platanares, y extensos y hermosísimos maizales cada vez que llega el temporal de lluvias, cuyo verde oscuro forma un bello y armónico cuadro con el verde luminoso de los arrozales y cañaverales que no escasean. "Los panoramas de aquella tierra —dice el escritor Dr. Miguel Galindo— tienen algo particular,

algo propio que no se encuentra en otras partes: la luz es el factor general de la belleza y del encanto de aquella región. Basta contemplar sus crepúsculos y compararlos con los de otras partes para ver la diferencia. Las nubes sangrientas del ocaso en Colima no presentan propiamente el color de sangre, porque les sobra brillo: su rojo es brillante, como el rojo del metal bruñido. Lo mismo pasa con los otros colores: el zafiro de los volcanes, la plata de sus cumbres, la esmeralda de sus campos y los rubíes y topacios de sus florestas, presentan una luminosidad digna del canto de los poetas y de la admiración de todos".

LA CIUDAD DE LAS PALMERAS

En la actualidad, el número de los habitantes del Estado de Colima, según el censo último de 1960, es de 157,338, y el de Colima —su capital—, de 50,751.

En los años de que en esta narración histórica se habla, debido a mil calamidades que nos azotaron, entre ellas la falta de garantías, no sólo con relación a la industria y al trabajo, sino aun a la propia vida, distaban mucho de llegar a 100,000 los habitantes del Estado, de los cuales, apenas si la tercera parte vivía en Colima, su capital.

Sus casas generalmente son bajas, de un solo piso, mas siempre sonrientes, bien ventiladas; casi todas tienen su patio interior con sus arbustos frutales y sus flores y, en gran número de ellas, sus esbeltas y gigantescas palmeras, de donde ha venido a Colima el bello nombre de "Ciudad de la Palmeras".

Las fachadas de las casas son limpias y pintadas con colores claros. No hay en Colima callejones torcidos, estrechos y sucios. Sus habitantes, por efecto del clima, son generalmente de color pálido, pero son vivaces, al par que francos y sencillos.

Esta hermosa cualidad ha ido disminuyendo con los años. Los antiguos hijos de Colima eran de una característica bondad; hospitalarios, sencillos y de muy cristiana honradez. Hoy, las nuevas generaciones han perdido mucho de aquella sencillez y bondad;

sin embargo, todavía se conservan numerosas familias en donde padres e hijos guardan, con toda integridad, el depósito santo de aquel espíritu de antaño.

El pueblo, aún hoy, en su generalidad, es muy cristiano: al sacerdote se le ve con reverencia: los niños y los viejos se quitan atentos el sombrero cuando lo ven pasar, y todos, tanto las mujeres como los hombres, al saludarlo, besan generalmente su mano. Este espíritu religioso, en donde se encuentra aún puro y férvido, es en los hijos de las rancherías de las faldas del volcán; allí se encuentra una fe, una piedad y una sencillez de vida, inmejorables.

El entonces Obispo de la Diócesis, el Excmo. y Revmo. Sr. Dr. D. José Amador Velasco, era un anciano venerable, el mayor de edad —por aquellos días— del Episcopado Mexicano; nativo de Villa de Purificación, de la misma Diócesis de Colima, humilde y recto como todos los antiguos cristianos colimenses; rectitud heroica que brilló con magnitud de sol en medio de la persecución sectaria. Fue el Cuarto Obispo de Colima, Diócesis que fue erigida por su Santidad León XIII, el 11 de diciembre de 1881.

Capítulo II

LA HORA DOLOROSA

LAS PRIMERAS RACHAS DE LA BORRASCA

DESCRITO YA A GRANDES RASGOS el lugar de la escena, llegamos al momento en que el cielo se cubre de nubarrones y las primeras rachas de un viento huracanado, inmediatas precursoras de la borrasca, azotan aquel pueblo.

Era la segunda mitad del año de 1925; la campana de los tiempos tocaba en México a persecución y martirio. Calles —nuevo Nerón— estaba ya en el poder, ilegalmente, contra la voluntad de la Nación, pues mano oculta lo había elevado y lo sostenía: las sectas masónicas y judías del mundo estaban a su lado y el poder material más poderoso de la tierra: la Casa Blanca le brindaba su protección.

El perseguidor —Plutarco Elías Calles— había ya fracasado en su proyecto de separar a México de la unidad católica, no obstante que, parroquia por parroquia, se había hecho propaganda cismática, ofreciendo abundante recompensa y lucrativos sueldos a aquellos sacerdotes que, desconociendo la Autoridad del Romano Pontífice, se adhiriesen a la nueva iglesia que él quería fundar; mas contra todas las necias esperanzas de los enemigos, la empresa falló completamente. Era pues preciso que el perseguidor recurriese a otro medio: a la cruel, sanguinaria y abierta persecución contra la Iglesia, con el fin de destruirla. Ya el cielo mexicano estaba cubierto de nubes negras y todo anunciaba una fuerte, tremenda y larga tempestad.

Siguiendo las consignas de la masonería, no sólo nacional sino internacional, la Iglesia de Cristo en México habría de ser estrangulada y destruída. Para eso se le sujetaría, primero, como esclava al gobierno impío del Régimen de la Revolución y se le ultrajaría y pervertiría, y no faltaron malos mexicanos que secundaron estas consignas.

Los tiempos eran pésimos y, si de las filas de los creyentes, por una parte, a la hora de la borrasca, surgieron los paladines de la libertad, los héroes y los confesores de Cristo, por la otra hubo muchas deserciones: muchos por la conveniencia, por conservar el empleo, por la ventaja material, se aliaron con los perversos y aun apostataron de su fe.

Fue tan tremendo aquel huracán de odio contra Cristo y su Iglesia, que aun varones tenidos por hombres de fe ilustrada y fuerte, fueron derribados vilmente. Aun los "Cedros del Líbano" —como dice la Escritura—, esto es, aquellos que por su cultura y su anterior actuación cristiana, eran tenidos por inconmovibles, supieron, en aquellos días de negra tormenta, lo que es caer en el despeñadero, en la sima horrenda en donde no brilla la luz de Cristo y hierven las pasiones y el odio al cielo. Y así en Colima, aliados a la masonería e instrumentos de ella, se destacaron no sólo el gobernador que estaba al frente de la campaña impía, sino los miembros de la Legislatura Local, empleados y multitud de secuaces, que se convirtieron en enemigos de la Iglesia. A muchos, años más tarde, perdonó Dios y los condujo de nuevo a El.

La suerte estaba echada por parte de los malos: "Aplastar a Cristo", así como Voltaire había dado la consigna al principiar estos movimientos de revoluciones anticristianas, allá, desde las filas de la masonería francesa.

Empezaron las violencias y atropellos, ya aquí, ya allá: los sacerdotes extranjeros fueron expulsados de la Nación, los colegios católicos clausurados y aun los niños de los asilos y orfanatorios católicos fueron arrojados a la calle. En muchos seminarios los

alumnos eran golpeados y puestos en prisión; hospitales y demás casas de beneficencia, obispados y curatos, seminarios y cuanto edificio suponían los perseguidores que fuese propiedad eclesiástica, era inmediatamente confiscado: éstos eran sólo los preludios de la reglamentación que se meditaba para esclavizar a la Iglesia.

TRAS DE LAS FLORES DE UNA INFANCIA Y JUVENTUD CRISTIANAS

A Colima tocaba también, como es fácil suponer, recibir su parte en estos primeros latigazos del tirano. Era a la sazón gobernador del Estado, Francisco Solórzano Béjar, joven abogado, que si bien era originario de Colima, de abolengo y antecedentes cristianos, se había convertido en enemigo; pertenecía a las filas masónicas y, por obra de los directores de la persecución, había sido impuesto como gobernador en Colima con el fin de que secundara, lo mejor posible, la campaña infame contra la Iglesia Católica.

Francisco Solórzano Béjar fue el azote de su patria chica. Empezó a arrebatar edificios; arrojó a los seminaristas de su colegio; a las religiosas Adoratrices de su casa; se apoderó del Obispado, de la casa de los Caballeros de Colón, del Asilo de niños, del Orfanatorio del Sagrado Corazón y de cuanta propiedad sabía o suponía que fuese de alguna institución católica y, sin orden al menos escrita, de él o de cualquier otra autoridad, competente o no, en que se dispusiera la desocupación y entrega, mandaba al comandante de la policía, J. Guadalupe Rivas, o al Profesor Aniceto Castellanos, los cuales, protegidos por la gendarmería, ordenaban, no ya la desocupación de los edificios, sino la salida inmediata de sus dueños, pues no se concedían muchas veces ni cinco minutos de espera, ni se permitía sacar nada, aunque fuese de propiedad rigurosamente individual. Así, el Ilmo. Mons. Vicario General de la Diócesis, Francisco Anaya, tuvo que salir sin su sombrero, cuando fue incautado el Palacio Episcopal.

Durante estos tiempos aciagos de Solórzano Béjar como gobernador de Colima, cuando la impiedad masónica pretendía dar el asalto final sobre la Iglesia, para esclavizarla, estrangularla y destruirla, olvidando —insensatos— que en vano se lucha contra Dios, había en Colima un grupo de valientes: los jóvenes de la A. C. J. M. (Asociación Católica de la Juventud Mexicana), quienes en su aguerrido semanario *La Reconquista,* defendían la verdad y la justicia en contra de todos los abusos y avances de la impiedad.

La A. C. J. M. había sido fundada en Colima en la primavera del año de 1917. Su fundador ilustre, de verdadera cepa de apóstol, fue Luis Beltrán y Mendoza, que aún persevera al pie del cañón, en las filas primeras de la Acción Católica Nacional, después de más de 8 lustros de muy ardua y apostólica brega.

El primer presidente regional de la A. C. J. M. en Colima había sido *Héctor Pons Hurtado.* Con él, formaron el Primer Comité Regional: J. Félix Ramírez y Jiménez, Emeterio C. Covarrubias, Francisco Rueda y Zamora, Andrés Schmidt, J. Concepción Fuentes, Agustín Rueda, Alberto Macedo, Eduardo Pons y Enrique de Jesús Ochoa, jóvenes todos de aquella época.

Su primer Asistente Ecco., que supo imprimirle viril y fervorosa vida, fue el entonces catedrático del Seminario Conciliar de Colima, Pbro. Don Manuel Silva Cárdenas.

EL PERIODICO "LA RECONQUISTA"

Cuando Francisco Solórzano Béjar, años más tarde fue gobernador de Colima, el presidente regional de la A. C. J. M., era Dionisio Eduardo Ochoa, joven de 25 años de edad que por aquellos días trabajaba en las oficinas de la Tesorería del Estado y que, a la vez, era el director del valiente semanario *La Reconquista.*

Los muchachos de *La Reconquista,* más de una vez merecieron,

por su actitud noble y gallarda, no sólo el respaldo de Colima, decidido y ardiente, sino aun la aprobación, bendición y elogio del Metropolitano, el Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, don Francisco Orozco y Jiménez, gloria del Episcopado Nacional, a quien justamente ha dado en llamarse *Francisco el Grande*.

El valiente semanario fue perseguido. Eran tiempos de arbitrariedades anticonstitucionales: los muchachos papeleros que lo vendían, con mucha frecuencia eran golpeados y aun llevados a la inspección de policía, después de robarles su periódico; pero en contra de todo viento y marea el periódico se seguía vendiendo clandestinamente. El pueblo lo esperaba, lo buscaba anhelante y el tiraje hubo de multiplicarse, a medida que se le perseguía.

AFRONTANDO LA LUCHA

Un día el gobernador Lic. Francisco Solórzano Béjar decidido a acabar con la voz viril de aquel periódico católico, llamó a Dionisio Eduardo Ochoa a su despacho. Ochoa se presentó inmediatamente.

—Mire usted, Nicho —así le llamaban—, vea que no obstante su credo y sentimientos religiosos que lo hacen enemigo del régimen, nosotros lo hemos respetado y le tenemos cariño; mas una cosa es su credo interno y sus propios sentimientos en los cuales nadie tiene que meterse y otra es la actitud externa y pública de sus creencias y no vamos a permitir más que Ud. siga perteneciendo a "agrupaciones enemigas del Régimen Revolucionario", como es la A. C. J. M., de la cual es Ud. presidente, y sea director de un periódico que continuamente nos ataca, y a la vez esté trabajando con nosotros en una oficina de gobierno. Por lo cual, o deja Ud. *La Reconquista* y la *A. C. J. M.*, que ninguna utilidad económica le producen, o pone su renuncia a su empleo de la Tesorería. Si en cambio, Ud., pensando mejor, se decide a abandonar la A. C. J. M., y el periódico, nosotros lo mejoraremos y lo ascenderemos en su empleo, teniendo menos trabajo y mejores utilidades.

—Yo no trabajo en la dirección de *La Reconquista* —contestó resuelto Ochoa— ni pertenezco a la A. C. J. M. por utilidad económica. Es cierto que soy pobre; pero el dinero no compra mis convicciones. Yo trabajo en *La Reconquista* y pertenezco a la A. C. J. M., porque soy católico consciente y creo un deber mío trabajar cuanto pueda, en favor de la justicia y la verdad. Por eso, ni renunciaré a la dirección de *La Reconquista*, ni a la presidencia de la A. C. J. M., ni tampoco a mi trabajo en la oficina de la Tesorería del Estado; pues yo creo no haber faltado a mis deberes. Si Uds. quieren correrme, está bien; pero tengan la bondad de exponer en el oficio en que se me cese los motivos de mi separación.

Y Dionisio Eduardo Ochoa fue separado de su empleo; mas en ello estuvo la mano de Dios, pues ni le faltó el trabajo, y sí tuvo más facilidades para el apostolado, para luchar por el Reinado de Cristo, que era el ideal de su corazón.

Y el periódico *La Reconquista* se seguía imprimiendo y se seguía vendiendo con profusión crecientes. Un día —era cerca del Carnaval del 1925— el Prof. J. Concepción Fuentes, que era del Cuerpo de Redacción del periódico católico tan odiado y perseguido, fue cesado en su empleo —era Director del Asilo de Niños— por creérsele autor de un artículo bien cortado en contra de tanta inmoralidad y perversidad del régimen imperante. En realidad, J. Concepción Fuentes no era el autor del artículo: el autor había sido el mismo Dionisio Eduardo Ochoa; pero, llamado a juicio el Profesor Fuentes no se disculpó; reconoció ser del cuerpo de redacción de *La Reconquista* y, con relación al artículo en cuestión, ni negó ni afirmó nada, aceptando que se le quitase su empleo. Dionisio Eduardo Ochoa, en cambio, urdió un medio y lo puso en práctica: se estaba preparando en aquellos días, por jóvenes colimenses, la representación del drama *Marianela* que dos días más tarde se llevaría a la escena en el "Teatro Hidalgo", en favor de una obra de asistencia pública, en que las Autoridades Civiles tenían grande empeño. Dionisio Eduardo tenía el principal papel de los varones, y sin él sería casi imposible que la fiesta dramático-musical se llevase a cabo, pues ya no era factible que se le pudiese

substituír por la premura del tiempo. Al reflexionar esto se presentó con hombría a los hombres del régimen: "Uds. han quitado injustamente su empleo al Prof. J. Concepción Fuentes que es miembro de la A. C. J. M., como yo, y quiero pedirles que lo restituyan en su puesto". Y como encontrase resistencia, amenazó diciendo: "Pues si no se le restituye inmediatamente, no habrá fiesta en el Teatro Hidalgo: conmigo no se cuenta".

Los interesados, después de procurar hacerlo cambiar de resolución, fingiendo no alarmarse, dijeron que buscarían un sustituto. Y Dionisio, remachando más el clavo, sabiendo que no estaba solo y que habría quien lo respaldase, dice: "Pero si yo no represento mi papel, tampoco la Srita. M. Mercedes Hernández representará el suyo, y ella de ninguna manera se puede sustituir. Ella hará causa común con nosotros, porque es de los círculos católicos de señoritas.

Y movidos todos los recursos, todas las influencias, Merceditas Hernández —*La Marianela* de la pieza dramática— se supo mantener firme y el Prof. J. Concepción Fuentes fue restituído a su empleo.

Y "LA RECONQUISTA" ADELANTE

Y la persecución contra el semanario viril *La Reconquista* se enconó más aún: un día —30 de noviembre de 1925— Dionisio Eduardo Ochoa fue llevado a la prisión por su decidida actuación cristiana. En la cárcel fue entregado a una turba soez y ebria pagada por los tiranos. Lo llenaron de injurias, lo estrujaron y golpearon cuanto fue posible, hasta arrojarlo a un tambo de agua y de inmundicia. El placer de los tiranos no duró mucho, pues movidas influencias que no era posible desatender, Dionisio Eduardo tuvo que ser puesto en libertad; pero se tramó su muerte para el primer momento oportuno; pues la actitud franca de ese muchacho debería ser vencida haciéndolo desaparecer, ya que no había otro recurso. Sabido esto, de una manera clara y sin ninguna

duda, Dionisio Eduardo Ochoa tuvo que salir de la ciudad al día siguiente.

No con esto quedó callada la voz de la prensa: permanecieron en la brecha, sucesores de él, Francisco y Luis Rueda y Zamora, compañeros de lucha de Dionisio Eduardo y de menor edad que él, los cuales asumieron la Dirección de *La Reconquista* y continuaron luchando arduamente, pues los tiempos fueron haciéndose cada día peores y las dificultades se fueron multiplicando día a día.

POLITICA NEGRA

Vino el mes de diciembre de ese mismo año 1925. Las ridículas exigencias del gobernador Lic. Francisco Solórzano Béjar aumentaban. Un día se le ocurrió reglamentar, como si fuese él el cura o el sacristán, el toque de las campanas: ordenó que no podían excederse los repiques o llamadas de más de cuarenta segundos y estableció la correspondiente sanción penal. ¿Sería posible acatar tan ridícula disposición? Claro se veía que aquello no era ordenado sino para dar motivo a continuas vejaciones contra los sacerdotes encargados de los templos. El Gobierno Eclesiástico optó entonces por abstenerse absolutamente del uso de las campanas: el día 8, fiesta de la Inmaculada, quedaron mudos y silenciosos los campanarios, y así llegó la fiesta de la Reina de la Patria, Santa María de Guadalupe; más tarde la fiesta del Nacimiento del Niño Dios, y la alegría de la Noche Buena se trocó en honda tristeza que oprimía las almas; las alegres notas de los cantos de Navidad se ahogaban en la garganta y casi no acertaban a salir de los labios.

Llegó el año de 1926. La persecución seguía aumentando en todo el país: la opresión y la tiranía, las ridículas y fanáticas invenciones de los gobernadores se multiplicaban día a día. Los católicos, a su vez, se enfervorizaban siempre más; los templos estaban más concurridos; todos oraban de rodillas con mucho fervor y la frecuencia de Sacramentos se había multiplicado.

ACTITUD VALIENTE

Los jóvenes de la A. C. J. M., en medio de mil dificultades, no dejaban de celebrar sus sesiones, ya aquí, ya allá, ya en la casa de su Asistente Eclesiástico —ya por aquellos días el Padre D. Enrique de Jesús Ochoa—, ya en la de un socio, ya en la de otro, para no llamar mucho la atención de los enemigos y porque, además, todos los edificios dedicados a instituciones católicas estaban ya en manos del perseguidor. El presidente Regional —sucesor de Dionisio Eduardo Ochoa— era J. Trinidad Castro. Una noche, la del martes de la primera semana de marzo, momentos después de terminada la sesión de estudio, fueron tomados presos colectivamente todos los acejotaemeros del Primer Grupo, inclusive su presidente J. Trinidad Castro. Por media calle y en medio de un piquete de policías, que iban con su propio comandante J. Guadalupe Rivas, fueron conducidos a la prisión, acusados de rebeldía contra el gobierno.

Cuatro o cinco días estuvieron presos, al fin de los cuales, comprobada su inocencia, debido sobre todo a gestiones de José Llerenas Silva, que era amigo del gobernador Béjar, tuvieron que ser puestos en libertad. Mas la prisión no acobardó a los fuertes; pues de ahí salieron con más bríos y más sólidas resoluciones. Entre estos primeros encarcelados gloriosos por la Causa de Cristo, se cuentan, entre otros, José N. Pérez, Sebastián Cueva, Antonio C. Vargas, Gregorio Torres, Salvador Zamora, Luis Gómez y José Ray Navarro. De ahí en adelante, los muchachos de la A. C. J. M., continuaron siendo encarcelados frecuentemente, ya uno, ya otro, ya por éste, ya por aquel otro motivo, mas siempre por el nombre de Cristo, por la causa mil veces bendita de Jesucristo Rey.

Capítulo III

LA LUCHA DECLARADA

SE DESATA LA TEMPESTAD

Los enemigos habían desarrollado la primera parte de su satánico plan. Llegaba ya el momento de aplicar el rigor sectario para imponer a los sacerdotes la obligación de registrarse y de limitar su número; pero antes de que esto fuese común para toda la Nación, había que ensayar aquella medida sectaria, en una u otra provincia, y Colima fue una de las escogidas.

Se trataba de hacer ceder uno por uno a los señores Obispos Mexicanos, obligándolos, por el rigor de la fuerza, a que sometieran, al despotismo sectario del Régimen imperante, la Iglesia a ellos confiada, como preparación para sujetarla después, en plan nacional, por medio de leyes persecutorias generales.

Y Colima era de lo más a propósito a la impiedad enemiga para conseguir —creyeron cándidos los perseguidores— un completo triunfo local: lo apartado de la región, la pequeñez del Estado, la atrevida altanería del entonces gobernador Lic. Solórzano Béjar y el servilismo de todos los que lo rodeaban, inclusive munícipes y diputados, así como, por el lado opuesto, la ancianidad, humildad y continuas enfermedades del egregio y santo Obispo a quien el Cielo nos había dado para los días de tormenta y de epopeya, el Excmo. Sr. Velasco, y la escasez y modestia del clero de Colima, auguraban al tirano que ocupaba la Presidencia de la República

—Plutarco Elías Calles— una pronta e incondicional sumisión de la Iglesia de Colima, al gobierno impío de la Revolución.

Fue esta la razón por la cual se apretaron contra el pueblo católico de Colima las cadenas a que se pretendió sujetarnos antes de que esto sucediese en los demás Estados de la República. Y el 24 de febrero de ese año, 1926, la Legislatura Local expidió el Decreto, limitando a sólo 20, para todo el Estado, el número de los sacerdotes y exigiendo su registro en las oficinas municipales, y su "boleta de licencia" respectiva, como condición para que pudieran ejercer su ministerio. Y el 24 de marzo el Gobernador Solórzano Béjar lo publicó, dando diez días de plazo para que principiara a regir esta ley de dependencia y sujeción, de la Iglesia al Estado.

Cosa semejante se hacía en esos días en Michoacán, que impidió el culto desde luego, y el Ilmo. Sr. Obispo de Huejutla, Monseñor Manríquez y Zárate, era conducido prisionero a Pachuca, por haber lanzado su inmortal "Miente el Señor Presidente de la República", en la celebérrima Carta Pastoral conocida en todo el orbe católico.

¿Qué hicieron el Excmo. Señor Velasco, Obispo de Colima, y su clero?

Ante todo, recurrir a Cristo, el Rey Divino, fuente única de luz y fortaleza.

SE RECURRE A LOS REMEDIOS

Ya allá, en tiempo del cisma que Calles procuraba, clero y pueblo colimenses habían dado un preclaro ejemplo de unión y fe. Jamás se habían visto más unidos entre sí los sacerdotes y católicos, como en esos momentos de angustia general, y así como entonces, se recurrió de nuevo a la oración en común y se organizó un retiro sacerdotal al cual asistieron desde el más anciano hasta el más joven de nuestros sacerdotes.

Y en la capillita de la Milagrosa, anexa por el lado sur, al Templo Parroquial del Sagrario, en Hora Santa privada, celebrada a puerta cerrada, ante la Santa Custodia colocada sobre la mesa del pequeño altar lateral, se reunió todo el V. Clero de la ciudad, encabezado por el entonces Ilmo. Sr. Vicario Gral. de la Diócesis Mons. don Francisco Anaya y por su no menos egregio y dignísimo Secretario el Padre D. J. Jesús Ursúa.

Y después de haber orado, una vez terminada la Hora Santa y dada la bendición con el Smo. Sacramento, al afrontar el problema tremendo, se concedió el uso de la palabra a cuantos lo desearon, desde al más anciano y venerable, hasta al más joven de los Sacerdotes... Y llevados por el Espíritu de Dios; por lo que Cristo mismo tenía enseñado en su Evangelio; por lo que los mismos Santos Apóstoles habían practicado, cuando prefirieron ser encarcelados y azotados y muertos, antes que poner en manos del Gobierno Judaico la misión que de Cristo tenían de predicar su Nombre y de salvar las almas, y por lo que la Iglesia misma tiene enseñado en su Código Canónico, acordaron, poniéndose en manos de Dios, mejor sufrir privaciones, hambres, pobrezas y destierros, cárceles y aun la misma muerte, antes que acatar las leyes anticanónicas de la entonces Legislatura Local y del gobernador Lic. Solórzano Béjar, antes que claudicar, poniendo a la Iglesia de Dios en manos del Estado, supeditada a él, como cualquiera otra actividad civil dependiente del Gobierno.

EL "NON POSSUMUS" DEL CLERO DE COLIMA

Fue entonces cuando el Venerable clero, encabezado por Mons. Francisco Anaya y el Padre Don J. Jesús Ursúa, en cuerpo colegiado y con gesto de sublime heroísmo, se presentó a su anciano Obispo para decirle: "Estamos todos dispuestos a sufrir y aun a morir si es necesario, antes que claudicar; estamos prontos a echar sobre nosotros la ira de los hombres, antes que entregar en manos impías los Derechos de Dios y de las almas. Será Vuestra Señoría Ilma. quien, iluminado por Dios, acuerde lo conducente; pero contará, ayudándonos Dios, con todo su clero". Y fue también cuando, Obispo y Sacerdotes colimenses, en viril documento, manifestaron

que no podían ser traidores a Cristo poniendo en manos de los hombres de la Revolución impía a su Santa Iglesia.

He aquí el documento del Excmo. Señor Obispo:

"Colima, 1o. de marzo de 1926.
Sres. Gobernador y Diputados. Ciudad.

Aunque mi carácter Sagrado de Obispo de Colima no está reconocido por las leyes que nos rigen, tengo ante la Santa Iglesia y ante mi conciencia la estricta obligación de dirigirme a esa H. Cámara y a ese Poder Ejecutivo, para manifestarles mi absoluta inconformidad con el decreto expedido el 24 del pasado febrero, en el cual se reduce el ya escaso número de sacerdotes que ejercen su ministerio en el Estado.

Al dirigirme en esta forma a ustedes declaro que no me anima un espíritu sistemático de oposición a las leyes, sino que me hallo inspirado solamente en el deber sacratísimo que tengo de salir a la defensa de los derechos de la Iglesia, vulnerados por la ley de referencia.

Delante de Dios y de todos mis amados diocesanos declaro también: que antes quiero ser juzgado con dureza por aquellos que sobre este delicadísimo asunto han provocado mi actitud, que aparecer lleno de oprobio y de vergüenza en el tribunal del Juez Divino, y merecer la reprobación del Supremo Jerarca de la Iglesia.

Alentado con nobles y elevadas miras, y para dar cumplimiento a mis deberes de Prelado de esta Diócesis de Colima, reitero a ustedes de la manera más formal, mi inconformidad con el decreto por el cual la Autoridad Civil del Estado de Colima se permite legislar sobre el Gobierno Ecco. de mi Diócesis, reduciendo a 20 el número de sacerdotes que puedan desempeñar las funciones del santo ministerio dentro de los límites del Estado.

Sin otro particular a qué referirme, de ustedes, su afmo. y atto. y S. S.

† JOSÉ AMADOR VELASCO,
Obispo de Colima.

LA DESATINADA CONTESTACION DEL GOBIERNO

El Gobierno del Estado, el mismo día dio la siguiente contestación:

"Sr. Don José Amador Velasco,
Obispo de Colima. Presente.

Al dar a usted respuesta a su comunicación relativa, fechada hoy, le manifiesto que la Ley que determina el número de sacerdotes de cada culto que deben de ejercer en el Estado, fue expedida por mandato del artículo 130 de la Constitución General de la República, y en consecuencia su observancia es obligatoria para todos, aun para los que forman parte del llamado estado eclesiástico, que tienen obligación de acatar las leyes del país.

Protesto a usted mi atenta consideración.

'Sufragio Efectivo - No Reelección'.
Colima, 1o. de marzo de 1926.

El Gob. Cons. Interino. — *El Srio. del Gob.*
FCO. SOLÓRZANO BÉJAR. — CARLOS VÉJAR".

En los mismos días, el periódico *El Liberal,* publicado por la masonería de Colima, acusaba de rebelde al Clero Colimense.

HABLA EL V. CLERO

Al oficio del Gobernador Béjar, los sacerdotes colimenses contestaron inmediatamente, en un manifiesto que se hizo público en todo el Estado, firmando todos ellos. Fue escrito por la pluma vigorosa del Pbro. don Jesús Ursúa. He aquí sus principales párrafos:

"*Católicos de Colima:* Los Sacerdotes que subscribimos, en nombre propio y de todos los Sacerdotes de la Diócesis, nos adherimos a nuestro Ilmo. Prelado y hacemos nuestras todas y cada una de sus palabras.

INCULPACIÓN CALUMNIOSA

Católicos: Después de cumplir con el deber urgente de manifestar nuestra adhesión al Prelado, nos vamos a permitir defendernos de un cargo grave que se nos hace. Se nos tacha de subversivos, rebeldes y sistemáticos opositores de las leyes. Rechazamos esa inculpación. Nosotros respetamos las leyes, nosotros enseñamos el respeto a la ley, el Clero de todas las épocas cristianas enseñó a los políticos la naturaleza, la esen-

cia y aun el nombre de las leyes. El sacerdote cogió la mano del inculto político medioeval y le hizo escribir en sus códigos esta palabra: *Ley*.

Conocedores del Evangelio, hemos dado al César lo que es del César y hemos enseñado con el Apóstol San Pablo el respeto a los poderes de la tierra. Pero queremos también que a Dios se dé lo que le pertenece. No podemos permitir que el César arrebate a Dios lo que es de Dios. No queremos engañarnos a nosotros mismos y a sabiendas confundir las cosas. No son lo mismo Dios y el César, no son lo mismo la Iglesia y el Estado, ni tampoco significan lo mismo ley y vejación. El pan se llama pan, el vino se llama vino, y no podemos confundir el uno con el otro.

CONDICIONES NECESARIAS PARA QUE UNA LEY SEA VERDADERA:

El Pueblo Soberano que es soberanamente católico opine y juzgue por sí mismo, nosotros simplemente exponemos una doctrina sabidísima y elemental.

Cualquiera persona que entienda una jota de Derecho sabe: que una ley para que pueda llamarse así debe ser justa, útil, conveniente y expedida por autoridad competente. Ahora se pregunta ¿la ley que limita a veinte los sacerdotes del Estado, fue expedida por autoridad competente?... Para que el pueblo juzgue con acierto, hacemos estas otras preguntas: ¿un zapatero es autoridad competente en alfarería o herrería? ¿Puede un cirujano enmendar la plana a los astrónomos? ¿Es autoridad competente, entiende algo de la dirección de las conciencias y de negocios eclesiásticos un Gobierno civil?... Conteste el buen sentido popular.

Otra pregunta: Una autoridad que es incompetente porque se ha metido en asuntos que están fuera de su jurisdicción, ¿podrá dar leyes útiles, convenientes y justas en materia que no entiende?... Conteste el buen juicio popular, bien puede hacerlo, pues trátase de pedazos de sentido común que le exponemos.

Otra pregunta: Viniendo al caso, ¿la ley que reduce a veinte los sacerdotes del Estado, es verdadera ley? ¿Tiene los requisitos esenciales numerados arriba? Conteste el pueblo, está en su derecho.

Otra pregunta: ¿Cómo se llama una ley que no es útil, ni conveniente, ni justa, ni expedida por autoridad competente?...

¿Y aquel que resiste a una ley de esta naturaleza merecerá ser llamado rebelde?... ¡No!

Católicos colimenses: Para nuestros hermanos engañados que se han convertido en gratuitos enemigos de la Iglesia, sólo pedimos oraciones. Basta de odios y venganzas.

Católicos: Nosotros rechazamos con anticipación el dictado de rebeldes. No, no somos rebeldes ¡Vive Dios! Somos simplemente sacerdotes católicos oprimidos, que no quieren ser apóstatas, que rechazan el baldón y el oprobio de Iscariotes.

¡¡VIVA CRISTO REY!!

Vicario General, Pbro. Francisco Anaya; Secretario de la Mitra, Pbro. J. Jesús Ursúa; Canónigo, Pbro. J. Jesús Carrillo; Canónigo, Pbro. Jorge Inda; Canónigo, H. Pbro. Alberto Ursúa; Canónigo, H. Pbro. Luis T. Uribe; Pbro. Cipriano Meléndez. *Párrocos:* de San Felipe de Jesús, Pbro. Bernardino Sevilla; de La Merced, Pbro. Manuel Sánchez Ahumada; de Almoloyan, Pbro. Tiburcio Aguilar; de Tecomán, Pbro. José María Arreguín; de Manzanillo, Pbro. Leandro Arias; de Comala, Pbro. José A. Carrillo; de San Jerónimo, Pbro. Ignacio Ramos; de Coquimatlán, Pbro. Donaciano Murguía. *Presbíteros:* Miguel M. de la Mora, Pedro Zamora Carbajal, Enrique de Jesús Ochoa, José María Cleofas Corona, Mariano de J. Ahumada, Emeterio C. Covarrubias, Cripiniano Sandoval, Tiburcio Hernández, Victoriano Santillán, Salvador Saucedo, Ricardo Silva Morales, Gregorio Ramírez, Juan Rodríguez, Juan B. Alvarado, Julián Cafuentes, Lorenzo Jiménez, Pablo Ursúa, Margarito Valera, Santiago V. Chávez".

Y Obispo y Sacerdotes todos, sin excepción, fueron procesados... "por rebeldes".

Entonces aconteció una cosa singular: todos, como reos, debían ser llamados a juicio, individualmente y según el orden en que se había firmado el manifiesto; mas a aquellos labios sacerdotales los dotó el Señor de elocuencia tal, que los perseguidores se quedaban confundidos y las declaraciones de los primeros bastaron para que el tirano desistiera y las citas se suspendieron por ser algo contraproducente a los perseguidores de la Fe, que no soportaban se les estuviese diariamente echando en cara su perversidad y su traición a la Religión de Cristo.

Y el Excmo. Señor Obispo y los Sacerdotes colimenses no estuvieron solos. Inmediatamente se levantó la voz del laicado católico, en un bien cortado manifiesto, exponiendo lo improcedente de la actitud del gobernador Solórzano Béjar y de la Legislatura. He aquí el documento:

"MANIFIESTO

Al Pueblo Colimense:

Los suscritos que amamos con todo el corazón este pedazo de la Patria —el Estado de Colima—, como mexicanos que deseamos vivamente la paz social y el engrandecimiento de nuestra nación; y sobre todo, como católicos que hemos jurado fidelidad a las banderas de Jesucristo Nuestro Señor,

CONSIDERANDO:

1. Que el decreto número 126, expedido por la Legislatura en funciones, en el cual se establece que el número máximo de ministros de cada culto religioso en el Estado será de veinte, y se faculta al Ejecutivo para señalar cuántos ministros pueden ejercer en cada municipio y expedir el reglamento para la observancia del decreto y el reglamento de Cultos expedido por el Gobernador el día 24 de marzo del presente año, no tienen otra finalidad que perseguir la Religión Católica profesada por la casi totalidad del Pueblo Colimense, verdad que advierte desde luego todo el que esté dotado de sentido común, puesto que: a) no existe ningún motivo que haga necesaria o útil para el bien común la ley y reglamentación dichas, b) mientras a las otras religiones se les concede mayor número de ministros que los que necesitan dado su pequeño número de adeptos, a la Católica se le quitan muchos que son indispensables y c) ni siquiera puede invocarse el deseo de cumplir las leyes porque las Legislaturas de los Estados están facultadas, *pero no obligadas,* por la Constitución General, para determinar el número máximo de ministros en cada entidad federativa y, además, la ley y reglamento expedidos por las autoridades del Estado atacan en muchos puntos la Constitución general vigente, como después se dirá;

2. Que es antisocial una reglamentación que, 1º acrecienta el distanciamiento entre la sociedad y las autoridades, cuya función principal es promover el bien común, 2º que hace imposible el acercamiento del gobierno y el pueblo para laborar de común acuerdo en la obra grandiosa de la reconstrucción nacional, 3º que provocará el éxodo de las familias profundamente religiosas que buscarán en otros lugares la verdadera libertad religiosa de que gozan los pueblos cultos y carecen en su propia tierra, y finalmente, 4º que hiere profundamente los sentimientos religiosos del pueblo, sin que de ello resulte utilidad para nadie y sí un grande descontento y malestar;

3. Que el decreto y reglamento dichos se oponen a la Constitución General que establece la plena libertad de cultos dentro de los templos, considera a los ministros como personas que ejercen una profesión y prohibe el impedir a alguna persona que se dedique a la profesión que quiera, siendo lícita, toda vez que, reduciendo el número de sacerdotes se limita el culto forzosamente y no se permite a todos ejercer la profesión de su agrado; y si es cierto que el Art. 130 faculta a las Legislaturas de los Estados para fijar el máximum de ministros, también es forzoso admitir que: o la Constitución se contradice y entonces deberá resolverse el conflicto del modo más favorable a la libertad popular o las legislaturas locales deberán normarse por el criterio del Sr. Obispo (único que conoce a fondo las necesidades religiosas locales) cuando él juzgue necesario un mayor número de ministros. Y además, se oponen al mismo artículo 130 porque él autoriza únicamente para señalar el número máximo de ministros, sin pasar a disponer cómo han de distribuirse en el territorio del Estado, sin señalar penas para los infractores, cosas reconocidas recientemente por la Legislatura de Jalisco, manda tener en cuenta las necesidades regionales, lo que se olvidó completamente, bastando para probarlo el hecho de autorizar el mismo número de ministros para cada religión, siendo tan distinto el número de fieles que cada una de ellas cuenta en el Estado;

MANIFESTAMOS nuestra absoluta inconformidad con el decreto 126 y con el Reglamento de Cultos por considerarlos antilegales, antisociales y sobre todo anticristianos.

Nos adherimos en todo a nuestro Obispo y a nuestros Sacerdotes, queremos participar de sus penas, no rehusamos el sacrificio por amor de

Jesucristo Señor Nuestro y lucharemos, aunque pacífica, enérgica y constantemente, por conseguir que reine en nuestra Patria la verdadera y santa libertad religiosa.

COLIMA, MARZO DE 1926.

Teófilo Pizano, J. Trinidad Castro, Salvador Barreda, Luis G. Sánchez, Francisco Gallardo, Ignacio Parra, Agustín Santana, Salvador J. Grageda, F. Santana Cueva, José Gómez, Benigno Naranjo, Ramón Trejo, Donaciano Terrones, Raúl F. Cárdenas, Luis de la Mora, José L. Aguilar, Sabino Villa, José M. Ahumada, J. Jesús Landín, Daniel Inda, Eusebio Gallardo, Filomeno Silva, Ricardo M. Bazán G., Apolonio Sánchez, Martín Zamora González, Pedro Radillo, Tomás de la Mora, Julio Sánchez Z., Juan Vargas Vz., J. Jesús Preciado, Miguel Castro, Francisco Carbajal, Ignacio Sánchez M., Marciano Torres, Manuel Hernández, Benedicto J. M. Romero, José J. Lobato y S., Antonio C. Vargas, José N. Pérez, Luis G. Gómez, Salvador Bazán, Candelario B. Cisneros, José M. González, Rafael Borjas Vázquez, José Cervantes, Dionisio Eduardo Ochoa, Francisco Santana D."

ANTE EL JUZGADO DE DISTRITO

Y los diez días dados por los perseguidores de la Iglesia como plazo, corrían con vertiginosa rapidez. Dada la pública maldad de ellos, no había ninguna humana esperanza. Probóse no obstante el único medio legal que estaba al alcance de la Jerarquía Católica Diocesana: el recurso a la Justicia Federal y se pidió amparo al Juez de Distrito.

Y lo que no se niega ni aun a los grandes criminales, a saber la suspensión del acto, se negó aquí, no obstante la defensa brillante que hizo el Lic. don Silvestre Arias, del foro de Guadalajara, quien magistralmente encomió la obra de la Iglesia en Colima a través de los años, por medio de sus Sacerdotes; lo que el Sacerdote necesita trabajar para llenar sus distintos cometidos y cómo, en lugar de entorpecerse esta obra civilizadora, debería respaldarse y protegerse. Por otra parte —exponía el abogado Defensor— la Legislatura Local y el Gobernador de Colima habían obrado anticonstitucionalmente y por lo tanto el decreto en cuestión era nulo, puesto que la ley autorizaba a las Legislaturas de los Estados —no las obligaba— a reglamentar el número de los Ministros del Culto, pero según las necesidades de los propios Estados. Y, aquí en Colima, las necesidades de la entidad, pedirían aumento, conforme él demostraba, y de ninguna manera disminución.

El Ministerio Público lo desempeñaba el Lic. Fernando Villarello, que azuzó impía y audazmente a consumar la obra, a ir adelante —decía él con cinismo pasmante—, "contra el enemigo de la cultura, de la civilización y de la paz, que es el Clero de la Iglesia Católica".

Y el Juez de Distrito, Sr. Lic. Everardo Ramos, hombre también al servicio del Régimen impío imperante, falló en contra del infortunado pueblo colimense "libre y soberano". De esta suerte los atropellos de la Legislatura Local y del Gobernador fueron respaldados en pantomima de juicio por la *"Justicia Federal"*.

EL SOLEMNE PLEBISCITO

A medida que corrían los diez días que el señor gobernador Solórzano Béjar había dado para que entrara en vigor el decreto de limitación del número de los Sacerdotes que había ocasionado el conflicto, oraba el pueblo fiel con fervor más intenso y aun los niños —decíamos— multiplicaban sus actos de desagravio y sus penitencias, suplicando el auxilio del cielo.

Y, con la oración y la penitencia, muy bien entendieron los creyentes que había necesidad de aunar todos los recursos legales que en su mano estuviesen para obtener la libertad y se dieron a organizar, para el lunes de pascua —5 de abril en ese año— una gigantesca manifestación del pueblo para protestar frente a Palacio y ante el Gobernador y miembros de la Legislatura del Estado, por la actitud que, azuzados por la Masonería y como instrumentos de ella, estaban tomando, no sólo en contra de los derechos de la Iglesia, sino del mismo pueblo que ellos represen-

taban y de quien ejercían el mandato, pidiendo la revocación del Decreto que ocasionaba malestar en todas las clases sociales.

Ya la víspera, en el domingo de Resurrección, las damas más distinguidas de la Sociedad se dieron prisa para organizar al pueblo, y el pueblo, electrizado, correspondió al llamado con prontitud y valentía.

¿Quién convendrá que tome la palabra, en nombre de Colima, para hablar a estos perversos que se han convertido en enemigos del pueblo?

Y se pensó en la Srita. María del Refugio Morales, distinguida y simpática poetisa colimense. Las señoritas Leonor Barreto y María Espinosa fueron las encargadas de ir a entrevistarla.

Y la distinguida poetisa, con corazón de heroína, no obstante que previó desde luego la magnitud de su cometido, aceptó con un "sí" sonoro la invitación.

—Sí, iré. Cuenten conmigo.

Amaneció el lunes de Pascua. De casa en casa, de boca en boca, corría el anuncio de la gran manifestación para pedir, para exigir que se diese oído al pueblo, que se respetasen sus sentimientos y su voluntad; que se derogase el Decreto que aún, en aquel día, no entraba en vigor. Y pobres y ricos, de la ciudad y aún de los pueblos y poblados circunvecinos, todos se aprestaron con decisión.

Y la gran muchedumbre de pueblo que se había estado reuniendo en el Jardín Núñez desde las primeras horas del día principió a desfilar. Por todas las calles corrían las gentes en grupos más o menos numerosos, para reunirse a la manifestación, con una espontaneidad nunca vista. Hombres y mujeres, ancianos y niños, damas de la aristocracia y mujeres del pueblo vibraban al unísono.

Primero se dirigieron al hotel Carabanchel, ubicado en esos días en la actual calle de 5 de Mayo, No. 36, en donde estaba hospedado un Delegado de la Federación que se decía enviado a Colima para estudiar los acalorados problemas de la Entidad. Todavía en esos días se creía en la justicia y en la honorabilidad de "representantes" y "delegados", esperándose que, vencidos por los argumentos

que habrían de exponerse y por tan gallarda actitud del pueblo, intervendrían para que se lograse lo que Colima exigía.

Frente al hotel, sobre una mesa que de allí mismo se sacó, tomaron la palabra la poetisa María del Refugio Morales y don Margarito Villalobos. La muchedumbre llenaba materialmente, en masa compacta, toda la calle, de muro a muro y, a lo largo, en muchas cuadras. Con vibrante verbo se expuso al Delegado recién venido la indignación de Colima por aquel atropello a sus sentimientos más queridos, y se pedía su intervención para que se hiciese justicia al pueblo.

El Delegado escuchó con atención y se disculpó diciendo que el gobernador Solórzano Béjar estaba dispuesto —que se lo había asegurado a él— a atender la voluntad de los colimenses, y aun a renunciar al Gobierno del Estado si palpaba que no era hombre grato.

Y creyendo las palabras del hombre que mentía desde el balcón del hotel, optimistas y presurosos, se dirigieron todos apretadamente, a lo largo de más de cuatro cuadras, al Jardín de la Libertad, hasta frente al Palacio de Gobierno para hablar al Gobernador.

EL JARDIN DE LA LIBERTAD

Cuando los manifestantes llegaban, ya había en las cuatro entradas del jardín, camiones llenos de soldados armados. ¡Principiaba a oler mal! Sobre las azoteas de Palacio la policía tomaba sus puestos. En los balcones había también policías y civiles armados y aun los mismos Diputados, autores del infausto decreto.

La multitud, algo desorientada por aquel aparato imprevisto de fuerza bruta, penetró en la plaza e invadió los jardines, con sus callecitas y sus prados y aun los portales.

La voz sonora de María del Refugio Morales, trocada en esos momentos en directora y cabeza de aquella inmensa muchedumbre, se impuso en la multitud, y la decisión, entereza y gallardía colimenses lucieron con brillantez, así como lucía sobre la ciudad un brillante y candente sol de primavera.

Las mujeres vestían sus trajes claros y vistosos; y sombrillas blancas y de colores, multiplicadas en la muchedumbre, en manos de las damas colimenses, bullían sobre aquella multitud ferviente, dando al jardín de la Libertad un elegante y pintado aspecto de la más popular de las fiestas.

De pie, sobre la banqueta del jardín, Cuca Morales, con intrepidez de heroína, principió su discurso, mientras todo un pueblo, en unánime plebiscito, respaldaba su gesto gallardo.

Y Solórzano Béjar —el gobernador— salió al balcón central de Palacio, rodeado de la camarilla de sus más adictos. Por muy breves momentos escuchó con visible nerviosidad, y luego, golpeando con ambas manos el barandal de hierro, principió a gritar colérico contra el pueblo: "Mis órdenes se cumplirán, pese a quien pese y sabré hacerme respetar: Ni el clero, ni el pueblo, ni nadie, sabrán doblegar mi voluntad". Así dijo con altanería.

Una ola de indignación surgió de la muchedumbre y principiaron los gritos del pueblo que fueron contestados por los hombres que ocupaban el Palacio, con gesto arrogante y altanero. J. Guadalupe Rivas —el comandante de la Policía— recibió instrucciones de disparar sobre la muchedumbre indefensa. La mayor parte de los gendarmes —aseguraban los manifestantes después— disparaban tan sólo al viento. En cambio, muchos diputados y empleados que ocupaban los balcones, principiaron a descargar infamemente sus pistolas sobre el pueblo. Del balcón central en donde Solórzano Béjar dirigía aquel atentado monstruoso se disparaba con saña sobre Cuca Morales y las personas que de inmediato la acompañaban. Muchos de los manifestantes afirmaban entonces y siguen afirmando todavía, que el mismo Gobernador, con muestras de extremado coraje, disparó varias veces su pistola sobre Cuca Morales y su grupo.

Por fortuna, dada la nerviosidad y la rabia que agitaba no sólo al gobernador, sino a todos aquellos hombres, ninguna bala hizo blanco en la egregia señorita. Manuel Sánchez Silva, uno de los más adictos a Solórzano Béjar y que había estado allí en el balcón, al lado de él, desde el principio, queriendo poner a salvo la vida

de éste, temiendo alguna bala del pueblo ultrajado, le cogió del brazo y le metió, mientras sus secuaces continuaban disparando sobre la multitud que, en desorden, agitación y entre gritos de encendida y muy justa indignación, abandonaba el jardín para ponerse a salvo.

Allí, a unos pocos pasos de Cuca Morales cayó un anciano. Cuca y sus compañeras pretendieron auxiliarlo, pero fue imposible. Hubo escenas tremendas de dolor en aquella confusión. Ni el anciano ni ninguna de las demás víctimas que luego aparecieron tendidas en su sangre sobre el empedrado de la calle y sobre los prados del jardín, fueron recogidos por los familiares o amigos. Hubo de abandonárseles en las convulsiones y el estertor de su agonía. Las bocacalles fueron cerradas por los soldados y no se abrieron sino hasta que el campo había sido levantado.

De esta suerte el *Jardín de la Libertad* fue consagrado como tal con la sangre de las primeras víctimas que, *implorando libertad*, fueron acribilladas por el gobernador Solórzano Béjar.

DE LA PRIMERA SANGRE, LAS PRIMERAS FLORES

El 24 de marzo —habíamos dicho— el gobernador Lic. Francisco Solórzano Béjar había publicado el decreto que ocasionó el conflicto, dando diez días de plazo para que principiase a obligar. Ese 24 de marzo, en ese año, fue jueves de la Semana de Pasión, víspera, por tanto, de la Semana Santa que se convirtió en semana de lágrimas, de penitencia, de intensa, de intensísima oración, como jamás se había tenido. El pueblo hacía oración en los templos y en las casas. En multitud de hogares se oraba aún en las altas horas de la noche, en hora santa cotidiana, de las 11 a las 12, en expiación de tanto pecado y odio y suplicando el triunfo y libertad de la Iglesia y la conversión de los enemigos. Multitud de fieles, aun niños, ayunaban todos los días. Así se preparaba, en los planes divinos, la rehabilitación y resurrección de muchos de los que se habían convertido en enemigos de la Iglesia.

El culto solemne de expiación de esos 10 días, se repartió entre los diversos templos de la ciudad: hoy en uno, al día siguiente en otro. Allí se daba cita todo el clero, y los fieles de la ciudad llenaban el recinto santo, los atrios y las calles circunvecinas, llorando y rezando.

Nunca había habido, en la historia de los años cristianos de Colima, una misión predicada con más éxito. Eran ríos de gente los que acudían sin cesar al templo; millares de personas comulgaban todos los días. Aun aquellos que por años se habían retirado de la vida cristiana, lo hacían entonces con fervor y lágrimas y el grito de *¡Viva Cristo Rey!*, grito de dolor y de esperanza, de angustia y de protesta, salía de aquellos pechos oprimidos por tanta pena.

EL ULTIMO DIA DE CULTO PUBLICO

Y por no entregar los derechos de Dios en manos de la impiedad organizada en Régimen Revolucionario, por no traicionar a Cristo y a su Iglesia, después de la apostólica resolución del Excmo. Señor Velasco, el culto público hubo de suspenderse en Colima el día 7 de abril, miércoles de la semana de Pascua. Era el año 1926.

Los "aleluyas" de la Resurrección, unidos a las lágrimas de todo un pueblo, fueron la ofrenda de Colima al Cristo triunfador a quien nunca la impiedad podrá vencer.

También en las catacumbas de Roma, allá hace casi veinte siglos, cuando la persecución de Nerón, los primitivos cristianos en sus himnos cantaban el tradicional *aleluya,* exclamación de triunfo y de victoria. En el Circo Romano lo cantaban los mártires de entonces, porque la Iglesia de Cristo jamás muere: lleva en sí misma la inmortalidad y el triunfo. Aun bañada de lágrimas en los años de cruz y martirio, canta su *aleluya.* Los mártires siempre triunfan, Cristo nunca muere.

¡Y qué bien el pueblo creyente entendía y sentía que al fin y a la postre no podría triunfar la impiedad! Así, aun en canciones populares, que hasta en las cárceles se cantaban por los que por la

causa de Cristo principiaban a ser detenidos, lo expresaba la fe Cristiana:

Y el más satánico de los clerófobos,
jefe vandálico de la legión,
dijo colérico, si bien que tímido
al pueblo víctima de su furor:

O cumplen dóciles las leyes fúlgidas
de la libérrima Revolución
o salen dóciles, cual parias débiles
de aquesta ínsula en que mando yo.

¡Oh Historia, ábreles tus áureas páginas:
verán los Césares con su poder
caer en átomos, mientras los Mártires
con palmas fúlgidas saben vencer!"

(Música de *En Noche Lóbrega*)

EL ULTIMO ACTO DE CULTO PUBLICO

El último acto de culto público consistió en una Hora Santa de desagravio que tuvo lugar en la Catedral Colimense, de las 11 a las 12 del día, seguida de la celebración de la Santa Misa, en la cual había de consumirse el Sagrado Depósito. De ahí en adelante ya la Sgda. Eucaristía no podría estar en los templos. Tendría que principiar para Colima el tiempo de las catacumbas y de sus mártires, así como en Roma, durante los tres primeros siglos de la era cristiana, bajo el imperio de sus Césares.

La multitud en ese día no sólo llenaba la Catedral, sino sus atrios, y aun la calle de Madero, por su costado norte y, por su frente, el jardín de la Libertad, regado, dos días hacía, con la sangre de los católicos colimenses que allí habían muerto, ametrallados por Solórzano Béjar y sus incondicionales, cuando en actitud gallarda, se habían presentado a reclamar libertad.

En el presbiterio, luciendo en lo alto, se encontraba un grupo

de jóvenes de la A. C. J. M. con la Bandera de su Comité Regional. Haciéndole guardia, estaban Dionisio Eduardo Ochoa, Antonio C. Vargas, J. Trinidad Castro, Tomás de la Mora y otros de los que después se destacarían como paladines de los derechos de un pueblo mártir. Estaban también la bandera de la Adoración Nocturna, la de la Confederación de Obreros Católicos y otros estandartes más.

Todos los pechos, inflamados de amor, protestaban fidelidad a Cristo; en todos los ojos había lágrimas de emoción; todas las miradas se dirigían a la Santa Custodia en donde, por vez última, se adoraba a Jesucristo.

Los cánticos de amor y fe resonaban en las amplias bóvedas:

Tú reinarás, este es el grito
que ardiente exhala nuestra fe.
Tú reinarás, oh Rey bendito;
pues tú dijiste: REINARÉ,
¡Reine Jesús por siempre;
reine su Corazón,
en nuestra Patria, en nuestro suelo,
que es de María la nación!

POBRE PUEBLO HUERFANO

Llegó la Comunión. Un Sacerdote bajó la Santa Hostia de la Custodia, pues era necesario consumir la Santa Eucaristía. Luego las lámparas fueron apagadas. Entonces, sí, no hubo manera de contener las lágrimas. La multitud lloraba con gran dolor. Yo vi rendirse en el pavimento, en medio de la consternación general, las banderas de la A. C. J. M. y demás agrupaciones católicas, en los más solemnes instantes: era la protesta muda, pero elocuentísima, nacida como de inspiración en aquellos momentos, de fidelidad a Cristo y de que por El se iría aun a la muerte. Yo vi los ojos de aquellos muchachos —futuros mártires de Cristo Rey— preñados de lágrimas que en silencio corrían una tras otra como gruesas perlas sobre sus viriles rostros.

Los sentimientos del alma cada uno de los fieles de aquella multitud, los expresaba a voz en cuello: unos lloraban en voz alta; otros impetraban misericordia y perdón. Se lamentaba la ausencia de Jesús; se lamentaba la suerte futura: *¿Qué haremos sin ti, Jesús? ¿Qué harán nuestros hijos? ¡Ven, Señor, ven, ten compasión de este pueblo que es tuyo! ¡Tú eres el Rey! ¡Tú, el triunfador! ¡Ven y triunfa! ¡Vence a tus enemigos! ¡Ven, Señor, y no te tardes!*

Y desde aquel momento, suspendido el culto público, el pueblo fiel quedó huérfano. El templo sin sus sacerdotes, el altar con sus lámparas apagadas, mudos los campanarios y el Sagrario desnudo y abierto. Y juntas vecinales, según disponía el Gobierno de la Revolución, se hicieron cargo de los templos.

LAS MAGDALENAS ARREPENTIDAS

Cuadros semejantes hubo esa mañana del Miércoles de Pascua en todas las parroquias y lugares del Estado; en algunas partes hubo circunstancias singulares. En Comala, municipio al norte de la ciudad de Colima, después de consumido ya el Divino Sacramento, el pueblo permaneció en el templo para resguardarlo de las manos sacrílegas. Un grupo de mujeres de mala vida aparece entonces en escena: lloraban a voz en cuello y a gritos confesaban su vida de deshonor y miseria. "Somos mujeres malas, decían; pero amamos a Cristo y hoy daremos por El nuestra vida y El nos perdonará. Sólo muriendo nosotras, podrán los enemigos apoderarse del Templo". Y se apostaron en sus puertas, en defensa del templo y del altar: Era Magdalena, la amante Magdalena que, bañada en lágrimas, supo estar al pie de la Cruz.

Capítulo IV

LA ACTITUD DEL PUEBLO

EL FERVOR DE LOS FIELES

La ciudad manifestó, con fe intrépida, su dolor y su duelo. De los marcos de las puertas en todo Colima —menos en los hogares de los empleados de Gobierno y de los masones— colgaban moños negros y las puertas estaban entrecerradas. Callaron las músicas y los cantares del pueblo, y principió, con unanimidad preciosa, una vida de piedad, recogimiento, oración y penitencia, como si se tratase de un largo y piadoso "viernes Santo" de las épocas de más fe de los siglos ya pasados.

Todos los católicos seguían haciendo penitencia. Una inmensa mayoría ayunaba diariamente y suprimía el uso de la carne, en "vigilia" no interrumpida. Aun los niñitos ayunaban y, en el Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, con los bracitos en cruz y coronas de espinas en sus cabecitas, llevados por la Madre Rosa, religiosa Adoratriz, cantaban diariamente el Salmo "Miserere" que la Iglesia usa en sus días de dolor para impetrar el perdón de Dios.

En los templos solitarios, sin Eucaristía y sin Sacerdote, en torno de la Cruz, se reunía diariamente el pueblo a gemir su orfandad y entonar cánticos de penitencia. El pavimento quedaba, día a día, regado con las lágrimas de los fieles. Se veían llegar grandes grupos de madres de familia que cotidianamente recitaban el Santo Via-Crucis. ¡Cómo lloraban a lágrima viva y cómo gemían en alta voz la ausencia de su Dios, la suerte propia y la de sus hijos!

Mas el remedio de tanto mal no estaba únicamente en llorar y gemir; había que poner algunos medios humanos y así lo comprendió el pueblo, así lo comprendimos todos, así lo vio, lo palpó, la Liga Defensora de la Libertad Religiosa.

LA LIGA NACIONAL DEFENSORA DE LA LIBERTAD RELIGIOSA

Esta institución cívica, *La Liga,* que desde marzo de 1925 se había constituído en coordinadora y encauzadora del movimiento de defensa contra los tiranos y que hacía tiempo estaba funcionando en Colima, llegó entonces al apogeo de su desarrollo.

Los héroes que aparecieron con más gallardía, fueron los muchachos de la A. C. J. M. Ellos, las señoritas organizadas y el grupo de Damas Católicas fueron los apóstoles más fervientes y decididos de la *Liga.* El jefe fue un varón meritísimo, miembro de la "Orden de los Caballeros de Colón", don Teófilo Pizano, que acarreándose sufrimientos y penas mil, supo ser, por aquellos días, el jefe cívico de un pueblo que, en defensa de su libertad, alcanzó la meta del heroísmo y forjó su epopeya. El jefe local de la ciudad, subordinado a él, fue siempre un muchacho de la A. C. J. M. Primeramente había sido Miguel Anguiano Márquez; pero éste, en unión de un compañero suyo, J. Jesús Cuevas, había sido tomado preso, a bordo del ferrocarril y conducido a Ciudad Guzmán, Jal. Fue sustituído entonces por Antonio C. Vargas.

Gloria a estos dos —el señor Pizano y el joven Vargas—, allá en el seno de Dios a donde volaron: D. Teófilo Pizano murió después de la epopeya cristera, después de tiempos largos que fueron martirio de incomprensión, pobrezas y abandonos, pero para la eternidad, gloriosos. Antonio C. Vargas murió en los tiempos mismos de la lucha por la defensa de la libertad, por Cristo y por la Patria.

De esta suerte se organizó el pueblo —en la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa— maravillosamente y se intensificó la propaganda impresa que alentase continuamente a los creyentes en medio de la persecución; que no los dejase desmayar y

que preparase el espíritu de los católicos militantes hasta los extremos que las embestidas brutales del tirano lo exigiesen.

Efecto de esa organización fue aquel cuadro sublime de fe heroica que presentó entonces el pueblo de Colima.

EL BOYCOT

"Oración + luto + boycot = victoria", decían los innumerables billetitos que en todas partes circulaban; billetitos que sin saber los perseguidores, ni a qué hora, ni cómo se fijaban, aparecían pegados en todas partes: en las esquinas de las calles, en las puertas y ventanas de las casas, en los postes de la luz, en los árboles de los jardines, en los coches y tranvías, en el palacio de Gobierno.

Un pequeño periódico titulado *Acción Popular*, órgano de la *Liga* en Colima, impreso y repartido clandestinamente, unificaba la acción colectiva del pueblo colimense. Toda esta propaganda se hacía en medio de muchos peligros y burlando la extremada vigilancia de los enemigos. Un solo folleto de propaganda católica era causa suficiente para que aquel que lo trajera fuese conducido a la prisión y allí injuriado y golpeado por los esbirros del gobernador Solórzano Béjar. Así los muchachos de la A. C. J. M. continuamente eran arrestados; pero esto no atemorizaba a ninguno y la propaganda continuaba cada vez con mayor entusiasmo. En la ciudad, gracias a la organización, las hojas volantes, periódicos o folletos se repartían simultáneamente en menos de diez, de quince minutos, y cuando los gendarmes querían impedirlo, todo estaba ya concluído, la ciudad estaba ya inundada con la propaganda. A los pueblos y aldeas la propaganda impresa se mandaba en el fondo de los cajones o canastas de fruta.

También, entre la propaganda, con el fin de levantar y enardecer los ánimos, y conjurar el abatimiento, hacíanse circular entre los católicos y en especial entre los héroes de aquella jornada, algunas canciones muy significativas, que se cantaban con los sones más en boga, con mucho entusiasmo y vida. Va a continuación una de las que se hicieron en ese tiempo más populares en Colima:

BOYCOT

(Melodía de *Morir por tu amor*)

Ir a la inspección,
Qué dicha ha de ser,
En medio de cuicos salvajes
Que casi nos quieren comer.
Y luego llegar
Ante el Inspector,
Que pone la cara
De nagual, de tetuán, de tejón.
Cantad, cantad, cantad, cantad,
Que al cabo la cárcel no come.
Reíd, reíd, reíd, reíd,
Que libres nos dan si son hombres.
Boycot, boycot, boycot, boycot,
Palabra que encierra un misterio;
Su nombre es sacrosanto,
Porque el miedo servil nos quitó.
Lanzarse al boycot
Sin un alfiler...
Al grito de gloria y de triunfo
Que dice: "Viva Cristo Rey!"
Gritar con pasión,
Volver a gritar.
A cada descarga
Con que intentan el grito acallar.

Cantad, cantad, cantad, cantad,
Que al cabo mi Cristo no muere;
Reíd, reíd, reíd, reíd,
Que al cabo con El nadie puede.
Boycot, boycot, boycot, boycot,
Aunque los tiranos relinchen.
Que sepan y entiendan
Que son libres los hijos de Dios.
Tomar el fusil,
Contra una mujer
Es cosa que no hacen los cafres
Y aquí sí lo saben hacer.
Llevarla a prisión,
Su sexo insultar,
Eso no sucede
Sino en tierras que manda un tetuán.
Cantad, cantad, cantad, cantad,
Que al cabo la cárcel no come.
Reíd, reíd, reíd, reíd,
En medio de los tecolotes.
Boycot, boycot, boycot, boycot,
Así cantaremos alegres,
En calles y plazas,
En palacios y hasta en la prisión.

DISCIPLINA DE UN PUEBLO

El pueblo perseveraba en el ayuno y la penitencia; las señoras vestían, en su mayoría, traje negro; todos caminábamos a pie, sin hacer uso ni de automóviles, ni de tranvías; el servicio de luz eléctrica se redujo a lo más indispensable; no se compraba en los comercios sino lo estrictamente necesario; nada de paseos y diversiones; los teatros y cines estaban desiertos y, en el templo solitario,

continuaban los católicos llorando su orfandad y entonando cánticos de penitencia.

Para no dejar abandonado al pueblo sin instrucción religiosa, además de las innumerables hojas volantes que a diario se repartían, entre las cuales ocupaba el primer lugar un periódico pequeño titulado *El Misionero del Hogar,* de carácter doctrinal escrito por el entonces joven Sacerdote D. Enrique de Jesús Ochoa, se fundaron en casi todas las manzanas de la ciudad pequeños centros clandestinos de catecismo. Estaban éstos bajo la dirección del Gobierno Eclesiástico, quien echó mano, principalmente, de las señoritas de los círculos católicos de estudio, afines a la A. C. J. M., para tan necesaria y laudable empresa. Hubo, sin embargo, también aquí, algunos de los muchachos de la A. C. J. M., que trabajaron con tesón, entre los cuales se contaba a Tomás de la Mora, mártir poco más tarde, quien era el brazo derecho del mismo Sacerdote Ochoa encargado de aquella organización catequística.

También en los pueblos perseveró el entusiasmo por defender su perseguida fe. De todos ellos afluían a la Capital del Estado sendas protestas contra los tiranos, calzadas por innumerables firmas. Entre todos se distinguió el pequeño pueblo de San Jerónimo, Col., de donde salió la primera protesta en la cual se lanzaba, además, la idea del Boycot, que todos los demás pueblos del Estado acogieron con grande entusiasmo.

Y así como en sus escritos manifestaban los católicos de San Jerónimo, Col., decisión y entereza cristianas, también lo manifestaban en sus obras.

EN LAS BARBAS DE LOS POLICIAS

Muchas veces quisieron los servidores del tirano llevarse preso al Párroco de San Jerónimo don Ignacio Ramos; mas el pueblo nunca lo permitió. Siempre los fieles estaban alerta: una o dos campanadas de contraseña significaban que había peligro, que algo malo ocurría y todos dejaban sus trabajos, las casas se cerraban y se corría a la defensa de su Sacerdote.

En cierta ocasión un grueso piquete de soldados se presentó a las puertas de la casa parroquial en busca del Párroco; pero el pueblo en masa se amotinó al momento; aun niños de cuatro años llevaban sus sombreritos llenos de piedras, para luchar contra los perseguidores en caso de que quisieran llevarse a su Pastor; el capitán, jefe de la escolta, optó entonces por la paz y regresó a la capital del Estado sin atreverse a ejecutar la comisión que llevaba.

Y así como eran luchadores, eran fervientes: se hacía penitencia pública, se lloraba diariamente, allí en aquel templo helado y sin sagrario; aun los niños ayunaban y, de la mano de sus padres o hermanos mayores, descalzos y con coronas de espinas, salían de sus casas y atravesaban el poblado hasta llegar al templo.

En otra ocasión, por esta su misma actitud gallarda, fueron a dar a la cárcel muchas de las señoritas de las principales familias de allí. En la prisión no hicieron otra cosa que cantar y rezar; ya cantaban sus canciones populares del *boycot,* ya alabanzas, ya rezaban todas unidas y en voz alta el Santo Rosario con la letanía cantada, o lanzaban el intrépido grito de "¡Viva Cristo Rey!" Los enemigos ardían de rabia que desahogaban con insultos y palabras tabernarias; mas ellas perseveraban en su misma actitud.

Capítulo V

LA CUBIERTA INSIDIA

EL VENERABLE ELEAZAR

ENTRE TANTO, MIENTRAS EN EL Estado de Colima, en atención a las leyes locales, no había ya culto público y el pan de cada día estaba ya amasado con amargas lágrimas, en Jalisco —el Estado vecino—, y casi en toda la República, el culto continuaba aún, con más o menos regularidad; pues todavía no había llegado el momento oportuno que el tirano esperaba para hacer pesar, sobre toda la Nación, los procedimientos más radicales, como se estaban empleando en Colima.

Y entonces principió, por parte de los malos, una política artera, sucia y diabólica, para hacer claudicar al anciano, egregio Obispo de Colima y a su Clero, obligándolos a reanudar el culto público, aceptando la ley. La ley impía de la reglamentación de cultos, según sus tenebrosas maquinaciones, tendría que acatarse para esclavizar a la Iglesia, haciéndola sierva del Estado; pero, al mismo tiempo, la suspensión del culto no convenía a sus planes, pues los ánimos cada vez se iban caldeando y la tensión de las almas cada día se vigorizaba más.

Y así se iniciaron las malignas promesas que el Gobernador principió a hacer, valiéndose de un grupo de comerciantes que de buena fe se prestaron a mediar. Y las proposiciones perversas del Gobernador y de la Masonería eran: "que se reanudase el culto; que la ley quedaría sin derogarse; pero que no tendría cumplimiento y

todo se reduciría a mera fórmula y a una sujeción tan sólo aparente".

Y conociéndolos, ¿quién iba a creerles?

¿Quién garantizaba que iba a ser simple fórmula?

Y aunque no se pusiese en vigor la ley ¿no iba esto a aparecer ante el pueblo fiel de la Diócesis y ante todos los demás pueblos cristianos, como una desleal claudicación? Y el nuevo santo Eleazar, como aquel anciano del tiempo sublime de los Macabeos, después de una nueva reunión plena sacerdotal, en que todos renovaron su adhesión al Prelado, contestó, en un viril documento que es todo un monumento, reafirmando su posición y dando las gracias a los mediadores, levantando así su frente de mártir para esperar todo lo que Dios permitiera.

RESPUESTA DIGNA A INDIGNAS PROVOCACIONES

El Documento histórico helo aquí:

"Colima, 23 de abril de 1926.

Sres. Comerciantes D. Daniel Inda, D. Andrés García y D. Tiburcio Santana.
Ciudad.

Me refiero a su Comunicación fechada el 20 de los corrientes, dirigida al M. I. Sr. Vicario D. Francisco Anaya.

Considerando, primero: que en la comunicación suscrita por ustedes falta una base firme y sólida para un arreglo satisfactorio de la cuestión religiosa; porque el Sr. Gobernador no la autoriza con su firma y puede en cualquier día desconocerla.

Considerando, en segundo lugar: que ese avenimiento propuesto por ustedes sería demasiado provisional y en cualquier día el Sr. Gobernador se escudaría con la Legislatura para modificarlo, como puede fundadamente presumirse.

Considerando, tercero: que ya por los anteriores considerandos, como porque está pendiente el juicio de amparo que interpusimos y que indudablemente nos será adverso, dada la actitud hostil del Juez de Distrito que al negar arbitrariamente la *suspensión del acto,* se convirtió

en causa principal del actual malestar público, nos sentiremos sin cesar con la espada de Damocles sobre nuestras cabezas.

Considerando, cuarto: que la palpitante cuestión religiosa pide urgentemente, no simples componendas, sino un arreglo que deje claramente a salvo los Sagrados Cánones.

Considerando, quinto: que la resistencia popular, sorda pero efectiva, a la Ley del 24 de febrero y a su reglamentación es palpable y bien reconocida por el Gobernador.

Considerando, sexto: que el artículo 130 en la parte relativa al asunto de que se trata, no es imperativo, sino potestativo y que bien pueden por lo mismo, el Gobernador y la Legislatura dar gusto al pueblo derogando la ley del 24 de febrero.

Manifiesto a ustedes que el V. Clero, en junta plena verificada ayer, resolvió por unanimidad: que se den a ustedes las gracias expresivas por las generosas y laudables gestiones que han hecho para la solución de la candente cuestión religiosa. Que lo único que podemos aceptar en conciencia es la derogación del decreto.

Y que ustedes, si gustan, pueden extremar su generosidad, interponiendo en lo particular ante el Gobernador su valimiento amistoso, para que él, a su vez, medite los anteriores considerandos e influya poderosamente en la Legislatura, para que derogue el decreto.

Así, como por encanto, desaparecerá la angustia terrible que está ahogando al pueblo católico de Colima.

Dios guarde a ustedes muchos años.

J. Jesús Ursúa, Srio".

LA POLITICA MAS SUCIA

Y no terminó aquí la política artera de los hombres que llevaban en sus manos las riendas del Gobierno de Colima, más aún cuando aconteció que en el Estado de Michoacán, en donde de igual manera que en Colima se había suspendido el culto por la limitación de Sacerdotes impuesta por el Estado, se había logrado prevalecer contra el Excelentísimo Prelado de aquella Arquidiócesis Mons. Ruiz y Flores, quien reanudó el Culto público, bajo promesas verbales de que la ley no se aplicaría.

Entonces la Masonería en Colima cobró alas y bríos y se principió a atacar de la manera más sangrienta al Excmo. Sr. Obispo Velasco y a su Clero, acusándolos "o de estupidez" —decían— "toda vez que un Obispo verdaderamente sabio y santo, como era Mons. Ruiz y Flores, Arzobispo de Morelia, no había tenido inconveniente en aceptar las proposiciones del Gobierno, o de mala fe".

A todos estos ataques, el Gobierno Eclesiástico de Colima contestó en documento que se hizo público el 28 de mayo. Helo también aquí:

"A los católicos de Colima

Estado que guarda la cuestión religiosa

Con motivo de la reanudación del culto en Morelia, el periódico impío *El Liberal* que los masones editan semanariamente en esta ciudad, en su número del domingo pasado, nos llena de injurias, nos hace responsables de que en Colima no haya culto y pretende aplastarnos con los sucesos de Michoacán.

Aunque ya se han dado al pueblo copiosas instrucciones y nada tenemos que temer de las personas sensatas, vamos a rechazar brevemente los gratuitos cargos que nos hace el periódico aludido, para prevenir el escándalo de los débiles, y luego daremos a conocer el verdadero estado de la cuestión religiosa en Colima.

Las injurias de El Liberal. Los ultrajes de *El Liberal* nos tienen sin cuidado: está en su puesto. La mentira, la calumnia, y la injuria son las únicas armas que pueden esgrimir los perseguidores de la Iglesia, es decir, los enemigos de la verdad y de la justicia, los verdaderos conculcadores de la Ley, los asesinos de todas las libertades. Los que escriben en *El Liberal* están en su papel: las causas malas no pueden defenderse con razones... Que injurien; pues en el insulto se halla su especialidad.

Y ¡qué contraste! Mientras *El Liberal* nos insulta, muchos Ilmos. Obispos, especialmente el Metropolitano, y muchisímos sacerdotes de distintas diócesis han felicitado calurosamente, por su actitud gallarda, al humilde, perseguido y vejado clero colimense. ¿Qué valen las injurias de *El Liberal,* comparadas con tales loores y homenajes?

El Liberal nos hace personalmente responsables. El Liberal supone dos

cosas: una, que la generalidad del clero colimense quiere someterse al decreto opresor y anticonstitucional del 24 de febrero. Otra, que nosotros 'cacicalmente' le imponemos nuestra férrea voluntad, e impedimos que los señores sacerdotes acaten la ley de referencia. Alto allí, señor *Liberal.* Lo primero es una sangrienta injuria al Venerable Clero, que nunca ha pensado en someterse. ¿Olvida usted que todos, sin excepción, firmaron una viril protesta, precisamente contra el decreto?

Lo segundo es un error. Nada de caciquismos, al contrario, la cordialidad más perfecta. Usted, señor *Liberal,* se equivoca al suponernos divididos. Jamás había habido entre el Clero tanta caridad y tanta unión como en estas horas de prueba. Todos, con esa fraternidad, con esa unión estrecha, podemos prometer a usted que iremos más allá.

El Liberal pretende aplastarnos con los sucesos de Michoacán. De la reanudación del culto en Michoacán, nada sabemos oficialmente. Ignoramos las bases del arreglo, si lo hubo. Y mientras no conozcamos estas bases, debemos abstenernos de toda crítica; no podemos censurar, ni alabar la conducta del Ilmo. Sr. Arzobispo Ruiz y Flores.

Pero de cualquier manera que haya sucedido, sepa el ignorantísimo *Liberal* que una Diócesis no es norma de las otras, sino que todas tienen una sola norma: El Código de la Iglesia.

Suponemos con fundamento que el Ilmo. Sr. Ruiz y Flores obró correctamente, que no claudicó, que defendió virilmente los sagrados derechos de la Iglesia; pero si desgraciadamente no hubiera sucedido así (lo cual no admitimos), no es responsable ante nosotros, tiene su superior jerárquico, el Romano Pontífice, a quien dará cuenta de sus actos.

Para que *El Liberal* se ilustre y no ande por los cerros de Ubeda, sepa que el canon 1260 a la letra dice: 'Los ministros de la Iglesia, en el ejercicio del culto, únicamente deben depender de los superiores eclesiásticos'.

Luego, señor *Liberal,* cualquier hecho, cualquier arreglo en que de alguna manera la Iglesia o los que la dirigen queden supeditados a otras autoridades, es un arreglo anticanónico y abominable, porque entonces, los ministros del culto no dependen únicamente de los superiores eclesiásticos. ¿Comprendió usted?

Si al *Liberal* pareciere corta esta razón, le recomendamos la lectura de dos documentos que ya conoce toda Colima: La última Carta Pastoral Colectiva del Episcopado Mexicano, y el magnífico estudio procedente de Durango que adoptó e hizo propio el Ilmo. Sr. Velasco... Colima, a 28 de mayo de 1926. FRANCISCO ANAYA, *Vic. General.* J. JESÚS URSÚA, *Srio.*

Y personalmente se dieron los hombres del nefando Régimen a socavar la hasta entonces inquebrantable firmeza del venerable y dignísimo Señor Velasco que el cielo había dado a Colima como Obispo para que fuese el piloto de su Iglesia azotada por furioso vendaval, y lograron, de entre las filas del Clero Colimense, convencer a un pequeño grupo —dos o tres— de sus más distinguidos sacerdotes, de que *"era necesario ceder, como había cedido el Señor Arzobispo de Michoacán".*

Y se logró que estos eclesiásticos "convencidos" trabajaran al Excmo. Sr. Obispo Velasco para hacerlo desistir. Estos Sacerdotes, es cierto, obraban de buena fe; pero su labor era ya el punto inmediato a la meta que el doloso perseguidor se proponía: la claudicación del egregio Obispo de Colima.

Y tanto trabajaron —más aún que se unió a ellos la influencia del Sr. Lic. D. Enrique de la Madrid ex-gobernador de Colima, muy estimado y querido del Excmo. Sr. Velasco—, que hubo un momento en que el Prelado, con ceño apesadumbrado, creyendo que en realidad el camino por seguir, menos lleno de dolores y males para las almas a él confiadas, era el de aceptar la reglamentación nefanda, entrando en componendas con el enemigo, se inclinaba ya hacia esta resolución, aunque un poco titubeante.

—Que venga el Padre Secretario —dijo.

Pero se había orado tanto, se había ya trabajado y sufrido tanto, que la Providencia de Dios acudió en aquel momento crucial: Colima, la Diócesis Mártir, no habría de claudicar.

Y propiamente en aquel momento se presenta ante el anciano Obispo su ilustre y nunca bien alabado Secretario, el egregio Padre don J. Jesús Ursúa.

—Te mandé buscar —dice el Excmo. Señor Obispo.

—A las órdenes de V. Señoría Ilma. —dice el Padre Secretario.

—Mira, tal vez sea conveniente volver atrás. Tal vez no haya otro recurso.

—Señor —dice el Padre don Jesús Ursúa—, pero antes de una

determinación definitiva, le ruego que lea este documento precioso que le traigo: es una carta del Arzobispo de Durango el Señor González y Valencia.

—¡El Señor González y Valencia! —repuso el anciano Obispo Señor Velasco, recordando la grandeza de aquella alma de verdadera gallardía apostólica.

Y la carta era una ferviente felicitación por el espectáculo excelso que Obispo y Clero de Colima estaban dando no sólo a México sino al mundo entero, al estarse sosteniendo en pie, ante el Régimen impío, sin traicionar a la Iglesia, sin entregar en manos de los enemigos los derechos sacrosantos de Cristo; más glorioso y excelso —continuaba el Excmo. Sr. González y Valencia—, cuando ya, desgraciadamente, dada por una parte la debilidad humana y por otra la falacia atroz de los enemigos, principiaban las claudicaciones en otras diócesis. Y pedía las oraciones y bendiciones del Obispo mártir de Colima, para que Durango siguiera su noble ejemplo de grandeza.

El anciano santo Obispo Señor Velasco sintió volver a la luz, a la vida, al camino firme y recto del deber apostólico, aunque estuviese sembrado de dolores. Sus ojos brillaron como iluminados por Dios.

—¿Sabes? —dice a su Padre Secretario—. Aquí está la mano de Dios. ¡Ni un paso atrás, nada de claudicaciones! ¡No seremos nosotros los primeros Sacerdotes de Cristo que por El y por su Iglesia hayamos de sufrir! ¡Adelante! ¡Y que venga lo que Dios quiera! ¡Al fin y al cabo, más que esto merecemos por nuestros pecados! —Así concluyó el santo Obispo.

SE VA ADELANTE EN LA INSIDIA: SE RECURRE AL ARZOBISPO DE GUADALAJARA

Todavía más; cuando se vio que la constancia del Obispo y Clero de Colima, no había sido vencida por ningún medio humano, porque no habían valido, ni las amenazas, ni la burla, ni la calumnia, ni la diabólica astucia, entonces se recurrió a un medio indi-

recto: el recurso al Metropolitano —el Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara Mons. Francisco Orozco y Jiménez— para que él, con carácter de Superior eclesiástico, presionara al Obispo y Clero de Colima. De esta suerte, un día, comisionados por el Gobernador Lic. Francisco Solórzano Béjar, se presentaron ante el egregio Arzobispo de la metrópoli tapatía dos personajes de representación: D. Juan Gamba, español, Gerente del Banco Nacional, y el Sr. Solano, español también, a pedir que se hiciera presión sobre Colima y se redujese la actitud tenaz de su Obispo y Clero. Mas el Iltre. Metropolitano no sólo se excusó de intervenir, sino que elogió con energía la actitud del católico pueblo mártir de Colima, cuyo Obispo y Clero eran dignos de todo encomio. "Yo, por mi parte —fueron palabras del Iltre. Arzobispo— pido a Dios que cuando me llegue la ocasión, sepa guardar la gallarda actitud del Sr. Obispo de Colima". Y los dos distinguidos enviados de Solórzano Béjar hubieron de despedirse, fracasados del todo.

DOS ILUSTRES CONFESORES DE LA FE

En esos días, cuando el Lic. Solórzano Béjar recurrió al último medio que él y los suyos excogitaron para hacer claudicar al Excmo. Sr. Obispo Velasco, acudiendo al Metropolitano Mons. Francisco Orozco y Jiménez, con el propósito tonto de que él lo obligara a rendirse, el Ilmo. Sr. Obispo de Colima no estaba ya en la capital del Estado, sino en Tonila, bella población colocada en las faldas orientales del Volcán de fuego, ya en jurisdicción civil de Jalisco y, por tanto, fuera de la órbita de acción del Gobernador Solórzano Béjar; pero perteneciente a la Diócesis de Colima. Desde allí seguía el Venerable Obispo rigiéndola. Allí continuaba aún el culto público con todo su esplendor y, dada la corta distancia entre la capital y Tonila, distancia que no pasa de 36 kilómetros, se formaba un verdadero río de gentes que, a pie o en coches, afluían a Tonila de las diversas partes del Estado oprimido, sobre todo los domingos y viernes primeros de cada mes.

Entre tanto, en la capital del Estado, permanecían el Vicario

General Mons. don Francisco Anaya y el Padre Secretario don J. Jesús Ursúa. Estos dos ameritadísimos Sacerdotes fueron en aquellos amargos días, algo más que el brazo derecho del anciano Obispo; ellos se enfrentaban personalmente a los tiranos para defender los derechos de la Iglesia; ellos recibieron en su propio rostro el escupitajo de horribles injurias de los enemigos; ellos, en los momentos más angustiosos, cuando por las circunstancias no había tiempo y manera de acudir al Prelado, reunían a su Clero en sesión plena para deliberar; pedían opiniones y se mostraban siempre con tan heroica valentía, que el más descorazonado sentía luego ánimo y vigor.

Capítulo VI

MULTITUDES PEREGRINAS

EN BUSCA DE JESUS

Así, en medio de tantas y tan grandes dificultades, pasaron los meses de abril y mayo. Vino junio, el mes del Sagrado Corazón de Jesús, y su Novenario y Fiesta. En Colima no había un Sagrario en público, no obstante que, en privado, donde los fieles no lo sabían, completamente en oculto, sí se guardaba el Smo. Sacramento para llevarlo por viático, afrontando mil peligros, a los enfermos graves. En la atención de los enfermos se distinguió por su celo y atrevida caridad pastoral, el Padre don Tiburcio Hernández, Vicario del Templo de Ntra. Señora de la Salud. Los fieles de todo Colima recibían servicios suyos. Pero el Corazón vivo de Jesús no latía en ninguno de los tabernáculos de los templos y, sin embargo la fe de aquel pueblo huérfano, el amor al dulcísimo Jesús ausente se había agigantado y era preciso ir en busca de El. El piadosísimo pueblo de Colima, no podía vivir sin El.

A Tonila, pues, en donde había todavía culto público, fueron los fieles a desahogar los sentimientos de su alma, a celebrar las fiestas del Corazón Divino de Jesús Rey. Los días del novenario se distribuyeron entre los principales pueblos del Estado mártir. Todos los días iban, en compacta peregrinación, los habitantes de la parroquia, pueblo o ciudad a que tocaba el turno; en los caminos, el río de gente no se interrumpía, ya en caballos o asnos y aun a pie, según las posibilidades de cada uno.

El simpático pueblo de Tonila rebosaba de gente de fuera que iba a adorar, a bendecir, a desagraviar a Jesús, a recibirle en su pecho, a estrecharle en el Corazón, quizá por última vez.

Gran número de los sacerdotes de Colima estaba allí en Tonila para atender a los centenares y aun a millares de cotidianos peregrinos. Hubo ocasión en que todo el día se estuvo confesando, en seis o siete confesonarios a la vez, y la multitud, deseosa de acercarse al sacramento de la Penitencia, no se agotaba. Hubo noches en que los sacerdotes estuvieron confesando sin interrupción, desde la Hora Santa del día anterior, hasta la Misa del siguiente, y aún así, muchísimos hombres quedaban sin poder recibir los Sacramentos.

Cada peregrinación celebraba, al mismo tiempo, en el día en que le tocaba su turno, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y la Procesión del Corpus, que no había sido posible celebrar en su propio Octavario. Era en esos momentos cuando el fervor y el dolor rebosaban de los corazones; todas las gargantas se anudaban, los ojos se llenaban de lágrimas y se oían los entrecortados y reprimidos sollozos.

El día de la Fiesta del Sagrado Corazón, la solemnidad tocó a los sacerdotes del Estado. Allí, a los pies de Jesús, se dieron cita todos ellos, jóvenes y ancianos; iban a dar gracias por el favor de la fortaleza que hasta entonces les había dado el Señor; iban a pedir nueva luz y fortaleza para seguir, en medio del tremendo huracán que azotaba a la Patria, fieles a Cristo, leales a su Iglesia, aunque tuviese que llegarse al martirio.

LOS ALUMNOS DEL SEMINARIO

El día 27, aunque ya fuera del novenario y fiesta del Sagrado Corazón, tocó a los jóvenes seminaristas, pues ese día era segundo aniversario de su consagración solemne al Sagrado Corazón de Jesús y de la entronización de El, el Rey Divino en aquel Seminario, que habría de ser jardín de mártires. Ya el Rey Sacramentado no sería llevado en procesión triunfal por los engalanados

corredores del Plantel, pues éste estaba en poder de los tiranos y, además, esto no hubiera sido posible, dada la suspensión del culto dentro del Estado de Colima; pero los fervientes colegiales irían a buscarle, traspasarían los límites del Estado, para ir a jurarle fidelidad y amor, en el pueblecito vecino de Tonila, Estado de Jalisco.

En peregrinación de desagravio y penitencia salieron a pie en la mañana del 26. Poco antes del mediodía, los jóvenes habían recorrido aquel empinado camino de más de 30 kilómetros y estaban en Tonila; llevaban encendido el rostro por la fatiga y el sol, cubiertos de polvo y jadeantes, pero contentos, satisfechos. La tarde la pasaron en retiro espiritual. El siguiente día fue de regocijo y fiesta. Jesús en el Altar, expuesto públicamente, bendijo a aquellos muchachos que iban a rendirle, ante su trono, nueva y ferviente protesta de amor. Y el himno del Seminario resonó, caldeando más los corazones:

Reina, Jesús, que sea tu Seminario
horno radiante del Divino Amor.
Si el mundo enfurecido es tu adversario,
te juramos amar con santo ardor.

Reina, Jesús, tu Corazón herido
inspire nuestras almas con su luz,
y entonces nuestro pecho, enardecido,
sólo tuyo será, Señor Jesús.

El fuego de tu Santa Eucaristía
nuestras almas encienda y queme ya;
acuérdate, Señor, dijiste un día:
mi Corazón Sagrado reinará.

Asienta tu reinado, no receles,
aquí en tu Seminario, oh Rey de Amor.
Te juramos, Señor, el serte fieles;
no habrá de entre nosotros un traidor.

Reina, Jesús, juramos defenderte,
tan sólo tuya nuestra vida es.

Destronado, Señor, no hemos de verte:
primero moriremos a tus pies.

"SERVA EOS IN NOMINE TUO"

Una bellísima escultura del Corazón de Jesús —que aún existe en aquel templo parroquial— estaba en un pequeño altar cubierto de flores y luces, cerca de la barandilla del comulgatorio, al lado del Evangelio. La escultura representa a Jesús orando y bendiciendo: su rostro un poco levantado, sus manos de igual manera y sus hermosos ojos fijos en el cielo. Cómo traía ese cuadro la representación de aquel otro hermosísimo de la vida de Jesús, cuando, en la Ultima Cena, rodeado de sus discípulos, los hijitos amados de su Corazón, les anuncia horrible borrasca, tiempos angustiosísimos muy distintos de aquellos que habían pasado en aquel divino Colegio, a la sombra de El, el Maestro sin igual, y luego los bendice con inefable ternura: "Padre Santo, conserva en tu nombre a estos que me has dado... Cuando estaba con ellos, yo los conservaba en tu Nombre... No te pido que los saques del mundo, sino que los libres del mal" (San Juan 17, 11-15). Así también ahora, aquellos jóvenes estaban por última vez agrupados alrededor del Maestro; la tempestad arreciaba por momentos, la fuerza del huracán tenía que azotar muy rudamente a aquel escogido grupo del Señor; muchos de aquéllos, más del diez por ciento, tendrían que dar su vida en testimonio de la Realeza de Cristo. Y el Cristo divino está en medio de ellos, sus manos extendidas los bendicen, su rostro está levantado al cielo, Jesús está orando, sus hermosísimos ojos revelan amargura y amor: "Padre mío —parece decir—, el mundo odia a éstos, porque son míos. Padre mío, el huracán arrecia, la persecución se recrudece por instantes, te pido por éstos, no que los libres del rigor de la borrasca, no que los saques del mundo, sino que los guardes del mal". *Serva eos in Nomine tuo*—. Guárdalos en tu Nombre.

Aquel día se celebró el solemne ofertorio en el que el pequeño

Seminario de Colima, hizo el holocausto de sí mismo, al Corazón Divino de Cristo Rey. ¿Este Rey divino aceptó la oblación...? Porque aquel seminario fue un seminario mártir: ninguno en la República Mexicana, dio tantas víctimas al Señor.

Capítulo VII

EL "NON POSSUMUS" DEL EPISCOPADO NACIONAL

LA LEY - CALLES

ENTRE TANTO, EN TODA LA NACIÓN la situación se agravaba día a día.

Plutarco Elías Calles —el tirano— expedía con fecha 14 de junio de ese año 1926 su famosa Ley-Calles que reglamentaba el culto en toda la Nación y cuya transgresión, considerada como de los más grandes delitos, tendría que ser castigada con fuertes penas que se incluían en el Código Penal. Esta ley, que determinó el momento crítico del conflicto nacional, entraría en vigor el 31 de julio de ese mismo año.

La impiedad creyó, sin vacilación alguna, que asistía a los funerales del Catolicismo en México; la Revolución Mexicana, con altanero orgullo, presumía, ante toda la maldad de la tierra, haber sido capaz —ya ellos lo creían así— de estrangular a la Iglesia de Cristo. Finalmente la consigna masónica de Voltaire de "aplastar a Cristo", la creían una realidad en México.

Al dictar la Ley-Calles, la Iglesia quedaba en un dilema: o aceptaba aquella ley y se sometía a los designios de la Revolución Mexicana y entonces sería sierva del Estado, y el Régimen Revolucionario la arrancaría de la obediencia del Sumo Pontífice, la estrangularía y la reduciría a una Iglesia nacional cismática, sueño dorado acariciado de muy largo tiempo en México por las logias

masónicas, o, en caso de que la Ley no se aceptase, así como en Colima no se había aceptado, entonces la tenaza tiránica de las penas que en el Código Penal abarcaban a todos los transgresores y a sus cómplices, entre los cuales se incluía aun a los Gobernadores o empleados del gobierno que quisiesen hacer sombra y disimular las violaciones, se hincarían crueles y tremendas sobre todos los creyentes y el Catolicismo en México tendría que anegarse en la sangre de sus propios hijos. De una u otra manera, el triunfo de la masonería —creyeron cándidos, sin recordar que contra Cristo no se puede prevalecer— era ya un hecho.

LA DECISION DEL V. EPISCOPADO NACIONAL

El pueblo estaba en expectación; la angustia y la ansiedad oprimían todos los pechos. El Episcopado Nacional tuvo que reunirse para dictaminar. Hubo —era natural— sus diversas opiniones, mas al fin, con santa dignidad y apostólica valentía, el Episcopado Mexicano pronunció el heroico "Non Possumus" —no podemos aceptar—, que le valió el elogio del mundo cristiano y del mismo Sumo Pontífice de la Iglesia, el Papa Pío XI.

En efecto, aquella Ley-Calles no era posible acatarla sin traicionar a Cristo, sin una verdadera claudicación. Hasta entonces, ante un cúmulo de arbitrariedades y despotismos impíos, los católicos no habían hecho otra cosa que sufrir y confesar valientemente su Fe. El Episcopado y el Clero de la Nación sufrían todos estos atropellos, contentándose con publicar viriles protestas que les valían nuevas consignas; pero ahora la Ley-Calles pretendía someter la Iglesia de Cristo al Gobierno masónico de la Revolución Mexicana e imponía actos positivos al Clero. Reconocer esa Ley, sería sustituir al Gobierno Eclesiástico por el del Régimen de la Revolución; en lugar del Párroco, el Alcalde del pueblo; en lugar del Obispo, el Gobernador del Estado; en vez del Papa, Plutarco Elías Calles.

Y en virtud de la decisión del Venerable Episcopado Nacional,

el culto público tuvo que suspenderse en toda la Nación. La Santa Sede reforzó la decisión de los Excmos. Señores Obispos y circuló entonces por todo el país la publicación del siguiente cable: "Santa Sede condena Ley y todo acto que el pueblo fiel pueda interpretar como acatamiento a esta Ley. Pedro, Cardenal Gasparri, Secretario".

EL LUTO NACIONAL

En el 31 de julio llegó, para toda la Nación Mexicana, la hora dolorosísima que cuatro meses hacía había llegado para Colima: la suspensión del culto público; hora de angustia inmensa, de fervor intenso y de muchísimas lágrimas. En todo México se lloraba con desgarrador grito. Y, desde aquel día, el cuadro del Estado de Colima fue el cuadro de toda la Nación: luto, plegarias y entusiasmo heroico por la defensa de la libertad religiosa; boycot y nutrida propaganda para preparar al pueblo.

La Liga Defensora de la Libertad Religiosa fue entonces la organización providencial que agrupó en su seno a todo elemento católico de la Nación. Gracias a su disciplina el pueblo católico se movía como un solo hombre. Así se organizaron tan hermosamente las gigantescas manifestaciones de fe en los días de Cristo Rey y de la Sma. Virgen de Guadalupe, en ese año de 1926; manifestaciones jamás vistas que hicieron estremecer de furia a los tiranos en medio de su imponente poderío. Así se lograron recoger, en un corto espacio de tiempo, cerca de dos millones de firmas que respaldaban un memorial que el Episcopado Nacional envió a las Cámaras Legislativas pidiendo la reforma de la Constitución, memorial que fue recibido con rechiflas por los diputados. ¡Y los cien cajones que contenían los pliegos de las firmas, ni siquiera se abrieron...!

¡Qué bien cumplía aquel Régimen Revolucionario con su misión de gobernar en nombre del pueblo!

ORGIAS SACRILEGAS

En tanto los perseguidores reían y celebraban festines, congratulándose mutuamente por haber puesto su bota infame sobre el pecho de la Santa Iglesia a la cual esperaban aplastar de un todo.

Hubo entonces orgías infames en donde se blasfemó horriblemente contra Cristo. En Guanajuato —lo refirió la prensa— un general del Ejército, después de perorar sucia y procazmente, como no podía hacerlo sino un endemoniado y después de gritar contra Cristo y contra la Inmaculada Virgen, con vocablos inmundos, principió a clamar a Lucifer por quien brindó entre los gritos de aprobación de muchos: ¡Muera Cristo! ¡Abajo Cristo! ¡Aplastemos para siempre a Cristo! ¡Nuestro dios sea Lucifer! ¡El sea nuestro jefe! ¡Arriba Lucifer! ¡Viva Lucifer! Así vociferaba, satánicamente, entre los vapores de las bebidas alcohólicas, coreado por sus correligionarios, aquel hombre que ya al presente está juzgado por Dios: fue el que dos años más tarde desbarataron los cristeros del cuartel de El Borbollón, a las faldas del Volcán de Colima, de quien se decía —lo contaban testigos oculares— que llevaba tatuado sobre sus espaldas y piernas, un demonio que con su cola le abrazaba el cuerpo. Era Eulogio Ortiz, de quien Dios, que es bondad y misericordia, haya tenido piedad, en el momento supremo.

Cosas parecidas sucedían en muchas partes.

BOYCOT A LA IMPIEDAD

La fe y la devoción del pueblo católico seguían robusteciéndose y, capitaneado por la Liga Defensora de la Libertad Religiosa que desde la capital de México dirigía la campaña cívica, principió también a luchar en una tenaz campaña nacional de luto y boycot.

Decía así uno de los incontables volantes que llevaban la consigna nacional:

> Riguroso luto, apretado boycot, por el triunfo de Cristo.
> Dejemos solos los comercios. Todo mundo vístase de luto. Nadie sal-

ga de su casa a ningún paseo ni diversión. Nada de golosinas. Redúzcanse los gastos cuanto sea posible, nada de estrenos, nada de autos; caminemos todos a pie, sin usar ni siquiera el tranvía; nada de lujos; no se camine en tren sin verdadera necesidad y, de ninguna manera, en carro de primera. No se coma carne los miércoles, viernes y sábados de cada semana, en espíritu de penitencia.

El templo, apriétese de fieles: auméntese la oración y redóblese el luto y el boycot.

A los enemigos, a los masones, nada se compre. Nada, absolutamente.

¡Viva Cristo Rey!

¡Viva Santa María de Guadalupe!

¡Viva el boycot!

Y el pueblo católico supo estar a la altura de su deber; las casas, sobre todo en los Estados más cristianos de la Nación: Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes —y ya antes, desde hacía 4 meses, Colima— estaban entrecerradas; de las puertas —menos las de las casas de los perseguidores y de sus cómplices— pendían moños negros en señal de duelo. El comercio estaba desierto. Las músicas populares callaron. El servicio de luz eléctrica se redujo en los hogares cristianos a lo muy necesario. Todo mundo caminaba a pie y los templos se llenaban, como jamás se habían llenado.

En lugar de sagrario, un gran crucifijo, como si se estuviera en días de Cuaresma o en el Viernes Santo, llenaba el altar con sus brazos abiertos. El pueblo rezaba de por sí; valientes damas presidían generalmente los actos religiosos, dirigían el Via-crucis de los viernes y leían trozos selectos de autores piadosos que suplían, en parte, la falta de predicación.

LOS FINES DEL BOYCOT

Los fines del boycot eran:

1. Hacer sentir el peso de la situación económica en todas partes e interesar así a todos, aunque esto fuese por conveniencia material, en la solución del Conflicto Religioso; pues generalmente

gran parte de las clases adineradas no se interesa, si no va de por medio la cuestión económica.

2. El boycot riguroso y absoluto con relación a los enemigos, no era en vía de venganza, sino porque la mayoría de ellos, por simple conveniencia, por "pancistas", se decía entonces, se habían aliado con los perseguidores y era conveniente, aun por el mismo bien espiritual y verdadero de ellos, apretarlos por el lado de las conveniencias.

3. El tercer fin era indirecto, con relación al mismo régimen revolucionario encastillado en el poder; pues con el boycot, indirectamente, se le sustraían entradas y se disminuía su poder: clarísimamente constaba que todo el movimiento de los perversos para acabar con la Iglesia, se sostenía con dinero del pueblo católico.

4. Más que nada, el boycot enseñó al pueblo fiel a sacrificarse, a permanecer siempre en tensión y en pie de lucha, dispuesto a llegar hasta donde las demasías de los tiranos lo exigieran.

LA FIERA SIENTE EL LATIGAZO

Al principio los perseguidores rieron con carcajada burlona al saber que los católicos empleaban el medio del boycot, y Calles lo apellidó de RIDÍCULO, pero bien pronto se principiaron a sentir sus efectos: el comercio lo resintió al momento; multitud de teatros y cines fueron clausurados, fiestas y ferias se suprimían por doquier, mermándose así, por innumerables canales, las entradas a las Tesorerías del Gobierno.

Entonces el boycot fue declarado CRIMINAL Y SEDICIOSO, y con verdadera saña se perseguía a los que lo difundían; pero la propaganda continuaba, burlando la resistencia: papeles de todos tamaños, figuras y colores, aparecían misteriosamente pegados en todas las calles, teatros, puertas de los enemigos, y a las espaldas de los mismísimos *cuicos* convertidos entonces en los hombres más abominables, que golpeaban, estrujaban y llevaban a prisión, simplemente por una medallita que descubrían en el pecho de alguno, porque ya aquello era "culto público prohibido". En el Santuario del Sa-

grado Corazón de Jesús en Colima, estaba ya, desde los Días Santos de ese año, fundada la "Asociación Nacional de los Vasallos de Cristo Rey" que era agrupación puramente piadosa. Y hubo personas no sólo golpeadas, sino asesinadas, por habérseles encontrado una cédula de esa Asociación de Cristo Rey.

DISCIPLINA ADMIRABLE

La organización de la Liga era perfecta y su disciplina sencillamente admirable: El jefe regional en el Estado —don Teófilo Pizano— que recibía instrucciones y consignas del Comité Nacional residente en la Cd. de México, cuyo egregio presidente era el Lic. D. Rafael Ceniceros y Villarreal, daba sus órdenes a los jefes locales de cada población y éstos a los de sector, de su misma ciudad o poblado, los cuales las transmitían a los jefes de manzana de su propia jurisdicción. La hora de repartir la propaganda se señalaba y debía de ser acatada con rigurosa puntualidad y así, cinco o diez minutos bastaban a cada jefe de manzana para inundarla de la propaganda que debía repartir con puntualidad cronométrica.

Había una banda de chiquillos aquí en Colima, y como en Colima en otros muchos lugares del país —niños de 10 a 14 años—, que eran un verdadero ejército de pequeños héroes. Muchas veces fueron cogidos y golpeados, y arrestados, y nunca los golpes y fajos que los soldados les daban, hicieron que denunciasen a sus jefes inmediatos, ni menos, mucho menos, que desertaran de su ejército de lucha.

De aquí que, día a día, las privaciones, los sacrificios y los peligros aumentaran; porque aumentaba también la rabia de los perseguidores.

Ya para esos días había llegado la era bendita de los Mártires de Cristo Rey.

"México —lo dijo el Sumo Pontífice Pío XI— está siendo un digno espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres".

Entonces estaba ya en su apogeo la persecución.

Ya aquí, ya allá, en todos los rincones de la Patria Mexicana, las cárceles se llenaban de creyentes, pero la prisión no acobardaba a los Confesores de Cristo.

A las cárceles y a los tormentos eran llevados día a día por los sicarios de la revolución, Sacerdotes y niños, mujeres humildes y mujeres de la aristocracia, ancianos y jóvenes; pero en la misma cárcel el espíritu de Dios no abandonaba a los suyos, antes bien los inflamaba en nuevos fervores: allí se rezaba en voz alta, allí se cantaba, allí, mutuamente, todos se exhortaban a continuar en la brega, a reforzar su lucha en pro del Reinado de Cristo.

MILITAR MARIGUANO Y MUJERES INFAMES

Y mientras en toda la nación los perseguidores apretaban la persecución, en contra de la Iglesia, en Colima las cosas también se iban extremando con tintes de tragedia; pues no solamente se tenía un gobierno civil despótico, encabezado por el Lic. Francisco Solórzano Béjar, sino que, desde el punto de vista militar, el jefe era el Gral. Benito García, hombre sanguinario, que frecuentemente ebrio y bajo el influjo de la sucia mariguana, cometía una multitud de crímenes espeluznantes. Colima estaba bajo un gobierno de cafres, tanto en lo civil como en lo militar.

Fueron aquellos días —por parte de los perseguidores de la Iglesia— tiempos de infernal saña para acabar con el nombre de Cristo. Todos los medios se tuvieron como lícitos: prisión, golpes, torturas inauditas, destierros, asesinatos, etc. No se limitaron, ni de lejos, a los medios legales. La consigna era la consigna satánica de la masonería: "aplastar a Cristo" y aplastar, arrasar y reducir a nada, cuanto llevase su nombre o su espíritu, sin pararse en medios ni miramientos ningunos. Y, con la maquinaria oficial, aquí y en todas partes, se unieron aun mujeres infames.

Un día los muchachos de la A. C. J. M., aquí en Colima, se reunieron en el *Hospital del Sagrado Corazón* —el hoy hospital civil, al norte de la calle 27 de Septiembre— para hacer ejercicios espirituales de encierro. Dirigía estos ejercicios su entonces Asistente Eclesiástico el Padre Don Enrique de Jesús Ochoa que hace 35 años, joven como ellos, se confundía con los demás en su porte exterior, mas aún que ya entonces los sacerdotes vestían, obligados por las circunstancias, como cualquier otro seglar. De esos muchachos que entonces hacían su retiro, muchos viven aún; otros —héroes de la Gran Jornada— pasaron ya a la eternidad, como Dionisio Eduardo Ochoa y J. Trinidad Castro que allí estuvieron.

Se les dejó tranquilamente hacer su retiro; pero, ya para terminarlo, dos mujeres que se habían hecho célebres durante aquellos días como espías y delatoras, instrumentos viles de los malos, introdujeron como regalo para la hora de la mesa, una fuente de dulce de camote y piña, con vidrio molido. La glotonería de un muchacho —Daniel Espinosa— que se adelantó voraz a principiar su dulce y a quien, por providencia de Dios, tocó un pedazo de vidrio más grueso que le cortó la lengua, salvó a los demás de una muerte segura y demasiado cruel.

Cuando Daniel, sangrándole la boca, arrojaba fuera el bocado que habría sido mortal si lo hubiese tragado, todos los demás advirtieron que también su dulce tenía vidrio. Con sus cucharas, entre admiración, susto y risa propia de muchachos, hacían que el dulce, oprimido y frotado contra el fondo de sus platos, rechinara por las pequeñas porciones de vidrio.

Una noche, la del 15 de septiembre, el jefe militar Gral. Benito García urdió que en Colima se tramaba un complot contra ellos —las Autoridades constituídas— y arremetió contra quienes quiso. Harto habían vejado aquellos hombres del régimen revolucionario al pueblo mártir y en sus noches y en sus delirios de embriaguez les cogía la pesadilla de la insurrección del pueblo creyente. Y así, en esa noche, fueron tomados prisioneros por el jefe militar, multitud de hombres pacíficos y honrados, más aún,

ajenos a toda ingerencia en la dirección de la campaña del luto y boycot y pública oración que el pueblo creyente sostenía.

Si el mismo presidente municipal de Colima, en aquellos días D. Esteban León, no hubiese intervenido, declarando en aquella noche, que aquellas personas no tenían ningún delito, se hubiera consumado una horrible matanza de más de 30 señores honorables que ya habían sido arrancados de sus hogares, allanados despóticamente por los militares y llevados a la jefatura de operaciones, que era el edificio que antes había sido seminario y que el gobernador Solórzano Béjar había arrebatado a la Iglesia (el demolido por el gobierno del Gral. González Lugo en cruzamiento de "Guerrero" y "27 de Septiembre" y convertido más tarde en escuela *Gregorio Torres Quintero*).

Sin embargo, no obstante la intervención de la autoridad civil —que esa acción tuvo en su favor en aquellos días negros—, allí mismo, en el edificio santo del antiguo seminario, en donde no únicamente los Sacerdotes, sino lo más granado de Colima se había educado, fueron muertos ocho inocentes hombres, víctimas de la maldad de los tiranos que sobre el pueblo creyente habían puesto su bota despótica.

NO SE RESPETABA NI A LAS VIUDAS NI A LOS NIÑOS

Entre estos ocho muertos estaba Don Francisco Zapién, honrado comerciante a quien arrancaron por la fuerza, del seno de su hogar, de los brazos mismos de su esposa que a todo trance trataba de impedir que lo sacasen los esbirros de la tiranía, imaginando ya el desenlace fatal. En su grande dolor y angustia aquella mujer preguntó al militar, cuánto pedía de rescate para que dejase libre a su esposo. Y la cantidad se pagó y, no obstante eso, D. Francisco Zapién fue asesinado y tirado en la calle en unión de sus otros siete compañeros, Mártires primeros de la persecución religiosa en Colima. Estaban también dos jovencitos hijos de una viuda que vivía cerca de la huerta de La Florida. Cuando se

logró que los familiares pudieran recoger los despojos ensangrentados y despedazados de sus deudos, aquellos dos muchachos muertos estuvieron tendidos en un mismo catre, pues su madre, pobre y sola, no tenía más en qué tenderlos.

Y aquella mujer, con la amargura de una madre a quien se asesina a sus hijos sin ninguna formación de causa, y tan villana y cruelmente, se presentó ante el jefe militar Benito García a reclamarle el porqué lo había hecho, cuando sus hijos nada perverso habían cometido. Y la mujer desapareció misteriosamente de su casa... Dos o tres días más tarde, cerca de la Piedra Lisa, a un lado de la Calzada "Galván", salvado el lienzo mal hecho de piedra que en aquellos años rodeaba el ancho campo, en un guamúchil que apenas descollaba entre otros arbustos, apareció colgado el cadáver de una mujer. Allí estuvo varios días bajo los rayos del sol reverberante de nuestras tierras costeñas. De esta mujer colgada, habló la prensa de México y duramente comentó esta noticia la de otros países.

GOLPE FRUSTRADO A CINCO SACERDOTES

Y tuvo que llegar el día en que también contra los Sacerdotes colimenses principiase la persecución directa. Ya cateaban la casa de uno, ya la del otro, en su necio afán de querer descubrir algún indicio de insurrección armada; mas nunca lo descubrieron porque, en realidad, nadie, en esos días, pensaba en ello. En ese tiempo, ni los Sacerdotes, ni ninguno de los católicos prominentes dormían en sus casas; pues el hecho relatado de las ejecuciones nocturnas no fue único y muchos anochecían en sus hogares con toda tranquilidad y de allí, sacados en las altas horas de la noche, eran llevados al matadero.

Un día se trató de aprehender y violentamente asesinar a un grupo de sacerdotes destacados, a saber, al Ilmo. Señor Vicario General Mons. Don Francisco Anaya, al secretario del Gobierno Eclesiástico, el Padre don J. Jesús Ursúa, y a tres Sacerdotes más: el Padre don Mariano de J. Ahumada, el Padre don Emeterio C.

Covarrubias y el Sr. Cura Sánchez Ahumada. El golpe logró frustrarse y ninguno de aquellos cinco sacerdotes tan cobardamente sentenciados a morir cayó en manos del enemigo. Quien sí cayó fue el P. don Pedro Zamora Carbajal; mas comprobado que no era ninguno de los cinco a quienes se trataba de eliminar, fue puesto en libertad, después de una noche pasada en el cuartel, en que por minutos esperaba su ejecución capital.

Disfrazado en ese día el Ilmo. Mons. Anaya tuvo que huír de la ciudad ya entrada la noche. Hubo de atravesar, para no caer en manos de los enemigos, lugares montuosos y muy difíciles para él. Lo llevaban, sosteniéndolo de uno y otro brazo, *dos muchachos:* —José García y Antonio Gamboa—; hubo momentos en que casi en peso tenían que conducirlo, entre las piedras y zarzas del monte, pues las piernas del ilustre anciano flaqueaban a cada paso. Poco antes de llegar a la ranchería de El Volantín, salieron al camino siguiendo para el poblado de El Carrizal, en remuda de Marcelino Dueñas. De El Carrizal, otras personas lo condujeron a San José del Carmen, Jal., y, de allí, a Guadalajara, Jal.

También ese mismo día, tuvo que abandonar la ciudad el Padre D. J. Jesús Ursúa, obligado, casi arrastrado, por quienes se interesaban en su salvación. Y el hombre de una pieza, egregio Confesor de Cristo, con lágrimas en sus ojos, salió de Colima, para desde Guadalajara seguir velando por los intereses de la Iglesia colimense.

El Padre Covarrubias, en un camión carguero, entre los sacos y tercios y mozos del camión, salió a la hacienda de Nogueras y de allí emprendió el camino hacia Ejutla, Jal., en donde vivió en una sierra, en un lugar llamado "Los Pericos".

El Sr. Cura Sánchez Ahumada salió, llevado por unos hacendados de las cercanías de Zapotlán, Jal. —Ciudad Guzmán—, y de allí continuó, meses más tarde, a Michoacán.

El Padre don Mariano de J. Ahumada, se conformó con refugiarse en las rancherías de las estribaciones de nuestros volcanes: Tepehuajes, El Durazno, Monte Grande, El Gachupín.

Desde ese día, como Pro-Vicario General, quedó en la Ciudad

de Colima, en sustitución de Monseñor Anaya, el Sr. Cango. D. Luis T. Uribe, Rector del Seminario Diocesano, anciano también, pero de alma igualmente heroica y lleno de la santa fortaleza de Dios. Como Secretario y, al mismo tiempo, como 2o. Pro-Vicario Gral., el Padre D. Enrique de Jesús Ochoa.

COMO EN TIEMPOS DE NERON

Y lo que en Colima pasaba, de igual manera sucedía en toda la nación: Plutarco Elías Calles como Presidente de México, con Adalberto Tejeda como secretario de gobernación, dirigía la campaña nacional, extremando los procedimientos tiránicos. Los sótanos sucios, inmundos y húmedos de las prisiones, principiando en la ciudad de México, se llenaban día a día de creyentes y aun de sacerdotes que eran maltratados y golpeados, aun simplemente por el hecho de que algo, en su traje o porte exterior, les distinguiese como sacerdotes.

En muchas partes las exigencias se hicieron monstruosas y ridículas al grado de que se castigase con el destierro y aun con la muerte no sólo al Sacerdote a quien se descubría celebrando la Misa y oyendo Confesiones, sino a las personas que oían la Misa o se confesaban.

En todas partes, en todos los Estados de la República, se clausuraban edificios e instituciones católicas: los niños de los orfanatorios sostenidos por instituciones piadosas eran arrojados a la calle, sin que nadie se preocupase por su suerte, a no ser que una u otra familia buena, recogiera y adoptara ya a uno, ya a otro, de aquellos a quienes el régimen de la revolución mexicana arrojaba a la desgracia.

Los hospitales católicos eran arrancados, de igual manera, de las manos e instituciones que los sostenían; su patrimonio robado y los enfermos abandonados en manos de meretrices y empleados irresponsables y sucios en sus procedimientos. El Crucifijo de las salas de los enfermos llegó a hacerse pedazos a patadas y... en nombre de la libertad de pensamiento, aquellos salvajes hacían

que quedaran abandonados los dolientes, en la mugre e inmundicia, sin el consuelo de la Religión.

Las monjitas dedicadas a la enseñanza —aun en planteles que hubiesen sido lo mejor de lo mejor— eran arrojadas como criminales, aun a culatazos de rifle y latigazos, por el hecho de estar consagradas a Cristo. Y, sin más patrimonio que un pañuelo sobre su cabeza, o un mandil o pobre chalina, tuvieron que implorar la caridad de un rinconcito de algún hogar critiano que les brindase protección, así como lo habían hecho las Madres Adoratrices de Colima meses hacía, no obstante la magnífica labor pedagógica que de largos años habían realizado en su colegio *La Paz* en donde se daba a las niñas no sólo instrucción primaria elemental y superior, sino secundaria y normal. El colegio *La Paz* estaba al costado oriente del Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, en la Ciudad de Colima.

El Seminario Diocesano Colimense era ya, en estos días, inmundo cuartel. Y el observatorio astronómico allí establecido hacía más de 30 años, por el Excmo. Señor Obispo Dn. Atenógenes Silva y que tuvo por primer director al Padre Don J. Angel Ochoa, cuyo ayudante era el entonces discípulo suyo Don Aniceto Castellanos, fue también, en nombre de la libertad y del progreso, despedazado, y sus aparatos rodaron y se destruyeron. Algunos fueron vendidos por la soldadesca o empleados del gobierno civil.

Multitud de ocasiones en toda la República —fue táctica y consigna general—, cuando era descubierto algún lugar en donde se celebraba cualquier acto de culto, todos los de la casa y todos cuantos allí eran sorprendidos eran llevados inmediatamente a prisión y allí maltratados y martirizados con indescriptible inhumanidad. Muchas veces, aun en lugares pertenecientes al Estado de Colima, las imágenes de los Santos eran bajadas del lugar donde se les veneraba y, entre risotadas burdas de los soldados y gentes del gobierno, se les formaba cuadro y se les "fusilaba". El que esto escribe vio en la hacienda de El Fresnal, municipio de Tonila, una imagen del Sagrado Corazón, hecha pedazos a balazos en "fusilamiento" ordenado. En Monte Grande se decapitó otra imagen de Jesu-

cristo y con la cabeza jugaron los soldados a patadas, como si hubiese sido bola de futbol.

En Cotija, en diciembre de 1926 —todavía no había cristeros— el Gral. Regino González, jefe del 73 regimiento, publicaba: "toda persona que facilite alimentos o dinero a los sacerdotes, así como presentar hijos a que los bauticen o presentarse a matrimonios o escuchar prédicas, serán pasados irremisiblemente por las armas. Sufragio Efectivo. No Reelección. Cotija, Michoacán, a 23 de diciembre de 1926. Gral. de Brigada del 73 regimiento de caballería, Regino González".

EL ANCIANO MARTIR FARFAN

En la ciudad de Puebla, Pue., el día 20 de julio, el señor don José Farfán, honrado comerciante de avanzada edad, había colocado en el aparador de su tienda un cartel que decía *¡Viva Cristo Rey!* Había también otras leyendas alusivas a la Realeza de Cristo.

El Gral. Amaya, al pasar frente a la tienda de Farfán, montó en cólera a causa del dicho letrero; entró en la tienda y, después de una heroica resistencia del anciano comerciante, logró aprehenderlo. Más tarde fue encontrado muerto el anciano Farfán en una de las calles: Amaya le había aplicado la cobarde "Ley fuga".

Perpetrado el asesinato, el Gral. Amaya volvió al establecimiento de Farfán y, después de catear y despedazar cuanto quiso y de arrancar aun de dentro del aparador los carteles de propaganda religiosa, lo único que escapó a sus garras, adherido al cristal, fue este letrero: *Sólo Dios no muere, Cristo Vence, Cristo Reina, Cristo Impera.*

COMO EN TIERRA DE CAFRES

De Huejutla era conducido prisionero a Pachuca, Hgo., a través de las serranías, el Obispo Mártir Mons. José de Jesús Manríquez y

Zárate. Y ante los soldados que lo llevaban prisionero y ante el Juez, Mons. Manríquez y Zárate repitió, una por una, las enseñanzas de sus cartas pastorales que de ninguna manera retractó, antes bien, formal y enérgicamente reafirmó.

Y en la ciudad de México el Gral. Roberto Cruz —el que más tarde dirigió el fusilamiento del Padre Pro— azotaba en el rostro, con su fuete, a damas de la mejor aristocracia —la rara aristocracia de la posición social, unida a la aristocracia del talento y la virtud—, insultándolas con lenguaje procaz.

Y para llevar a cabo estas atrocidades y villanías sin cuento, propias sólo de tierra de cafres, Plutarco Elías Calles exigió de todos los empleados de Gobierno y aun de los profesores de escuela, protesta explícita de adhesión a su campaña nefanda. Y al que a ello no se prestaba, se le despedía del empleo que tuviese, aunque fuese simple conserje de oficina. En Colima hubo muchos empleados que prefirieron la pobreza y el hambre, a la perfidia y traición. Fueron ellos, entre otros, J. Jesús Rueda, Ramón Rosas, J. Jesús Aguilar y Carlos Casillas que trabajaban en la oficina de Correos y multitud de Profesores de la escuelas del Estado.

LOS CLAUDICANTES EXCOMULGADOS

La Iglesia por su parte, por boca de sus Prelados —en nuestra provincia el Excmo. Metropolitano Sr. Arzobispo don Francisco Orozco y Jiménez— excomulgaba a los que así, en su Arquidiócesis, en los momentos de tan tremenda angustia, se aliaban con los perseguidores y traicionaban sus principios. Nuestro anciano Prelado, días después, ya estando fugitivo fuera de la capital de su Diócesis decretó igual excomunión. Fue en el corredorcito humilde de la casa cural de la Iglesia de la Tercera Orden, en Tecalitlán, Jal., donde fue firmado por el Excmo. Sr. Obispo Velasco el decreto de excomunión contra todos los que traicionaban así, en la Diócesis de Colima, a su Santa Madre la Iglesia. Del documento copiamos los siguientes párrafos:

"Como se desprende fácilmente al solo considerar la disyuntiva propuesta, no se trata simplemente de exigir la guarda de la Constitución, sino que se quiere el compromiso expreso de secundar la acción actual del gobierno, que es netamente de persecución para la Iglesia.

En tales condiciones, ha llegado el momento de resolver entre otra disyuntiva, o prevaricar de su fe y renegar de la creencia de sus antepasados, para poder secundar la actitud del gobierno, o decir como los mártires de los primeros siglos: 'No podemos'.

He meditado delante de Dios la respuesta, lo he consultado y después de esto, creo que mi deber es advertir que a los católicos de ninguna manera les es lícito contestar adhiriéndose a la actitud actual del Gobierno, y que incurrirán en falta grave contra la fe los que se atrevan a hacerlo, y además, apoyado en los sagrados cánones, declaro que incurren en EXCOMUNION que me reservo".

PROVIDENCIAS DEL EXCMO. SR. OBISPO DE COLIMA

—Mira —dice con acento firme y pausado el santo anciano Obispo de Colima al Padre Pro-Secretario de la Sgda. Mitra D. Enrique de Jesús Ochoa, allí en el corredorcito de la Iglesia de la Tercera Orden de Tecalitlán, Jal., cuando con motivo del decreto de excomunión de los perseguidores había tenido que ir a entrevistarlo—, tenemos que ver adelante, porque los tiempos son malos, son pésimos y cada día se agravan más. Hay necesidad de asegurar que no falte en Colima quien haga mis veces como Vicario General. Si el Sr. Uribe o tú faltasen, el que quede, con la autoridad mía, nombre quien sustituya al que falte, de suerte que siempre sean dos. Si más tarde uno de esos dos falta igualmente, porque tenga que huír o porque lo maten, el que quede en pie, en nombre mío, autorice a otro que continúe gobernando en mi nombre, y así sucesivamente.

—Ilmo. Señor —replica el Padre Ochoa—, pero un Vicario General no puede nombrar a otro Vicario General.

—Sí, esta bién, no puede; pero ustedes lo harán, en caso que fuese necesario, no en nombre propio, sino en nombre mío. Mejor dicho: yo me valgo de Uds., para que escojan la persona, pero la autoridad la doy yo.

—Muy bien, Ilmo. Señor —replicó el Padre Pro-Secretario.

—Pero hay que escoger las personas: que sean Sacerdotes ejemplares en su vida, hasta donde la humana fragilidad lo permite y que amen a la Iglesia aun sobre su vida misma: que no vayan a claudicar y a entregar en manos del enemigo los derechos de Dios; que no sean de los que andan en componendas con los perseguidores.

SANGRE DE MARTIRES

La sangre de los mártires corría ya en estos días por todas partes, mártires verdaderos de Cristo; pues sufrían y morían por la causa de Jesucristo. Ni siquiera se podía alegar, por parte del régimen de la revolución, que los medios que los católicos empleaban no fuesen legales, pues aún no llegaba la hora en que principiara la magna epopeya de la Defensa Armada, en que un pueblo, agotados todos los medios pacíficos y ante la más brutal y nefasta tiranía, sin contar con medios ningunos bélicos, se lanzó, así como ya lo habían hecho los Macabeos, allá en los tiempos del pueblo de Israel, a defender su Patria y su Religión.

LA CONSAGRACION A LA INMACULADA

En el mes de diciembre fue cuando, según disposición del Episcopado Mexicano, dada en Carta Colectiva, México se consagró a María Santísima en el misterio de su Inmaculada Concepción. Los apóstoles de la Liga fueron los que hicieron también todo: la ciudad se inundó de pequeñas tiras de papel con esta inscripción: *Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a Vos,* tiras que fueron pegadas en puertas y ventanas. Y luego, en los días 8 y 12, la demostración de fe y amor ferviente del pueblo co-

limense a la Santísima Virgen María, fue extraordinaria y muy hermosa. Cada hora se estuvo recitando el acto de consagración; cada hora, durante todo el día, un especial ejercicio de desagravio a María Santísima. La Catedral y los demás templos estuvieron llenos a más no poder. ¡Cuánto se oró en esos días! Con qué fervor se entonaban sin cesar cantos de alabanza a la Santísima Virgen. El *Viva Cristo Rey* resonó entonces con más vehemencia y frecuencia que en ocasiones anteriores.

EL "PASTOR BONUS"

Fue al terminar el otoño, acercándose ya los días del invierno, cuando el amado Pastor de la grey colimense, el Excmo. Sr. Dr. D. José Amador Velasco, abandonó los poblados para remontarse a las abruptas serranías de su Diócesis, allá por el lado oriente, colindando con Michoacán. Contaba entonces 70 años de edad.

Delicado, enfermo, lleno de achaques, el virtuoso Obispo de Colima Mons. Velasco se formó el propósito de no abandonar a sus hijos, aunque le costara la vida. Es cierto que era ya imposible su permanencia en la ciudad episcopal y aun en cualquier otra población; pero su Diócesis tenía sierras y ahí viviría como fugitivo sin abandonar la grey que Dios había puesto bajo su cuidado.

¡Cuántas veces se le ofreció un "Salvoconducto" para ir a establecerse a la ciudad de México o al extranjero, y siempre rechazó indignado y con prontitud, sin vacilar un momento, cualquier clase de oferta!

Fue nuestro Obispo el heroico piloto que no dejó un momento su barquilla; fue el pastor bueno de que habló Cristo en su Evangelio, que no dejó solas a sus ovejas, cuando los lobos atacaban al redil; que prefirió quedar con ellas antes que huír y ponerse a salvo. Así vivió el Obispo de Colima los tres años que duró la persecución. El que esto escribe contempló la vida del Sr. Obispo en la montaña: una rústica choza de labriegos, ya aquí, ya allá, ya en una sierra, ya en otra, era su habitación. Cuando amenazaba peligro, no pensaba en más refugio que el barranco o las oquedades de la montaña; un sacerdote y dos seminaristas eran su compañía, a saber, el Padre D. Crispiniano Sandoval y los hoy Sacerdotes J. Jesús Cuevas y J. Jesús Marín.

También sufrió hambres, fríos, carestía aun de los más indispensables recursos. Hubo veces que el delicado anciano, ya al caer de la tarde, estaba sin tomar ningún alimento porque aún no había sido posible encontrar para él nada apropiado que no le hiciese mal. Su vestido era remendado; pero digno y sacerdotal. Nunca dejó su alzacuello clerical y su vestido talar, o al menos, un abrigo negro que le llegaba a las rodillas. Con sus propios ojos el que esto escribe contempló docenas de remiendos y zurcidos en su vestido humilde. Era este anciano y santo Obispo la imagen de aquellos Obispos Santos de los tiempos primeros del Cristianismo que también supieron de huídas, de privaciones, de vida de montaña.

Y tampoco dejó jamás su reglamento de vida sacerdotal muy suya: madrugaba siempre y a la claridad de alguna candela humilde, antes de la luz del día, hacía su oración, larga, silenciosa. Después celebraba la Santa Misa sobre su altar portátil, humildísimo como el de un anacoreta. Cuando amanecía, ya él había terminado la celebración del Santo Sacrificio. ¡Cuán devoto y humilde lo encontraban en su "acción de gracias", los primeros rayos de la luz del sol, cuando besaban los pinares y los riscos de la sierra!

Administraba los Sacramentos a quienes podía y casi nunca omitió el rezo del Santo Rosario con los rancheros, pocos o muchos, que conocían su escondite y se agrupaban en torno de él, explicándoles siempre algo de la doctrina cristiana. Su lecho era humilde y duro catre, como el catre de un misionero o de un soldado.

Segunda Parte

LA DEFENSA ARMADA

SECCIÓN PRIMERA

LA ALBORADA DEL MOVIMIENTO CRISTERO

Capítulo I

HOMBRES QUE PREPARARON LA EPOPEYA CRISTERA

RUIT HORA

FINALIZABA EL AÑO 1926. Los perseguidores —veíamos— exacerbaban de un modo inaudito, aquí y en toda la República, sus vejaciones y atropellos a la Iglesia a la cual tenían consigna de aplastar. Todos los medios, por inicuos que fuesen, estaban a la orden del día: prisiones, golpes, torturas, destierros, asesinatos perpetrados con lujo de cruel barbarie, etc. El pueblo católico, en tanto, organizado admirablemente bajo la dirección de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, luchaba con la oración y los medios legales de protestas, manifiestos, peticiones, boycot; pero todo esto no hacía otra cosa que exacerbar la rabia de los tiranos. Probado estaba hasta la evidencia que todo ello no sólo era inútil, sino que no producía otra cosa que aumentar el incendio de odio que ardía en los hombres del régimen de la revolución, en contra de los católicos leales a Cristo y a la Iglesia.

Probado estaba también que Plutarco Elías Calles —el tirano de México—, en unión de sus cómplices, era un infame e injusto agresor y había justo y santo derecho para repeler la fuerza con la fuerza.

Nunca, jamás, a lo que creemos, podían tener aplicación más exacta y rigurosa, las doctrinas consagradas por Santo Tomás de

Aquino, el P. Francisco Suárez y los más grandes teólogos católicos sobre la legitimidad, mejor dicho, necesidad de recurrir a la fuerza para salvar a la sociedad atacada en sus bases fundamentales: la propiedad, la familia y la religión.

En efecto, la defensa armada del pueblo católico de México en contra de la tiranía, no sólo era ya lícita sino un acto laudabilísimo y heroico: así lo reconoció el mundo católico, así lo afirmaron con palabras muy explícitas, consultados sobre el particular, suscribiendo con su firma aquel su testimonio, los teólogos y juristas más eximios de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, como el P. De la Taille, el P. Oggetti, el P. Mostaza y el P. Arturo Vermeersch, entre otros; declaración que la *Revista Católica* de El Paso, Texas, hizo pública, y así lo declararon los Ilmos. Prelados Mexicanos. Estaba el ejemplo de los Santos que, cuando fue necesario, recurrieron a las armas en defensa de la Iglesia: para algo están en los altares un San Bernardo, que no se contentó con escribir homilías patéticas para inflamar el valor de los cruzados, sino que reclutó soldados y los lanzó a la guerra; San Luis IX Rey de Francia, que se armó Cruzado contra los detentadores del Sepulcro de Cristo; San Pío V, el formidable Pontífice que organizó la armada que hundió en Lepanto el Poder de la Media Luna; Santo Domingo, que ordenó la "Milicia de Cristo" contra los albigenses; Santa Juana de Arco, la libertadora de Francia; Santa Catalina de Siena, que predicó la cruzada contra la cismática reina de Nápoles; y otros muchos. Para algo las Santas Páginas ensalzaron e inmortalizaron a Judith, la intrépida hebrea libertadora del pueblo de Israel: la virtud no está en el morir con los brazos cruzados, sino en el saber morir.

El mal no está en matar, sino en hacerlo sin razón y sin derecho.

LA GENESIS DEL MOVIMIENTO

Ya en los últimos meses de 1926 habían aparecido los primeros brotes armados en diversas partes de la República, en contra de

la tiranía, pero sin conexión ninguna de los unos con los otros: era el movimiento natural e instintivo de propia defensa.

Fueron los muchachos acejotaemeros del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en Guadalajara, Jal., los que, al clausurarse el culto público, secundados por aquel viril pueblo tapatío, se decidieron a defender su templo, para que no se apoderasen de él los hombres del Régimen de Calles. La chispa brotó, cuando unos chiquillos, eco y vanguardia de aquella muchedumbre creyente, detenían al día siguiente de clausurado el culto público, o sea el 1o. de agosto, a los automóviles que pasaban frente al templo del Santuario, para pedirles que gritasen *¡Viva Cristo Rey!* Entre los coches detenidos estuvo, al atardecer, el de un militar. Este contestó con altanería impía; los chicos tiraron pedradas al automóvil y así ardió el polvorín primero, pues el militar bajó, desenfundó su pistola y principió a disparar. Luego pidió fuerza militar a la Jefatura de Operaciones y, momentos después, se presentaron veinticinco soldados al mando de un oficial para atacar a la multitud que custodiaba el Santuario. De ellos, cinco trataron, por la fuerza, de penetrar en el templo y los otros respaldaban desde fuera. Una muchacha del pueblo mató de una puñalada al oficial callista jefe del grupo y principió la lucha armada.

Entre los muchachos acejotaemeros que dirigían la defensa, estaban Lauro Rocha, los hermanos Camacho Vega y el estudiante Miguel Rodríguez. Los federales enviaron luego mayor cantidad de refuerzos. A la mañana siguiente, el General Juan B. Izaguirre principió a tratar la rendición de la guardia del Santuario, la cual al fin abandonó su actitud hostil bajo las condiciones con que creyó conveniente pactar con el enemigo.

También en Torreón, Coahuila, hubo sangre con ocasión de la clausura del culto de los templos. El pueblo creyente no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente y sentía dentro de su conciencia, que debía luchar para rechazar por la fuerza al invasor.

El 4 de agosto —esto es, 3 días más tarde— también hubo choques sangrientos en Sahuayo, Michoacán.

Dos semanas después —el 15—, fueron los hombres de Chalchi-

huites, Zac. —Diócesis de Durango—, los que iniciaron un levantamiento contra el Gobierno de Calles ante el brutal asesinato de su Párroco Luis Bátiz y de los jóvenes de la A. C. J. M. Manuel Morales, David Roldán y Salvador Lara Puente, cuyos cadáveres rescataron a viva fuerza.

Una semana más tarde, los hombres de Peñitas, Peña Blanca y Maravilla, Zac., se levantan en armas contra la tiranía y, el 23, tenemos a Aurelio Robles Acevedo en pie de lucha, allí mismo en Zacatecas, en el rancho de La Hoya.

Casi por esos mismos días, en Guanajuato, Luis Navarro Origel, hombre de gran temple y espíritu cristiano, pensando de la misma manera, esto es, que no había más solución al conflicto religioso que rechazar la fuerza con la fuerza, se levantó en armas, en la ciudad de Pénjamo, Gto.

También la prensa de aquellos días habló mucho del Gral. Rodolfo Gallegos levantado en armas contra la tiranía Callista.

En estas circunstancias, la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa creyó necesario convocar de inmediato a una Convención Nacional, que tuvo verificativo en la ciudad de México, a fines de ese mismo mes de agosto de 1926, y que presidió su egregio jefe el Lic. don Rafael Ceniceros y Villarreal.

Representantes de toda la Nación asistieron, con su alma llena de fe, para estudiar el arduo problema nacional.

Fue entonces cuando los Delegados de Chihuahua expusieron que era del todo necesario, ante la inaudita brutalidad callista, acudir a medios más eficaces y, por otra parte, que era imposible, dado el curso que tomaban los acontecimientos, detener al pueblo para que no recurriese al único medio que restaba: rechazar la fuerza con la fuerza. De aquí que, o la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa asumía la Jefatura del Movimiento Armado o, de lo contrario, todos esos brotes esporádicos, sin organización y jefatura nacional, se verían expuestos a la ruina, porque fácilmente podrían ser aplastados y perecería así lo más valioso de nuestros elementos.

Después de considerar serenamente el asunto, la Liga decidió

tomar a su cargo este tremendo problema del Movimiento Armado Nacional. Se creó al efecto el Comité Especial de Guerra a cuyo frente quedó un hombre valiente y grande que hace apenas un año voló de esta tierra al cielo, cuyo nombre fue Bartolomé Ontiveros: era tapatío. Este, después de organizar lo necesario desde la capital de la República, pasó a Guadalajara para entrevistarse con el Lic. Anacleto González Flores y tratar con él la incorporación de la Unión Popular del Estado de Jalisco, al Movimiento Armado de defensa nacional. Una vez conseguido este objetivo, quedó el mismo Lic. González Flores al frente de la Dirección Cristera en el Occidente de la República.

EL INICIADOR DE LA CRUZADA EN COLIMA

Fue Dionisio Eduardo Ochoa, de quien ya antes se ha hablado, el joven predestinado por Dios para que en el terruño colimense, iniciase la Defensa Armada de los sacros derechos de la Iglesia y de la Patria arrebatados por la tiranía.

Había nacido en la pequeña ciudad de San Gabriel, Jal., el 14 de octubre de 1900, siendo el segundo hijo de don José Dionisio Ochoa Gutiérrez, colimense, que temporalmente se había radicado allá, y doña María Díaz Santana. Llevado a la pila santa del Bautismo, se le impuso el nombre de Eduardo; pero habiendo muerto su padre, cuando estaba aún muy pequeño, en recuerdo de él, al recibir el Sacramento de la Confirmación, se antepuso a su nombre de Eduardo, el de Dionisio. De esta suerte, desde muy chico, él unió los dos nombres en uno, firmándose siempre DIONISIO EDUARDO OCHOA.

Al lado y amparo del Sr. Pbro. don José Angel Ochoa, virtuoso y ameritado sacerdote de la ciudad de Colima —tío suyo, hermano de su difunto padre—, y de las ancianitas hermanas suyas que con él vivían, creció y se formó el pequeño, bebiendo constantemente una sólida y cristiana educación.

Entre cariñosos cuidados pasaron los primeros años de su niñez. Poco antes de los siete años, en el templo Parroquial de San Felipe

de Jesús, de la ciudad de Colima, hizo su primera Comunión en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Era el mes de junio de 1907.

Gracias a la cariñosa mano de Dios, a los cuidados de sus tíos que le habían recogido y le querían mucho, y al cuidado y respeto de su hermano mayor Enrique, fiel compañero suyo en todas partes, fue muy cristiana y excelente su conducta de niño, sin malos compañeros y sin haber dado jamás alguna mala nota en su conducta moral.

Cuando hubo cursado el 6o. año en el Colegio "San Luis Gonzaga" de la misma ciudad de Colima, del cual era Director el ameritado Sacerdote D. Mariano de J. Ahumada, ingresó al Seminario Conciliar Diocesano; pero no sintiendo vocación para el estado sacerdotal, y por atender a su tío y protector, el Sr. Pbro. D. J. Angel Ochoa, entonces ya anciano y achacoso, dejó sus estudios de Seminario cuando apenas tenía en éste tres años. Estaba entonces en su apogeo la furia sectaria de la Revolución Carrancista.

Cuando la marea jacobina hubo bajado un poco —en abril de 1917— inició sus labores juveniles en pro del Reinado Social de Cristo; pues fue entonces cuando se fundó en Colima la gloriosa A. C. J. M., en cuyo seno se templó su alma cristiana y se compenetró del ideal sublime de la Juventud Católica.

Sus primeros trabajos fueron enseñar a los niños la Doctrina Cristiana en los centros catequísticos y repartir en la ciudad, en el sector a él encomendado, propaganda católica impresa, entre ella *La Epoca,* periódico católico de Guadalajara, Jal., que dirigía el Lic. Pedro Vázquez Cisneros, que aún vive en la actualidad. Con sus papeles doblados bajo el brazo o en uno de los bolsillos, salía cada semana, calle por calle y casa por casa. Por lo general, era aquella labor obra de paz, sin tener que soportar más que alguna burleta o injuria.

Así las cosas, en julio del 1920, murió su nuevo padre y generoso protector el Pbro. D. José Angel Ochoa, y tuvo que hacer frente él, inmediatamente, con su trabajo, al sostenimiento de su casa; pues aunque tenía un hermano mayor —el hoy Presbítero don Enrique de Jesús Ochoa—, éste estaba terminando sus estudios sacerdotales en el Seminario Conciliar Diocesano de la misma ciudad de Colima. En estas circunstancias, creyó conveniente aceptar un empleo que se le ofreció en la Tesorería General del Gobierno de Colima; porque allí ganaría con más facilidad el sustento, al par que le sobraría tiempo para sus labores "acejotaemeras".

INCRUENTAS AVENTURAS

En 1924 no era ya Dionisio Eduardo el jovencito de poca significación que repartía propaganda, sino el Director del valiente Semanario Católico *La Reconquista* que defendió con toda intrepidez, en medio de cien borrascas, los intereses católicos.

Fue en este tiempo Presidente Regional de la A. C. J. M. y su palabra enérgica y candente vibraba con frecuencia para arengar a los católicos, ya en las juntas de sus compañeros, ya en las reuniones o fiestas públicas. Su labor fue entonces conocida y apreciada por todos, amigos y enemigos, y sin ápice de respeto humano, ostentando en la solapa de su saco su querido distintivo de la A. C. J. M., entraba diariamente al Palacio de Gobierno al desempeño de su trabajo. Se daba el caso de que allí, a su mismo escritorio en Palacio, le llevaran las "pruebas" de su valeroso semanario, al cual nunca los tiranos pudieron hacer callar, ni con amenazas, ni con promesas o halagos (ya se dijo antes cómo, por esta causa, Dionisio Eduardo fue depuesto de su empleo y arrojado a la calle por el entonces Gobernador de Colima Solórzano Béjar; lo cual no amilanó su espíritu, pues su constancia en el apostolado fue inquebrantable).

EN LA ESCUELA OFICIAL PREPARATORIA DE GUADALAJARA

La tenaz conducta de aquel luchador católico no pudo ser soportada por la tiranía, y así un día —el 1o. de octubre de 1925—, cuando nuestro joven salía al mediodía de su trabajo, fue puesto

en prisión, como ya se ha dicho, mas a pesar de haber recibido su libertad, tuvo necesidad Dionisio Eduardo de abandonar temporalmente Colima porque se tramaba su asesinato.

Ya por aquel entonces su hermano Enrique de Jesús había terminado sus estudios del Seminario y recibido las Sagradas Ordenes del Sacerdocio y, por tanto, los trabajos de Dionisio Eduardo no eran completamente indispensables para el sostenimiento de la familia. Debido a ello pudo pasar a la ciudad de Guadalajara y retornar al estudio, ingresando a la Preparatoria Oficial.

Llevando una vida algo más limitada que la ordinaria de los estudiantes, pasó Ochoa los quince meses que permaneció en la Perla Tapatía, mas en esos quince meses supo granjearse la estimación y afecto de los Maestros y compañeros, por su muy notable aprovechamiento y valor civil. Fuele preciso presentar examen desde sexto año de instrucción primaria, porque el entonces Director de Instrucción Pública en Colima, no obstante que en tiempos anteriores a la Revolución había sido profesor en el Colegio "San Luis Gonzaga" y maestro suyo, atendiendo a lo que Dionisio era por aquellos días, se negó a extenderle certificado alguno; mas esto fue ventaja en cierta manera, pues no encontrando apoyo ninguno, fue más enérgica su dedicación y más patente su aprovechamiento.

Cuando por última vez salía de la Escuela Oficial tapatía, en diciembre de 1926, para volver a Colima a pasar sus vacaciones de Navidad, llevaba ya presentadas casi todas las materias de la Preparatoria, a título de suficiencia.

SECRETARIO GENERAL DE LA SOCIEDAD DE ALUMNOS EN LA PREPARATORIA OFICIAL DE GUADALAJARA, JAL.

Dentro de los muros de la Preparatoria Oficial, Dionisio Eduardo Ochoa luchó virilmente en la Sociedad de Estudiantes, en contra de las tendencias socialistas y anticristianas.



Dionisio Eduardo Ochoa, iniciador en Colima del movimiento armado en defensa de la libertad religiosa.



Excmo. Señor Obispo de Colima don José Amador Velasco. Murió el 30 de junio de 1949.



Excmo. Señor Arzobispo de Guadalajara don Francisco Orozco y Jiménez, durante los años de la persecución religiosa.

—Lo que usted tiene, es que es reaccionario —se le dijo en una de las Asambleas generales.

—Aceptamos el título de reaccionarios —replica Ochoa con energía y decisión, refiriéndose a él y a sus compañeros que con él sentían, sin atreverse a romper abiertamente con los adversarios—, si por él se entiende el que seamos católicos; porque lo somos, así como lo es la casi totalidad de los aquí presentes; mas nosotros sabemos ser hombres y defender nuestras convicciones y vosotros —dice a los adversarios— sois unos cobardes, traidores a vuestras creencias, que habiendo profesado la religión de Cristo, hoy no tenéis el valor de confesarla y os dais el estúpido lujo de seguir doctrinas contrarias.

Aquello fue una bomba explosiva de virilidad y entusiasmo; la gran mayoría de los muchachos aplaudía a Ochoa y le manifestaba su adhesión, ya que la casi totalidad de la Preparatoria Oficial, como sucede en todas partes, estaba compuesta de creyentes, faltos sólo de iniciativa y valor civil para enfrentarse a los "estúpidos", como les llamaba Ochoa, y que necesitan de quien los acaudille y señale el derrotero. La actitud de nuestro joven fue el triunfo inmediato, porque una vez abierta la brecha, todos se sintieron hábiles para lanzar acusaciones en contra de los estudiantes del partido estudiantil socialista. Eran entonces los primeros días del mes de octubre de 1926 y se celebraba la asamblea anual del estudiantado para elegir a los nuevos Directivos de la Sociedad de Alumnos, la cual, en su hostilidad hacia las creencias católicas, llegaba al rojo vivo, en esos años del gobierno de Calles.

—Yo propongo —dice Dionisio Eduardo Ochoa— que se elija como Secretario General, a un compañero que sepa gobernar para todos y que se comprometa a respetar las creencias del estudiantado. No hay razón ni derecho para que se nos siga vituperando. Si tanto se ha hablado de democracia y de los derechos del pueblo, con mayor razón, dentro de una sociedad de estudiantes, tienen que respetarse los sentimientos y las creencias de los alumnos. Necesitamos a un compañero que sea leal al estudiantado y que sea hombre y no se deje "mangonear" por la facción de los que, como

he dicho, se dan el estúpido lujo de ser renegados y de estar afiliados a la Masonería, queriendo gobernar ellos —que son una minoría—, a su modo y a sus conveniencias, a todo el alumnado.

Y entre aplausos y vivas demostraciones de adhesión, Dionisio Eduardo Ochoa fue electo, en aclamación casi unánime, Secretario General de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Preparatoria Oficial de Guadalajara. El grupo de los contrarios, no tuvo más, que, ahogándose en su rabia, soportar la derrota.

Se echó por tierra el periódico socialista, órgano de los estudiantes preparatorianos, y Dionisio Eduardo fue el director de uno nuevo, correcto y decente, órgano también de la Sociedad Estudiantil, el cual, por desgracia, tuvo corta vida.

SU VIDA CRISTIANA

En lo particular, Dionisio Eduardo, en su vida de estudiante tapatío, acrisoló su vida de unión con Cristo. El sabía que la fuente de la gracia para ser leal y viril y alegre en la vida, con la alegría de los hijos de Dios, se tiene en la Eucaristía; y así todas las mañanas, oía la Santa Misa y, con recogimiento y unción, recibía la Santa Comunión. Siempre que por alguna circunstancia no había ningún impedimento, se presentaba en la sacristía, momentos antes de principiar el acto religioso, besaba la mano del Sacerdote y se ofrecía a ayudar la Misa. La práctica de la Comunión diaria, aunque ya venía de más lejos, había sido uno de sus propósitos que dejó escritos, entre otros, en los últimos Ejercicios Espirituales que hizo en Colima en la Pascua de 1925.

Ingresó a la Congregación Mariana de Jóvenes establecida allí en Guadalajara en el Templo de San Felipe, contiguo a su Escuela Preparatoria y, para todos sus amigos, fue el jovial y leal compañero: a muchos de ellos llevó a la Congregación Mariana y a la Comunión frecuente; les aconsejaba con frecuencia y reprendía sus errores.

A su hermano el Padre don Enrique de Jesús trataba con mucho

afecto y respeto: le miraba con cariño de verdadero amigo a quien confiaba fraternalmente sus problemas y penas, al par que con respeto, más aún, con docilidad de hijo.

En cierta ocasión su hermano el Padre don Enrique de Jesús, apenado al verlo entre tantos peligros morales, le escribió desde Colima una larga carta haciéndole algunas recomendaciones y advertencias. Dionisio Eduardo contestó en seguida: "Querido hermano: Recibí tu filípica... No tienes por qué mortificarte *muchote:* cuando trabajé en ésa, en el Gobierno, ¿estaba entre santos? Así como con la ayuda de Dios no cambié allá, así espero no cambiar aquí".

EL ENTONCES ASISTENTE ECLESIASTICO DE LA A. C. J. M.

El Padre don Enrique de Jesús Ochoa, el hermano de Dionisio Eduardo, hacía ya como tres años que era el Asistente Eclesiástico de la A. C. J. M. De aquí que, precisamente por esta circunstancia, era él, por aquellos días, el Sacerdote colimense que estaba más en contacto con el pueblo que abierta y decididamente luchaba por abatir la fuerza de la persecución sectaria y obtener la libertad religiosa, ya que, como se ha dicho en páginas anteriores, la organización providencial que en este tiempo surgió para encauzar la defensa, era la Liga Nacional de la Libertad Religiosa, cuyos dirigentes nacionales se encontraban en la ciudad de México, a la cual los muchachos de la A. C. J. M., no sólo por el propio empuje y ardor de sus almas, sino por disposición oficial de su Comité Nacional, tuvieron que pertenecer. Y no únicamente pertenecieron, como perteneció el pueblo en general —niños y ancianos, damas de la aristocracia y mujeres de la más humilde condición, la juventud femenina, al igual que la masculina—, sino que fueron, casi en todas partes, con muy pocas excepciones, los jefes de primera línea que acaudillaron y organizaron a los demás, poniendo ejemplo luminoso de valentía, decisión, firmeza de fe y grandeza de espíritu.

En el Estado de Colima, como se ha dicho, es cierto que el jefe

de la Liga era el señor don Teófilo Pizano, meritísimo y culto caballero que con grande entereza, abnegación y tino desempeñó su cometido; pero el jefe local, sobre cuyos hombros cargaba la organización y todo el trabajo de los colimenses de la ciudad: impresión de propaganda, distribución de ella burlando toda la vigilancia y el poderío de la desenfrenada máquina revolucionaria, organización aun de los actos religiosos de los templos que encabezaban distinguidas señoritas de la ciudad, protestas, manifestaciones, etc., etc., fue siempre un joven de la A. C. J. M.

En esos días, que eran los de mayor trabajo y en que se requirió más esfuerzo y se vivió bajo mayores peligros, esta Jefatura Local estaba a cargo del joven acejotaemero Antonio C. Vargas de apenas 20 años de edad, a quien sus demás compañeros de A. C. J. M. secundaban con valentía festiva y jovial decisión.

EL NEXO PROVIDENCIAL

Y Dionisio Eduardo Ochoa, no obstante que hacía 14 meses que se encontraba en la Perla Tapatía, no por eso había perdido el contacto con Colima, sino que, antes bien, había sido el providencial nexo entre los luchadores acejotaemeros colimenses y los luchadores tapatíos, para estrechar más los lazos de mutua cooperación en los planes que se organizaban.

De esta suerte, Dionisio Eduardo Ochoa, en cada una de sus visitas a Colima, traía verbalmente noticias y orientaciones a los colimenses con las cuales se enardecía más su ánimo y se encauzaba mejor su actividad. Perfectamente se comprendía por todos que el triunfo en contra de los enemigos de la Iglesia y de la Patria y la salvación de las esencias de ésta, no tendría que ser fruto solamente del esfuerzo del pueblo católico, sino de su unión y disciplina, en cuanto a factores humanos.

Capítulo II

"¡DIOS LO QUIERE!"

LA PRIMERA NOTICIA EN COLIMA DEL MOVIMIENTO ARMADO

UNA NOCHE, A MEDIADOS de ese octubre de 1926 —era el martes 19—, Dionisio Eduardo Ochoa llegó a su casa de Colima, sin ser esperado. Iba por dos o tres días, a visitar su patria chica, estar entre sus amigos y dar un abrazo a los suyos. En esta ocasión llevaba, entre las noticias del movimiento católico de resistencia, la siguiente que no podía comunicarse sino con serias reservas: "No vamos a tener más recurso que tomar las armas contra Calles y los suyos y que el pueblo defienda sus derechos. ¡Dios lo quiere!"

—¿Tomar las armas? —replicó su hermano el Padre.

—Sí —dijo Dionisio Eduardo—. No hay otro recurso que valga. Calles está apoyado por la Masonería mundial. En el respaldo extranjero tiene su fuerza; pero contra todo un pueblo organizado y contando con Dios, como contamos, porque no en balde se apareció la Virgen en el Tepeyac, Calles no podrá, más aún que, de su mismo ejército, son muchos los que están de parte del pueblo católico. ¡Dios lo quiere y basta! Estamos en los días de Pedro el Ermitaño.

—Bueno. ¿Y cuándo y cómo puede esto llevarse a cabo?

—Yo sé que ya se está haciendo propaganda en toda la República. Ya salieron algunos de los muchachos a recorrer varios de los Estados. Todo está en prepararse y obrar decididamente.

—¿Y armas?

—Ayudando Dios, todo se tendrá y nada faltará: los que tengan dinero, que ayuden con dinero; los que no lo tenemos, con nuestras propias personas. Dios proveerá, y ¡a darle!

—Se va a tropezar con una dificultad que es muy seria: el pueblo católico necesita saber bien que es lícito recurrir a las armas.

—Yo sé que se llevó el caso a Roma para que lo estudien los más grandes y distinguidos teólogos de las Universidades Romanas. Ya ellos están de acuerdo, así como también están de acuerdo los señores Obispos del Comité Episcopal, en que, en el caso nuestro, ya que pesa sobre México una tiranía persistente que está destrozando los fundamentos de la sociedad y ya que no han valido ni podrán valer los medios legales ni la resistencia simplemente pasiva, llegó el momento en que no sólo es lícito sino obligatorio el recurrir al único medio que resta: la fuerza armada. Los opresores, los tiranos, los rebeldes son ellos. Nosotros somos los que nos defendemos y tenemos obligación de defendernos.

—Sí, está bien: eso lo sabes tú, lo sé yo, lo entendemos unos cuantos; pero todo el pueblo necesita entenderlo.

—Yo no sé cómo tendrá que ser. La Liga Defensora de la Libertad Religiosa se tendrá que encargar de ello. Ya vendrá la hora en que esta propaganda principie.

—Oye, pero los demás señores Obispos, los que no son del Comité Episcopal, no conocen esta noticia.

—¿Y por qué crees que los demás señores Obispos nada saben sobre el particular?

—Porque aquí en Colima, en la Sagrada Mitra, nada se ha recibido al respecto.

—Pues yo creo que, a su tiempo, tendrá que informárseles de todo.

—¿No te parecería conveniente poner al tanto de esto, ya desde ahora, aquí en Colima, al Sr. Uribe?

—Si tú crees útil comunicárselo, comunícaselo. Entiendo que no hay inconveniente.

Y en la casita humilde, habitación del Señor Pro-Vicario General de la Diócesis, Cango. don Luis T. Uribe, situada en la que hoy es calle "Obregón" —en esos días "Fray Pedro de Gante"—, número 107, estuvo a la mañana siguiente el Padre Pro-Secretario don Enrique de Jesús Ochoa.

—Señor Uribe —le dijo después de saludarlo—, aquí está Dionisio mi hermano; llegó anoche.

—Y ¿qué cuenta de nuevo? ¿Qué se sabe en Guadalajara?

—Señor, lo que ya sabemos nosotros, lo que tenemos en el corazón, es lo mismo que sienten los tapatíos: los perseguidores no cejarán; hay consigna infernal de destruir la fe, de acabar con la Iglesia Católica en México. Aferrados a su propósito de luchar contra Cristo, apretarán cada vez más y más, y cada día se cometerán más crueldades y más abusos. Las protestas, las manifestaciones, las peticiones no han hecho otra cosa que excitar su furia. Como fieras acosadas tienen que continuar su obra siniestra. Dionisio dice que ya está probado hasta la evidencia que todos los medios pacíficos son inútiles; que no resta sino el repeler la fuerza con la fuerza, contra el injusto agresor.

—Pero ¿cómo?

—Tomando las armas contra ellos.

—¿Las armas...?

Y el anciano Sacerdote quedó perplejo por un momento, luego con un ¡Ah...! largo, pausado y doliente, continuó: —¡Eso será tremendo!

—Pues sí.

—Sí, compañero, va a ser mucho más tremendo de lo que a primera vista parece. Lo siento, lo siento mucho. Siento que tenga que llegarse hasta esos extremos. Yo no digo que sea ilícito, ni tampoco digo que no sea necesario. Si de otra manera no es posible, claro que se tiene derecho a este recurso supremo; pero lo siento, lo siento mucho...

Y sus ojos, sombreados por sus gruesas y pobladas cejas, inmóviles, parecían estar viendo el porvenir.

—Mire, compañero —continuó con voz firme, grave, como de verdadero vidente—: los que van a tomar las armas, los que van a sacrificarse, serán nuestros mejores muchachos —así textualmente habló—, nuestros católicos más leales y... ya verá cómo se quedarán solos. Los ricos de las ciudades no les ayudarán para que puedan proveerse de armamento. Los enemigos se van a echar sobre ellos con toda la fuerza militar disponible y... muchos de los católicos, simplemente por conveniencia, se van a convertir en enemigos de ellos y... Dios no lo quiera; pero aun muchos de los Sacerdotes van a ser de los que estén en su contra... Ellos van a sacrificarse, van a entregarse a la muerte, van a ser víctimas...

Un momento de silencio siguió a aquella profecía. Después añadió el anciano:

—Mire, compañero, tenemos que orar mucho, tenemos que orar mucho.

CAMPAÑA DE ORACION

Siguiendo la amonestación del Ilmo. Sr. Pro-Vicario General de la Diócesis don Luis Tiburcio Uribe, se principió a intensificar el supremo medio de la oración. Se oraba, se oraba mucho. Allí mismo, en la casa del Padre Asistente Eclesiástico de la A. C. J. M., no obstante las graves amenazas en que se vivía, se tuvieron algunas *vigilias* de la Adoración Nocturna, entre ellas, la de Navidad. El que esto escribe recuerda entre aquellos jóvenes adoradores pertenecientes a la A. C. J. M. a los siguientes: Dionisio Eduardo Ochoa, Marcos V. Torres, J. Trinidad Castro, Martín Zamora, José Verduzco Bejarano, Miguel Anguiano Márquez, Antonio C. Vargas, Tomás de la Mora. Esta casa humilde, propiedad del Padre don Enrique de Jesús y de su hermano Dionisio Eduardo —herencia de sus mayores—, cuna en Colima de la Epopeya Cristera, estaba marcada en aquella fecha, así como está marcada hoy, con el

No. 171 de la entonces calle "República", hoy calle "Venustiano Carranza".

Con el fin de preparar los corazones, la Jefatura local de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa imprimió clandestinamente y repartió con profusión el siguiente volante que reproducimos:

La noche de la Acción de Gracias y el Día de Oración ferviente y filial confianza.

"Está por terminar el presente año de 1926, año de amarguras y lágrimas cual ninguno había transcurrido en la vida de la Patria; pero año también en que la mano de la Providencia nos ha defendido cual nunca: Se trató de hacer apostatar a nuestros Sacerdotes, de hacerlos cismáticos, de apartarlos de la obediencia de la Iglesia; mas ellos no traicionaron a su Cristo, no renegaron de la obediencia al Papa, prefirieron todo, aun quedar en la miseria y ser perseguidos. ¡Cuántos motivos de acción de gracias!

Después se pretendió arrancar al pueblo mexicano de su fe y costumbres santas y, por la fuerza bruta, se quiere hacer morir la Religión. Y ¿qué ha pasado? El pueblo mexicano ha preferido ser pueblo mártir, a ser pueblo traidor, y su fe se ha robustecido y su unión se ha fortalecido y no presenta sino un solo escuadrón: codo a codo sus soldados resisten al enemigo y obedecen a una sola voz, y tienen un solo ideal: Dios, y un solo grito de resistencia: "¡Viva Cristo Rey!" y, a pesar de sus casi nulos medios de defensa, ha resistido con tanta heroicidad que ha merecido el aplauso del mundo, del Papa y de Dios. ¡Cuánto hay que agradecer!

Es cierto que ha habido traiciones a granel; pero también es cierto que en muchos la fe se ha agigantado. Es cierto que México ha tenido muy negras amarguras; pero también la gloria inmensa de ya *muchos mártires* que en nuestros días han muerto derramando perdón para los verdugos y con nuestro precioso grito de lucha en los labios: "¡Viva Cristo Rey!"

Hoy, más que nunca, el día último del año será día de ferviente oración y acción de gracias.

Y, el día primero, será día de grande oración y filial confianza en la Providencia. Que pase pronto el invierno para México y venga el feliz

día de la primavera; que se enjuguen nuestras lágrimas y vengan ya las santas alegrías del corazón; que se rompan las cadenas de esta esclavitud y aparezca, sonriente, el día de la libertad. El Divino Niño que a la tierra descendió del cielo por traernos verdadera libertad, dé a la Patria enlutada un año de dicha y felicidad, un año de santa libertad, un feliz año nuevo!

Con este doble fin, de dar gracias a Dios por lo recibido, en especial por la resistencia heroica del pueblo mexicano contra la cual se ha estrellado la furia de los perseguidores y pidiendo un año de libertad y dicha, respectivamente, *habrá en la Santa Iglesia Catedral, los días último del año y 1o. del siguiente,* a las 8 de la noche, solemnísima *Hora Santa.*

Y el pueblo supo responder y se oró y se hizo penitencia con fervor inmenso.

LA NOCHE DEL AÑO NUEVO

El año nuevo —1o. de enero de 1927— fue esperado en oración al pie del pequeño sagrario, allí en aquel mismo domicilio de la calle "República" a que nos venimos refiriendo, por el Padre don Enrique de Jesús Ochoa, su hermano Dionisio y algunos otros muchachos de la A. C. J. M.

Se sabía, con seguridad, que grandes acontecimientos de tremenda trascendencia estaban ya a las puertas y que ellos —los que oraban— tendrían en aquellos sucesos parte principalísima. Sin embargo, parece que, en aquellos momentos, ninguno veía claro la participación que en el conflicto armado tomaría. Ni el mismo Dionisio Eduardo Ochoa que al salir de Guadalajara, pocos días hacía, con motivo de sus vacaciones de Navidad, traía la consigna de ayudar a los colimenses a organizar el Movimiento Armado, sabía que era el destinado por Dios para ser el protagonista de la epopeya cristera en tierras de Colima. ¡Qué sabía él de hazañas guerreras de montaña! ¡Qué sabía él de correrías bélicas! El iba a ayudar —pensaba— en todo lo que fuera necesario, en todo lo que se le ocupara, en todo lo que se pudiera, principalmente en imprimir a la Cruzada el espíritu genuinamente cristiano que era menester llevara.

En verdad, se había pensado en otros jefes militares que ya en épocas anteriores hubiesen sido guerrilleros; se había pensado en Tranquilino Corona, de Cihuatlán; en Juan Flores, de Zapotitlán, y en el Dr. Miguel Galindo, de esta ciudad de Colima.

Parece que el médico Galindo —sin que el que esto escribe pueda con toda seguridad afirmarlo, ni sea posible confirmarlo— estaba ya en el secreto. Así lo dedujo, casi sin temor de equivocarse, de muchas conversaciones oídas, de muchos cabitos sueltos reunidos y atados; pero el doctor Galindo no estaba en Colima en esos días: había salido a la ciudad de México. De aquí que, lo único que los muchachos veían con seguridad, con rasgos definidos, en el cielo de su vida, era la cruz de luz que en el cielo de Japón vieron Felipe de Jesús y sus compañeros cuando el galeón que los conducía era arrastrado hacia allá por la tempestad; cruz de luz que significaría triunfo, triunfo espléndido, pero a costa de ofrendarse como víctimas.

LISTOS COMO BALAS

La razón de tal perplejidad en estas cosas y de que ni los mismos muchachos que fueron los protagonistas supieran a ciencia cierta cómo se habrían de desarrollar los acontecimientos, era que no sólo existía la Liga Defensora de la Libertad Religiosa que en todo el territorio nacional organizaba y dirigía el magno y complicadísimo movimiento de defensa, sino que, principalmente en el occidente, sobre todo en Michoacán y Jalisco, pero con ramificaciones en Colima, existía una organización secreta conocida con el nombre de la "U", que al terminar el movimiento desapareció. Ambos organismos, por lo general, se completaban y marchaban de acuerdo y se obtenía una maravillosa unidad, sobre todo si una y otra jefatura —la de Liga y la de "U"— eran llevadas por una misma persona o un mismo comité, pero muchas veces no fue así y resultaron, desgraciadamente, como era inevitable,

fricciones y resquebrajaduras que todo el movimiento resintió y que los mismos católicos que luchaban lamentaban, sin saber explicarse tales cosas. En Colima pertenecieron a la "U" algunos prominentes señores de los Caballeros de Colón; pero la A. C. J. M., casi en su totalidad, aun con su Asistente Eclesiástico, quedó al margen. ¡Quién se iba a fiar, humanamente, de los muchachos! Pero lo que ante el mundo nada vale es —lo decía ya Pablo de Tarso— lo que el Señor elige para sus grandes designios. Por eso aquí en Colima nuestros muchachos acejotaemeros sólo sabían lo que iba a suceder; solamente sabían que habrían de cooperar y únicamente esperaban instrucciones. Para el trabajo, para la aventura, para la lucha y el sacrificio estaban "como balas", listos para dejarse ir en la dirección que se les indicase.

LLAMAS DE EXPECTACION

Y amaneció el Año Nuevo 1927, el año de la Epopeya Cristera que llevó a México a cumplir su misión de *abanderado y apóstol de la Realeza de Cristo,* irguiéndose, enmedio de los pueblos neopaganos del presente, pobre y sin respaldo ninguno humano, azotado en pleno rostro y sangrando su pecho; pero con la hidalguía de los héroes y de los santos, para enseñar al mundo cuál es la ruta que se ha de seguir y cómo se debe luchar y cómo se debe sufrir, cuando se trata de salvar los intereses de Cristo y las esencias de las patrias que nacieron bajo la Cruz.

Los muchachos de la A. C. J. M., y cuantos estaban en el secreto, ardían en llamas de expectación. Se sabía, a ciencia cierta, que de un momento a otro principiaría el movimiento armado. "Hay necesidad de recurrir a las armas" —había dicho Dionisio Eduardo Ochoa días antes, comunicando instrucciones de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa—, "estamos como en los tiempos de Pedro el Ermitaño. Los últimos preparativos se están haciendo. De un momento a otro recibiremos instrucciones; hay que estar dispuestos y preparados a lo que se nos indique: *¡Dios lo quiere!*"

El día 2 de enero, en aquel año, fue domingo. En relativa calma pasó el día; pero por el tren de esa tarde, arribó de Guadalajara una jovencita a quien nadie esperó en la estación del ferrocarril, porque no se anunció: era Lupe Guerrero, originaria del pueblo de San Jerónimo, Col., que había radicado algún tiempo en la ciudad de Colima, a quien los muchachos de la A. C. J. M. conocían muy bien; pues se había destacado, durante los últimos meses, en la lucha por la libertad, por su espíritu de sacrificio y laboriosidad, al par que por su discreción y su don de organización. Venía con la misiva más trascendental que pudiera, en aquellas circunstancias, darse: el traer a Dionisio Eduardo Ochoa y a Rafael G. Sánchez, que en esos días estaban en Colima con motivo de las vacaciones de Navidad, la consigna de los jefes del Movimiento, de organizar de inmediato la lucha armada, a fin de que el 5 de ese mes —el miércoles de esa misma semana— los reclutas de la nueva Cruzada iniciaran sus actividades bélicas.

El primero a quien encontró, fue a Rafael G. Sánchez. A Dionisio Eduardo Ochoa lo localizó más tarde, frente a la casa de José N. Pérez, también de la A. C. J. M., al costado oriente del jardín de San José. Y allí, sobre una de las bancas del jardín, le fueron comunicadas las tremendas novedades: René Capistrán Garza —el que había sido primer presidente nacional de la A. C. J. M., y a cuyo solo nombre la juventud toda del México católico de aquellos días vibraba, porque era como su bandera— sería el jefe del movimiento armado. La proclama a la nación, firmada por él, llevaba la fecha del 1o. de enero o sea del día anterior. De ésta, los jefes de Guadalajara mandaban un ejemplar para que en Colima se reprodujera con profusión y se repartiese antes del 5 de ese mismo enero, día en que ellos —Dionisio Eduardo Ochoa y Rafael G. Sánchez— deberían tener organizado el movimiento cristero y presentar, si fuese posible, su primera acción bélica.

A la sombra de los arbustos del jardín, la jovencita Guerrero y los dos muchachos conversaron. A media voz, Lupe Guerrero, in-

teligente y discreta, fue elocuente, pero breve y lacónica cuanto posible era.

Del jardín, volvió Dionisio Eduardo Ochoa, en compañía de Rafael G. Sánchez a su propia casa. La noche estaba ya entrada. Allí participaron al Padre Don Enrique de Jesús Ochoa aquellas tremendas novedades. Se cambiaron impresiones durante largo rato, hasta ya muy avanzada la noche.

Entre la propaganda que Lupe Guerrero trajo a Colima —decíamos— estaba la Proclama del Movimiento, firmada por René Capistrán Garza, campeón de la libertad en aquellos días gloriosos y hoy claudicante de sus excelsos ideales por los cuales tan gallardamente había luchado.

La proclama, que encarna una época y el espíritu de una juventud y de un pueblo hela aquí:

LA PROCLAMA DEL MOVIMIENTO

"A la Nación

El régimen actual que oprime a la nación mexicana, manteniéndola humillada bajo la férula de un grupo de hombres sin conciencia y sin honor, está sustentado sobre principios destructores y subversivos de una política que pretende convertir a la patria en un campo de brutal explotación, y a los ciudadanos en un conglomerado sujeto a la esclavitud.

Destrucción de la libertad religiosa, política, de enseñanza, de trabajo, de prensa, negación de Dios y creación de una juventud atea; destrucción de la propiedad privada por medio del despojo, socialización de las fuerzas del país; ruina del obrero libre por medio de organizaciones radicales, despilfarro de los bienes públicos y saqueo de los bienes privados; desconocimiento de las obligaciones internacionales; tal es, en substancia, el monstruoso programa del régimen actual. En una palabra, la destrucción deliberada y sistemática de la nacionalidad mexicana, aniquilando su ser en el interior y concitando el odio en el extranjero. El dominio implacable de un régimen de bandoleros armados sobre una población inerme, honrada y patriótica; la negación total y cínica de todos los derechos ajenos, en todos los órdenes, políticos, cívicos, morales y religiosos; una esclavitud férrea impuesta mediante las armas y el terror de los tiranos, a quienes es preciso destruir por medio del terror y de las armas.

El santo derecho de defensa, he ahí toda la base moral de este movimiento armado. A ese derecho inalienable, se adhiere fuertemente la conciencia nacional. La necesidad de destruir para siempre los viciosos regímenes de facción para crear un gobierno nacional; la aspiración incontenible de abolir las prerrogativas de la fuerza, con la fuerza irresistible del derecho: he ahí toda la razón de ser de este movimiento que es el impulso popular hecho realidad viva.

México está en el deber de salvarse de sus tiranos y para eso necesita destruirlos.

No es una revolución, es un movimiento coordinador de todas las fuerzas vivas de todo el país. No es una rebelión, es una enérgica e incontenible represión, contra los verdaderos rebeldes que, desafiando la voluntad popular, están ejerciendo arbitrariamente el poder. La rebelión está ahí, en el llamado gobierno, que, contra la misión propia de los verdaderos gobiernos, está destruyendo el bien común; la rebelión está en la justicia negada, en la libertad destruida, en el derecho atropellado, y es tanto más inicua, esa rebelión contra la sociedad y la patria, cuanto que, para legitimarla, se usurpan las augustas funciones de la autoridad pública.

El pueblo de México quiere rehacer definitivamente su nación; quiere recoger el cuerpo desgarrado y palpitante de su patria, reanimándolo con la savia generosa y fecunda de una nueva administración, que circule por todas las arterias del organismo social.

México está sojuzgado; pero vive, y alienta, en medio de una ardiente voluntad. Los tiranos van a saber, por primera vez en su vida, lo que es, lo que vale un pueblo que defiende su libertad y que por ella sabe luchar y morir. No queremos privilegios para nadie; queremos justicia para todos.

Libertad y garantías dentro de la libertad. He ahí el programa.

En ese principio está encerrado nuestro amplio y completo programa, el cual se publica por separado y cuyos puntos van a continuación.

¡La hora de la lucha ha sonado!

¡La hora de la victoria pertenece a Dios!"

René Capistrán Garza

A la mañana siguiente —lunes 3 de enero— muy temprano, se presentó en la casa de Dionisio Eduardo Ochoa y del Padre su hermano, Antonio C. Vargas, el joven acejotaemero jefe de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa de quien, en páginas anteriores, se ha hecho mención. Iba festivo, creyendo ser él el que iba a dar la primera noticia de la inminente fecha del movimiento armado, llevando en sus manos el telegrama anunciador, desde hacía tiempo esperado. En clave decía que el 5 de ese mismo mes había necesidad de iniciar el movimiento armado y que era urgentísimo que Colima se presentase en ese día en pie de lucha, para que los de Jalisco y otras entidades no fuesen a quedar solos.

En esos días de febril agitación, fue aquella casa —la de la calle "República" Núm. 171—, verdadera jefatura de la cruzada, la hoguera de los santos incendios. Allí estuvo Jesús Sacramentado en ese triduo angustioso, al pie de cuyo Sagrario se oraba con fervor y grandeza de alma jamás tenidos.

La máquina de escribir trabajó en aquella mañana del lunes 3, con rápido martilleo, haciendo copias de la PROCLAMA del movimiento y cartas diversas. Cuando estuvieron hechas, salieron tres "propios", tres muchachos de la A. C. J. M., escogidos de entre los que se juzgaron más a propósito: José Verduzco Bejarano, joven estudiante, quien salió, a pie, a Zapotitlán, Jal., para entrevistar a Don Juan Flores —el indio de Santa Elena—, a quien llevaba no sólo propaganda e instrucciones, sino su nombramiento de jefe local del movimiento en aquella su región, firmado por Dionisio Eduardo Ochoa y Rafael G. Sánchez, delegados en Colima para organizar el movimiento bélico. Otro enviado —Aarón Montaño— fue a Manzanillo, llevando, de semejante manera, el nombramiento, con sus respectivas instrucciones y propaganda, para Tranquilino Corona, de Cihuatlán, Jal., y el tercer enviado —J. Jesús González Torres— marchó a Cerro Grande.

En Cerro Grande, apenas un año hacía, había habido un bro-

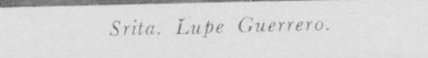


El P. Capellán cristero Pbro. don Enrique de Jesús Ochoa.



El egregio Confesor de la Fe Pbro. D. J. Jesús Ursúa.

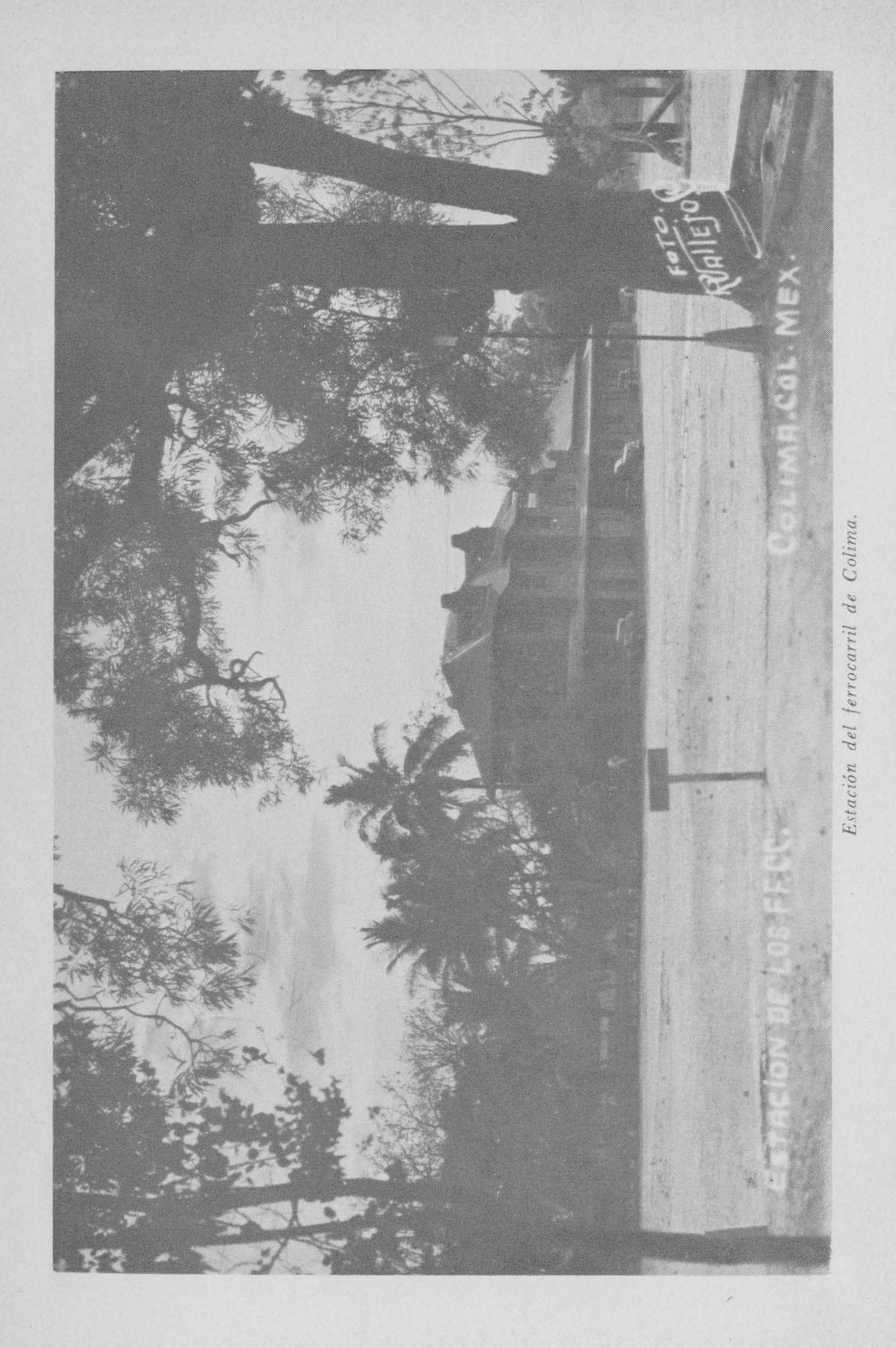
Los volcanes de Colima. Al frente, el Volcán de Fuego. Al fondo, el Nevado.



Srita. Lupe Guerrero.



Vicario General Mons. Luis T. Uribe.



Estación del ferrocarril de Colima.

te bélico en contra del gobierno de Solórzano Béjar, brote que había dado buen problema al gobierno del Estado cuya gendarmería, al mando de su comandante J. Jesús Alcocer, había sido, en varias ocasiones, duramente escarmentada. Por aquellos días aquel brote se había apagado; pero Dionisio Eduardo Ochoa tenía esperanzas de que su jefe, al verse respaldado por un movimiento nacional, se pusiese de nuevo en pie de lucha. Sin embargo, nada se obtuvo. Más aún, estos dos últimos enviados, Aarón Montaño y Jesús González Torres, ni siquiera volvieron a dar parte de su cometido y nada se supo durante todo el tiempo de la epopeya Cristera, con relación al resultado de su comisión; pues encontraron dificultades serias que no pudieron solucionar. En cambio Verduzco Bejarano —muchacho de unos 19 años de edad en esos días— regresó al día siguiente, cumplida satisfactoriamente su comisión. Con un abrazo de felicitación fue recibido por el éxito que alcanzó: Zapotitlán, Jal., sabría responder.

Los tres jóvenes —Dionisio Eduardo Ochoa, Rafael G. Sánchez y Antonio C. Vargas—, a los cuales se unió —en ese mismo día, en el secreto y en la actividad— José Ray Navarro, quien iba a quedar en la ciudad como representante de los beligerantes para todo lo que fuese menester, trabajaron todo el día 3 de enero con dinamismo febril. Todo observador habría notado a las claras que acontecía algo grave y extraordinario y los vecinos, sobre todo los esposos Blake, lo vieron a las claras. "Algo grave traen los muchachos", se dijeron, y quiso la señora de Blake investigarlo en la misma casa de ellos.

La bondadosa y heroica tía de Dionisio Eduardo Ochoa y del Padre, que hacía para ellos el oficio de madre, aunque estaba en el secreto, pues era necesario, no comprendía toda la magnitud de la empresa.

—¿Qué hay? —preguntó Lorenza, la esposa de Blake, sintiéndose con derecho a saber lo que pasaba, por la confianza y el cariño con que trataba a los Ochoa y a la tía, fruto de más de 20 años de ser vecinos.

—¡Cosas de ellos! —contestó la Tía Poli, encubriendo lo que ella sabía—; pero no creo que haya nada grave.

En realidad, ella no había comprendido todo el fondo de aquel drama que se iniciaba. Y así no lloró tanto, como lloró más tarde, en otras ocasiones. Ella misma confesaba después que no entendió por aquellos días lo tremendo de aquel problema.

Capítulo III

LOCURA DIVINA

LA OBLACION

EN LA NOCHE DEL MARTES día 4 cuando ya estaba de regreso José Verduzco Bejarano de su viaje a Zapotitlán; cuando ya Dionisio Eduardo Ochoa había buscado inútilmente al Dr. Don Miguel Galindo para que cogiese, con arrestos de viejo guerrillero, la causa de la Libertad Religiosa, ofreciéndose él —Ochoa— como compañero, para servir en el puesto que se le designase, y se había encontrado con la noticia de que el médico Galindo había salido de la ciudad y de que no regresaría pronto; cuando ya el mismo Dionisio Eduardo Ochoa había pensado y meditado —golpeándole dolorosamente la sangre en las sienes— en el problema que él veía insoluble, de quién podría ser el jefe militar de la cruzada y no había quién le diese las medidas, se acercó al Sacerdote hermano suyo, con porte modesto, pero de solemnidad, de misterio, en que las almas flotan y se encienden en los momentos de las decisiones heroicas.

Deberían ser las 11 de la noche, muy pasadas. La casa estaba en silencio. Antonio C. Vargas, Rafael G. Sánchez y José Ray Navarro ya se habían retirado a sus casas.

Se cerró el viejo zaguán por el mismo Dionisio Eduardo Ochoa, cuando el último de los amigos había salido, y quedaron solos el Padre y su hermano. Este momento lo había estado esperando Dionisio Eduardo con ansiedad y sobresalto.

Al pasar el amplio pasillo que llevaba de la calle al interior, y al voltear al corredor, sobre la derecha, había, a un paso, una antigua banca de madera de barrotes labrados. El Padre D. Enrique esperaba allí sentado, mientras su hermano Dionisio Eduardo cerraba. Entró éste y se sentó junto a él y, sin más preámbulos, principió el diálogo así:

—Oye, hermano, tú ves que mañana —ya mañana es día 5— tendríamos que haber principiado. Era obligación nuestra el que mañana mismo diésemos prueba de vida bélica aquí en Colima. Yo soy el responsable; yo tengo la comisión, y todo tenía que estar organizado para esta fecha, para este momento. Ya pensamos, ya nos quebramos la cabeza con el problema de quién puede ser el jefe del movimiento: el Dr. Galindo, como te dije esta tarde, acababa de salir para México. Y, fuera de él, yo entiendo que no hay quien pueda dar las medidas: se necesita no sólo hombría, sino también rectitud, limpieza de miras, fe. Si buscáramos simple y sencillamente quien se levantara en armas, no faltaría, habría muchos; pero el encontrar uno de quien pueda tenerse seguridad de que sea disciplinado, esforzado, cristiano en sus intenciones y en sus actos, para que no vaya a ser este movimiento armado como una de tantas revoluciones en las que México ha abundado, un grupo de bandoleros que grite solamente ¡Viva Cristo Rey!, no es fácil. Yo no sé quién pudiera ser ése; yo no lo encuentro.

—Es cierto —contestó con cierta reserva y aun timidez el hermano Sacerdote, ya adivinando un poco el desenlace del diálogo que principiaba.

Y durante algunos momentos se guardó silencio angustioso. El Padre no dijo una palabra más y Dionisio Eduardo, su hermano, no encontraba cómo continuar.

En la obscuridad del angosto y largo patio de la casa, lleno de arbustos y plantas, los ojos de ambos estaban clavados, sin ver nada, sin fijarse en nada; porque el problema que con los ojos del alma veían muy al frente, era tremendo.

—Oye —continuó Dionisio Eduardo, dándole forma de consulta, de pregunta, de consejo, cortando así aquel silencio—. ¿Y si yo mismo me pusiese al frente del movimiento?

Los ojos de Dionisio Eduardo Ochoa brillaron y, de la obscuridad del patio a donde estaban dirigidos, se volvieron fijos, aunque tímidos y escrutadores, hacia los de su hermano el Sacerdote.

—¿Tú?

—Sí, yo; ya ves que no hay más. Pero lo que tú digas. ¿Tú qué opinas?

—Mira, yo de ninguna manera me opondría. Es empresa santa, es resolución que no puede venir sino de Dios: yo no tendría ningún derecho a impedirla. Si ya lo has pensado, si te resuelves, yo de mi parte te doy mi aprobación y mi bendición, mi bendición de Sacerdote y hermano mayor.

—Sí, ya lo tengo pensado y sí me resuelvo.

—Pero advierte la magnitud de la empresa. No tienen armas, ningunos recursos tienen, nada tienen y ustedes no son muchachos de montaña: tendrán que sufrir mucho. Luego, por otra parte, los enemigos se van a echar sobre ustedes con toda su maquinaria. Va a ser algo tremendo, como casi no imaginamos en estos momentos. Además, gran parte de los nuestros, aun de estos mismos señores que alardean de creyentes, pero que tienen dinero, y aun algunos Sacerdotes —ya el señor Canónigo Uribe me lo decía como te he contado— se convertirán en enemigos del movimiento armado. Todo va a ser a base de sólo Dios sabe qué sacrificios, más aún de la vida. Yo no creo que ustedes salgan con vida. Si estás resuelto a aceptar todos los sacrificios que sean necesarios, por tremendos que sean, aun el ofrecimiento de la vida, está bien. De otra manera, yo creo que no.

—Sí, estoy dispuesto —dijo Dionisio Eduardo con voz apenas perceptible, pero decidida y firme.

—Bueno, que Dios te bendiga. Yo pediré a Dios Nuestro Señor mucho por ti. ¿Qué más puedo hacer?

Ninguno dijo más.

En silencio atravesaron el corredor, casi hundido en la obscuridad; atravesaron también la pieza en donde Verduzco Bejarano y otros seminaristas dormían, y llegaron a lo que antes había sido comedor —en esos días convertido en oratorio—, y de rodillas cayeron ante el humilde Sagrario en donde Jesús Sacramentado estaba. Se oró en silencio; pero con inmensa fe y rendimiento. Diez o quince minutos más tarde se levantaron. El paso decisivo estaba dado, el ofertorio estaba hecho... Y se fueron a acostar, sin decir ya una palabra, intentando dormir. Era cerca de la una de la madrugada del ya miércoles 5, fecha tanto esperada.

Y así como en Colima, así en Jalisco, Coahuila, Guanajuato, la ciudad de México y otros lugares de la República, se vivían en aquella misma noche momentos de alto heroísmo, de oblación a Dios, para ganar con lágrimas y con el sacrificio de la vida, el Reinado Social de Cristo en México. "Hay necesidad —diría más tarde Dionisio Eduardo Ochoa a los campesinos a quienes predicaría la Cruzada Cristera— de lavar con nuestra sangre los enormes pecados nacionales". Así, textualmente, sin modificar sílaba alguna, solía insistir, para excitar a la pureza de intención y al espíritu de sacrificio, llevado hasta ofrendar por Cristo el corazón y la vida.

A la mañana siguiente ya la angustia era menor, pues el problema estaba resuelto: ellos tres y sólo ellos tres: Dionisio Eduardo Ochoa, Antonio C. Vargas y Rafael G. Sánchez se irían a la montaña e iniciarían la empresa, la epopeya heroica que les confiaba el cielo.

Y con actividad febril; pero ya sin la angustia interna que los devoraba en los días anteriores, se pusieron a prepararse para la aventura: marcharían al día siguiente, en la madrugada del 6.

Y si para todos, aun para los mismos compañeros de la A. C. J. M., se había guardado reserva absoluta, no obstante que fueran de confianza, sin embargo, al anciano e ilustre Sr. Pro-Vicario General de la Diócesis Cango. don Luis T. Uribe, en cuyas manos estaba el gobierno de esta Iglesia Colimense y cuyo corazón cargaba todas las angustias y problemas de sus hijos, sobre todo de sus Sacerdotes perseguidos, sí había que darle la noticia. Así lo creyó, y muy acertadamente, el Padre don Enrique de Jesús Ochoa, hermano de Dionisio Eduardo.

En la casa habitación del entonces Pro-Vicario de la Diócesis se presentó, en las primeras horas de esa mañana, el Padre Ochoa, a la sazón Pro-Secretario del Gobierno Eclesiástico.

—Señor —le dice—, vengo a comunicarle cosas nuevas y tremendas —y le narró, en voz baja, lacónicamente, lo que había—. Además, anoche —dijo— la jefatura de operaciones recibió la noticia, por telégrafo, de que son varios los levantamientos armados de católicos en lugares distintos de la república y de que se teme que éstos se generalicen. Aún más: el general jefe de las operaciones militares en el Estado recibió instrucciones de que al primer brote de movimiento armado se proceda inmediatamente a la aprehensión de todos los Sacerdotes. Y los muchachos salen mañana jueves por la madrugada y van con la intención de dar muestras de vida bélica en cuanto les sea posible. Esto podría ser mañana mismo.

El anciano Sacerdote don Luis T. Uribe, con sus ojos grandes, sombreados por gruesas cejas, mirando fijamente, no contestó nada al Padre don Enrique de Jesús Ochoa, su secretario.

—¿Gusta Ud. —continuó entonces el Padre Pro-Secretario— que diga algo a los Padres, para que sepan y estén prevenidos? Porque ellos están ignorantes de todo esto que se prepara y pueden no sólo tomarlos presos, sino asesinarlos, haciéndolos desaparecer, como en todas partes están haciendo los perseguidores.

En los ojos del Sr. Uribe, Pro-Vicario General, por un momento apareció la inquietud, la indecisión. Luego, resuelto y meneando la cabeza, dijo con seguridad:

—No, compañero, no avise a nadie.

—¿Y si mañana —replicó de nuevo su Padre secretario—, desprevenidos al estallar el movimiento armado en Colima, se aprehende a los Sacerdotes y los asesinan?

—No los han de asesinar a todos. Cuando mucho lograrían aprehender a uno o dos, o a dos o tres, a lo sumo. Con eso tienen los demás para que, sin ninguna recomendación nuestra, se escondan de por sí. Menos mal es que maten a uno, o dos, o tres de nosotros, que el que por alguna indiscreción de alguno de los nuestros o de sus familiares vayan a coger a estos muchachos de alma tan cristiana, tan grande y tan heroica y los asesinen, y este movimiento tenga un tan tremendo fracaso al iniciarse, por culpa nuestra. Ud. y yo vámonos limitando a hacer mucha oración por estos muchachos que se van a esta aventura heroica y también por nuestros compañeros Sacerdotes. Y a nadie diga nada.

—Muy bien, Señor.

LA ULTIMA TARDE EN COLIMA

La última tarde antes de emprender el camino hacia las serranías para iniciar su vida bélica —era el miércoles 5 de enero de 1927—, Dionisio Eduardo Ochoa y sus compañeros, decididos y entusiastas, la pasaron no sólo tranquilos, sino extraordinariamente alegres y festivos. Fueron e hicieron ellos tres, en el devoto Templecito de La Salud, una bien preparada confesión con el Padre D. Tiburcio Hernández a quien comunicaron sus secretos. Después, quienes no tenían el escapulario de Ntra. Señora del Carmen, quisieron recibirlo como santa protección. Así aconsejó su Padre Asistente —el Asistente Eclesiástico de la A. C. J. M.—, el cual les hizo reflexionar sobre la promesa de la Sma. Virgen: "El que muera llevando devotamente el santo Escapulario, no morirá en pecado, no padecerá el fuego del infierno. Lleven siempre —añadió— el Escapulario de la Virgen. Ella los protegerá en la vida y en la muerte".

Después, Dionisio Eduardo Ochoa, Antonio C. Vargas y José Ray Navarro, el amigo de ambos, fueron a la estación del ferrocarril. Por una parte, necesitaban algo de distracción, pues los días anteriores habían estado demasiado cargados de problemas tremendos. Por otra, necesitaban algunos informes que allá podían recabar, más que ellos pretendían, como primera hazaña suya, dinamitar algún puente, aunque fuese de los pequeños, de la vía del ferrocarril, entre Colima y Guadalajara, para llamar la atención sobre esta entidad y que no se cargase toda la fuerza militar federal sobre los grupos de insurgentes católicos que en otros lugares de la República habían iniciado ya sus actividades bélicas.

EL CHOFER

Al lado sur de la casa de los jóvenes Ochoa, en donde el movimiento cristero se preparaba, pared de por medio, en la casa marcada entonces, así como ahora, con el número 167 de "República", hoy "Venustiano Carranza", vivía ya, así como ahora vive, Alfredo Blake, joven entonces —de esto hace más de 34 años—, a quien los hermanos Ochoa —Dionisio Eduardo y el Padre— habían visto largos años hacía, casi desde la infancia, con cariño y confianza de vecinos y amigos. Alfredo Blake tenía entonces un coche de sitio que él personalmente trabajaba, color verde aceituna, marca Dodge.

—Oye, Alfredo —llamó el Padre en voz alta a Blake, haciendo oír su voz por encima de la barda de adobe de escasa altura que dividía las dos casas— ¿vienes un momento?

—Sí, voy luego, Padre.

—¿Tienen alguna novedad? —dice Blake, al entrar, sospechando más de lo que dio a entender, pues desde dos días hacía, Lorenza su esposa y él, ya habían comprendido mucho de lo grave que estaba ocurriendo.

gran jornada. Después de la Santa Misa, después de la acción de gracias, silenciosa, recogida, el Sacerdote les impartió por último la bendición y allí mismo, al pie del altar, ante Cristo Eucarístico, les dio su abrazo de despedida... Y partieron.

Ya el coche verde de Blake, en esos momentos, estaba a la puerta.

EL EXODO

Disimulando los grandes aldabonazos que el corazón daba dentro de sus pechos y la garganta hecha nudo por la emoción, abordaron el vehículo.

Llevaban, para iniciar la epopeya, el gran movimiento que tendría su repercusión aun en el Viejo Continente y que sería el objeto de la admiración de todos los pueblos católicos del mundo, su pistolita 32-20, el pistolón viejo, casi sin cartuchos, "de los tiempos de Mari Castañas", otra pistola, pequeña también, que José Ray había conseguido aquella noche, para que la portara Rafael G. Sánchez, la linterna de mano, los 18 pesos, la caja de cartón con las canillas de dinamita, el machete y la carabina 30-30 que con tantos afanes Antonio había conseguido; pero "son de nuevo los tiempos de Pedro el Ermitaño" —había dicho Dionisio Eduardo Ochoa desde hacía dos o tres meses—; "Hay necesidad de recurrir a las armas. *Dios lo quiere* y eso basta. Nosotros pondremos de nuestra parte lo que tenemos y Dios pondrá lo demás".

En aquel viaje a Tonila quiso acompañarlos José Ray Navarro. Al Padre, hermano de Dionisio Eduardo, le gustó la idea: así, siquiera podría tener pronto noticias de cómo había resultado aquella primera jornada. Los dejaría allá y se regresaría luego, en el mismo coche de Blake.

Debían ser como las tres de la mañana cuando estas cosas sucedían. Alfredo Blake —el chofer— asistía a todo, observaba todo sin decir una palabra; pero ya estaba viendo, muy a las cla-

ras, que era verdad lo que su corazón le estaba diciendo desde hacía dos o tres días: "los muchachos se iban a levantar en armas".

El brillo de los ojos de aquellos muchachos que se lanzaban a la sublime aventura, era el brillo de los ojos de un hombre con fiebre. Ya en esa madrugada nadie bromeaba: eran momentos solemnes, estaban poseídos de la fiebre divina de que sólo son capaces las almas de los héroes, las almas de los santos.

"Dios lo quería" y bastaba.

Y sin ninguna demostración ruidosa, ni por parte de los que se iban, ni por parte de los que quedaban, el coche de Blake partió, en medio de las sombras de aquella madrugada.

SECCIÓN SEGUNDA

LA LLAMA

(Del 6 de enero al 27 de abril de 1927)

Capítulo I

EL ESPIRITU DE LOS NUEVOS CRUZADOS

EN TONILA, JAL.

TODAVÍA NO AMANECÍA cuando el coche "Dodge" de Alfredo Blake estuvo en Tonila con sus tripulantes y los objetos que llevaban: Frente a la plaza, en medio del portalito, en la casa que era en aquellos días de las hermanas Carmen y Melania Meillón, parientes cercanas de Dionisio Eduardo Ochoa, el coche se detuvo. Dionisio se adelantó y tocó la puerta. Esta se abrió y con un cariñoso abrazo se le recibió, pues allí se le tenía mucho cariño. "Vengo yo y vienen otros muchachos conmigo. Y traemos unas 'chivas bravas' ", dijo Dionisio con su espíritu festivo, aludiendo a las armas que llevaban y a la caja con dinamita.

Entrados los tres jóvenes a la casa de la familia Meillón, el coche de Blake partió de regreso, llevando a José Ray Navarro. José Ray Navarro, en los planes de Dionisio Eduardo Ochoa, quedaría en Colima, de apoderado de ellos, para arreglar todo lo que fuera menester.

Allí en Tonila, en aquella misma mañana, les deparó el cielo un primer compañero: don Pedro Ramírez, hombre que era de buena influencia en todos aquellos contornos, sobre todo entre los rancheros de las faldas del Volcán; católico de reconocida confianza, presidente del Comité Local de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa en el pueblo de San Jerónimo, Col., de donde era nativo, y que aun había estado en la prisión de Colima, semanas hacía, por motivo de sus actividades en favor del boicot y por sus protestas contra la tiranía. El les llevó a su casa, les abrió los brazos, los hospedó, con todo cariño, ofreciéndose para ayudarles cuanto necesario fuese.

Allí también les dio el Señor un nuevo compañero de ideales y de lucha: Miguel Anguiano Márquez, joven seminarista y de la A C. J. M., de unos 18 años de edad, que había sido, meses hacía, con anterioridad a Antonio C. Vargas, Jefe Local, en la ciudad de Colima, de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa; pero un día, como ya se dijo en la primera parte de este libro, había sido tomado preso a bordo del ferrocarril, cuando repartía unas hojas de propaganda y llevado preso a Zapotlán, Jal. (Ciudad Guzmán). Libertado allí por influencias de destacados miembros de la Sociedad, pertenecientes a la misma Liga, se había marchado a Guadalajara, Jal., de donde regresó a los pocos días para radicarse en Tonila, Jal., y desde allí continuar ayudando a los colimenses en sus luchas. Eran ya, pues, cuatro los soldados de Cristo, quienes con todo empeño comenzaron a propagar, aún sin salir de Tonila, la nueva y magna cruzada de Cristo Rey.

VOCES DEL CIELO

Allí, a esa casa —calle Prisciliano Sánchez, Núm. 1, cruzamiento con la calle principal—, llamados por el señor don Pedro Ramírez, venían los rancheros más destacados de todos los pequeños poblados del Volcán, para ir recibiendo instrucciones. La llama se extendía y el incendio iba tomando proporciones de fuego que se extiende en un seco cañaveral.

El primer ranchero, cristiano, leal, viril que se ofreció para ayudarles, fue Eufemio Valadez que aún vive. El fue el conducto mediante el cual Dionisio Eduardo Ochoa y sus compañeros principiaron a ponerse en contacto, sin salir aún de Tonila, Jal., con los elementos más distinguidos, por su espíritu cristiano y virilidad, de aquellas rancherías de los volcanes.

Y de la casa de don Pedro Ramírez, aquel primer cristero —Eufemio Valadez— iba y venía llevando noticias y propaganda para organizar el movimiento bélico. Casi para él no había descanso; pues aun por la noche y en las altas horas de la madrugada él efectuaba sus correrías.

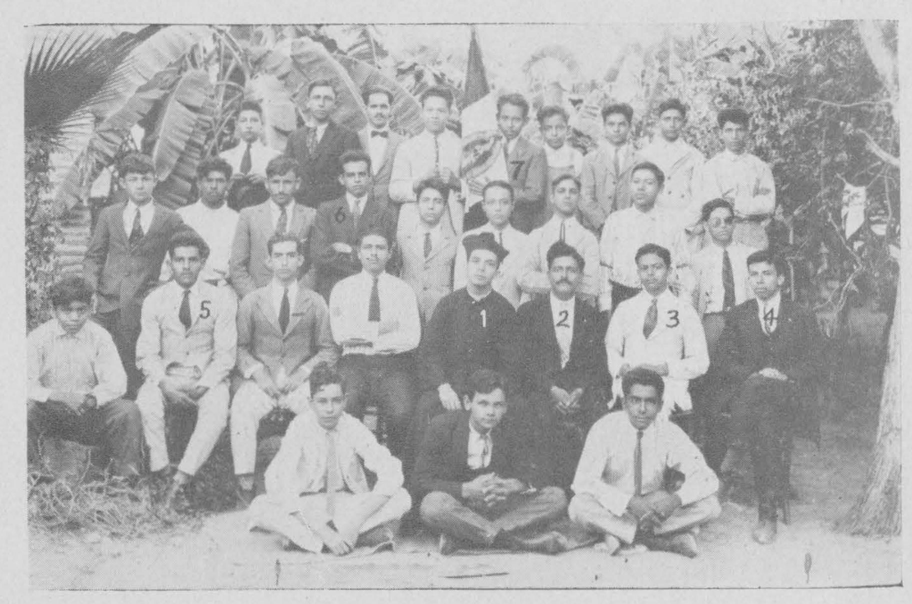
Cinco días más tarde, a las altas horas de la madrugada, hubo un hecho misterioso, sólo explicable por la intervención extraordinaria del cielo. El que esto escribe oyó la narración de este suceso maravilloso en varias ocasiones: lo oyó de los labios del mismo Dionisio Eduardo Ochoa allá en tiempo de los cristeros y se lo oyó también, desde aquellos días, a don Pedro Ramírez. Más aún, don Pedro lo siguió afirmando hasta su muerte, acaecida apenas hace un lustro y aun dispuesto a ratificarlo bajo juramento. El hecho fue el siguiente:

Esa noche —fue la del 11 de enero— era noche completamente tranquila. En el barrio de don Pedro Ramírez no había ningún rumor extraño que turbase el silencio; cuando mucho el blando murmullo del viento leve que de ordinario mueve las frondas de los árboles o llora entre los pinos.

Don Pedro Ramírez y sus familiares dormían en su aposento y los muchachos de la aventura bélica —Dionisio y sus compañeros, entre los cuales estaba ya Miguel Anguiano Márquez, como hemos visto— dormían y descansaban en lugar separado. A don Pedro y a Dionisio Eduardo les coge a la misma hora —era entre la una y las dos de la madrugada— un mismo sueño, una misma pesadilla que los hace despertar con sobresalto: la casa en que se alojan la ven rodeada de soldados que furiosos la invaden para aprehenderlos. A los gritos de "¿quién vive?", lanzados con arrogancia, así como de otra voz distinta, que claramente se oyó entre el ruido de la tropa, de "salgan luego, porque los agarran", Dionisio Eduardo Ochoa despertó sobresaltado; pero como todo estaba en silencio y nada oyó en derredor, como a simple sueño no dio crédito ninguno y procuraba dormirse de nuevo. Don Pedro, a su vez, despertando por la misma pesadilla y a los mismos gritos y voces,



En Tonila, Jal. Multitudes peregrinas que van de Colima. Junio de 1926.



Muchachos acejotaemeros que hicieron sus ejercicios espirituales cuando se indicaba la persecución. Se pretendió acabar con sus vidas dándoles a comer vidrio molido. Al centro su asistente Ecco. Pbro. Enrique de Jesús Ochoa (1). Arriba, con la bandera, J. Trinidad Castro (7), en esos días Presidente Regional. Sentado, en el extremo, a la izquierda del Padre, Dionisio Eduardo Ochoa (4). Casi en el centro, con traje oscuro, cruzado de brazos, Daniel Espinosa (6). En el otro extremo contrario a Ochoa, también sentado, José Ray Navarro (5). Sentado junto al Padre, de negro, Rafael Sánchez (2).



Palmeras de Colima. Aledaños de la ciudad.

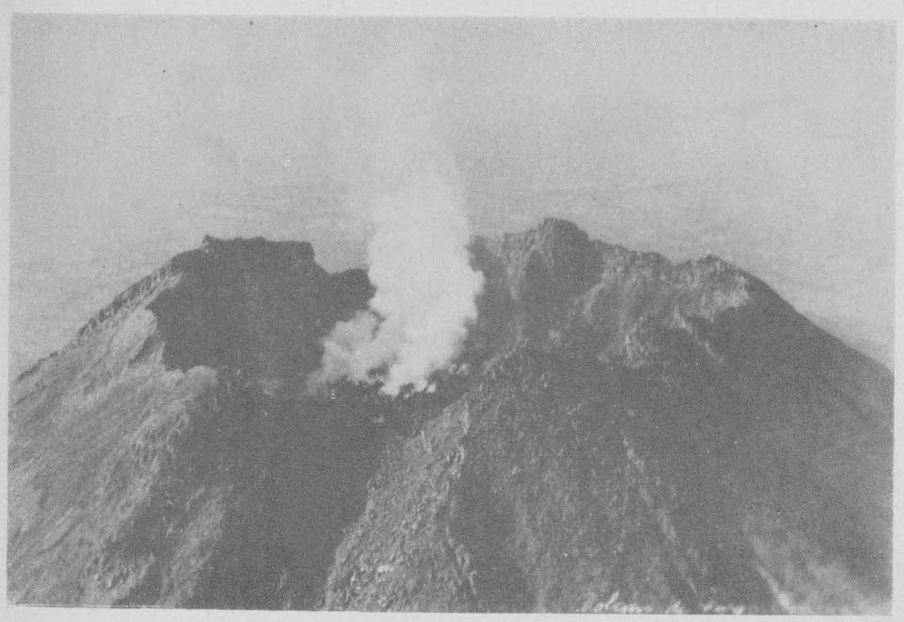


Foto aérea del cráter del Volcán de Fuego.

reaccionó de un modo distinto: "Esto puede ser realidad", se dijo y se levantó y fue a donde descansaban Dionisio y sus compañeros.

—Nicho —le dijo— ¿no oíste unos gritos?

—Sí, sí los oí —dijo Dionisio incorporándose—; pero yo creía que era un sueño. Yo, en realidad, tenía una pesadilla.

—¿Qué soñaste? —dice don Pedro. Y Dionisio narró el sueño—. Pues yo también soñé lo mismo y yo también desperté a los mismos gritos.

—Puede ser que alguien haya gritado allá afuera —dice Dionisio Eduardo, queriendo darle alguna explicación natural al suceso—. Puede ser que haya habido algún desorden y nosotros —usted y yo—, llevando dentro la misma agitación nerviosa que traemos, nos soñamos en el peligro inminente: la invasión de las fuerzas del Gobierno.

Entre tanto, habían despertado ya también los compañeros. Todos estaban de pie y todos hablaban en voz muy baja.

La luna estaba llena o casi llena en aquella noche y a aquellas altas horas brillaba casi en el cenit.

Don Pedro Ramírez, entreabrió un poco la ventana. Todo estaba en completo silencio en derredor; nada se movía, nada se oía, y las callejuelas de Tonila y sus tejados estaban bañados por la luz de la luna.

Después de unos momentos, se oyeron a lo lejos los pasos de un hombre que se acercaba. Luego se vio la sombra de él. Cuando ya estaba cerca, a la luz de aquella noche diáfana, don Pedro lo reconoció:

—¿Eres tú, Eufemio?

—Sí, don Pedro. ¿Tiene algo de nuevo?

—Sí, oímos unos gritos.

—Yo no he visto nada —dice Eufemio Valadez—, todo está en silencio.

—Mira, da una vuelta a la manzana —continuó don Pedro hablando en voz apenas perceptible—, ve hasta el puente, a ver si algo encuentras. Vete con precaución.

—Muy bien.

La noche seguía silenciosa. El enviado se marchó; sus pasos se fueron alejando y se perdió en la sombra. Un rato después apareció de nuevo, mientras don Pedro, oculto en la obscuridad de su ventana, esperaba el regreso.

—Don Pedro —dice—, nada hay, todo está en silencio.

—Vámonos acostando de nuevo —dice Dionisio Eduardo Ochoa.

—No —replicó don Pedro Ramírez—, esto no es casualidad. Esto es la voz del cielo. Y vámonos luego. Si nos entretenemos, quién sabe si no nos salvemos.

—Pues si así ordena usted don Pedro, está bien, vámonos luego —dijo Ochoa.

—No, yo no soy el que tengo que ordenar; yo únicamente advierto. Quien debe ordenar eres tú; pero yo sí creo que esta es la voz de Dios; la voz de Dios que nos avisa que debemos salir inmediatamente.

—Pues vámonos —dice Dionisio—. ¡Arriba con todas las chivas! —ordena él a sus compañeros. Y tomaron sus armas en que estaba todo su capital humano: la pistolita niquelada 32-20; el pistolón viejo, la carabina 30-30, el machete, la linterna de mano, otra pistola que había conseguido Anguiano Márquez y una máquina de escribir, que don Pedro Ramírez había obtenido prestada, sin dar plenos detalles de sus intenciones, con el Párroco de San Jerónimo, el Padre don Ignacio Ramos que en esos días, bastante enfermo, se encontraba allí mismo en Tonila, disfrazado y oculto.

Y a pie, cargando sobre sus espaldas todo este equipo de locura quijotesca de aventura divina, se marcharon los muchachos, cuesta arriba por la callejuela fea y llena de piedras —la Prisciliano Sánchez—, para continuar por el camino a la ranchería de Caucentla, Jal.

Y las cosas sucedieron como en prodigiosa visión habían sido vistas: aún no amanecía, cuando gente armada llegaba a Tonila y cateaba la casa de don Pedro Ramírez en busca de lo que los hombres de Calles también ya con certidumbre presentían: un movimiento armado en gestación. No había duda: aquella pesa-

dilla, que al igual y en el mismo momento, don Pedro Ramírez y Dionisio Eduardo Ochoa habían tenido y aquellas voces que en aquel sueño oyeron, no habían sido casualidad: Dios quiso hablarles de ese modo. La cuna del movimiento cristero se había salvado; habían sido voces del cielo.

LA REGION DE LOS VOLCANES

La región que los muchachos acejotaemeros escogieron para iniciar la gesta cristera, fue la de las faldas del sudeste del Volcán de Fuego de Colima en donde está Caucentla, Jal.

Bella era esta región y en todo sentido la más hermosa en toda la Diócesis de Colima. Sus valles de primoroso verde, ya cubiertos de extensos cañaverales o maizales, con sus bosques casi vírgenes de pinos y laureles; con su multitud de pequeñas aldeas en donde abundaban las casitas de techo de zacate; pero rodeadas de flores con sus jardines y enredaderas que aun sobre sus techos trepaban. Bella también esa región por la condición de sus moradores que, aunque humildes y sencillos, eran cristianos a "carta cabal". Quien a aquella gente conoció, cuando esos pequeños poblados existían, quedaba admirado de cómo, en pleno siglo de corrupción, se conservase allí una vida limpia y cristiana. Su piedad y su fervor eran singulares y su fe en extremo vigorosa y particularmente ilustrada; pues casi no había quien no conociera satisfactoriamente la doctrina cristiana. Muchísimas veces aquellos rancheros, tal vez en la mayoría de las ocasiones, no sabrían dar razón del porqué de sus juicios; pero sí acertaban en dónde estaban el bien, la verdad, la justicia, y con toda firmeza, llenos de la fortaleza del cielo, se adherían a ello y lo defendían con santa y noble entereza.

A esa región no había entrado por aquellos días el agrarismo que ya en ese tiempo, no por lo que es en sí, sino por los métodos con que el Régimen Revolucionario lo había implantado, tenía asolada a casi toda la República.

En tiempos de paz, aquellas aldeas respiraban alegría, sencillez,

bienestar, y cuando algún Sacerdote los visitaba, casi todos los rancheros, no sólo del poblado visitado, sino de las aldeas vecinas, inundaban la pequeña capillita y hacían que el Sacerdote perseverase, oyendo confesiones, hasta muy altas horas de la noche; porque todo el mundo, en esas oportunidades, no dejaba de aprovechar la ocasión para poder comulgar. Muchas veces durante el temporal de aguas, como la capillita era insuficiente para contener a toda aquella gente, todos los que no alcanzaban lugar dentro del santo recinto se quedaban fuera, aun bajo la influencia de una lluvia persistente, para no dejar de oír la Santa Misa y recibir la Sagrada Comunión. Y aquella capillita, en aquel día en que tenían a Jesús Sacramentado por huésped, ni un momento estaba sola, ni de día, ni de noche, y a todas horas, dentro y aun fuera de ella, rezaban y entonaban cánticos piadosos.

También, mes por mes, los primeros viernes, gran parte de los habitantes de aquellas regiones bajaba a Tonila, que era su cabecera parroquial, para poder confesarse y comulgar. Y era tal la afluencia de fieles, tal el número de confesiones que había que oír y de comuniones que había que distribuir, que aun a las 4 ó 5 de la tarde todavía había quienes, completamente en ayunas, esperaban su turno para poder cumplir con su comunión de primer viernes; pues en aquellos años, aún no se había mitigado, así como al presente, la ley del ayuno eucarístico. Por todas estas razones, casi no había quien, cuando menos, una vez al mes dejase de recibir la Sagrada Comunión y oyese la palabra de Dios. De aquí el espíritu netamente cristiano de esa tierra, que fue tierra de bendición.

Los principales poblados de esas regiones del sur y del este del Volcán de Fuego eran: El Fresnal, San Marcos, La Esperanza, El Durazno, El Ojo de Agua, Aserradero, Caucentla, Cofradía, Cocoyul, Tepehuajes, Monte Grande, La Arena, Montitlán, El Astillero, El Frijol, El Naranjal, Lo de Clemente, Las Paredes, Quesería, Higuerillas, La Joya, La Montrica, Palos Altos, El Carrizal, El Cedillo y, ya cerca de la ciudad de Colima, Chiapa y la Capacha.

De Caucentla, más tarde —debió de haber sido el 13 de enero—, salió Dionisio Eduardo Ochoa a Guadalajara, tomando el tren en la estación de Villegas, con el objeto de tomar amplias instrucciones y más sólidas orientaciones. También tenía Ochoa el problema de la Sociedad de alumnos de la Preparatoria Oficial del Estado en Guadalajara, donde tanto había luchado contra la facción comunistoide de la cual había triunfado, logrando que el sector de los leales se fortaleciese, resultando él electo, después de todas estas luchas, Secretario general y Director del nuevo periódico órgano de dicha Sociedad. Y Dionisio no quería que todo eso fuese a morir; quería entrevistar a sus principales amigos, a los muchachos de más recias convicciones católicas y de más empuje y virilidad de la escuela Preparatoria para que continuara la brega, luchando por la lealtad.

De hecho, con relación a este problema, entrevistó a algunos de sus antiguos compañeros, de los de más empuje, les comunicó en qué andaba, por lo cual ya no volvería él más a la Universidad, dejando en sus manos todo lo que en pro de la rectitud y de la lealtad cristiana allí se había obtenido.

Con relación al levantamiento armado, era jefe, conforme ya lo han visto nuestros lectores, de allí y de toda la región de Occidente de la República, el joven Lic. Anacleto González Flores, hombre meritísimo, de visión clara, de corazón grande, generoso, esforzado; brillante orador que sabía, con su verbo candente, arrastrar las multitudes, imprimiendo en ellas el fuego de su alma; hombre de conducta intachable, de absoluto desinterés, que había forjado una generación de luchadores y a quien todo el Guadalajara católico veía como bandera y llamaba con el nombre cariñoso de *Maestro Cleto*.

Con todo derecho se le consideraba como el alma de la defensa y era quien estaba en comunicación directa con los Jefes Supremos de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa.

A este joven abogado, como a su Jefe, fue a entrevistar Dionisio Eduardo Ochoa, para de él recibir orientaciones y órdenes.

Y con el *Maestro Cleto,* en torno de él, ayudándole en su magna labor, estaba un grupo de jóvenes meritísimos de alma grande, de fe heroica, de inmenso amor a Dios y a su Patria. Entre esos estaban Miguel Gómez Loza, Luis Padilla, los hermanos Vargas González, Salvador Cuéllar, Carlos Blanco, los muchachos Huerta y otros más.

También quiso ver Dionisio, por cariño, por respeto, por la veneración que todos le teníamos, al egregio Padre don J. Jesús Ursúa, Secretario de la Sagrada Mitra de Colima, que obligado por la persecución, estaba en Guadalajara. Este Padre Ursúa, grande en su virilidad, en su fe, en su amor a Cristo, había sido el alma de todo el movimiento de defensa de la Iglesia en Colima. El fue el sostén de nuestro anciano Prelado, el consejero de todos y de quien todos aprendimos a amar a Cristo y a la Iglesia. Dionisio Eduardo le comunicó sus planes y el Padre, enardecido de entusiasmo, lo felicitó y le auguró la ayuda y las bendiciones de Dios, aumentando con sus palabras la fe de gigante que Dionisio Eduardo poseía.

EL REGRESO AL CAMPAMENTO

Para su regreso, el Padre don Jesús Ursúa, cariñoso y bueno, no quiso que Dionisio volviese solo, le buscó una compañía, la de Amalia Méndez de León, para que con él viniese en el tren y hubiese menos peligro para Ochoa. Y compartiendo alegremente, Amalia acompañó por tren a Dionisio hasta la estación de Villegas, Jal. Era la tarde del 15 de enero.

No es fácil imaginar el entusiasmo de aquellos primeros luchadores. Con su alma llena de fe en Dios y soñando en sus combates por la defensa de la Libertad Religiosa y de su Patria, Dionisio Eduardo Ochoa llegó a la estación de Villegas, Jal., en donde ya él sabía que alguien lo esperaría. En efecto, muy pronto distinguió a unos de los hombres de Caucentla.

Y montó Dionisio Eduardo Ochoa en su bestia, acompañado de ellos y tomó el camino empinado hasta Tenaxcamilpa, en donde el grupo de sus primeros reclutas lo esperaba.

Con ellos estaban sus compañeros de A. C. J. M. y de luchas de Colima que habrían de colaborar en aquella magna Cruzada: Antonio C. Vargas, decidido y valiente, y Miguel Anguiano Márquez, cuya presencia en aquel primer núcleo organizador fue muy valiosa, porque al vigor de sus 18 años de edad unía su palabra ferviente y llena de entusiasmo con que comunicaba a los demás su espíritu tan lleno de arrojo y de cristiana entereza. Además, en todas aquellas rancherías de los volcanes, por ser originario de San Jerónimo, le conocían a la perfección. Era, pues, elemento de confianza para aquellos hombres de campo. Y, cargados de ilusiones todos ellos, los Cristeros primeros del Volcán de Colima emprendieron el camino hasta Caucentla en donde, como hemos visto, habían establecido su Cuartel General.

INCENDIO QUE SE DILATA

Al día siguiente de llegado Dionisio Eduardo Ochoa de Guadalajara, Jal., se principió ya, bajo fundamentos seguros y conforme a las instrucciones y lineamientos recibidos, la propaganda cristera, en forma completamente abierta, decidida y viril.

Entusiastas propagandistas cruzaban la región del Volcán de Colima en todas sus direcciones, llegando a sus rancherías para formar, en cada una de ellas, pequeños núcleos de soldados de Cristo Rey, los cuales se dirigían luego a Caucentla para recibir instrucciones, directamente, de los labios de los Jefes. Y Dionisio Eduardo Ochoa hablaba con tal entusiasmo y con tal fuego a los habitantes de aquellos poblados, hombres y mujeres que en derredor suyo se agrupaban para escucharle, que no había quien rehusara pertenecer a aquella Santa Cruzada, sin que importase nada, ni la falta de armas, ni de parque, ni de dinero.

Un día de aquéllos, a la sombra de los árboles y sobre las piedras de un cercado, Dionisio Eduardo Ochoa, de pie, hablaba de la necesidad del movimiento armado: "Hay necesidad —decía— de luchar. Hay necesidad de combatir por la Libertad de la Iglesia; hay necesidad de lavar con nuestros sufrimientos y aun con nuestra sangre los enormes pecados nacionales. No emprenderemos esta lucha por ambición de honores, ni de empleos, ni de aplausos: trabajaremos por Cristo; por El lucharemos y daremos nuestra vida, si El así lo dispone. Seremos los defensores de la Libertad de la Iglesia y de la salvación de la Patria; seremos soldados de Cristo Rey. Es cierto que nada tenemos, ni dinero; ni armas; pero contamos con Dios, y quien a Dios tiene, nada le falta. Nosotros pondremos de nuestra parte nuestro trabajo, nuestra sangre y nuestra vida, y Dios pondrá lo demás".

Fue tal el entusiasmo que encendieron sus palabras en aquella multitud, que, interrumpiendo su arenga una mujer, fornida de cuerpo y gigante de corazón, llamada Petra —*la tía Petra* la llamaban los de Caucentla—, de apellido Rolón, si el que esto escribe no recuerda mal, poniéndose en pie, dice en voz alta y con energía de heroína: "Mire usted, don Nicho, cuente con que todos nuestros hombres se irán con usted a la lucha y no quedará uno solo sin que tome las armas. Y si algún miedoso se queda, de ése nos encargaremos nosotras, porque no vale la pena de que siga viviendo. ¡Quién le manda no ser hombre"!

Y a las palabras de la *tía Petra,* siguieron las exclamaciones de adhesión y de ardor bélico de aquellos campesinos, cuya fe y cuyo heroísmo no tienen rival. Todos los hombres de aquellas rancherías de los volcanes se irían a la Cruzada: hombres maduros, jóvenes y aun niños de 13 y 14 años. Un solo anhelo había en todas esas regiones del Volcán: "luchar por Cristo Rey".

EL JURAMENTO EN EL PRIMER CAMPO CRISTERO

Pasados aquellos días —cuatro o cinco, no más—, dedicados a extender la llama del movimiento de la Cruzada, se procedió a echar los fundamentos, profundos y sólidos, de esta magna empresa. Todos los hombres designados como jefes, con sus principales colaboradores, fueron citados a Caucentla. Dionisio Eduardo Ochoa volvió a arengarlos, explicando, cuanto mejor pudo, las finalidades de aquella lucha, su organización y el comportamiento de lealtad y vida cristiana que todos habrían de llevar, porque

> —no olvidemos —decía— que somos soldados de Cristo, gracia y honor que El nos concede sin merecerlo, y que no podemos deshonrar la causa que defendemos con ningún proceder indigno de cristianos. Somos los cruzados del siglo XX: Cristo mismo nos ha reclutado para sus filas. El triunfo hemos de comprarlo con nuestros sufrimientos, con nuestras lágrimas, con nuestra sangre. Vamos a formar una sola familia. El Jefe y el Padre es Cristo Rey; María de Guadalupe es nuestra Madre común. Todos nosotros, de hoy para adelante, seremos hermanos.

Y conforme a las instrucciones que Dionisio Eduardo Ochoa había recibido de sus Jefes militares, terminada la arenga bélica, se procedió al *Juramento* de fidelidad, nobleza y heroísmo, hasta la muerte, de todos aquellos modernos cruzados, como convenía a soldados de Cristo. La fórmula de este juramento, tanto Dionisio Eduardo Ochoa como sus cristeros la veneraban y conservaban como santa.

La recitación del *Juramento* se hizo dentro de la capilla de la ranchería, de la cual ahora, treinta y cuatro años más tarde, sólo quedan pedazos de muro ennegrecidos por las lluvias en medio de la maleza. Se rezó en voz alta el Credo, símbolo de su adhesión a la fe de Cristo y a la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. De rodillas, se recitó el Padre Nuestro y luego, con voz sonora, firme, varonil, decidida, guiados por Dionisio Eduardo Ochoa, todos con él recitaron la fórmula cuyas palabras, más que de la boca, salían como fuego del alma misma.

Hela aquí, textualmente:

"Yo N. N., prometo solemnemente, por mi palabra de hombre y por mi honor de caballero, y juro delante de Dios, Juez Supremo, que tiene que tomarme cuenta y razón de todos mis actos, y ante nuestra Madre y Reina Santa María de Guadalupe, Patrona del Ejército Libertador:

Trabajar con todo entusiasmo por la noble causa de Dios y de la Patria, y luchar hasta vencer o morir, adhiriéndome al plan del Movimiento Libertador.

Juro también obediencia y subordinación a mis superiores y evitar todas las dificultades con mis hermanos en la lucha, olvidando rencores personales, a fin de obrar en todo de acuerdo hasta obtener el triunfo.

Juro, además, que por ningún motivo o circunstancia alguna, revelaré algo que pueda comprometer a mis hermanos en la lucha, sino que prefiero morir antes que ser traidor a mi Causa.

Prometo y juro, finalmente, por la salvación de mi alma, portarme como verdadero cristiano y no manchar la Santa Causa que defendemos con actos indignos".

Este fue el primer Juramento Cristero, solemne y grandioso, que de aquella capilla humilde de la ranchería de Caucentla, se elevó al cielo de estas nuestras tierras de la Diócesis de Colima.

Con la recitación de esta solemne fórmula de Juramento, los reclutas de las filas de la Cruzada quedaron constituidos *Soldados de Cristo Rey*. Una vez hecha, ni el tormento, ni la muerte, podría excusarlos en su deserción. Los cumplidos, serían los leales, los fieles. Los que vencidos por el dolor, volviesen atrás, serían desleales, desertores, perjuros.

Así, basados en este juramento de santos, nació la pléyade incontable de varones y damas, de adultos y aun de niños que, aun en medio de los más acerbos tormentos, no traicionaron, como después lo constataron los hechos, su Causa Santa.

LA GRAN PREOCUPACION DEL JEFE CRISTERO

Una de las primeras y más grandes preocupaciones de Dionisio Eduardo Ochoa fue no sólo formar soldados valientes, sino hacer

que su comportamiento fuese digno de la Causa Santa que perseguían. Aun desde antes de salir de la ciudad de Colima, ese fue uno de sus grandes problemas:

"Si se tratara de formar simplemente un ejército de luchadores —decía—, no creo que sería difícil; pero hay necesidad de que estos luchadores lleven vida cristiana y de que honren, con una vida digna y heroica, el ejército de la Cruzada de Cristo Rey".

De esta grande preocupación de formar de sus reclutas, dignos soldados de Cristo, nació el ardor de sus exhortaciones en público y de sus conversaciones privadas:

"No andamos buscando comodidades o riquezas; no ambicionamos empleos ni aplausos; trabajamos por Cristo, por El luchamos y daremos nuestra vida, si El así lo dispone; hay necesidad de que nos portemos dignamente; puesto que somos los defensores de la Libertad de la Iglesia y de las esencias mismas de esta Patria; somos soldados de Cristo, gracia que, sin merecerlo, El nos ha concedido".

A los Jefes de los nacientes grupos, solía el Jefe Ochoa amonestar de un modo especial:

"Tenemos que recordar —les repetía en sus conversaciones íntimas— que el ser soldados de Cristo es gracia que El nos concede sin merecerlo. Y si el ser simple soldado ya es distinción de Dios, de la cual no somos dignos, mucho más indignos somos de ser Jefes de este Ejército suyo. Y si un simple soldado tiene deber de portarse dignamente en todos sus actos, mucha mayor obligación tenemos nosotros, los Jefes, de portarnos rectamente y de dar a nuestros soldados, en público y en privado, ejemplo de vida santa".

LAS NORMAS PARA LOS JEFES

Entre las normas que siempre el joven Jefe Ochoa adjuntaba al nombramiento escrito, por el cual alguno quedaba constituido Jefe de algún grupo de Cristeros, estaban las siguientes que él, a su

vez, había recibido de manos del Maestro Anacleto González Flores, allá en la ciudad de Guadalajara:

"Nunca se fusile a un enemigo, por malvado y perverso que sea, sin concedérsele antes, al menos, el tiempo necesario para que se arrepienta y prepare para la muerte. Cuando sea posible, facilítesele, si gusta, el que reciba los santos Sacramentos.

Los Jefes están autorizados para recoger, a beneficio del Ejército Libertador, toda clase de armas; mas se recomienda que sean siempre correctos y corteses al usar de este derecho.

Se manda terminantemente el guardar el mayor respeto a toda clase de familias, aunque sean de los enemigos verdaderos y declarados, y se advierte que una violación de este precepto tendrá que ser castigada con pena de muerte.

Queda también prohibido a los soldados quitar a cualquier particular lo suyo, pero, de los enemigos, quedan autorizados los jefes —no los simples soldados—, en los distintos casos particulares, para ordenar se tome lo necesario o útil para remediar las necesidades del ejército.

Quedan también autorizados los jefes —no los simples soldados— para solicitar todas las ayudas que sean necesarias para el sostenimiento de su grupo.

Se recuerda la obligación estricta que se ha contraído, bajo juramento, de no deshonrar la Causa que se defiende con actos indignos".

LA VIRIL PIEDAD CRISTERA

Entre los actos de piedad que se recomendaban con todo encarecimiento a todos los grupos de soldados, estaba el rezo colectivo del Santo Rosario. Y el que esto escribe es testigo de la piedad y el fervor con que este acto se verificaba diariamente por las noches, aun en las circunstancias más desfavorables y angustiosas. Ni después de las fatigas de una batalla, ni siquiera después del cansancio y abatimiento tremendo de una huída, ni aun en las altas cimas de las montañas o en las crestas del Nevado, cuando hubo necesidad de escalarlo, ni aun teniendo de frente al enemigo, cuando se pasaba la noche tras la trinchera, se dejaba de recitar el Santo Rosario por todos los grupos de soldados. Casi siempre guiaba el Jefe y todos, con voz varonil, le contestaban.

Más todavía: aunque no estaba mandado, siempre este devoto ejercicio se verificaba de rodillas, sea en el suelo húmedo o fangoso de los valles, sea sobre terreno rocoso de las montañas o desfiladeros. Y, entre decena y decena, casi siempre se cantaba, por todos, alguna alabanza a la Santísima Virgen o a Cristo Rey.

¡Qué hermosos resonaban en el silencio de la montaña, salidos de aquellos viriles pechos, los cantares en honor de la Virgen María o los himnos a la Realeza de Cristo!

AMOR SUBLIME A JESUS

Al terminar el rezo del Rosario se recitaba diariamente el siguiente acto de contrición que es un poema, un monumento de grandeza, de fe y amor sublime a Jesucristo y a la Iglesia. Se ha creído que nació del corazón y la pluma del Maestro Anacleto González Flores. Helo aquí, textual e íntegro:

"Jesús misericordioso, mis pecados son más que las gotas de tu preciosa Sangre que derramaste por mí. No soy digno de pertenecer al Ejército que defiende los derechos de tu Iglesia y que lucha por Ti. Quisiera nunca haber pecado, para que mi vida fuera una ofrenda agradable a tus divinos ojos. Lávame de mis iniquidades y límpiame de mis pecados. Por tu santa Cruz, por tu muerte, por mi madre Santísima de Guadalupe, perdóname. No he sabido hacer penitencia de mis pecados, por eso quiero recibir la muerte como un castigo merecido por ellos. No quiero luchar, ni vivir, ni morir, sino sólo por tu Santa Iglesia y por Ti. Madre mía de Guadalupe, acompaña en su agonía a este pobre pecador. Concédeme que mi último grito en la tierra y mi primer cántico en el cielo sea: "¡Viva Cristo Rey!"

Al final de este cotidiano ejercicio, después del tradicional: "Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar y la limpia y pura Concepción de Nuestra Señora la Virgen María, Madre de Dios, concebida sin pecado y llena de gracia desde el primer instante de su ser natural. Amen", se terminaba con estas exclamaciones, que, con voz vibrante y fervorosa, hacían los cristeros:

"¡Viva Cristo Rey!" "¡Viva Santa María de Guadalupe!" "¡Viva el Papa!"

Así, con tan santos y nobles principios, tuvo origen el Ejército Nacional Libertador, como oficialmente era llamado, o "Movimiento Cristero", según la frase del pueblo.

EQUIPO CRISTERO DE AQUELLOS DIAS

El principal contingente humano de este Ejército estaba formado por muchachos honrados y pacíficos que nunca habían tenido ni siquiera una pistola, campesinos humildes y piadosos; pero que al ver pisoteados los derechos de la Iglesia y los más nobles sentimientos de su corazón, se decidieron a la lucha, como a único recurso que restaba, para detener los avances de la más inhumana e impía de las tiranías. El 80% de estos soldados cristeros lo componían jóvenes de los 15 a los 20 años. El 20% restante estaba compuesto por jovencitos —niños verdaderos— de 14, 13 y aun de 12 años y por algunos mayores de veinte.

Los hombres maduros, mayores de 35 años, en todos los campamentos cristeros de Colima, bien podían contarse con los dedos de las manos, porque eran pocos; pues aunque al principio, indistintamente, jóvenes y mayores se alistaron, sin embargo, estos últimos poco a poco se fueron segregando de la columna de los soldados, para integrar otras comisiones, sea de abastecimiento en los poblados, sea de vigilancia y cooperación, formando así una verdadera quinta columna, que no únicamente existía en todas partes, sino que en muchos poblados, formaba el 100% de sus habitantes.

En cuanto a armamento, se juntaron todas las armas que en las rancherías del Volcán pudieron encontrarse: unas buenas, otras malas, otras en estado regular; pero casi todas eran las que nuestros improvisados soldados libertadores, en tiempos de paz, habían usado para la cacería. Aquel arsenal estaba compuesto de carabinas calibre 8, 32-20, 44 ó 30-30, carabinas retrocarga o de petardo y taco; pero, en los primeros días, ningún máuser, ni siquiera viejo

o en mal estado y, por lo general, con ocho o diez cartuchos cada una solamente, porque ya, desde hacía largo tiempo, en Colima y Jalisco, se había prohibido la venta de parque. Otros traían alguna arma corta, por lo general inadecuada, o demasiado chica, o demasiado vieja y en malas condiciones. Este era el armamento de aquellos que se consideraban felices por llevar alguna arma de fuego; porque, en aquellos días, la mayoría de aquellos muchachos que habían dado su nombre al Ejército Nacional Libertador, no traía sino algún machete o cuchillo.

Capítulo II

EL ENEMIGO SE MUEVE

DAVID Y GOLIAT

POR OTRA PARTE se iba a tener frente a frente, toda la maquinaria oficial del régimen de la Revolución imperante que acaudillaba el Gral. Plutarco Elías Calles y que respaldaba la Masonería y el satanismo de todos los países del mundo: soldados de línea, empleados de gobierno, aduladores del tirano, servidores incondicionales y ejércitos de agraristas azuzados contra la Iglesia y dotados de armas y parque. Además, esta maquinaria de la Revolución impía contaba con el apoyo de la fuerza material más grande de la tierra: *Los Estados Unidos de Norteamérica*. Eran el pastorcillo David —de que nos habla la Historia Sagrada—, con su honda y sus cinco piedras lisas del arroyo, frente al gigante Goliat, provisto de excelentes armas ofensivas y defensivas y adiestrado en los combates desde su niñez. Y, al igual que en aquellos tiempos del Antiguo Testamento, también ahora los cristeros podían decir como David, cuando se enfrentó a Goliat: "Tu vienes a mí con espada, lanza y escudo, con coraza y yelmo; pero yo vengo en el nombre del Dios de los Ejércitos".

Y muy pronto el humanamente invencible Goliat se arrojaría con furia infernal sobre el casi indefenso David, intentando exterminarlo al primer golpe. Los masones de Colima, en su periódico *El Liberal,* cuando supieron quiénes eran los combatientes y cuál el equipo cristero, formaron alharaca de burla, diciendo que "era

tan sólo un grupo de fanáticos estúpidos, de muchachos indefensos y cuyo parque no les ajustaría para un combate de un cuarto de hora".

Y Plutarco Elías Calles y con él toda la Masonería de México, rio con carcajada burlesca soñando en exterminar en unos cuantos días a todos los insurrectos y, con ese motivo, destrozar, encarcelar y matar sacerdotes y religiosos y destruir para siempre la fe católica de México.

TIO CARMEN Y TIA NACHA

Principiaba la segunda quincena del mes de enero de 1927. De todas las rancherías de los volcanes se acudía a Caucentla, en donde se había instalado lo que los cristeros llamaban su "cuartel general", para recibir instrucciones directas de los labios de Dionisio Eduardo Ochoa.

Lo que servía de cuartel a Dionisio Eduardo y a los muchachos que con él habían salido de Colima para iniciar la Epopeya Cristera, era una pobre ramada, construída en la parte alta de la ranchería de Caucentla, cerca de unas casitas humildes, en un grande campo en donde abundaba la salvia —planta silvestre que crecía en aquellos lugares—, propiedad de un virtuoso matrimonio, rancheros del lugar, incultos si se quiere, desde el punto de vista humano; pero llenos de fe y de bondad excepcionales que los constituyeron, no sólo en protectores, sino casi en padres heroicos de los muchachos colimenses organizadores de la Cruzada. Todos los rancheros de la región los veían con cariño y con respeto, casi como a patriarcas; a él le llamaban el *tío Carmen* y a ella la *tía Nacha*. Sus hijos, niños verdaderos en aquellos días, en su papel de niños, fueron también grandes y valientes: como mandaderitos, como correos, como vigías, sirvieron a las mil maravillas.

LOS CALLISTAS SE ENTERAN

Al mismo tiempo que esto sucedía en las faldas de los volcanes, los hombres del Régimen, aquí, en Colima, tuvieron las primeras noticias del movimiento en gestación. Sabían que los hombres de la montaña se organizaban y sabían que había entre ellos algunos jóvenes que no supieron identificar, a quienes creían venidos de México o Guadalajara y que servían de jefes. Y como había habido en los volcanes, semanas anteriores, algunos Sacerdotes de esta ciudad de Colima, que habían ido a refugiarse allá, para huír de la persecución del gobierno revolucionario de Colima, cuyo jefe era el Lic. Francisco Solórzano Béjar, fue fácil atribuir a éstos la dirección de aquellos brotes bélicos.

Entre estos sacerdotes colimenses que habían buscado asilo, huyendo de los perseguidores de Colima, entre los pinares del Volcán, estaba el Padre don Mariano de Jesús Ahumada, a quien de una manera especial odiaban los perseguidores, y el Párroco de San Jerónimo, don Ignacio Ramos, bastante enfermo durante esos días. De aquí que, aunque inocentes del todo estos Sacerdotes con relación al movimiento bélico que se preparaba, fue muy fácil para los perseguidores señalarlos y acusarlos como a jefes; a los malos les convenía hacerlos aparecer como promotores de un movimiento armado revolucionario.

PRIMERA MARCHA CONTRA LOS CRISTEROS

Y una mañana, la del día 22, montando un buen caballo el jefe de la gendarmería de Colima, ya en esos días don Urbano Gómez, rodeado de todos sus elementos de la policía montada, decía en voz alta en la plazuela de la Sangre de Cristo, en la ciudad de Colima, haciendo gala de sus intenciones:

"Vamos por los curas Ramos y Ahumada... Y no volveremos hasta que los traigamos muertos en una tabla".

Los vecinos del Templo de la Sangre de Cristo, y cuantos en esta ocasión estuvieron en contacto con el comandante Gómez y

oyeron sus altaneros propósitos, angustiados, espantados ante aquel lujo de fuerza, temblaron de miedo, temiendo por la suerte de aquellos dos Sacerdotes a quienes todo Colima estimaba, por su entereza y su labor sacerdotal. Y la noticia cundió en un momento por toda la ciudad: "Que van traer, vivos o muertos, al Padre D. Mariano de J. Ahumada y al Sr. Cura Ramos". "¡Que Dios los libre! Y, a los malos, que el Señor los ciegue; que el Señor los venza".

Y en tropel ruidoso y con insolente alharaca salió la patrulla de los gendarmes, guiada por su jefe don Urbano Gómez que, en tiempos anteriores, había sido hombre bueno, cristiano, culto, valiente; pero que, arrastrado por el ambiente de los perseguidores y colocado de jefe de la gendarmería, se había convertido en elemento de los tiranos.

¡Dios haya salvado su alma! El que esto escribe había sido amigo suyo y sabe que lo que le perdió fue su unión con los perversos y sintió su desastroso fin.

Durmieron ese día los hombres del comandante Gómez en la hacienda de Quesería, Col., para, al día siguiente —el 23— desde muy en la madrugada, principiar la nefanda hazaña de castigar a todos los habitantes de la región, allanando hogares y saqueando las rancherías. Necesitaban, querían, no descubrir lo que había con relación al movimiento que se gestaba y destruir militarmente cualquier brote de rebeldía que pudiera haber, sino que, so pretexto de buscar y aprehender a los sacerdotes ya mencionados, dar rienda suelta a sus instintos de rapiña y destrucción.

Entre tanto, los libertadores, cuyo número no excedía de cinco o seis en cada ranchería, estaban desprevenidos y sin esperar el golpe; mas Dios velaba por ellos.

FACILES TRIUNFOS

Al amanecer llegó la gendarmería del Estado integrada por más de 60 hombres a Montegrande. Sorprendidos los libertadores que en tal ranchería había, no tuvieron más que huír, ya que su núme-

ro era reducidísimo, haciendo uno que otro tiro, en medio de las balas de los enemigos que corrían de aquí para allá sembrando el pánico entre todos y disparando sus armas en todas direcciones y sobre cuantos veían huír.

Dios salvó la vida de todos los suyos en aquella ocasión; mas la ranchería fue saqueada. A cuantas chozas entraban los gendarmes las despojaron de cuanto pudieron llevándose ropa, dinero, alhajas, caballos y aun las gallinas y demás animales. Fue allí tomado prisionero y fusilado el soldado cristero Juan Barajas.

De Montegrande salieron a Montitlán, en donde se repitió la misma escena. Los rancheros corrían espantados a refugiarse en el bosque, y los enemigos, allanando todos los hogares, cometían un sinnúmero de perversidades.

Triunfantes entonces y llenos de satisfacción, emprendieron el camino a la ranchería de La Arena, en donde el Señor les reservaba su castigo.

Deberían ser, en aquellos momentos, como las nueve de la mañana. Cinco o seis soldados libertadores estaban allí desprevenidos, preparando su almuerzo, cuando de improviso y muy cerca, escucharon un "¿Quién vive?" Contestaron inmediatamente "¡Cristo Rey"!, mientras una lluvia de balas caía sobre ellos sin causarles ninguna lesión. Tuvieron que huír, porque no pudieron organizar ninguna defensa.

PRIMERA BATALLA: EL COMBATE DE LA ARENA

Entre tanto, cerca de Caucentla —el improvisado cuartel general—, al lado de los jefes del movimiento libertador —Dionisio Eduardo Ochoa y sus tres compañeros—, se encontraban unos doce libertadores ya armados, aunque con deficientísimas armas, según se ha dicho.

No obstante que el sol se había levantado ya y pintaba de oro la montaña, todavía el aire helado del invierno estaba haciendo,

a aquellas horas, llorar y estremecer los pinos. Nuestros cuatro muchachos de Colima, aunque procuraban disimularlo, tiritaban de frío: también allí en Caucentla era la hora del almuerzo.

Al principiar a oírse las detonaciones de las armas de la gendarmería, allá por el sur, perdidas casi por el rumor de la montaña, los cristeros de aquel pequeño núcleo, sin hacer caso ni del frío ni del hambre, corrieron presurosos hacia Dionisio Eduardo Ochoa —su jefe— para pedir órdenes:

—¿Qué hacemos, don Nicho? —dijeron.

—¿Dónde es el tiroteo? —replica el jefe.

—En La Arena —contestaron varias voces.

—¿Cuánto hay de distancia?

—Como dos horas —dijo alguno—, pero cortando caminos y atravesando potreros será mucho menos.

—Vamos —dice resuelto Dionisio Eduardo—. Vamos inmediatamente a dar auxilio a aquellos hermanos. Cada quien tome su arma y mucha confianza en Dios: El proveerá.

Dada la orden, todos acudieron con mucho entusiasmo y aun dando saltos de alegría, al lugar del tiroteo, cortando veredas y atravesando por donde les parecía más breve el camino.

Los gendarmes, entre tanto, haciendo lujo de su saña en la citada ranchería de La Arena, entraban a las chozas de los campesinos, disparando sus armas sobre quienes corrían, sembrando el pánico, sobre todo entre las mujeres y los niños.

Envalentonado por sus fáciles triunfos, el comandante D. Urbano Gómez y sus gendarmes, sintiéndose victoriosos, regresaban ya, camino a la hacienda de Quesería, de donde habían salido esa madrugada, cuando, al acercarse a un lienzo de piedra vieron a un hombre que sacó la cabeza y rápidamente la metió de nuevo. Ese hombre era uno de los rancheros fugitivos; pero los gendarmes creyeron que era gente emboscada que los estaba esperando para atacarlos, y retrocedieron para tomar la vereda que conduce a Tonila, pasando nuevamente por La Arena. Iban huyendo de una

imaginaria emboscada y cayeron, sin pensarlo, en manos de los Cristeros de Caucentla que en esos momentos llegaban a la ranchería mencionada.

Al primero que encontraron los cristeros, ya en las cercanías de La Arena, fue a un hombre de allí mismo que, al huír, había recibido un balazo en un brazo y aún le corría la sangre. Dio este ranchero, al grupo de cristeros de Caucentla, las noticias que se le pidieron con relación a lo acontecido y al lugar en que los gendarmes se encontraban.

Con la noticia de los abusos de aquellos hombres y con el cuadro de aquel campesino herido, más se enardeció el valor de los nuevos cruzados. Entre tanto, Dionisio Eduardo Ochoa se incorporaba a los que primero habían llegado; pues menos hábil que los rancheros para una carrera, así larga y dificultosa, hubo de llegar momentos más tarde. Le informaron brevemente de todo y aun él mismo oyó lo último que narraba el herido.

Entre él y Natividad Aguilar, que era el jefe inmediato de los cristeros de Caucentla, dispusieron a su gente en distintos lugares, esperando que Dios les concediera que el enemigo cayese en sus manos.

Y así fue: la columna de gendarmes, que en su camino a la hacienda de Quesería había dado media vuelta, se encontraba de nuevo en la ranchería de La Arena. Cuando ya estaban de lleno en el campo dominado por los cristeros, al grito de "¡Viva Cristo Rey!", se escucharon las primeras descargas y cayeron los primeros muertos de la gendarmería que, grandemente sorprendida, hizo algunos disparos, buscando salir de aquella situación comprometida.

Quiso entonces Dios sembrar un inmenso pánico en las filas de los perseguidores: el grito de "¡Viva Cristo Rey!", según claramente confesaban después los supervivientes, les hacía temblar y casi los paralizaba. Además, tal vez por el natural efecto de una grande excitación nerviosa, tal vez por el efecto del poder extraordinario de Dios, vieron un enemigo cincuenta o cien veces superior, según lo

declaraban los gendarmes que alcanzaron a regresar: textualmente decían que "las lomas de los alrededores blanqueaban de tanto católico" que los había atacado. Y los libertadores, con toda verdad sumando los de los dos o tres grupos en que se distribuyeron para el combate, los que venían de Caucentla y los que se les unieron allí mismo, apenas pasaban de quince.

Entonces, víctimas de pánico inmenso, cada quien procuró escapar por donde pudo, dejando en el campo de combate cuanto habían quitado esa mañana en las rancherías de Montegrande, Montitlán y La Arena. Muchos gendarmes dejaban su caballo y arrojaban el arma para poder correr con más ligereza entre las asperezas del campo. Otros se dejaban ir a ciegas entre las zarzas y malezas de los barrancos, en su ansiedad de escapar, causándose ellos mismos grave daño.

En tanto que Lino Araiza, subjefe de aquella expedición, lograba salir del cerco, con algunos de sus compañeros, por el arroyo del Naranjo, y sólo perdía su caballo que le mataron al subir la loma, su jefe, el comandante Gómez, abandonado de sus más valientes y seguido solamente de su asistente y dos policías más, trataba de salir por donde creía que no había enemigo; mas fue a caer donde estaba apostado el cristero Anselmo Rolón, quien les intimó la rendición. Al mismo tiempo, se presentaron por la retaguardia de los gendarmes, dos cristeros, uno de ellos llamado Jesús Ramírez que, de igual manera que Rolón, intimaron la rendición al comandante Gómez y a sus acompañantes.

El comandante, creyendo que ya no era posible escapar, arrojó al suelo su pistola y se entregó prisionero, juntamente con sus compañeros.

La victoria fue completa. Los libertadores no tuvieron ni un herido. De los enemigos, ocho quedaron muertos en el mismo campo de lucha. El jefe y los tres que con él cayeron prisioneros fueron pasados por las armas, después de juicio sumario y de concedérseles algunos minutos para que, si gustaban, los aprovecharan para prepararse a la muerte. Los cincuenta restantes, unos heridos, otros sanos, sobrecogidos de inmenso miedo, escaparon como pudieron.

Recogieron entonces los vencedores, como botín de guerra, doce armas largas, algunas cortas en muy buen estado, parque, caballos y monturas. Aquello, para ellos, era un capital inmenso. Los rancheros, más tarde, recogieron otras armas de entre el monte.

Levantaron el campo en medio de indescriptible júbilo. "Vean —les decía Ochoa—, vean cómo Dios nos ayuda. Así nos seguirá ayudando siempre, hasta conseguir una completa victoria, si sabemos ser dignos soldados suyos y trabajamos con toda fe y pureza de intención".

LOS FUSILAMIENTOS DE GOMEZ Y SUS COMPAÑEROS

Es de declararse que la sentencia capital contra el comandante Gómez y sus compañeros fue dictada en juicio sumarísimo y después de oírlos en defensa. Las razones principales que se tuvieron para dictarla, fueron éstas: 1o. La creencia fundada de que aquellos hombres, una vez libres —pues no había manera en aquellos momentos y en aquellas circunstancias, de ponerlos en seguridad—, serían enemigos más terribles que en lo pasado; 2o. La conducta de los mismos, fervientes colaboradores del tirano, al cual servían de instrumento incondicional; 3o. Las órdenes terminantes, especiales, que Ochoa había recibido, con el fin de hacer posible y eficaz la defensa armada en aquellas primeras circunstancias, tan difíciles, a fin de inutilizar, cuanto fuera posible, los elementos del poderoso e implacable enemigo y de hacerle sentir la gravedad del conflicto.

El gobierno del licenciado Solórzano Béjar en Colima y todos sus elementos oficiales quedaron consternados al saber lo acontecido en la ranchería de La Arena, de boca de los gendarmes supervivientes que, presos de inmenso pánico, iban logrando, uno a uno, llegar de regreso a Colima. Unos pudieron escapar con su caballo, pero éstos fueron pocos, ya que la mayoría llegó sin arma y aun sin uniforme. Había sido una verdadera desbandada.

Los cadáveres del comandante y sus compañeros quedaron en

el campo de batalla. Dos expediciones de gobiernistas trataron de recogerlos, pero no se decidieron a llegar al lugar de los hechos, hasta que, tres días más tarde, una dama de la hacienda de Quesería, Doña Inés Escobosa, gestionó con los insurrectos el que pudieran recogerse los cadáveres. Y empleados de la hacienda —no elementos gobiernistas de Colima— fueron y los recogieron.

Capítulo III

ONCE CONTRA SEISCIENTOS

LOS PRIMEROS GRUPOS CRISTEROS

Poco más de veinte días tenían nuestros cruzados bajo los pinares del Volcán y ya sus nombres resonaban con gloria hasta en los lugares apartados y lejanos. Los pequeños grupos de libertadores establecidos en cada ranchería, desde Caucentla, a cincuenta kilómetros de la capital, hasta Chiapa, a unos siete, se habían ya duplicado y constaban de ocho o diez cada uno. Los jefes de estos núcleos eran: J. Natividad Aguilar, de Caucentla, en donde se estableció el cuartel general; los hermanos Rodríguez, en Cofradía; Pedro González, en Montegrande; Lorenzo Rodríguez, en La Arena; Mauricio Rodríguez, en Tepehuajes; Norberto Cárdenas, en Higuerillas y rancherías vecinas; Ramón Cruz, en La Joya; Candelario Peña, en la ranchería de Las Paredes; Vicente Avalos, en Montitlán; los hermanos Carbajal, en La Montrica y rancherías circunvecinas; Plutarco Ramírez, en El Cedillo; Jesús Ramírez, en Astillero; y Apolinar Sánchez, en Palos Altos.

Todos éstos eran rancheros, católicos reconocidos y valerosos. Los principales entre ellos eran J. Natividad Aguilar, a quien reconocían como jefe inmediato los subjefes de la región de Caucentla, y Norberto Cárdenas, bajo cuya dependencia inmediata estaban todos los demás.

Ya todos éstos habían hecho su juramento cuando se presentaron a Ochoa para recibir orientaciones precisas y órdenes. También los soldados de Caucentla lo habían hecho cuando el mismo jefe Ochoa regresó de Guadalajara. Restaba sólo el juramento de los demás soldados, el cual se acordó fuese estando todos reunidos, a fin de que se estrechase más el compañerismo y aumentase el entusiasmo. Los corrales de la ranchería de Las Higuerillas fueron el lugar de la cita.

Allí estuvieron todos reunidos, casi en número de cien, rancheros casi en su totalidad, la tarde del día 27. Gran parte de ellos no tenía más arma que su cuchillo o, a lo sumo, una pistola, pero todos contaban con un corazón gigante y una fe sobrehumana.

EL JURAMENTO SOLEMNE EN HIGUERILLAS

Los rostros de aquellos hombres, tostados por el sol y curtidos por la rudeza de la vida, estaban radiantes de contento. Dionisio Eduardo Ochoa, el jefe libertador, y Miguel Anguiano Márquez les dirigieron la palabra haciendo vibrar aún más sus almas con sano y viril entusiasmo cristiano. Se les habló de sus deberes, de su alta y noble misión y de la grande gloria de trabajar y sufrir por Jesucristo. Después fue recitado el Símbolo de la Fe y luego, en coro, el solemne juramento, con la fórmula con que ya algunos lo habían hecho en Caucentla. El acto terminó, como es natural, en medio de un entusiasmo desmedido y entre los "vivas" de aquellos nuevos Macabeos: *¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Santísima Virgen de Guadalupe! ¡Viva el Papa! ¡Viva el Ejército Nacional Libertador!*, gritaban con potente voz aquellos hombres, cuyo eco repetía la montaña.

ENTRADA AL PUEBLO DE SAN JERONIMO, COL.

Aprovechando aquella reunión y mientras un grupo de cristeros, al mando de los hermanos Carbajal, recorría la región de Suchitlán, Dionisio Eduardo Ochoa, con la mayoría, entraba en la mañana del 28 al pueblo de San Jerónimo, Col. Poco antes de llegar, arengó a sus soldados y les dio las últimas instrucciones para el combate, suponiendo, como era natural, que hubiese destacamento federal en aquella plaza.

Al despuntar el día, los cruzados, distribuidos en varios grupos, entraban en aquel heroico pueblo cristiano, sin encontrar resistencia. Las campanas se echaron a vuelo y una ola de alegría y esperanza inundó todas las almas buenas, haciendo latir los corazones; las mujeres salían de sus casas llevando a los soldados cristeros lo que podían, ya café y pan, ya leche, ya un trago de vino; todos se sentían honrados con poder obsequiar a los libertadores alguna cosa. En esta ocasión, con hijos de aquel valiente pueblo, engrosaron aún más las filas del Ejército Nacional Libertador en Colima.

Entre tanto, el enemigo preparaba un golpe más formal.

LA BATALLA DE LA HACIENDA DE EL FRESNAL

Era la mañana del 31 del mismo enero. El Gral. Callista J. Jesús Ferreira, jefe de las operaciones militares de Jalisco, con un regimiento completo venido de Guadalajara, dotado de artillería y soñando en exterminar de un solo golpe a los cristeros del Volcán, salió de la Hda. de San Marcos, rumbo a Caucentla. Abajo de esta ranchería, en Cofradía, había puesto el jefe Dionisio Eduardo Ochoa unos dieciséis libertadores, para que sirviesen como de avanzada: tocó a estos bravos luchar primeramente con las fuertes y disciplinadas columnas del Gral. Ferreira. A pesar de ser ellos tan reducidos en número, tan faltos de experiencia

militar y estar tan mal armados, hicieron frente, al menos por breve tiempo, a un enemigo cuarenta veces superior en número y con excelente armamento; por lo cual, tras unos momentos de lucha tan desigual, tuvieron que retirarse; pero después de haber hecho varias bajas al enemigo y de haber puesto en peligro al mismo Gral. Ferreira, pues un balazo tocó su propia silla de montar. Huyeron, pues, los cruzados, pero sin sufrir ninguna baja.

Entre tanto, en Caucentla, al oírse las primeras descargas de ametralladora y de fusilería, corrieron todos a ponerse a las órdenes del jefe Ochoa y de Natividad Aguilar, el jefe inmediato de la región; mas aquellos soldados cristeros no eran sino once por todos; pues la avanzada que había sido mandada a Cofradía hubo de restarles gente. Ellos once, por tanto, acudieron velozmente a dar auxilio a sus compañeros; pero juzgando y, con todo acierto, que ya no era posible llegar hasta el lugar de los hechos, pues el tiroteo con la avanzada cristera había cesado y las columnas federales seguían avanzando hacia arriba, determinaron Ochoa y Aguilar esperar al enemigo en el lienzo de piedra de la hacienda de El Fresnal.

Allí, distribuídos como mejor pudieron se afortinaron los nuevos macabeos con resolución y con fe heroica y un valor admirable; los que tenían arma larga eran sólo ocho, los tres restantes únicamente pistolas. Apenas "Don Nativi" (como cariñosamente llamaban todos a su jefe Natividad Aguilar) había distribuido a sus muchachos en sus puestos, cuando empezaron a aparecer los primeros enemigos que ascendían victoriosos y triunfantes.

Se llega a esta hermosa hacienda de El Fresnal por un camino carretero, y por allí, precisamente, subían los seiscientos soldados del general Ferreira. Don Nativi había dado la orden de que no se disparara, hasta que el enemigo estuviese a unos cuantos metros de ellos, para asegurar sus tiros: la señal sería cuando él empezase a hacer fuego.

Así se hizo. Sorprendidos los perseguidores, no hicieron sino pocas descargas y luego retrocedieron hasta donde los cruzados

ya no podían verlos, mas dejando en el campo una multitud de muertos y de heridos.

Rehechos un poco los soldados federales de Ferreira, atacaron con nuevo ímpetu, por el mismo lugar, mas de nuevo fueron rechazados, dejando aún más muertos y agonizantes que se quejaban, maldecían y se retorcían con desesperación sobre su propia sangre. Los cruzados, en cambio, no dejaban de gritar su hermoso y sonoro "¡VIVA CRISTO REY!" que aumentaba la confusión del enemigo.

Era preciso, por tanto, que Ferreira organizara un asalto más formal; se colocaron las ametralladoras en los lugares más adecuados y se atacaron todas las partes que era posible atacar. Por tercera, por cuarta y más veces el pequeño grupo de héroes rechazó a los enemigos en sus furiosas arremetidas y así hubiera seguido por varias horas hasta lograr una completa victoria y levantar el campo con más de un centenar de rifles, si el parque de los cristeros no se hubiese agotado. Hubo, principalmente en los últimos momentos, instantes muy difíciles; se dio el caso de que dos soldados, uno del gobierno y un cristero, se disputasen, uno por un lado y el otro por el opuesto de la misma cerca de piedras que servía de trinchera, la misma posición de combate, al grado que un cristero de aquellos once, no teniendo ya parque, asió fuertemente el cañón del máuser enemigo para no dejarlo hacer fuego y arrebatárselo si fuere factible, mientras otro de los compañeros disparaba sobre el callista el último cartucho de su carabina.

Cuando ya no fue posible la resistencia, se abandonaron las posiciones, sin poder recoger un solo rifle enemigo, es cierto, mas sí habiendo hecho al regimiento de los soldados callistas de Ferreira 55 muertos y multitud de heridos. En cambio, de parte de aquellos macabeos cristeros no hubo ni siquiera un herido.

Estos esforzados héroes cristianos se internaron luego en la espesura del bosque y subieron a lo que se llama la loma de Caucentla, desde donde contemplaron reducirse a cenizas su querida ranchería.

Los nombres de los insurgentes cristeros que integraban este pe-

queño núcleo que heroicamente rechazó a las fuerzas del Gral. Callista Ferreira son los siguientes: Dionisio Eduardo Ochoa, Antonio C. Vargas, Miguel Anguiano Márquez, J. Natividad Aguilar, Zeferino Olivares, Arcadio Ochoa, J. Trinidad Trillo, Secundino Rolón, Crescenciano Rivera y un hermano suyo y Luis Sánchez. Once en total. De éstos, sobreviven algunos en el día de hoy.

Los enemigos, ardiendo de rabia, descargaron su furia quemando cuantas casitas había en aquella región. En El Fresnal encontraron una hermosa pintura del Sagrado Corazón, y la despedazaron a culatazos; en Caucentla, la imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe que había en la capilla fue apuñaleada, y a la escultura del Sagrado Corazón le arrancaron la cabeza y, con ella, jugaron con los pies como si hubiese sido pelota de futbol.

VICTORIA EN "LO DE CLEMENTE"

Al mismo tiempo que el Gral. callista J. Jesús Ferreira atacaba por El Fresnal, el Gral. callista Talamantes, jefe de las fuerzas de Colima, atacaba a los cruzados en la zona de San Antonio. El combate se efectuó en *Lo de Clemente*. Los soldados cristeros eran catorce, con armas de taco, pistolas o cuchillos. Las columnas enemigas, con aparato terrible para aquellos que nunca habían oído funcionar una ametralladora, iniciaron el ataque. Quiso Dios dar igualmente la victoria a los humildes, y Talamantes tuvo que retirarse a Colima sin lograr aniquilar al pequeño núcleo de héroes. Estos tuvieron un herido, Daniel Magaña, que aún vive, y un muerto, el joven Plutarco Arreguín, que fue el primero de los cristeros colimenses que dio la vida por un México libre y cristiano, en los campos de batalla. En cambio, de parte de los perseguidores, hubo más de cuarenta bajas, las cuales, sumadas a las de Ferreira, pasaban de cien.

Cuando después del combate, regresaron a Colima los generales Ferreira y Talamantes, ellos y sus oficiales, no pudiendo ocultar la mortandad que hubo en sus filas, y, para disimular el bochorno de la derrota, narraban que el número de los "pelados cris-

teros" era ya muy grande; pero que los habían acabado por completo.

LA SEÑORA DEL CABALLO BLANCO

Los soldados rasos, en cambio, referían cosa bien distinta. Confesaban su derrota y declaraban no haber logrado nada contra las filas de los cruzados. En los hospitales muchos de los heridos narraban el gran terror que se apoderaba de ellos al grito de "¡Viva Cristo Rey!", que lanzaban en sus combates los cristeros. Además, es cosa completamente cierta que muchos heridos y sanos declaraban, que en lo más rudo de la batalla habían visto una señora, en un caballo blanco, que recorría la trinchera animando a los soldados de Cristo Rey y levantando a sus pies, con las patas del animal, tan gruesa nube de polvo, que impedía que los cruzados fuesen vistos por ello.

¿Sería esto verdadero milagro? ¿Habría, en verdad, tan milagrosa aparición? Ninguno de los cristeros vio nada singular jamás; mas de que tales cosas contaban los enemigos como acaecidas, en este y en otros muchos de los primeros combates, sí hay certidumbre completa y fue cosa perfectamente sabida en Colima.

Capítulo IV

SAÑA ENEMIGA. PRODIGIOS Y HEROISMO CRISTIANO

LOS NUEVOS VANDALOS

YA DESDE ESTOS DÍAS fue táctica de los soldados de Calles no sólo quemar siempre las casitas de las rancherías que quedaban a su alcance, sino llevarse todo el ganado que encontraban, el cual consideraban como botín de guerra, y quemar igualmente los pastos, de tal suerte, que los montes siempre estaban humeando como efecto de la estulticia destructora. Pronto se enriquecieron así muchos jefecillos callistas, pues con frecuencia salían para el interior de la nación, como si fuesen propiedad particular de ellos, trenes enteros cargados con centenares de reses. En cambio, todas las hermosas rancherías enumeradas arriba, fueron desapareciendo una a una; las casitas se redujeron a cenizas; los jardincitos, siempre floridos, fueron despedazados por la caballada de la soldadesca; los árboles frutales, chamuscados por el fuego de las casas que ardían, y los grandes colmenares de que la región estaba cubierta, fueron incendiados con la intención expresa de arruinar la comarca.

De aquí que los pequeños grupos de libertadores que hemos enumerado tuvieron que reconcentrarse, para formar dos solos grupos: el de la región de Montegrande, cuyo cuartel estaba en el Cerro de las Trementinas, y el de Caucentla. Del primero era jefe Norberto Cárdenas, como se ha dicho, y del segundo, el muy

valiente y querido Don Nativi. De aquí también que todas aquellas familias ya sin hogar, tuvieron que reconcentrarse para vivir al amparo de los soldados de Cristo.

Era de contemplarse aquel cuadro hermoso: mientras los esposos y los hijos mayores peleaban en la trinchera, los chicos llevaban los alimentos y el agua a sus padres y hermanos que estaban luchando, y las madres y esposas, alojadas en lugar lejano y seguro, a la sombra del bosque, o en las cavidades de las rocas, proveían al sustento de los suyos. Cuando era necesario huír, mujeres, ancianos y niños tomaban la delantera, cuesta arriba, hacia lo más abrupto de la montaña.

Cuando los soldados callistas, en esos mismos últimos días de enero, quemaron la ranchería de La Arena, se dio un nuevo hecho extraordinario que vino a fortalecer aún más el corazón de aquellos luchadores cristianos y en el cual claramente se vio la mano de Dios que los protegía.

SALVADO POR MILAGRO

José Hernández, soldado libertador que aún vive, fue sorprendido en su propia casita por los enemigos que iban a destruir la ranchería. Con golpes, insultos y blasfemias se le condujo a fusilar:

—Ya verás —decían los hombres de Calles—, ya verás de qué te va a servir tu Cristo Rey...! ¡Vamos a ver si tu Cristo Rey te quita las balas...!

—Ahora verás cómo te defiende tu Cristo Rey —decían otros, mofándose.

Eran más de cien los soldados de Calles que estaban allí presentes. Se dispuso el lugar de la ejecución; al condenado a muerte se le colocó en el cuadro; pero cuando la escolta destinada a matarlo se disponía a consumar el acto, al soltarlo los ejecutores para hacer la descarga, aquel hombre, avivada su fe con las mofas de los callistas, encomendándose a su Divino Rey, echó a correr. Todos los soldados enemigos dispararon sobre él sus armas, tanto

los que formaban el cuadro como los restantes, al grado de verse Hernández completamente bañado por las balas de los impíos. Estos intentaron seguirlo mientras iba en el llano, pero en vano... Al terminar éste, logró subir ileso entre la lluvia de balas una pequeña loma, y al llegar a la cima, volteó hacia sus enemigos y les gritó su *¡Viva Cristo Rey!* Luego desapareció de la vista de ellos. Cristo Rey le salvó la vida.

Casos semejantes se repitieron muchas veces, fortaleciendo cada vez más la fe de aquellos héroes. Casi no hubo un luchador católico que no narrase uno o muchos prodigios, semejantes o superiores, obrados en su favor.

COMBATE DE LA JOYA

Seis días después del combate de El Fresnal, queriendo lavar los enemigos la mancha de vergüenza de la derrota anterior, atacaron de nuevo en número de mil y respirando furia inmensa a los soldados de Cristo, a quienes nuevamente se proponían exterminar. Se dividieron los atacantes en dos partes para combatir por lados opuestos; mas por ambas partes los defensores cristianos detuvieron el avance de los callistas.

En este combate empezó a distinguirse por su valentía el jefe Ramón Cruz, pues a él, en unión de Candelario Peña, le tocó pelear en las cercanías de la hacienda de La Joya, en donde hicieron nueva carnicería en los enemigos. Por parte de los cristeros no se lamentó más que un herido, el propio jefe Peña, a quien una bala enemiga atravesó el cuello en ancha puntada.

Cubierto de tierra, con su traje en pésimo estado, conduciendo muchos heridos después de una nueva y doble derrota, llegó el Gral. Talamantes a Colima varios días después del combate. Pero los soldados de la persecución estaban cegados y tenían endurecido el corazón, y semana tras semana siguieron atacando, siempre con furia inmensa y volviendo siempre derrotados.

COMO SE MUERE POR CRISTO REY

En uno de esos primeros días de febrero, los callistas lograron hacer prisionero a un anciano de la ranchería de Montitlán, llamado Dionisio Ochoa al igual que el joven Gral. Jefe del movimiento libertador.

Este era un viejo ranchero de costumbres ejemplares, excelente cristiano, padre de unos muchachos que andaban ya militando bajo la bandera de Cristo. Su aspecto en sí era digno, blanqueaban ya su cabeza y su barba; su porte tranquilo y sereno.

—¿Cómo se llama usted, viejo cristero? —preguntan los de Calles.

—Dionisio Ochoa —contesta el anciano.

—Usted es de los cristeros ¿verdad?

—Yo no, porque estoy ya viejo; pero soy también católico.

—¿Dónde están los cristeros?

—No lo sé.

—¿Quién es el jefe de ellos?

—Cristo Rey.

—Ya sabemos —contestaban los callistas con injurias— que por ese Cristo Rey andan en armas. No se haga tonto, conteste lo que preguntamos. ¿Quién es el que los manda?

—Cristo Rey —contesta de nuevo el anciano sin inmutarse—. El es nuestro Jefe, El es quien nos manda.

—Bueno, y ¿quién les ayuda? ¿Quién les da parque?

—Cristo Rey nos ayuda y da todo lo que necesitamos.

Coléricos pusieron entonces una soga al cuello del anciano D. Dionisio y se intentó suspenderlo de la rama de un árbol: la rama crugió y se vino al momento abajo, golpeando a algunos. Con injurias y golpes se le quiso suspender de otra y de nuevo se rompió, quedando el anciano Ochoa ileso.

Esto se repitió varias veces, creciendo siempre la rabia de los enemigos, que en medio del tormento continuaban el duro interrogatorio. A todo el anciano contestaba:

—Ya os he dicho: Cristo Rey es nuestro Jefe. El es quien nos manda, El es quien nos da lo que necesitamos —hasta que víctima de los tormentos, expiró cual verdadero mártir murmurando piadosamente: *¡Viva Cristo Rey!*

UNOS VAN... OTROS LLEGAN...

En este mismo mes de febrero se registraron, por desgracia, las primeras deserciones. En todas partes ha de haber desleales e inconstantes.

Sin embargo, aquí parece haber sido efecto de debilidad, más bien que de perversidad del corazón; porque no consta que éstos que desertaron de las filas de la Cruzada de Cristo Rey se hayan convertido en enemigos de la causa. Así, aquellos hermanos Carbajal que tan cristianos y resueltos se mostraron en un principio y que comandaban unos de los grupos de libertadores, a los primeros momentos angustiosos empezaron a flaquear, víctimas del miedo; luego, aprovechando las proposiciones malévolas de indulto que el enemigo empezó a hacer desde entonces, dejáronse seducir y rindieron sus armas a la tiranía callista.

No faltó quien ocupó su lugar: un valiente, Andrés Salazar, que en tiempos anteriores había militado en la gendarmería del Municipio de Comala, Col., pero que después se había mostrado decidido católico, se aprestó a suplir a los desertores; se puso de acuerdo con el jefe Dionisio Eduardo Ochoa, reunió a los libertadores que se habían desbandado y puso su campamento cerca de la hacienda de Chiapa.

No tardó en mostrarse hombre de valor, atacando, el 8 de marzo, la guarnición callista de la misma hacienda, la cual pereció casi totalmente; se apoderó de las posiciones enemigas y recogió ocho rifles y parque.

De parte de los cristeros del jefe Andrés Salazar, sólo murió el soldado Fernando Silva Cortés, quien, en cuanto fueron desalojados los callistas de la torre de la hacienda en donde se habían parapetado, subió presuroso para hacer ondear sobre ella la bandera del Ejército Nacional Libertador, pero con tan mala suerte,

que al aparecer sobre lo alto, un soldado cristero, de los mismos compañeros suyos, creyéndolo enemigo, disparó sobre él acabando con su vida.

EL GRUPO CRISTERO DE LA HACIENDA DE EL NARANJO

Más o menos en los días en que Andrés Salazar organizó su grupo y atacó la guarnición de la hacienda de Chiapa, Col., otro decidido católico, Ramón Preciado, de la región de la hacienda del Naranjo, organizó otro pequeño núcleo cristero con seis u ocho compañeros; consiguió algunas armas y fue a presentarse al cuartel de Caucentla para recibir autorización y órdenes. El jefe Dionisio Eduardo Ochoa, después de hacer las investigaciones debidas, le tomó el juramento y le dio su nombramiento. Entre las recomendaciones especiales que le hizo, estuvo la de que recorriese, en primer lugar, en vía de propaganda, la región en que iba a operar, y él mismo tomase, a cuantos se le adhiriesen, el juramento de regla, dándolos así de alta en el ejército de la Cruzada.

Entusiasmado el nuevo jefe, salió de Caucentla, en medio de los "vivas" a Cristo Rey que lanzaban los libertadores, cada vez que algunos compañeros llegaban o salían del campamento. Iba lleno de entusiasmo, pero preocupado sobremanera por aquel oficio nunca soñado. En la hacienda de Buenavista, a donde llegó primero, reclutó a algunos, y por la tarde procedió a tomar el juramento ordenado. De allí partió para el cerro del Naranjo y una noche, ya para entregarse al sueño, estando bajo la obscura sombra de los árboles del lugar en que habían determinado acampar, cuando aún humeaban los leños en que habían preparado su humilde cena, al estar recitando el Santo Rosario y entonando sus cánticos piadosos, aquel pobre hombre perdió la razón, quedando, desde ese momento, completamente loco. Aquel grupo en formación se desorganizó por completo.

Capítulo V

MANUEL FACIO Y SUS MUCHACHOS

INQUIETO Y BELICOSO

ENTRE LOS MÁS VALIENTES y audaces de este primer período, estaba, en el cuartel general de Caucentla, un muchacho de Tonila, de unos 18 años de edad, llamado Manuel Facio, quien, con el nombramiento de cabo, tenía a su cargo un grupo de valientes, audaces y listos como él y de igual o menor edad.

Sin ningún temor de perder la vida, realizaba hazañas que rayaban en la temeridad. Un día, después de recibir del jefe Dionisio Eduardo Ochoa, a fuerza de repetidas instancias, licencia para una gira cristera por la región de la hacienda de La Esperanza, Buen País y aun Zapotiltic, Jal., se marchó con sus muchachos en alegre tropel y lanzando sus "vivas" a Cristo Rey y a su Ejército Nacional Libertador.

El jefe Ochoa, como era su deber, habló con él a solas, antes de su partida, haciéndole ver cuál debía ser su comportamiento, según el juramento que tenían hecho y las instrucciones dadas por los jefes del movimiento allá en Guadalajara. Manuel Facio prometió que habría de cumplirlas y que, con su conducta y la de su tropa, no habría de deshonrarse la causa cristera.

Pero el temperamento de Facio era belicoso e inquieto, de aquí que su comportamiento dejó qué desear, no obstante lo que su valentía y audacia lo prestigió entre todos los grupos cristeros de entonces.

Se dirigió a La Esperanza, Jal., y principió llevándose los mejores caballos de la hacienda. Don Enrique Schonduve —el hacendado— montó justamente en cólera, más aún, que las relaciones que hasta esa fecha había llevado con Dionisio Eduardo Ochoa —el Jefe del Movimiento Cristero— habían sido, no sólo corteses, sino deferentes y amistosas y muchas veces el jefe Ochoa, acompañado casi siempre de Miguel Anguiano Márquez, cenaba con el hacendado Schonduve y conversaban larga y amenamente.

El señor Schonduve, personalmente, había regalado a Dionisio Eduardo Ochoa 5 preciosos máuseres de manufactura alemana, calibre 8 mm., con buena dotación de parque. De estos rifles, uno se reservó Ochoa para su uso personal. Los otros cuatro, los distribuyó entre los cristeros más leales y valientes de Caucentla. Uno de ellos, tocó a Zeferino Olivares, esforzado y lleno de fe como el que más.

EN BUEN PAIS

Sobre buenos caballos y con el brío de su mocedad inexperta, Manuel Facio y sus muchachos se marcharon para atacar Buen País, defendido por los agraristas que el gobierno callista había armado. Estos estaban bien fortificados y preparados para resistir el ataque y lucharon con valentía; pero Facio con sus muchachos se batió bravamente y los fue venciendo poco a poco. Al final de la lucha, no quedando a este valiente ni un solo cartucho de su pistola reglamentaria, tuvo que encontrarse frente a frente con el jefe enemigo, un agrarista llamado Ramón Verduzco. Entonces Manuel Facio hizo un acto heroico de arrojo y decisión y jugó el todo por el todo: sacó su pistola vacía, la levantó en actitud amenazadora gritando con toda su energía: "Ríndase, ríndase. Le digo que se rinda". Y mientras Ramón Verduzco vacilaba perplejo, Facio se acercó rápidamente de un salto, arrebató por el cañón el rifle cargado del agrarista y, luchando con él, lo mató con su propia arma.

EN LA VIA DEL FERROCARRIL

En excelentes caballos y con buenas armas y parque que habían recogido en Buen País como botín de guerra, se decidieron Manuel Facio y los suyos a realizar una hazaña temeraria atacando un tren de pasajeros que, procedente de Guadalajara, Jal., dirigíase a Colima.

Así lo hizo; pero falto de experiencia por una parte, al igual que todos los muchachos que integraban su núcleo, y confiando tal vez demasiado en sus propios bríos y posibilidades, no discurrió ni siquiera poner algún obstáculo en la vía, sino que el ataque lo realizó en condiciones completamente desventajosas para él, ejecutando, sin medir el peligro ni las consecuencias, una verdadera "muchachada".

CRISTEROS DEL VOLCAN

Comenzaron los ocho o diez atacantes, al paso del tren, a intimar a gritos a los conductores que se parasen, corriendo ellos —los cristeros de Manuel Facio— a todo correr sobre sus cabalgaduras. Como es fácil suponer, la máquina siguió su marcha y los soldados callistas, parapetados dentro del mismo tren, principiaron a hacer fuego sobre los atacantes, que presentaban blanco con todo el cuerpo y a muy corta distancia.

¿Cómo fue que Manuel Facio y sus muchachos intrépidos escaparon con vida de aquella aventura? Porque ninguno de ellos resultó ni siquiera herido.

Yo no encuentro explicación humana y siempre, por lo contrario, he creído que Dios quiso premiar su buena fe y su arrojo, salvándoles la vida y guardándolos de todo accidente.

En cambio, después de algunos momentos de nutrido tiroteo —por haber sido muerto o al menos gravemente herido el maquinista—, el tren hubo de detener su marcha y la guarnición se rindió.

Después de recoger las armas, entre ellas algunas pistolas regla-

mentarias del Ejército Nacional, Manuel Facio dejó marchar el tren, sin molestar en lo mínimo, ni a los soldados heridos, ni mucho menos, a los pasajeros civiles.

ATAQUE A ZAPOTILTIC, JAL.

El tren continuó su marcha a la ciudad de Colima y los cristeros de Facio enfilaron hacia el Nevado de Colima soñando en una nueva aventura: imponer un "préstamo de guerra" a don Alfonso Marentes, Presidente Municipal de Zapotiltic, Jal., que harta necesidad tenía el Movimiento Cristero de ser ayudado económicamente y, si el préstamo no se hacía efectivo simplemente pidiéndolo, atacar ellos la plaza y obligar al Presidente a entregar la cantidad pedida.

Y el grupo de Facio se apostó en las estribaciones orientales del Nevado, en las cercanías de Atenquique, Jal. Se envió la carta de "préstamo", pero la respuesta no llegó.

Perdidas las esperanzas, en una madrugada de la segunda quincena de mayo, entró a Zapotiltic, Jal. Decidido y belicoso, prendió fuego a la Presidencia Municipal y, con un hacha, echó a tierra una de las puertas de la casa habitación del señor Marentes, que vivía frente a la Presidencia.

Como era natural, el señor Marentes y todos los de la casa, saltando los muros, escaparon y se pusieron a salvo. Sólo quedó una chamaca de 15 a 16 años, dormida en su cama, hija del mismo Presidente Municipal.

Manuel Facio y sus muchachos, rifle en mano, entraron a la casa buscando al Presidente Marentes, a quien pretendían llevarse. No encontrándolo, ni encontrando a más personas, en su audaz inexperiencia, levantó de su cama a la jovencita y salió con ella en los brazos, rápido como exhalación; montó en su caballo y dio orden de abandonar la plaza y regresarse a las faldas del Volcán. El asunto estaba resuelto: con aquella niña en su poder, él tendría seguramente el dinero pedido.

La joven al despertarse en brazos del cristero, principió a llorar

con abierto llanto; pero, aunque trataba de librarse del poder del que la llevaba, bien pronto vio que era esfuerzo del todo inútil.

Ya de camino, cuesta arriba, bajo los pinos de la sierra, Manuel Facio principió a reflexionar que se había metido en problema muy grave: el soldado cristero que atropellase a una mujer, abusando de ella, tendría que ser pasado por las armas. Y él sabía que Dionisio Eduardo Ochoa —su jefe— era hombre muy recto y enérgico. El temía, y con razón, porque Ochoa nunca permitió inmoralidades ni abusos. Fue ley que Dionisio Eduardo se grabó sin defecciones: la de conservar entre sus soldados el espíritu inicial de la lucha cristera.

¿Qué iba a hacer para salir de aquel paso?

Por otra parte, Margarita —la chamaca— era muy bonita; él la veía preciosa.

—Oye, chula ¿quieres casarte conmigo?

La chica, con enojo, en dos o tres palabras, rechazaba toda proposición.

—Mira —le dice—, tenemos los cristeros un gobierno muy duro. Yo no puedo llegar contigo al cuartel general de Caucentla, porque don Nicho, que es el Jefe de todos nosotros, no me va a perdonar ésta y me fusila: ¿Tú quieres que me fusilen?

—Que lo fusilen —dice ella llorando.

—No, mira, allá, cerca de Caucentla, en unos ranchitos que se llaman El Gachupín, tenemos un curita, el Padre Mariano Ahumada. El nos puede casar. Tú dices que te viniste por tu voluntad y él nos casa y así nada me pasa.

—Yo no.

—Pero es el único modo como puedo escapar de que mi Jefe don Nicho me truene.

—Que lo truene.

Y, por más que rogó Manuel Facio, la chica no se ablandó.

Huír y no presentarse, Manuel Facio no lo haría, porque no obstante lo revoltoso, él había sido respetuoso y leal con su Jefe Ochoa y quería continuar así.

No había más que depositarla con alguna familia buena de las

chozas de aquellas rancherías del Volcán. Y la depositó con un matrimonio de personas mayores —"de unos viejitos" decía él— de las cercanías de Atenquique.

Y mandó una comisión a Zapotiltic, Jal., para que dijeran al papá que allí estaba la chica; que se le había respetado, porque las órdenes que tenían ellos los cristeros eran muy duras. Que mandara por ella, pero que con los enviados viniese también el dinero del préstamo.

Y dos señores —don Angel Arellano y don Dionisio Rodríguez— llevaron el préstamo y recogieron a Margarita.

—Díganle al papá —dice Facio— que se ha respetado a la señorita, y si no me creen, que lo diga ella.

—Sí —dice ella.

Y en el guayincito en que habían ido los señores Arellano y Rodríguez se volvieron con ella a Zapotiltic, Jal.

MANUEL FACIO ARRESTADO

Y se nubló la alegría de aquellos muchachos con el problema de la muchacha raptada.

—Pues le dices al Jefe don Nicho que te la trajiste por necesidad, porque el papá se escapó; que la depositaste con estos viejitos y que la respetaste y él tendrá que creerte.

—Dios sólo sabe si me creerá o no. Todos sabemos lo bueno que es don Nicho como amigo; pero cuán recio es en las órdenes.

—Nosotros le diremos que la respetaste. ¿Por qué te ha de castigar?

Y pensativos llegaron a Caucentla.

Gritos de júbilo de los muchachos del campamento al ver regresar a Manuel Facio y a sus muchachos en excelente caballada, con pistolas reglamentarias calibre 45 y buenos rifles.

Dionisio Eduardo Ochoa en un momento sospechó que había habido irregularidades y lo llamó por separado.

—Cuéntame, Manuel, cómo hiciste para hacerte de los caballos, y de los rifles, y de las pistolas, y del dinero del préstamo.

Y Manuel Facio, un poco tímido, pero sincero y hombre, narró a su Jefe Ochoa todo lo acontecido.

—Pero Manuel —replica Ochoa—, tú bien sabes que el atropello a una mujer, según tenemos ordenado, tiene que ser castigado con la pena de muerte.

—Don Nicho, no atropellé a la muchacha: me la traje, porque don Alfonso su papá se me escapó y yo tenía que hacer efectivo el préstamo; pero yo la respeté.

—Eso puedes decir tú y eso dirán tus muchachos; pero yo, como jefe, no puedo creer simplemente lo que tú cuentes.

—Pero se lo juro, por Diosito santo, que así es.

—Manuel, tú sabes que te tengo estimación y cariño; fuiste de los primeros soldados de este movimiento de Cristo Rey y has sido valiente, más aún, con relación a mí, por ser tu Jefe, atento y muy leal; pero si no hay pruebas de que la respetaste, Manuel, con todo dolor de mi corazón, tengo que mandar que te fusilen. Si ustedes tienen su juramento de no deshonrar con actos indignos la causa que defendemos, yo tengo un juramento más: no permitir que ningún soldado de Cristo Rey se porte villanamente.

—Pues don Nicho, mande preguntar a "los viejitos", en cuya casa la deposité y mándele preguntar a ella misma. Los informes tienen que venir buenos; pero si por alguna causa, por coraje conmigo o por venganza, vinieran malos, yo le ruego, don Nicho, que no sean mis compañeros los que me fusilen. En el primer combate que haya, yo entro sin arma y con los brazos amarrados y gritando *¡Viva Cristo Rey!* Así me matarán mis enemigos y no mis compañeros.

Y Dionisio Eduardo Ochoa, que tenía estimación y cariño a aquel muchacho valiente, un poco conmovido, pero disimulándolo, accedió a lo que Facio pedía. Y mandó una comisión de cristeros serios y en quienes se podía confiar, entre ellos Antonio Avalos, para que fueran a Alpizahue, Atenquique y Zapotiltic y trajeran los informes necesarios.

Mas, entre tanto, como reo, Manuel Facio fue desarmado y arrestado. Sus compañeros fueron desarmados igualmente, en tanto

que venían las informaciones y éstas tardaron más de una semana; pero al fin vinieron y vinieron buenas, y Manuel Facio fue absuelto y reintegrado en su puesto de jefe de sus valientes muchachos.

SOLEMNES FUNERALES EN EL CAMPO

En otra ocasión —era ya el mes de abril— el jefe Dionisio Eduardo Ochoa envió una comisión de soldados cristeros al mando de Rafael G. Sánchez, para que fuese a Platanar, Jalisco, a recoger unas armas y parque. Con ellos iban Manuel Facio y sus muchachos. Estuvieron de paso en la hacienda de San Marcos, Jal., y allí, por su carácter belicoso e inquieto, se separó de la columna y se remontó a Los Mazos, en las altas faldas orientales del Nevado. El Jefe Rafael G. Sánchez, en cierto modo accedió, pero Manuel Facio vio a las claras que no había estado correcto su comportamiento y esta vez tuvo miedo de volver a Caucentla y presentarse ante el Jefe Ochoa.

Y las correrías irregulares de Facio y sus muchachos principiaron. El Jefe Ochoa mandó capturarlo y fue detenido en la hacienda de El Naranjo, Jal. Facio no opuso resistencia. Desde esa fecha, por determinación de Ochoa, ya no volvió a la región de los volcanes, sino que quedó incorporado a los cristeros de El Naranjo y subordinado al jefe de aquella región, quien recibió instrucciones de no permitirle operar solo.

Un mes y medio más tarde Dionisio Eduardo Ochoa, que en unión de Anguiano Márquez y de Salvador Vizcaíno hizo un recorrido hasta Coalcomán, Mich., para entrevistar al jefe militar cristero de allá —don Luis Navarro Origel—, le vio de nuevo; pues sabedor Facio, noble y atento, no obstante su espíritu inquieto, de que llegaba su jefe don Nicho —como él lo llamaba—, se presentó ante él con su grupo de soldados. Al avistarse el jefe Ochoa, Facio ordenó a sus muchachos que, pie en tierra, lo esperasen y saludasen a estilo militar.

Dionisio Eduardo Ochoa habló con él en privado y se reanudaron las relaciones de cariñoso compañerismo.

Sus virtudes que lo distinguieron fueron su espíritu festivo con relación a los compañeros, su arrojo y valentía con relación a los enemigos y su respeto y grande atención para sus jefes. Siempre contento y comunicativo se conquistaba el afecto de todos.

Murió en la región de Coalcomán, Mich., al poco tiempo, dando ejemplo de muy subido valor y grande piedad. Expiró momentos después de terminado un combate en que había recibido varias heridas, peleando como héroe.

Pudo recibir los Sacramentos de la Iglesia antes de morir, pronunciando con mucha devoción el Santo Nombre de Jesús, repitiendo su querido *¡Viva Cristo Rey!*, y recomendando a sus compañeros que no fuesen a desmayar; antes bien, peleasen siempre con toda valentía. Otra de sus últimas recomendaciones fue que guardasen siempre a sus jefes atención y respeto sinceros, cariño y verdadera lealtad.

Su muerte fue muy sentida y muchos de sus muchachos le lloraron. Se le hicieron en Coalcomán solemnes exequias fúnebres de cuerpo presente y las tropas del general cristero don Fermín Gutiérrez (Luis Navarro Origel), entre quienes accidentalmente se encontraba entonces, le rindieron los honores militares de ordenanza.

Capítulo VI

EL MARTIRIO DE ZAPOTITLAN, JAL.

DOCE CONTRA DOSCIENTOS CINCUENTA EN SAN PEDRO, JAL.

A MEDIADOS DEL MES DE MARZO, se presentó en el cuartel general cristero de Caucentla, a fin de recibir órdenes y más precisas orientaciones, José Ortiz, que, en unión, de un selecto grupo, venía de Zapotitlán, Jal.

Este núcleo era el más numeroso, después del de Caucentla, y uno de los primeros que se habían organizado: muchos católicos de aquella región, como al principio se dijo, hacía tiempo que estaban dispuestos a tomar las armas en defensa de la libertad religiosa, y sólo esperaban una palabra de orden.

Esta primera palabra y eficaz clarinada, la dio el mismo Dionisio Eduardo Ochoa antes de salir de Colima, mandándoles decir que era llegada ya la hora de la lucha. Luego mandaron ellos una persona de su confianza que entrevistase al joven general Ochoa cuando éste volvía de Guadalajara el 14 de enero, después de conferenciar con el "Maestro Cleto" y, con este enviado, Ochoa remitió, desde entonces, amplias instrucciones.

Pronto vino la prueba: el mismo general Ferreira que el 31 de enero atacó a nuestros libertadores del Volcán, en Cofradía y El Fresnal, salió en unión del general Manuel Avila Camacho, a perseguir a los cristeros de Zapotitlán, Jal.

Era el día 7 de febrero cuando la columna de los soldados del general Avila Camacho llegaba a aquella región, atravesando por la ranchería de Santa Elena; pero diez o doce libertadores, afortinados en una pequeña loma, impidieron el paso a los 250 soldados federales de la columna enemiga haciéndolos retroceder precipitadamente: perecieron cinco federales y los libertadores recogieron un máuser. De parte de los cristeros, hubo dos muertos y un herido.

FUROR DEL PUEBLO CONTRA LOS IMPIOS

Como habían huído los federales y aquellos cristeros estaban faltos de toda experiencia, creyeron éstos que el enemigo ya se había retirado y que podían tranquilamente irse a sus hogares, pues aún vivían en sus casas y no se separaban de sus familias. Pero he aquí que al día siguiente, cuando menos lo esperaban, los generales Manuel Avila Camacho y J. Jesús Ferreira entraban con sus gruesas columnas a la propia población de Zapotitlán. El pueblo, indignado, no pudo soportar la presencia de aquella gente y sin más armas que sus cuchillos, muchos salían de sus casas al paso de la columna de soldados federales callistas gritando: *¡Viva Cristo Rey!*, al par que se arrojaban sobre los invasores, si no para detener su avance, lo cual era imposible, sí, al menos, para vengar, en cuanto ellos podían, los ultrajes que el callismo infería a Cristo y a la Iglesia.

Así murieron 18 soldados federales, y de los católicos de Zapotitlán, hubo ocho víctimas. La población fue saqueada; las casas, allanadas; multitud de hogares violados inicuamente; parecía que los soldados de Calles no tenían más ley que la crueldad, el robo y la lujuria. El templo fue igualmente saqueado, las imágenes santas quemadas y los ornamentos y vasos sagrados aumentaron el enorme botín que los hombres de Calles llevaron consigo.

Fue tanto lo que los impíos sacaron de aquella población, que muchas familias quedaron en completa indigencia, sin dinero, sin alhajas, sin ropa, sin los instrumentos siquiera de su trabajo; los corrales de las casas quedaron vacíos, sin vacas, ni caballos, ni siquiera asnos, pues todo fue arrebatado por los invasores.

Para escapar de la crueldad de los perseguidores, muchas familias, por entero, huían a la montaña; multitud de castas mujeres, para huír de la infamia, corrían a los barrancos y se descolgaban hasta el fondo por entre las zarzas y malezas, aun con riesgo de perder la vida.

Desde entonces, un número muy grande de familias ya no volvió a la población; siguió habitando en los montes, en los recodos de las peñas o en las cuevas, en el fondo de las barrancas o en algún pobre jacal que se construían transitoriamente en lo más escondido de los bosques.

DESPUES DE LA TEMPESTAD

Por fin, después de dos días horribles para el pueblo cristiano de Zapotitlán, se retiraron los callistas y se volvió a respirar un poco de tranquilidad; pero el espíritu quedó profundamente herido, el desaliento y la angustia reinaban por doquiera, un sentimiento de impotencia y grande abatimiento invadió los espíritus. Nada, por lo pronto, podía consolarlos y reanimarlos; pero su querido Párroco, don J. Guadalupe Michel, que allí estaba, que con ellos sufría, que en unión de ellos tenía también que huír a los bosques y cavernas, logró, con sus palabras de aliento, poco a poco reanimar aquellas almas agobiadas. Luego, al oír a diario las grandes victorias que en la región del Volcán concedía el Señor a las hazañas consumadas por aquellos valientes, le fue más fácil hacerlos reaccionar y así pronto se reorganizaron y se llenaron de nuevo vigor. Fue entonces cuando, al mando de José Ortiz, su jefe, fueron a presentarse personalmente al cuartel de Caucentla, para recibir órdenes de Ochoa, para saludar a los bravos luchadores y adquirir, con su presencia, más aliento y fortaleza.

VICTORIA EN MONTITLAN E HIGUERILLAS

Acabábase de recibir en el Cuartel General a los nuevos insurgentes cristeros de Zapotitlán, Jal., entre gritos de alborozo y el

acostumbrado *¡Viva Cristo Rey!* que salía a coro de todos los pechos, cuando se presenta un enviado del jefe cristero Norberto Cárdenas pidiendo inmediato refuerzo, pues tendrían que combatir con todas las fuerzas enemigas que había en el Estado de Colima y que, unidas, marchaban para atacarlos. Salieron al punto el mismo José Ortiz con sus soldados de Zapotitlán y J. Natividad Aguilar con parte de los de Caucentla, para auxiliar a los cristeros de Cárdenas, cuyo cuartel estaba en las Trementinas.

En efecto, al mando de los generales callistas Talamantes y Beltrán habían salido de Colima, provistos de artillería, todos los elementos de combate: soldados federales, agraristas y gendarmes, las fuerzas todas que había en el Estado, con el fin de atacar al grupo cristero de Cárdenas, en su propio cuartel del cerro de las Trementinas.

Los cristeros no quisieron esperar allí el ataque y, sin recibir aún el refuerzo pedido a Caucentla, salieron mucho antes del amanecer, al encuentro del enemigo, que había acampado en la ranchería de Montitlán. Era el día 17 de marzo; el sol aún no iluminaba los pinares, cuando ya los cruzados estaban en sus puestos, teniendo en sitio a las fuerzas federales que principiaban a prepararse para continuar su marcha. Cuando hubo amanecido, el fuego de las armas de los cristeros se rompió casi al unísono, en medio del *¡Viva Cristo Rey!* Llenos de confusión y blasfemando por la rabia empezaron a defenderse los soldados de Calles y, obligados por la fuerza de las circunstancias, se afortinaron entre los surcos de un cañaveral. Hacía dos horas que se estaba peleando sin que ni de una ni de otra parte se avanzara un palmo de terreno, cuando llegaron los cruzados de Caucentla. Se redobló entonces el esfuerzo para obligar a los callistas a huír, y se puso fuego al cañaveral con este fin. Haciendo entonces un supremo esfuerzo los callistas, salieron de allí y huyeron hasta Higuerillas, en donde, en mejores posiciones, se hicieron nuevamente fuertes; mas a ese lugar fueron también los cruzados a combatirlos.

El combate fue dirigido, de parte de los cristeros, por el capitán Ramón Cruz. La lucha estuvo reñidísima. Del lado de los cru-

zados de Cristo Rey hubo mucha valentía y arrojo, distinguiéndose, entre ellos, el mismo capitán Ramón Cruz, el capitán J. Natividad Aguilar, el capitán Ortiz, Antonio y Rosalío Moreno, J. Félix Gómez, y J. Guadalupe Rodríguez.

De parte de las fuerzas de la tiranía callista hubo también entereza y valor. Entre sus hombres estaba el jefe de los agraristas de Cerro Grande, llamado José Espinosa Michel, conocido por el apodo de *el Chele.*

Cuando después de varias horas de combate muy reñido *el Chele* vio que no era posible vencer a los cristeros atacándolos solamente por el frente, decidió, con audacia, flanquearlos por cerca de la puerta de El Naranjal para atacarlos por el lado de Cerro Carrillo y, en unión de un buen contingente de callistas, pretendió realizar aquella hazaña; pero los soldados cristeros J. Félix Gómez, J. Guadalupe Rodríguez y otros valientes les salieron al encuentro y les cortaron el paso, encontrándose con ellos casi cuerpo a cuerpo. Fue entonces cuando J. Félix Gómez disparó su arma contra *el Chele,* mas el asistente de éste, defendiendo a su jefe, disparó casi al unísono contra J. Félix Gómez, quedando muertos ambos, casi en el mismo momento.

Entre tanto caía la tarde y las fuerzas callistas tocaron a retirada, no sin haber logrado recoger el cadáver del *Chele* que transportaron a Colima, gracias al cariño especial que el general callista Beltrán le había tenido, mas dejando abandonados, en los diversos campos en que se luchó ese día, más de ochenta callistas muertos. Aquella jornada había sido tremenda y desastrosa para la tiranía.

También los cristeros recogieron el cadáver de J. Félix Gómez —el único muerto que habían tenido— y lo llevaron a sepultar al atrio de la capillita de la ranchería de Monte Grande, capillita que él mismo, en tiempos de paz, en unión de otros lugareños, había edificado.

José Ortiz, en compañía de Natividad Aguilar, regresó a Caucentla y de allí, recibidas ya las orientaciones o instrucciones deseadas y en medio de calurosos parabienes y augurios, partió para su región con nuevos bríos y más vivo entusiasmo.

Con tan brillante protección de Dios en favor de aquellos esforzados macabeos, con las pruebas tan palpables de la especialísima asistencia divina, repetidas día a día, ya aquí, ya allá, en dondequiera que por Cristo se luchaba, el entusiasmo crecía a modo de un incendio que cada vez tomaba más fuerzas. De todas partes afluían los católicos deseosos de cooperar al movimiento, y queriendo ser soldados de Cristo; pero las armas, a pesar de que ya había muchas, eran bien pocas en comparación de los muchos brazos deseosos de levantarlas. Las mismas madres llevaban a sus hijos para que sirvieran a la causa de Cristo, y, después de aconsejarlos, dirigirles sus últimas palabras de aliento y darles su bendición, que los muchachos recibían de rodillas, los entregaban al jefe Dionisio Eduardo Ochoa. Si se hubiera permitido, ellas mismas hubieran tomado el arma y quedado en la línea de fuego.

LA AMAZONA CRISTIANA

Un día dijeron al jefe Ochoa, que, en un determinado grupo, había una mujer vestida de hombre, la cual traía su carabina, peleaba como cualquiera y cumplía con los deberes todos de un soldado, al amparo y cuidado de un hermano suyo que siempre andaba en su compañía.

Tal noticia sorprendió ciertamente al jefe, aunque era testigo del inmenso entusiasmo de todos por cooperar a la defensa de la causa de Cristo y del valor y decisión de las mismas mujeres. Sin embargo, después de pensarlo con madurez, no le pareció conveniente que una mujer anduviese de soldado entre los hombres, aunque lo hiciese con la más recta y santa intención y al amparo de su propio hermano.

—Estaba tan bien disfrazada —contaba después Ochoa al que esto escribe—, que entre todos aquellos muchachos pasaba perfectamente como uno de ellos, al grado de que varias veces fui exprofeso para reconocerla y hablarle por separado, haciéndole ver que aquello no era conveniente y nunca pude identificarla, hasta que particularmente me la señalaron.

Lágrimas costó a la valiente muchacha el dejar las filas; tuvo que recurrirse a la influencia del hermano para convencerla de que debía irse a su casa, despojarse de su paupérrimo uniforme de soldado cristero, que consistía en un gabán, calzón blanco, huaraches, sombrero de zoyate, y abandonar la cartuchera y la carabina, para tomar su vestido propio de mujer y, consagrada a las labores de su sexo, hacer así cuanto pudiera por sus compañeros de armas. Porque para aquella brava mujer, el tiempo que había tenido que soportar a la intemperie las inclemencias del invierno, haciendo guardia en las largas noches de vela, como cualquier soldado, y librando al igual de los demás los cruentos combates contra los enemigos de Cristo y de su religión, era el más hermoso y mejor empleado de su vida.

Como ella, hubiera habido otras muchas, hasta formar batallones, si se hubiese permitido.

LUPE GUERRERO

En ese tiempo el parque estaba escaso; mas no en extremo, porque si hubo héroes que lucharon, hubo también heroínas, como se ha visto, que muy dignamente colaboraron con aquéllos. Entre éstas, una jovencita de unos dieciséis años, María Guadalupe Guerrero, la misma que el 2 de enero había venido de Guadalajara a traer la invitación del *Maestro Cleto,* para iniciar de inmediato el movimiento armado, instrucciones y propaganda escrita, siguió viniendo a Colima, trayendo grandes bolsas con cartuchos.

También estaba, entre estas chicas heroínas cristeras, otra jovencita colimense radicada en esos días en Guadalajara, Jal. —María de los Angeles Gutiérrez—, quien con frecuencia acompañaba

a Lupe Guerrero en sus venidas a Colima con el fin de traer a los Cruzados del Volcán, no sólo elementos de guerra, sino órdenes e instrucciones de los jefes superiores del movimiento. A veces, cuando Lupe Guerrero no podía venir, venía Angelita Gutiérrez, ya sola, ya acompañada de alguna otra chica. Este parque y una que otra arma que ellas traían a Colima, eran comprados, ocultamente, a los mismos soldados callistas, lo cual, así como su conducción al campo libertador, se hacía en medio de muchos y graves peligros; pero nada arredraba a las audaces jóvenes, que llegaban hasta Caucentla, llenando de contento a los luchadores, quienes saltaban de alegría, tanto por el parque, que era para ellos un tesoro, como por las noticias que recibían y por la alegría que les proporcionaba la visita de tan valientes y cristianísimas muchachas.

Cuando por alguna circunstancia no se veía conveniente el viaje directo a Colima, y luego de allí a Tonila y Caucentla, entonces, puesto de acuerdo el jefe Dionisio Eduardo Ochoa, ellas entregaban sus bolsas o petacas con cartuchos y aun armas, en alguna estación intermedia, generalmente Villegas o La Higuera, y a esa estación iba personalmente el mismo jefe Dionisio Eduardo Ochoa para conversar, aunque sea por breves momentos, sobre novedades del movimiento cristero, si había oportunidad o, al menos, hacerse cargo de lo que traían las jóvenes emisarias.

EL CAPORAL DE SAN MARCOS

Desde los primeros días del movimiento armado cristero, desde el mismo mes de enero, Dionisio Eduardo Ochoa se había hecho amigo del caporal de la hacienda de San Marcos, Jal., muchacho de la misma edad suya, nacido también como él, en el 1900, y el cual prestó muy grandes servicios a la causa de los cristeros. Su nombre, Leonardo Aguilar. Hubo, entre ellos dos, Ochoa y el caporal, sincera y leal amistad y se entendieron bien.

Muchas veces el jefe Ochoa deseaba ir, sea a la estación de Villegas, sea a la de Platanar o de La Higuera, con el fin de recibir

lo que Lupe Guerrero o Angelita Gutiérrez traían, sea para inspeccionar personalmente el movimiento de trenes o hablar con alguno de aquellos jefes de Estación con quienes también tuvo amistad.

—Oye, caporal —decía Ochoa—, necesito ir a esta o aquella estación del ferrocarril. ¿Cómo me llevas? ¿Te animas?

—Yo sí, don Nicho —replicaba Leonardo, el caporal—. Mañana voy a Villegas a traer el dinero de la raya de los cañeros y a recoger otras cosas en la estación. Me llevo unas dos o tres mulas de carga y usted se va en una de ellas como si fuera un trabajador de la hacienda.

Y el caporal, personalmente, ayudaba al jefe Ochoa a disfrazarse de cañero.

—No, don Nicho, jale más esa punta del ceñidor, jale también la otra. Así, así está bien.

Y se marchaban. Y, ya en la estación del ferrocarril, mientras Leonardo el caporal recibía por las ventanillas del tren lo que Lupe Guerrero o Angelita Gutiérrez traían, Dionisio Eduardo Ochoa, un poco más retirado, disimuladamente esperaba. Y casi siempre se daban sus mañas, él y las mensajeras cristeras, para hablar dos o tres palabras sobre lo que más urgía, si es que ellas traían algún mensaje verbal.

También alguna vez, el jefe Ochoa, con vestido raído y lleno de tizne y arriando sus burritos con carbón, hacía sus viajes hacia la vía del ferrocarril.

De esta manera, disfrazado de vaquero, de arriero o de carbonero, Dionisio Eduardo Ochoa, en unión de su amigo el caporal de San Marcos, caminaba feliz. Para él, para Ochoa, aquellas aventuras eran necesarias. A la causa de la cual era jefe, le urgía que él tuviese buenas relaciones, aun con los rieleros del ferrocarril, e ir, personalmente, a entrevistar, sea a una, sea a otra persona de las venidas de Guadalajara, aunque fuera en los breves minutos de la pasada del tren.

En una ocasión se encontró de primas a primeras —yendo él todo lleno de tizne, vestido de carbonero y con sus burritos con carbón— con una escolta militar, en la estación de Villegas, Jal.

Dirigiéndose al caporal, que iba a recoger el dinero de la raya de los cañeros de San Marcos, el jefe militar le dice:

—¿Qué hay de los cristeros?

—Por la hacienda de San Marcos no hay nada, mi jefe.

—Y ¿no tienes miedo que los rebeldes te asalten y te quiten el dinero de la raya?

—Por aquí está todo en paz. Además, escondo las bolsas del dinero bajo el aparejo de las mulas. No creo que me lo quiten.

Y Dionisio Eduardo Ochoa acomodaba, a unos cuantos pasos, haciéndose que nada veía ni oía, sus burritos de carbón.

—Oye, carbonero —dijo a Ochoa el mismo militar—, ¿tú no has visto a los "cristos"?

—Yo me dedico a mi carboncito, yo no he visto "cristos" —contestó con el tono de voz y modales de un rancherito de la sierra—. ¿Quiere que le avise si acaso los veo?

—Sí, avisas al jefe de estación, si no estoy yo.

—Pues muy bien, jefe —contestó Ochoa.

Y dio media vuelta a sus burros y tomó el camino de Tenaxcamilpa.

Leonardo Aguilar se marchó también por el mismo rumbo un poco después tras el carbonero. Ya lejos de las miradas de los soldados, se reunieron y juntos regresaron.

EL PADRE DON MARIANO DE J. AHUMADA

Más o menos en este tiempo de feliz recuerdo, estuvo, en el rancho de El Gachupín, cerca del cuartel de Caucentla, el Pbro. Don Mariano de J. Ahumada, uno de aquellos sacerdotes a quienes en la región habían encontrado nuestros cuatro primeros cruzados y que era el único que restaba de ellos. Diariamente celebraba la Santa Misa, que fervoroso oía no sólo aquel grupo de heroicos cristeros, sino aquel verdadero pueblo congregado en el campo libertador. Muchos de aquellos cristeros y multitud de simples fieles de aquel pueblo congregado en Caucentla, comulgaba diariamente.

Dionisio Eduardo Ochoa casi siempre ayudaba personalmente la Santa Misa y recibía la Sagrada Comunión.

Con este estímulo —pues hay que recordar que el culto público estaba suspendido—, aumentó aún más el número de hombres que deseaban luchar, y aun de familias que anhelaban vivir en aquel ambiente de cristiana libertad.

Capítulo VII

LOS PRIMEROS MARTIRES DE LA A. C. J. M.

CUNDE EL INCENDIO

MÁS DE UN MES DURÓ reducida la zona de los libertadores a la región del Volcán (Caucentla, Montegrande y rancherías circunvecinas por su parte sur y Zapotitlán al noroeste); pues el intento de que se organizara un núcleo de cristeros en la región de Pihuamo y Cerro del Naranjo, había fracasado, por haberse vuelto loco quien había sido nombrado su jefe, como se dijo en páginas anteriores. Era pues preciso ir a propagar el incendio; a ese efecto, mientras Dionisio Eduardo Ochoa quedaba en el cuartel general, al frente de la jefatura cristera, Miguel Anguiano Márquez, uno de aquellos tres primeros jóvenes libertadores compañeros suyos, con carácter de delegado, recorrería el sur y el oriente del Estado.

La difícil misión del joven fue bendecida de Dios, porque pronto quedaron formados los núcleos de Villa de Alvarez, de Pihuamo y de Coquimatlán.

El jefe del núcleo de Villa de Alvarez fue J. Jesús Peregrina, uno de los más distinguidos miembros de la A. C. J. M., en el grupo de allí mismo. En la ciudad de Colima, a donde pudo penetrar el joven Anguiano, tomó el juramento al nuevo jefe cristero, le extendió su nombramiento como a jefe del nuevo grupo, y le dio las instrucciones requeridas.

De Colima, con verdadero entusiasmo, partió J. Jesús Peregrina a su casa de Villa de Alvarez y, poco después, el 9 de marzo,

al frente de algunos coterráneos suyos, trababa el primer combate con los callistas en Campo Seis, a las faldas de Cerro Grande. Este encuentro no duró más de una hora, porque no fue posible prolongar la defensa, dada la escasez de municiones, el reducido número de los libertadores y la notabilísima superioridad de las fuerzas enemigas.

Hubo un cristero muerto. De los enemigos, tres muertos y algunos heridos.

El jefe nombrado para la región de Pihuamo y Hda. del Naranjo, fue Gildardo Anguiano Márquez, hermano del mismo joven delegado, quien, al igual que Peregrina, hizo su juramento en la misma ciudad de Colima, en donde recibió nombramiento e instrucciones.

Partió de ella, en unión de un amigo suyo, a su región del Cerro del Naranjo a organizar el movimiento. Dos o tres semanas más tarde, se les unió su propio jefe y hermano, Miguel Anguiano Márquez, quien regresaba de su jira por el sur del Estado. Pudieron entonces los hermanos Anguiano dedicarse a reorganizar el grupo disuelto de Ramón Preciado y a sembrar en toda aquella zona el entusiasmo por la defensa armada, con tan feliz éxito, que en pocos días, con el auxilio de Dios y el ejemplo de los libertadores del volcán se reunieron, sin mucho trabajo, cien nuevos cruzados, ya que gran número de los católicos no esperaba otra cosa que una oportunidad para lanzarse contra la tiranía callista.

VICTORIA DE PIHUAMO

Este núcleo, en unión de otro venido de Caucentla, al mando de Plutarco Ramírez, atacó la plaza de Pihuamo, Jal., en la mañana del 1o. de abril.

El ataque fue reñido y duró todo el día. Los enemigos estaban fortificados en las azoteas de los mejores edificios, tenían buenas armas y abundante parque. No obstante eso, con la ayuda de Dios, se fue arrebatando a los callistas fortín tras fortín, hasta llegar al mismo edificio de la presidencia municipal. Llegó la noche, y el

enemigo, posesionado de un último reducto, aún seguía sin rendirse a pesar de que se les habían hecho más de 25 muertos, entre ellos el mismo presidente municipal, furibundo anticatólico, que había prometido, desde hacía ya tiempo, una suma de importancia por la cabeza del Cura Párroco del lugar, Pbro. D. Cesáreo Santana. Como ya no era posible a los cristeros continuar el ataque una vez llegada la noche, tanto por no ser prudente permanecer en terreno enemigo, en medio de la oscuridad, cuanto porque se estaba esperando refuerzo callista y el parque de los cristeros casi se había agotado, tuvieron éstos que retirarse, sin haber triunfado del todo, pero sin haber tenido ni siquiera un muerto.

MEDALLA SALVADORA

Hubo en este día de lucha una cosa singular, maravillosa, que vino a aumentar la fe y entusiasmo de los libertadores: Emigdio Muñiz, soldado cristero, llevaba colgada al pecho una medalla de aluminio de la Sma. Virgen María. Precisamente en la medalla quiso Dios que pegase la bala de un máuser enemigo, la cual, sin perforarla, se detuvo en ella sin herir al luchador de Cristo en lo más mínimo. Este hecho fue conocido de todos aquellos soldados católicos y aun días después se levantó un acta juramentada sobre el particular.

En tanto que los cristeros se enfervorizaban más y más por la defensa de sus derechos, como cristianos y como ciudadanos, y el Señor les auxiliaba con especialísima providencia, en los campos de batalla, el enemigo, de igual manera, aumentaba su rabia que descargaba en quien podía.

EL PRIMER MARTIR DE LA A. C. J. M., J. GUADALUPE DELGADO

Fue el 7 de abril, víspera del viernes de la Semana de Pasión, cuando la Asociación Católica de la Juventud Mexicana en Colima —la A. C. J. M.— dio al cielo el primero de sus mártires.

Un joven de Coquimatlán, de unos 18 años, llamado J. Guadalupe Delgado, fue a quien escogió el Señor como primera víctima. Este dichoso joven mártir, era hijo de padres humildes y muy cristianos, del mismo pueblo de Coquimatlán, lugar de su nacimiento, de su infancia y de su juventud. Fue con ellos, lo testifica un amigo suyo que aún vive y lo conoció desde niño, siempre obediente y respetuoso. Sus padres murieron y, al respeto de sus hermanos mayores, siguió siempre conduciéndose muy cristianamente, siempre viviendo al lado de ellos y trabajando en la agricultura para ganar, con sus sudores, el sustento cotidiano.

En el grupo de la A. C. J. M. de su parroquia, fue de los más piadosos y trabajadores; todas las comisiones que se le encomendaban las desempeñaba con entusiasmo; todos le querían por su carácter afable y porque era atento y formal. Cuando apenas suspendido el culto en el Estado, un año hacía, empezaron los católicos a trabajar por la defensa de sus derechos cristianos con la campaña de oración, luto y boycot organizada por la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, este joven fue, entre sus compañeros, uno de los más entusiastas y fogosos, ya para repartir volantes de propaganda, ya para colectar firmas, ya para todo aquello que se le indicaba. Aun por los enemigos era reconocido como un ferviente católico.

Ardían éstos en ira, en tanto que la campaña católica se desarrollaba, buscando un pretexto para acabar con un selecto grupo de hombres creyentes, y el pretexto no faltó: la proximidad de los libertadores cristeros al pueblo de Coquimatlán, para acusarlos de complicidad y poder matarlos.

EL ARRESTO ARBITRARIO

Había a la sazón un corto destacamento de federales en aquella plaza y, a su amparo, los sectarios tenían a los católicos en continua zozobra y angustia.

Así las cosas, la tarde del expresado día 7 de abril, volvía Delgado de su trabajo del campo, ya cuando el sol se había puesto, en

unión de algunos otros compañeros de labores, tal como es costumbre. No faltó un impío de los del gobierno del municipio, que aprovechara aquella ocasión y los acusara de "cristeros" ante la guardia federal, la cual procedió inmediatamente a aprehenderlos. Al mismo tiempo se telefoneó a Colima diciendo que se remitía un grupo de "rebeldes" cuyo delito estaba comprobado, y que fueran fusilados.

En efecto, atados fuertemente y entre un piquete de soldados, J. Guadalupe Delgado y sus compañeros fueron conducidos a Colima en un camión que, exprofeso y sin tardanza, partió. Fue en vano el testimonio de los patrones y de otras personas, que aseguraban que aquellos muchachos no se habían separado ni un día de su trabajo y que por lo mismo, no podían ser de los que andaban levantados en armas; ningún recurso valió y, sin formalidad ninguna de causa, fueron condenados a muerte.

CRUELDAD SALVAJE DEL PERSEGUIDOR

Más aún: el padre de uno de aquellos prisioneros fue a hablar por su hijo pretendiendo salvarlo; pero queriendo los verdugos poner escarmiento, para que nadie siguiese intercediendo por los reos, fue igualmente detenido y condenado a la horca, aumentando así el número de aquellos mártires.

Ya en el cuartel de Colima, así atados, como se les había conducido, fueron duramente golpeados, sobre todo en la cara y en la cabeza, queriendo los enemigos callistas obligarlos con esto a revelar algunos secretos que deseaban saber; pero aquéllos sufrían como mártires y nada dijeron.

Eran cerca de las 12 de la noche cuando fueron conducidos a la Calzada Galván —hoy Calzada Independencia—, que es uno de los paseos hermosos de la ciudad de Colima y allí fueron suspendidos de las ramas de los árboles. Debió ser la media noche cuando aquellos benditos y dichosos católicos entregaban su alma a Dios y recibían la palma del martirio. Sus nombres son: J. Gua-

dalupe Delgado, Hermenegildo Medina, José Bazán, Jesús Zárate y Braulio Zárate, padre de este último.

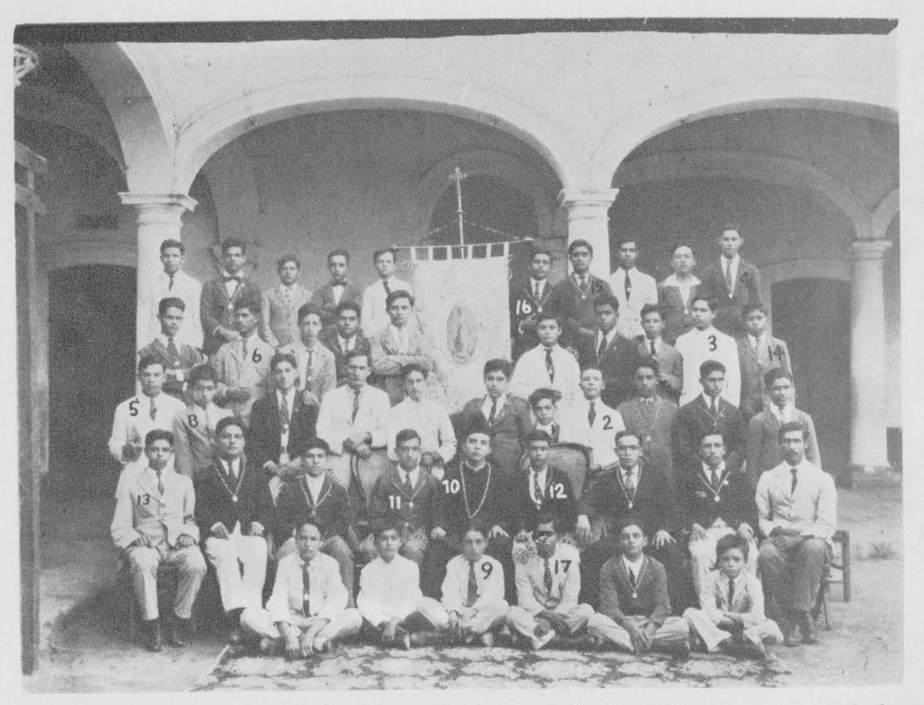
MENSAJEROS AUDACES

Pocas horas más tarde, el 8, viernes de Dolores, ofreció la Congregación Mariana del Seminario Diocesano la primera de sus víctimas al cielo.

Fue Rafael Borjas, de unos 18 años de edad, estudiante de Filosofía, el glorioso primer mártir del Seminario. Este era originario de la hacienda de Chiapa, Col., muy piadoso y amable, muchacho de muy grandes virtudes y muy modesto y apacible en todo su proceder; hijo de padres cristianos y piadosos como son la casi totalidad de los habitantes de la región del volcán, según se ha dicho.

El padre de este joven, Lucio Borjas, era de los soldados cristeros y él, en compañía de Marcos Torres y Pedro Radillo, condiscípulos suyos, se dedicaba a ayudar a los cruzados en todo aquello que podía; pues el grande espíritu de piedad verdadera de estos tres, no les permitía quedar inactivos, cuando todos los católicos sentían ser un santo deber el trabajar y luchar por crear un México cristiano y libre. Así los tres buenos y santos amigos Borjas, Torres y Radillo, iban y venían de Caucentla a Colima, llevando y trayendo comunicaciones y desempeñando las comisiones que Ochoa, el jefe, les confería. El día 7, después de oír la Santa Misa y comulgar, salieron los tres del cuartel general, rumbo a Colima, llevando algunos encargos, entre ellos una bolsa con casquillos vacíos que había que mandar reformar, y también un paquete de cartas para varias personas de la ciudad, que mandaba el jefe, con asuntos relacionados con el movimiento cristero. En la madrugada del día siguiente, ignorando que hubiese en aquella ocasión soldados enemigos en la hacienda de Chiapa, se determinaron a pasar por allí, envueltos aún en la semioscuridad de la madrugada.

No advirtiendo aquellos tres jóvenes el peligro, cuando menos



Grupo del Seminario (la Congregación Mariana). Julio de 1925. Al centro, su Padre Director Pbro. Enrique de Jesús Ochoa (10). Derecha, Miguel Anguiano Márquez, prefecto (11). Izquierda, José Verduzco Bejarano, 1er. consiliario (12). Manuel Hernández (1). Tomás de la Mora (2). Rafael Borjas (3). Apolonio Sánchez (4). Prudencio Dávila (5). Pedro Radillo (6). Martín Zamora (7). Ignacio Pérez (8). Ramón Pérez (9). José Cervantes (13) y Juan Hernández (14).



Virginio García, el jefe civil del movimiento cristero en Colima.

Tomás de la Mora, ahorcado el 27 de agosto de 1927.

lo esperaban, se encontraron rodeados por los enemigos, que procedieron a capturarlos, encontrándole inmediatamente a Rafael Borjas la bolsa de casquillos vacíos.

EN MANOS DEL ENEMIGO

Este, al verse en manos de los enemigos y descubierto, se echó a sí mismo toda la responsabilidad, manifestando que él era el de aquella comisión y que Marcos Torres y Pedro Radillo eran compañeros de viaje que se le habían unido como viejos conocidos.

Fue Rafael Borjas inmediatamente condenado a muerte, la cual aceptó con toda tranquilidad y grandeza de corazón, sin objetar, ni defenderse. Una pena, empero, inquietaba al congregante de María: el que su muerte fuera a ser ocasión de graves daños para aquellos católicos que, desde la ciudad de Colima, mantenían relaciones con el jefe militar libertador y para quienes llevaba las cartas.

OCURRENCIA OPORTUNA

Urdió un medio: simulando sentir hambre, y aprovechando la caridad de una buena mujer que le llevó de comer, se sentó a hacerlo con toda tranquilidad y, en un ligero descuido de los soldados callistas que los custodiaban, sacó el paquete de cartas que llevaba oculto, lo envolvió entre los pliegues de la servilleta en que se le había llevado el alimento y lo dio a la cristiana señora, quien bien comprendió de qué se trataba y el deseo del mártir, expresado en la mirada, de que aquello volviese a manos del Gral. Ochoa, con la noticia de que había caído él en manos de los enemigos y moría por Cristo.

En efecto, pocos días después, llegaba a Caucentla un enviado llevando aquellas cartas con esta noticia: "Cayeron los muchachos en manos de los perseguidores y Rafael fue fusilado. Las cartas que él llevaba se logró salvarlas y aquí están".

Cuando Rafael Borjas vio que se había evitado el grande mal que amenazaba a aquellas personas para quienes él llevaba las cartas, dio gracias a Dios y se empezó a disponer con toda tranquilidad y paz para la muerte. Momentos después, invocando el Santo Nombre de Jesús, caía al suelo, destrozado por las balas del callismo.

SALVOS

Pedro Radillo fue igualmente condenado a muerte, pero Dios lo quería aún sobre la tierra, pues su misión, en los planes divinos, no estaba terminada y así, cuando era llevado a la ejecución, en un acto de arrojo y audacia escapó de manos del piquete de soldados que lo conducían. Fue inútil todo empeño de alcanzarlo y darle muerte, no obstante que todos dispararon sus fusiles contra él y anduvieron en su persecución por largo rato, pues él logró internarse en un cañaveral, y de ahí, por el fondo de un riachuelo, escapó sin ninguna lesión.

Al regresar el piquete de soldados enviados a ejecutar a Pedro Radillo, se rindió el parte de ordenanza: "Fue fusilado el reo".

Marcos Torres o *Marquitos,* como vulgarmente le llamaban todos, era joven de mucho mérito: listo, resuelto, sagaz y de conducta muy íntegra y cristiana; pero de una apariencia tan apacible, que el que simplemente le veía, nunca adivinaba el empuje de su espíritu.

Dados estos antecedentes, los callistas que lo habían capturado no solamente no lo creyeron responsable ni culpable de nada, sino que, en los dos días que lo trajeron en su compañía, se captó en cierto modo la estimación y confianza de ellos y, cuando menos lo esperaban, escapó también; mas no con otro fin que seguir trabajando por la causa de la libertad religiosa de México, con mayor decisión y redoblados bríos, al grado de constituir después, como ya se verá, una de las más bellas figuras de la heroica defensa armada de los cristeros de Colima.

EL NUEVO GRUPO DE CRISTEROS

Pocos días después de este episodio, llegó a presentarse a Caucentla un nuevo grupo de cristeros de la región de Tuxpan, Tamazula y Santa María, del sur de Jalisco, los cuales tenían como jefe a Telésforo Plascencia y como capellán al Padre don Gumersindo Sedano, Sacerdote de la misma Diócesis de Colima. El entusiasmo del Padre Sedano por la causa cristera era tan grande, que casi nunca se separaba de sus soldados; siempre participaba de sus trabajos y sus desvelos, compartía con ellos el hambre, el frío, el peligro; dormía como ellos a la sombra de los árboles, expuesto a las inclemencias del tiempo y velaba continuamente por ellos, como verdadero y santo pastor.

El grupo estaba compuesto, casi en su totalidad, por muchachos de raza indígena, de esa región de Tuxpan, Zapotlán, hasta Jilotlán y Santa María, Jal., en que abunda aún la raza pura, casi sin mezcla. Son indígenas civilizados, de origen azteca, de carácter humilde y apacible y muy fervorosos en sus actos de devoción.

En Caucentla, en donde permanecieron hasta el mes de abril, edificaron por su fervor. No se contentaban, por las noches, con recitar el Santo Rosario y cantar algunas alabanzas entre decena y decena, como lo hacían los otros cristeros, sino que seguían rezando y cantando, en medio de las sombras y del silencio, hasta horas muy avanzadas, cuando ya todos estaban dormidos y no quedaban en pie sino los centinelas y no había más ruido que el silbar de los pinos azotados por el viento helado de la montaña.

Entre los muchos cantos religiosos que entonaban, se encuentran las siguientes estrofas de un largo himno, el que, cantado con voz apacible y dulce y con la gemebunda devoción, propia de su raza, penetraba muy hondo al corazón. Es cierto que es de escaso valor literario, mas revela un alma grande y una intención recta, sublime, santa. De ellos lo aprendieron los soldados de Caucentla y, de éstos, todos los demás libertadores de Colima y sur de Jalisco.

C o r o

Vamos, valientes cruzados,
vamos, vamos a luchar;
vámonos con Cristo Rey
su Reinado a conquistar.

E s t r o f a s

Esta es la mejor batalla,
cual mejor nunca se ha visto;
abracemos la bandera
del Ejército de Cristo.

Este es el Rey de los cielos
que nos invita a luchar,
a quien los viles tiranos
quieren ahora desterrar.

Nadie tema la batalla
¡oh cristianos fervorosos!
Que en toda lucha saldremos
triunfantes y victoriosos.

El cielo va por delante;
siempre sale vencedor.
Sigamos pues sus banderas,
Soldados del Salvador.

Vamos, valientes soldados,
vamos, vamos a guerrear;
que ya Cristo nos espera,
su reinado a conquistar.

EL GRUPO DE COQUIMATLAN, COL.

El núcleo libertador de Coquimatlán por muchos meses estuvo sin dar señales de vida, a pesar de todo lo que con ellos se trabajó y del juramento que prestó quien iba a ser su jefe, Jesús Hernández, quien nunca se decidió a principiar a trabajar como era debido, por lo cual tuvo que nombrarse nuevo jefe, eligiéndose para esto a J. Candelario B. Cisneros, joven acejotaemero, de ilustración y entusiasmo, que empezó a formalizar el movimiento de defensa armada entre los católicos de aquel municipio.

Capítulo VIII

ARTERIAS ENEMIGAS

RONDA DE ESPIAS Y SICARIOS

RESTA AHORA, ANTES DE terminar estos primeros cuatro meses de lucha, primer período del movimiento cristero en Colima, el narrar algo de los muchos medios de que se valió el enemigo en su afán de acabar con el grupo de héroes que luchaban por la libertad religiosa; mas Dios velaba por ellos y de esta manera las maquinaciones diabólicas se frustraron, en términos generales, a pesar de haberse obtenido, infamemente, más de algún triunfo local sobre los soldados libertadores.

Viendo los de Calles que nada podían contra los católicos luchadores en los combates, pues siempre que ellos salían a pelear volvían destrozados y con la convicción de no haber hecho ningún mal notable en las filas de los nuevos macabeos, a pesar de ser éstos muy inferiores en número y armamento, decidieron recurrir a otros medios.

Desde el mes de febrero, principiaron a aparecer en Caucentla, mandados y pagados por la persecución, viles hombres que, fingiéndose católicos buenos y fervientes, no llevaban otro fin que matar, en la primera oportunidad posible, a Dionisio Eduardo Ochoa y al Padre don Mariano de Jesús Ahumada, refugiado, como hemos visto, en el rancho de El Gachupín, en las cercanías del cuartel cristero de Caucentla; mas el auxilio de Dios no faltó,

y unos fueron plenamente descubiertos y otros fracasaron en el atentado mismo.

Muchas veces los perseguidores, después de larga propaganda contra alguno de los jefes libertadores, para ver si se lograba hacerlo flaquear y rendir sus armas, llegaron a proponer, ya cuando consideraban suficientemente urdida la inicua trama, esta condición para el indulto: el asesinato de Dionisio Eduardo Ochoa. Así se lo propusieron, entre otros, al mismo jefe cristero Andrés Salazar. Mas todos amaban a Ochoa ardientemente y no sólo lo respetaban, sino que lo miraban con veneración como a padre, y con cariño sincero y, ante tan atroz condición, retrocedían espantados: por defender la vida de su jefe eran capaces de morir ellos, con toda voluntad.

BOMBA INOFENSIVA

En los primeros días de marzo, uno de los enviados del enemigo logró entrar a los campamentos libertadores de Caucentla y reconocer los sitios en que el jefe Ochoa solía apartarse a hablar o discutir algunos asuntos de reserva en compañía de alguno de sus subordinados, sobre todo con Vargas o Anguiano Márquez. Esperó el momento oportuno y una ocasión, cuando el Gral. Ochoa, sin más compañía que el coronel Antonio C. Vargas, a quien todos reconocían como su segundo jefe, iba por el fondo de una barranquilla, en un sitio algo apartado del campamento, seguro y desconocido para los demás y en donde se guardaban las provisiones y las cosas importantes, arrojó sobre ellos desde la altura, una bomba explosiva que estalló al momento bañando a ambos jefes de arena y tierra y envolviéndolos en densa nube de polvo y humo, pero sin herirlos en lo más mínimo. Entre tanto, el malhechor, creyendo cumplida su misión, juzgando muertos o moribundos a los jefes libertadores, escapó al momento por entre la arboleda y nadie supo dar razón de él.

Mas si con relación a Ochoa, quiso el Señor se frustraran todas las maquinaciones del enemigo, no fue así en la región de Zapotitlán, Jal., cuyo núcleo siguió siendo continuamente probado y objeto de la rabia satánica del perseguidor.

Ya se ha dicho que el 8 de febrero, en la primera entrada de los enemigos, fue el pueblo saqueado y casi destruido, y cómo, a consecuencia del desastre, quedó por lo pronto completamente abatido el ánimo de aquellos católicos; mas con el favor de Dios y alentados por el ejemplo de los luchadores del Volcán de Colima, se reanimaron y reorganizaron bajo el mando inmediato de José Ortiz, católico distinguido del lugar, por su honradez y vida cristiana.

Apenas se formalizaba de nuevo el escuadrón de cruzados, cuando con piel de oveja, apareció entre ellos un hombre malvado con el nombre, real o fingido, de Evaristo Moreno, quien, confesándose católico ferviente, simulaba ser de los cristeros de los Altos de Jalisco, en donde decía tener el grado de coronel. Venían con él otros dos individuos que eran como sus asistentes y nunca se le separaban.

Luego que el fingido coronel Moreno tuvo contacto con los elementos católicos de Zapotitlán, Jal., dio principio a su nefanda labor, sin pérdida de tiempo. En primer lugar procuró captarse la simpatía de los católicos más distinguidos y aun del Párroco del lugar don J. Guadalupe Michel, a quien visitaba con frecuencia y en cuya mesa, en unión de sus dos compañeros, más de una vez comió. Platicaba de los triunfos obtenidos en los Altos de Jalisco, de las maravillas de la Providencia y fingidos proyectos que procuraba dibujar con los colores más vivos y halagüeños.

EL FINGIDO CORONEL EN SU OBRA

Ya que hubo dado con éxito el primer paso y se había captado la admiración, gracias a tantas falsas hazañas que contaba, dio el segundo, dedicándose a sembrar la desunión de los soldados, enemistándolos con su propio jefe José Ortiz, a quien él empezó a censurar y calumniar. Y trabajó con tan diabólica astucia, que en pocos días sembró la desunión y consiguió que casi la totalidad de los soldados cristeros de Zapotitlán, Jal., desconociesen a su valiente, legítimo y honrado capitán Ortiz, y se le adhiriesen a él como a nuevo jefe.

Un día, cuando él comandaba ya un grupo de cristeros, se presentó el enemigo y era menester combatir, mas la trama estaba bien hecha y así mientras los soldados de Calles estaban ya posesionados del lugar, se acercó Moreno con los suyos y los metió en él con el fin de que fuesen exterminados. El mismo, al frente de ellos, en un buen caballo, con una bandera en la mano —que sólo él sabía que era su defensa, pues era la contraseña que llevaba—, en medio de "vivas" a Cristo Rey y animando con su ejemplo y con gritos a los libertadores, llegó hasta los mismos fortines callistas.

Aquello fue horrible, porque mientras él, ileso y sin peligro, gritaba y corría en medio del ruido de la lucha, tremolando su bandera, los soldados callistas hacían el mayor número posible de víctimas.

Gracias a la mano de Dios providentísimo, no hubo allí gran mortandad de cristeros; pero sí llegaron a seis u ocho entre muertos y heridos. Y seis u ocho, para los grupos cristeros, era algo extraordinario que casi nunca se tenía.

Sin embargo, esto no le descubrió como a lobo, a pesar de la admiración que a todos causaba aquel, no valor, sino temeridad y más aún el que hubiera salido ileso, habiendo estado en tanto peligro.

Con política artera siguió ganándose la simpatía de su grupo y sembrando cada vez más la animadversión contra el jefe legítimo José Ortiz.

No obstante, muchos ojos perspicaces, aunque no adivinaban todo el fondo, sí veían la gravedad de las consecuencias y mandaron como enviado a Filiberto Calvario, para que entrevistase al general Dionisio Eduardo Ochoa, en su cuartel de Caucentla, comunicándole todo y dándole los mayores datos para que definiese la situación y pusiese el remedio que fuese necesario.

Filiberto N. Calvario desde hacía ya largos años era amigo de Ochoa en la misma ciudad de Colima; puesto que era de los muchachos de la A. C. J. M. y por lo tanto ya viejo compañero de luchas; joven de toda confianza, íntegro de espíritu y sagaz. En el camino hacia Caucentla se encontró con el propio Evaristo Moreno, quien quiso saber a dónde iba y con qué fin. El joven enviado supo encubrírsele y le hizo creer que pensaba pasarse a Caucentla, para militar al lado del general Ochoa, amigo suyo, si éste lo permitía.

Entonces el astuto Moreno, anhelando un mayor triunfo que el que inmediatamente buscaba y para el cual había venido, o sea la destrucción del grupo de católicos de Zapotitlán, soñó al momento que sería fácil intentar la muerte del propio Dionisio Eduardo Ochoa, e intentó comprar a aquel íntegro libertador y hacerle caer en la red.

Ofreciéndole como regalo unas monedas de oro, le suplicó instantemente, que con el fin de combinar los movimientos militares y para propia seguridad del jefe amigo suyo, general Ochoa, mas sin que él lo fuese a saber, le pusiese un correo especial siempre que Ochoa quisiese salir a alguna parte, indicándole el lugar a donde se dirigía, el camino que se haría y la hora de la salida. Unas monedas de oro, en aquel tiempo y para los soldados libertadores que casi nunca traían ni siquiera una moneda de plata de a peso, porque todos trabajaban y luchaban sin recompensa terrena ninguna y sólo por Cristo y la libertad de su Iglesia, era como encontrarse un rico tesoro.

Perfectamente y al momento comprendió Calvario de qué se trataba y cuál era el fin perversísimo de aquel hombre; pero nada dejó traslucir y, aparentando aceptar todo lo que Moreno proponía, se despidió de él para proseguir su camino hasta Caucentla.

Entre las cosas que más confirmaban las sospechas de las malvadas intenciones que aquél abrigaba, estaba su gran interés por saber todos los pasos del jefe Ochoa, pues ofrecía dar buena recompensa al que le llevase las noticias, con tal que fuese eficaz y diligente; luego las preguntas encubiertas que hacía, de si solía el jefe Ochoa salir acompañado de pocos o de muchos, y por fin el completo secreto que pedía, pues no quería lo supiese ninguno.

Amargado por tanto atrevimiento, siguió Filiberto Calvario su camino y llegó al Cuartel General, en donde Dionisio Eduardo Ochoa le recibió con todo cariño como a viejo amigo. Le descubrió todo lo que estaba pasando en Zapotitlán, Jal., el desconcierto reinante, el fin que se preveía, lo que él había visto y oído; le contó también con todos sus detalles la entrevista última con Moreno, y cómo todos los pasos de éste no hacían sino ir descubriendo cada vez más sus negras intenciones.

Con el fin de no dar un paso precipitado, Ochoa resolvió dejar transcurrir uno o dos días más, durante los cuales pensaría detenidamente aquel grave problema. Era entonces la primera quincena del mes de abril, en los días precisos en que en la hacienda de Chiapa, Col., fue pasado por las armas el joven seminarista Rafael Borjas.

En tanto, en Zapotitlán, Jal., la situación se agravaba de momento a momento.

LA REBELION ARMADA

El perverso Moreno encontró con su astucia, un pretexto para llegar al fin que anhelaba: así como Judas reclamó "en favor de los pobres" el precio del perfume de la cena de Betania, así éste quiso reclamar totalmente, "en favor de los soldados cristeros", cierta cantidad que el honrado y muy cristiano capitán José Ortiz había recibido y la cual se emplearía, acatando órdenes de la

Jefatura Cristera, en elementos de guerra, cuya compra estaba urgiendo.

La circunstancia era, pues, propicia y Moreno contempló con placer el desarrollo completo de los acontecimientos que él con toda intención había provocado, y juzgó que había llegado el momento decisivo y último.

Después de excitar a una docena de atolondrados, aquellos a quienes más había sugestionado, para que reclamaran sus mentidos derechos, salió, en unión de ellos, a entrevistar al capitán José Ortiz, quien, en compañía de muy pocos, se encontraba en Zapotitlán, Jal., en su propia casa.

En honor de la verdad y antes de referir la consumación del crimen, hay que afirmar que a aquellos a quienes sugestionó la astucia de Moreno, no se les comunicó toda la maldad que se proyectaba, y así no fueron del todo culpables; pues ellos creyeron que se trataría de aprehenderlo y exigirle por la fuerza el dinero, mas no de matarlo.

Acompañado, pues, de ellos y de sus dos malvados compañeros que había traído de fuera y estaban completamente en el secreto de todo, el falso libertador, llevando con inmensa hipocresía en sus propias manos una bandera con la sacra imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe, y vitoreando a Cristo Rey llegó a las puertas de la casa habitación de José Ortiz, exigiéndole que saliese.

El Jefe Ortiz salió al momento y, con buenas palabras, trató de aplacar la cólera de aquel hombre que, a gritos y con insultos, le recriminaba; pero sus razones y buenas maneras más excitaban el enojo del traidor, quien, al mismo tiempo que arrebataba por la fuerza la pistola de José Ortiz, ordenó con un grito que fuesen desarmados los pocos cristeros fieles que habían permanecido bajo la obediencia de su jefe legítimo y que se encontraban a unos cuantos pasos.

Al punto la justa indignación, ante violación tan grande, encendió el rostro de los leales y algunos intentaron resistir; pero el primer grito que ordenaba el desarme, fue seguido de un segundo, ordenando que se hiciese fuego contra ellos... Un momento después, yacían en el suelo los cadáveres de José Ortiz y de algunos de los suyos.

La misión del fingido coronel estaba ya cumplida, sus anhelos estaban satisfechos y no le quedaba sino huír inmediatamente para escapar de la justicia humana; pues el pueblo de Zapotitlán, Jal., estaba indignadísimo.

Habiendo él escapado, se dispersaron gran parte de sus soldados. Algunos le acompañaron aún durante algunos días; pero, poco a poco, lo fueron dejando solo y así anduvo caminando durante algún tiempo por las cercanías de Puerto Vallarta, en donde se dice, con muchas probabilidades de verdad, que fue matado en el fondo de una barranca, en donde quedó su cadáver insepulto y fue pasto de las fieras.

Por segunda vez había acabado el perseguidor con el grupo libertador de Zapotitlán, Jal.; mas el Señor velaba por la causa de los cristeros y el germen no fue destruído sino sepultado temporalmente.

REORGANIZACION

Con velocidad extraordinaria, la noticia de tan grande pecado llegó luego a Caucentla. No había sido posible impedir el horrible desenlace, pues Moreno precipitó los acontecimientos, sabedor tal vez de la misión que Calvario llevaba a Caucentla y temiendo estar ya descubierto; pero se enmendarían sus consecuencias en cuanto fuera posible. Al mismo Filiberto Calvario, reconocido como joven de prudencia y valor, se extendió nombramiento de Delegado de la Jefatura para que hiciese lo que más conviniese en el lugar de los hechos.

Calvario desarmó inmediatamente a todos los desleales, los dio de baja del Ejército y procedió a procurar la aprehensión de los criminales instigadores. Evaristo Moreno había huído ya en unión de algunos de su grupo y sólo se pudo hacer prisionero a uno de sus asistentes o compañeros. Este, después de ser sujetado a un juicio sumario de guerra, fue pasado por las armas.

Con esta necesaria y enérgica conducta del joven Filiberto N.

Calvario, inmediatamente renació el espíritu en aquel pueblo atrozmente escandalizado y desorientado. Los leales empezaron a aparecer y agruparse; pues muchos se habían retirado a sus hogares hacía varias semanas, en vista de la confusión y división reinante, y aun algunos se habían escondido, temiendo ser víctimas del criminal que falsamente se había hecho pasar por coronel cristero. En el puesto del extinto capitán José Ortiz fue nombrado Melesio Padilla, hombre honrado y conocido de todos, y sobre él permaneció la autoridad de Filiberto Calvario, representando a la Jefatura. Este joven Calvario, aunque no originario de Zapotitlán, había vivido allí largos años y era perefectamente conocido y estimado por todos: había hecho sus estudios en Colima en el Seminario Diocesano, y era, como se ha dicho, miembro de la A. C. J. M.

LLAMADO... PERO NO ELEGIDO

Llegamos ya a los últimos días del mes de abril. Las tropas de los callistas seguían siendo horriblemente destrozadas; mas con furia diabólica y ciega la razón, seguían saliendo a combatir a los cruzados.

Pasada la semana de Pascua, determinó el perseguidor ir a batir a los libertadores de Cerro Grande que, al mando de Jesús Peregrina, seguían organizándose cada día mejor.

El jefe callista que fue a combatirlos era Tranquilino Corona. Este había sido católico y, arma en mano, con un puñado de valientes, había combatido los desmanes de los agraristas que en ese tiempo, impulsados y armados por el gobierno perseguidor, eran enemigos de todo orden y derecho. El gobierno logró rendirlo antes de que se iniciase en Colima la defensa armada en pro de la libertad religiosa.

Al iniciarla, Dionisio Eduardo Ochoa le mandó invitar, como se dijo al principio, para que fuese Jefe en el naciente Movimiento Libertador y aun le ofreció el mando de la zona de Cihuatlán, Jal., en la cual ya había operado antes como guerrillero.

Corona no contestó; tal vez ya no encontró modo de comunicarse, pero hay pruebas de que acogió de buena voluntad la invitación: no denunció al que se la llevó y nombró un segundo suyo, quien empezaría a organizar el grupo de cristeros de que él sería jefe más tarde, pues "por el momento no le era posible salir personalmente a encabezarlo", dijo.

Pasaron unas tras otras las semanas y aun algunos meses, y Tranquilino Corona no volvió a dar señal de adhesión al Movimiento Libertador, antes al contrario, los enemigos mismos le contaban como a uno de sus más valiosos elementos. ¿Acaso se pervirtió su espíritu y se hizo formalmente enemigo de los católicos? Dios solamente lo sabe; pues ni aun el mismo jefe cristero que por encargo de él y aun nombrado por él se lanzó a las armas, pudo asegurar alguna cosa con firmeza. El caso es que, por convicción o conveniencia, siguió aliado a los perseguidores y, como a hombre valiente y conocedor de las montañas, se le puso al frente de un grueso grupo de soldados, en su mayor parte elementos de las guarniciones del Estado, que pasaban de doscientos cincuenta hombres.

VICTORIA DE MINATITLAN

Era entonces el fin de la primera semana después de Pascua. El término de su viaje sería Minatitlán, Col., el lugar tal vez de más importancia en aquellas regiones montañosas, que los cruzados de Peregrina habían controlado ya casi por completo. En Minatitlán, Col., al amparo de las fuerzas libertadoras, se habían celebrado con solemnidad los oficios de la Semana Santa y esto puso fuera de sí a los enemigos y los determinó a organizar formal campaña contra los católicos de aquella región; mas el Señor trastornaría sus planes y volvería contra ellos sus malévolos intentos.

Salió pues Tranquilino Corona al frente de sus hombres y logró llegar al lugar deseado, llenando el pueblo de terror y espanto. Cuando sus instintos quedaron saciados, decidieron regresar a Colima, llevando, como señal de victoria, grueso botín, y emprendieron el camino de regreso. Era el 27 de abril, miércoles de la segunda semana de Pascua. Mas ¡qué sorpresa! todas las salidas

estaban ya custodiadas por los cristeros y los perseguidores se encontraron en verdadera angustia.

En vano intentaron buscar un camino por donde salir con facilidad; en todas partes se encontraron con soldados de la Cruzada Cristera que, si bien pocos en número, pues no pasaban de 20 o 25 distribuídos en las diversas posiciones, sí estaban en buenos puestos, peleaban como héroes y tenían sobre ellos la asistencia divina. Las fuerzas de Tranquilino Corona caían a cada momento en sus emboscadas, ya fuese que avanzaran o retrocedieran, por uno o por otro camino.

En esa ocasión fue casi destrozado el ejército perseguidor y murieron varios jefes callistas, entre otros el mismo Tranquilino Corona, y más de 25 soldados rasos. Además de esto, hubo gran número de heridos y desertores, con todo lo cual no sólo quedaron diezmadas sino mermadas como en su cuarta parte las tropas enemigas. Por parte de los cristeros, hubo únicamente un muerto y un herido.

Se recogieron a los perseguidores tres armas largas y quince caballos.

La razón de que en esta acción y otras semejantes no recogieran los cruzados sino un escaso botín, es que, habiendo sido en este tiempo tan corto su número y estando tan mal armados, frente a un enemigo numeroso y bien provisto, no les era posible abandonar sus puestos para arrebatar las armas de los adversarios que morían.

EN CUATRO MESES-BALANCE SATISFACTORIO

Ahora, dando una ojeada general, ya para terminar este primer período de la defensa armada, encontramos que al fin del cuarto mes de lucha, el movimiento libertador cristero, gracias a la maravillosa ayuda del cielo, estaba extendido en casi todo el Estado de Colima y zonas limítrofes. Se contaban ya más de quinientos luchadores cristeros, repartidos en las regiones del Volcán, Pihuamo, Cerro Grande y Zapotitlán, aunque si bien es cierto, casi la mitad



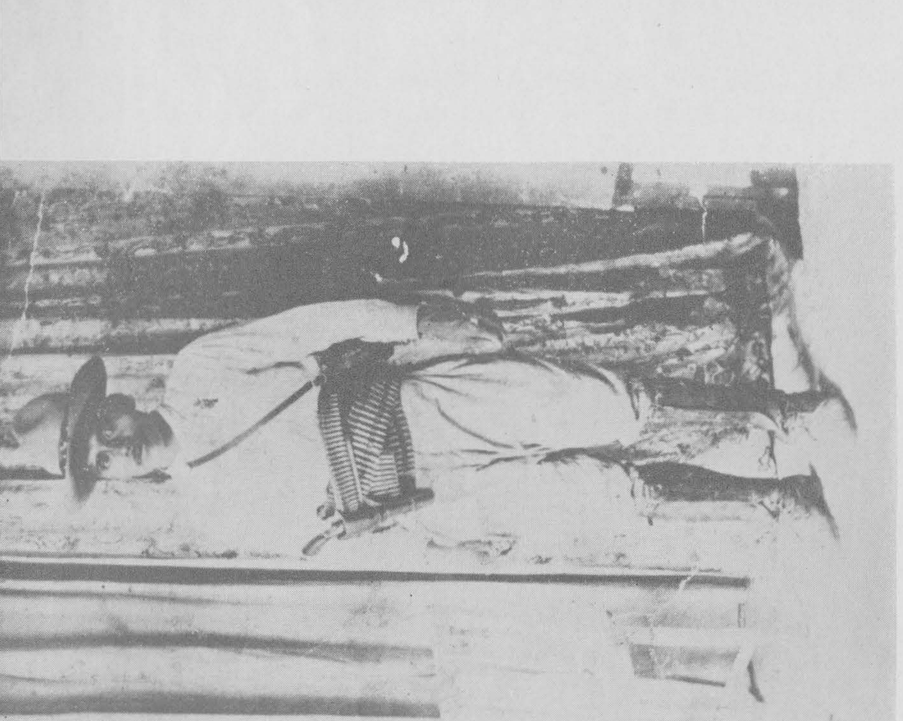
El primer mártir de la A. C. J. M. en Colima, J. Guadalupe Delgado, de la parroquia de Coquimatlán, Col., ahorcado el 7 de abril de 1927.



La Misa en el campamento, celebrada bajo los árboles de la montaña, por su Padre Capellán.



Cuevas que reprodujo en sus ilustraciones la edición italiana de este libro.



Capitán Martín Guzmán.

de ellos, no tenía más armas que su cuchillo o una pistola y, los restantes, casi en su totalidad, armas largas muy deficientes.

El incendio se había comunicado casi por todas partes.

El Cuartel General no se había trasladado de Caucentla, y cuantas veces, después de aquel primer combate con federales del 31 de enero, los callistas lo habían atacado, otras tantas se habían retirado derrotados, sin lograr, no ya exterminar, mas ni siquiera desalojar a los libertadores de aquel campamento.

El entusiasmo de los soldados de Cristo había sido siempre y en todas partes desbordante; el miedo no se conocía; cuando los cristeros oían hablar de la venida del enemigo, saltaban de contento, llenos de una fe admirable, y con sus pistolas mohosas o sus carabinas de caza, o con lo que tenían, salían al encuentro del perseguidor, sin importarles que ellos fuesen ocho o diez y los callistas quinientos o más; la ayuda de Dios había estado siempre a la medida de su fe.

La raíz había penetrado en la tierra lo suficiente y era preciso que el vendaval viniese a poner más en claro la asistencia de Dios y la fe heroica de los luchadores.

Sección tercera

LOS DIAS DE MAYORES PENALIDADES

(Del 27 de abril, a primeros días del mes de agosto de 1927)

Capítulo I

LA DERROTA DE CAUCENTLA

LA PRUEBA QUE NO FALTA

Ya estaba plantada la obra y había arraigado. Cristo, con su mano omnipotente, había protegido la débil planta, y ésta había crecido prodigiosamente en medio de la borrasca. De no haber sido así, habrían perecido por completo los cristeros de nuestro Volcán colimense, en menos de media hora de lucha.

A treinta y cinco llegaban apenas, en los cuatro meses transcurridos, las bajas que los insurgentes habían tenido en sus combates, mientras que las de los perseguidores eran ya más de mil. Debía principiar la prueba e iban a seguir, después de cuatro meses de feliz desarrollo, otros cuatro de inmensas privaciones y terribles sacrificios.

EL ASALTO AL CUARTEL GENERAL

Los fracasos que el gobierno callista se había anotado, en el corto lapso de tiempo —de enero a abril—, en La Arena, El Fresnal, La Joya, Cerro Carrillo, Montitlán, Higuerillas y Las Trementinas, además de otros descalabros de menor cuantía, pero no menos dolorosos, movieron las intenciones de aquellos que jugaban el ajedrez callista, en la región de Colima, a lanzar un ataque de fondo sobre aquel Cuartel General, para terminar, de una vez por todas, con lo que ellos llamaban "los fanáticos cristeros".

Ya a esas fechas el Ejército Libertador contaba con algunos rifles *Mauser* de 7 milímetros, que los callistas abandonaban cada vez que, derrotados, se marchaban en desbandada, sin levantar el campo. Pero ni los rifles eran suficientes, pues todavía los libertadores estaban armados, en su gran mayoría, con las anacrónicas carabinas 44, 38, 32-20 y 30-30, ni el parque era abundante para ninguna de estas armas.

La escasez en muchos casos era desesperante; pero no obstante ello, los soldados cristeros llevaban bien prendida en el corazón, la confianza en Cristo Rey y en Santa María de Guadalupe, que les darían el triunfo si así convenía, aunque no tuvieran armas y parque en cantidad suficiente.

Sabedor el general cristero Dionisio Eduardo Ochoa, de que tarde o temprano, el gobierno callista atacaría el Cuartel General, había tomado las precauciones del caso y, aprovechando las desigualdades características de los terrenos de Caucentla, tendió su línea de defensa, desde El Gachupín por el extremo norte, hasta el arroyo de La Arena en el suroeste, pasando por la loma de El Zopilote en el noreste y aprovechando, por el sur, el lienzo del Camichín.

Ya el día 25 de abril por la tarde, se tenían noticias ciertas de que el enemigo se acercaba con muy gruesas columnas y artillería, por lo cual se ordenó redoblar la vigilancia y se tomaron las providencias necesarias.

El día 26, al amanecer, comenzaron a acercarse las fuerzas del gobierno. Sus soldados sumaban un efectivo de mil doscientos hombres, correspondientes a dos batallones de línea, que comandaban respectivamente los generales Manuel Avila Camacho, de la jefatura de Jalisco, y Talamantes, de la de Colima, más un muy numeroso contingente de agraristas de toda la región, al mando del coronel Buenrostro, militar que ya vivía retirado del servicio activo, en el pueblo de Tonila, Jal., pero que, desde el principio del Movimiento Cristero, quiso sumar sus esfuerzos a los del gobierno, en contra de la causa de Cristo Rey.

No obstante la superioridad de los callistas, en efectivos y ar-

mamento, los cristeros, comandados por el propio general Dionisio Eduardo Ochoa, invocando como siempre el nombre de Dios y radiantes de júbilo, corrieron a tomar sus puestos para esperar al enemigo, según la posición que les había sido asignada.

La gente cristera, en esta acción, pertenecía a los grupos de Natividad Aguilar, Andrés Salazar y Telésforo Plascencia. Sumando sus efectivos, unos doscientos cincuenta hombres en total.

El sol entonces, magnífico, empezaba a aparecer allá, en el lejano horizonte, engalanando con sus rayos de oro los Volcanes, con sus rocas y pinares. Los soldados del callismo perseguidor, por el mismo lado oriente, se iban acercando en largas columnas, que casi ocultaba la polvareda que levantaban los caballos. Desde sus fortines contemplaban los cruzados los movimientos del enemigo; pues Caucentla está, respecto del lugar por donde el ejército callista iba avanzando, en una posición más elevada.

Lejos de aterrorizarse, al contemplar las evoluciones del enemigo, los cruzados, dando gritos de entusiasmo y distribuídos en las posiciones que habían de defender según habían sido colocados por el jefe Dionisio Eduardo Ochoa, se preparaban para la lucha. El ambiente era de combate: parecía que soplaban los vientos inflamados del inminente choque. Los caballos lanzaban sus estridentes y característicos relinchos, con que anuncian la proximidad de la cruenta lucha.

A las nueve de la mañana principió el fuego, terrible y nutrido como nunca. El estruendo era espantoso: los clarines enemigos tocaban sin cesar por el frente y el flanco oriente las ametralladoras callistas, dispuestas en los lugares más a propósito, no dejaban de funcionar haciendo un ruido ensordecedor; las descargas de fusilería eran continuas y los gritos de los combatientes apenas podían ser acallados por el formidable estruendo de la batalla. Todo esto anegaba el ánimo de una intensa y viril exaltación. Se hubiera podido decir que se estaba percibiendo con todos los sentidos, con toda el alma, la significación de aquel choque, entre dos fuerzas totalmente antagónicas. Pero lo que hacía más impresión, lo que revelaba toda la magnitud íntima, profunda, radical, de

aquel antagonismo, eran los gritos de: *¡Viva Cristo Rey!* y *¡Viva la Santísima Virgen de Guadalupe!*, contestados por los roncos aullidos y soeces vocablos proferidos por los soldados de la tiranía callista y, sobre todo, las horribles blasfemias lanzadas contra Jesucristo y la Santísima Virgen: *¡Viva el Demonio! ¡Viva el Diablo Mayor!, Que mueran Cristo y su Madre,* y otras expresiones que no es posible consignar, porque parecía que brotaban de las entrañas del infierno.

Haciendo contraste con lo terrible de la escena, escuchábase de cuando en cuando, en medio de aquel fragor, el clarín de los libertadores, que tocaba el cristero J. Trinidad Trillo, que se mofaba del enemigo, dando las notas con que se anuncia la salida del toro en las lides, o tocando también la chusca canción popular denominada *La Cucaracha.*

Como a las 2 de la tarde, recorriendo el general cristero Ochoa la línea de fuego, tanto para infundir ánimo a sus soldados, como para dar las disposiciones necesarias, se encontró que los fortines de la loma de El Zopilote, que estaban en la parte alta del noreste, habían sido abandonados por sus defensores. ¿Acaso fue la falta de parque —que ya se dejaba sentir— la causa de este abandono? Porque ya a esas horas, algunos de los soldados cristeros eran simples espectadores en aquel furioso combate, precisamente porque sus armas ya no eran útiles.

Al darse cuenta el general Dionisio Eduardo Ochoa, del peligro que representaba aquel fortín sin defensores, se regresó con premura y escogiendo de otros lugares a cinco soldados, se los llevó a cubrir aquella brecha: Anastasio Zamora, J. Jesús Preciado y otros tres, formaron ese grupo, que para llegar a su destino, tenían que atravesar una zona enteramente a merced del enemigo. Seguramente que éste también se había enterado de que en aquel lugar no había luchadores y mandó a un teniente con un pelotón para que se apoderaran de él, pero, afortunadamente, los cristeros llegaron a tiempo de evitarlo.

Cuando el teniente callista entró en el campo que los libertadores dominaban con sus rifles, uno de ellos lo hizo blanco de certero

disparo y aquel hombre, abriendo los brazos, cayó sin vida; igualmente cayeron otros cinco enemigos que quisieron auxiliarle y los restantes se declararon en retirada.

Ya por la tarde el clarín gobiernista tocaba "reunión", por lo cual, uno de los cristeros de este grupo, que conocía algo de milicia, dijo: —Ya ahora no vuelven a cargar; vamos por los rifles que nos dejaron estos *guachos.* —Vale más esperar que obscurezca —dijo otro campañero cristero—. Entre tanto, venía la noche; los libertadores escuchaban que pasaban lista en el campo callista y eran muchos los que faltaban. Las voces se oían perfectamente, tanta era la proximidad de unos y otros.

Y las sombras empezaron a cubrir el campo de batalla. Los cristeros, aprovechando la hora, saltaron de sus parapetos y recogieron de los muertos enemigos, armas y parque; el grupo que defendía los fortines de la loma de El Zopilote, recogió la pistola del teniente y los rifles de los soldados callistas que allí cayeron, con sus dotaciones.

En este primer día, cerca de los fortines de El Camichín o sea la línea del frente, viendo a Tonila, se señaló infamemente un soldado callista por las blasfemias que no dejaba de gritar en contra de Cristo Rey y su Santísima Madre, blasfemias que no se pueden escribir por lo infernales; sobre todo contra la Virgen María; mas un balazo le perforó el estómago y el infeliz empezó a revolcarse con movimientos y gritos de desesperación en el trance de la agonía. Por fin la muerte cerró aquella boca de demonio. Y en un revolcadero de lodo y sangre quedó muerto aquel energúmeno que murió blasfemando.

SIN CARTUCHOS

A la mañana siguiente se reanudó la lucha; pero ya de los libertadores no peleaban ni siquiera la mitad, porque, como la mayor parte traía carabina y los cartuchos recogidos al enemigo sólo servían para los máuseres, únicamente los que traían éstos y unos

cuantos de los que portaban otra clase de armamento, pudieron seguir combatiendo.

El gobierno cargó de nuevo toda su furia sobre los fortines cristeros, mas aquellos héroes, aunque mermados como estaban, contestaron con brío, logrando, con la ayuda divina, retener a los callistas en sus primitivas posiciones, por algún tiempo todavía. Pero esto no podía durar y, para el mediodía, no sólo la loma del Zopilote, sino la alta loma de El Gachupín, que estaba a la espalda, estaban en poder del enemigo que, guiado por Saturnino Ponce —un vecino de Tonila, reconocido antes como católico, que traicionó a los cristeros—, muy conocedor de aquellos terrenos, condujo a los callistas por una toma de agua, hasta llegar a aquella alta loma de la retaguardia, haciendo imposible ya toda defensa. No obstante esto, los libertadores pudieron efectuar un repliegue más o menos ordenado, sin sufrir bajas, pero la situación ya era insostenible.

De hecho, esta jornada fue un triunfo para las armas cristeras y si el gobierno callista se pudo apoderar de Caucentla, se debió a la traición de Ponce y a que los soldados libertadores no tuvieron el parque suficiente para derrotar al enemigo.

Viendo el Gral. cristero Dionisio Eduardo Ochoa que ya no se podía hacer más, y que era necesario poner a salvo no sólo a los soldados, ya en ese momento propiamente sin parque, pues la mayor parte de las armas no tenían un solo cartucho, sino a las innumerables familias, ordenó la retirada.

Fue entonces cuando todo cambió: habían llegado los tiempos de la desolación. Los valerosos y entusiastas cruzados que saltaban de contento a la primera noticia del enemigo, y que con sus pésimas armas corrían a su encuentro, estaban ahora tan abatidos, que temblaban y se llenaban de espanto al solo nombre de los "guachos", y no pensaban sino en correr. Encontrábanse, además, tan cansados y rendidos por lo prolongado del combate y por el hambre, que muchos iban materialmente arrastrando su arma, por no poder con ella.

Al huír fue necesario que el coronel cristero Antonio C. Vargas se pusiera a la vanguardia con unos pocos soldados, por si se encontraba enemigo al frente. Dionisio Eduardo Ochoa tomó la retaguardia, por si los callistas continuaban la persecución. En medio, iban las familias que se habían refugiado en Caucentla. Sin contar hombres de guerra, eran más de tres mil las personas que huían: niños, ancianos, mujeres. Había allí algunos enfermos que eran llevados con gran trabajo por sus familiares. Los niños lloraban sin consuelo. Las mujeres, al igual que todos, temblaban de espanto, y la voluntad de todos era completamente incapaz para obtener lo que se hubiera deseado: correr, volar, desaparecer.

El Gral. Ochoa, como padre de aquel pueblo perseguido por su fe, iba detrás de todos, ya ayudando a los más inútiles a continuar su camino, ya alentando a los más decaídos, multiplicándose por doquiera para atender a todo lo que se fuese necesitando. Muy pocos soldados iban con él, porque en aquel maremágnum, presos todos del espanto, nadie atendía sino a escapar y salvar a los suyos, y sólo unos cuantos, los más valientes, se decidieron a ser compañeros de su jefe en aquella jornada de amarguras.

A poco llegó la noche, y fue preciso caminar durante toda ella. El frío era intenso y hacía temblar a todos. El hambre, el pavor y el cansancio; el llanto de los chicos que aun yendo en unión de sus padres o de sus hermanos mayores, rodaban a cada momento por los precipicios, deteniéndose como podían entre los matorrales y las piedras, y todo ello envuelto en una obscuridad completa, hacían de aquella huída algo terriblemente dantesco que sólo quien de estas cosas sepa, puede siquiera imaginarlo.

Y aquí, y entonces, empezó la serie no interrumpida de desnudeces, fríos, desvelos, peligros, zozobras, hambres, miserias inauditas y carencia casi total de elementos de guerra.

Como saldo final de este combate, el más rudo de todos los del primer año de lucha, se tuvieron, por parte de los enemigos callistas, trescientas setenta y cinco bajas, entre muertos, heridos y dispersos. Por parte del ejército libertador, cuatro muertos solamente: Carlos Zamora, Felipe Radillo Nava, Epigmenio Ramírez y Juan Bravo (alias) "El Cajetas".

CARLOS Y JUAN ZAMORA

Carlos Zamora —uno de los caídos— había sido originario del pueblo de S. Jerónimo, Col., y uno de los miembros del grupo de la A. C. J. M.; contaba unos 20 años de edad. Tenía un hermano de unos dieciocho años, que también pertenecía a la misma Asociación, llamado Juan, y como él, soldado de Cristo en el grupo de Caucentla; el cual, por haber estado combatiendo en una posición distinta, no se había dado cuenta de la muerte de aquél.

Al partir, cuando en unión de sus compañeros dejaba la trinchera, tuvo que pasar por donde quedaba abandonado el cadáver de Carlos.

—¡Ah... es mi hermano! —dijo en voz baja. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos, que secó con la manga de su camisa y, siguiendo adelante, volvió una vez la mirada para verle por último, mientras sus labios murmuraban un "¡Sea por Dios!", empapado en santa resignación. ¡Así eran los cristeros!

EN LA ESPESURA DEL BOSQUE

A la madrugada del día siguiente ya no fue posible seguir caminando con un anciano enfermo que llevaban en aquella huída trágica, porque con el frío, el hambre, el sobresalto y los sufrimientos físicos de aquella noche, se fue agravando momento por momento, no obstante que lo llevaban en una camilla que con varas y bejucos habían improvisado.

Alrededor del moribundo hicieron alto sus familiares y algunas personas amigas; en un recodo de la vereda, de la larga y penosa bajada del Cordobán, en un pequeño espacio arenoso, cubierto por la tupida y casi virgen arboleda, antes de llegar al plan de la hacienda de La Joya, expiró el anciano, rodeado de sus hijos y sus yernos. De rodillas, recitaron los deudos algunas oraciones con voz queda, y, en aquel mismo lugar, se dio al cadáver sepultura. Sobre su tumba se colocó una cruz que hicieron con dos ramas atadas con un bejuco... Y se prosiguió la penosa peregrinación.

Cerca del medio día del 28, o sea más de veinte horas después de haber partido de Caucentla, llegó aquella extraña caravana a la Mesa de la Yerbabuena, situada en las faldas occidentales del Volcán de Fuego.

La muchedumbre pudo descansar, saciar un poco el hambre y reponerse de la zozobra.

Capítulo II

SIN SACERDOTE

POR EL MEDIO DE LOS VOLCANES

Apenas pasada una noche de descanso en la Mesa de la Yerbabuena, el Gral. Dionisio Eduardo Ochoa decidió emprender una nueva jornada para regresar a la misma zona del viejo cuartel de Caucentla, que hacía 2 días había evacuado, atravesando ahora por el hosco y árido cañón que existe entre el cono del Volcán de Fuego y el Nevado, a unos 3,500 metros de altura. Ese era el único camino que creía seguro, para bajar después, a través de la alta y abrupta sierra, hacia el lado oriental, a la zona de la hacienda de San Marcos, Jal., y, de ahí, a Caucentla y tal vez aun a Tonila mismo.

Es que el jefe Ochoa tenía algunos asuntos urgentes: el primero, buscar en esa misma sierra, al Padre don Mariano Ahumada en las cercanías del Cerro del Durazno, en donde él sabía que se había refugiado, y tratar con él el modo de que, aunque fuera de lejos, los siguiese acompañando para que no quedasen sus cristeros del todo abandonados sin auxilios ningunos religiosos.

El segundo problema era buscar, allí mismo en el ex-cuartel general de Caucentla, su garniel de soldado, en donde él guardaba su documentación. El tenía esperanzas de que no hubiese caído en manos del enemigo, porque en los momentos de más trabajo y fatiga, lo había ocultado bajo unas piedras en Loma Alta.

Sin embargo, no faltaba el temor de que lo hubiesen encontrado los callistas y eso tendría consecuencias serias.

Y el tercer problema era entrevistarse con Angelita Gutiérrez, una de aquellas audaces heroínas que viajaban frecuentemente de Guadalajara a Villegas u otra estación del ferrocarril, y aun directamente a Caucentla, para llevar a los insurgentes cristeros, noticias, instrucciones y parque y que en esos días, según plan concertado, iría a Tonila, Jal.

EN ACUERDO CON EL JEFE NATIVIDAD AGUILAR

Llamó Dionisio Eduardo Ochoa a su hombre de más confianza, por lo leal, valiente y óptimo conocedor de aquellos terrenos del Volcán, don Natividad Aguilar, el jefe inmediato de los cristeros de la zona de Caucentla.

—Don Nati, tengo necesidad de ir a Caucentla y tal vez aun a Tonila mismo. Es cosa urgente ¿me acompaña?

—Don Nicho, con mucho gusto. Ud. ordene. ¿Yo solo, o vamos más?

—Pocos: usted y yo y tres o cuatro más. Siendo pocos, con facilidad nos les colamos a los enemigos. Podrían ir Miguel Anguiano Márquez y unos dos más, a elección de usted, que conozcan bien el cerro del Volcán.

—Si gusta, don Nicho, además de Adolfo Ceballos su asistente, y de don Miguel, nos llevamos a Trinidad Trillo y tal vez con eso basta.

—Bueno, avíseles; comemos luego y nos vamos. Usted deja su gente al mando de su segundo y yo dejo, haciendo mis veces, a Antonio C. Vargas. Sólo que, al ir Miguel con nosotros, necesita llevarse a su hermano Mariano, para que no quede solo. —Mariano, el hermano, estaba entonces chico.

De esta suerte, mientras el cuartel general quedaba a cargo del coronel Antonio C. Vargas, a quien todos, como se ha dicho, consideraban como segundo jefe, Dionisio Eduardo Ochoa, acompa-

ñado de su grupo selecto de cinco compañeros, trepando por en medio del Volcán de Fuego y el Nevado, pasaría de nuevo a la región de Caucentla, suponiendo que ya el enemigo, cuando él llegara, habría retrocedido.

Esto fue causa de nuevas hambres y crudas fatigas; porque aparte de ser muy áspero y empinado el camino y no poderse recorrer sino solamente a pie, en su mayor parte, el frío es extremado, pues habría necesidad de pasar la noche a más de 3,500 metros sobre el nivel del mar que es la altura del cañón yermo, formado de riscos y lava fría que divide los dos volcanes. Y ellos iban sin ropa adecuada —su calzón blanco, su camisa pobre, su gabán corto y nada más—. Por otra parte, en esa región del Volcán de Fuego, no se encuentra ni una gota de agua.

Allí, bajo un cielo lleno de estrellas que, a esa altura, parece que más brillan y cintilan, pasaron la noche.

LA MAS TRISTE NOTICIA

Al día siguiente, poco después del medio día, descendiendo a través de la serranía, llegaron los seis viajeros al cerro del Durazno y se dedicaron a buscar el escondite del Padre don Mariano Ahumada y del grupo de personas que lo acompañaban. Pronto dieron con él. Aunque con pobreza, pero hubo para todos algún alimento caliente, con que confortarse un poco.

Después de la charla común, Dionisio Eduardo Ochoa habló a solas con el Padre; le expuso que el objeto principal de su viaje había sido buscarlo y entrevistarlo para rogarle que no los fuese a dejar solos; que no era posible que luchando por Cristo, viviesen sin un sacerdote, careciendo de los auxilios de la Religión, más aún con el peligro de muerte, día a día.

El Padre don Mariano escuchó; pero ya él estaba decidido a volverse ocultamente a Tonila, y de allí, a la misma ciudad de Colima. El no sentía que fuese deber suyo —como en realidad no lo era— ser el Capellán del movimiento cristero. Además, él no era para

avenirse a una vida de columna, propiamente sin cuartel, como veían bien claro que se iba a continuar, y tuvo que excusarse.

Dionisio Eduardo Ochoa nada consiguió por tanto y, bebiéndose él solo su amargura, sin decir ni una palabra a sus compañeros y con la garganta hecha nudo por aquella pena, prosiguió su camino a Caucentla, tomando las precauciones debidas, porque temían que aún hubiera por ahí gente enemiga.

Caía la tarde cuando se llegó a inmediaciones del viejo campamento de Caucentla. Adolfo Ceballos rogó al Gral. Ochoa le diese permiso, aprovechando la cercanía de Tonila, para ir a buscar su familia. El máuser de él fue entregado a J. Trinidad Trillo, quien continuó haciendo las veces de asistente del jefe Ochoa.

Estando Ceballos aún allí, el Gral. Ochoa se decidía a acometer el problema de ir hasta las viejas trincheras a buscar su garniel.

—Don Nicho, creo que está peligroso ir —dice Adolfo Ceballos—. Yo creo que no conviene.

En realidad, era una aventura.

J. Trinidad Trillo, resuelto, audaz y leal como siempre dice:

—Si gusta, don Nicho, yo lo acompaño.

—De acuerdo; vamos.

Y cubriéndose entre los árboles, porque temían que hubiese por ahí, emboscado, algún destacamento enemigo, como, en realidad, parece que lo había, llegaron el jefe Ochoa y su nuevo asistente Trini Trillo al lugar del escondite.

—Aquí, entre esas piedras. Sí, aquí. Aquí está. ¡Bendito sea Dios que lo encontramos!

Y lo recogieron y se volvieron a donde estaban sus compañeros.

A TONILA

Y marcharon sin más demora, cuesta abajo, hacia Tonila. Y mientras el jefe D. Natividad Aguilar, Trini Trillo y Mariano Anguiano quedaban por ahí, ocultos, en algún ranchito de personas amigas de las cercanías de la población, Dionisio Eduardo Ochoa y Miguel Anguiano Márquez entraban a Tonila y llamaban a la

puerta de Patricio Villaseñor, el presidente municipal, que era amigo del jefe Ochoa. Con él se hospedaron. Era la noche del sábado 30 de abril. Unas horas más y amanecería el mes de mayo.

ANGELITA GUTIERREZ

Angelita Gutiérrez había llegado de Guadalajara. El pueblo cristiano de Colima estaba consternado por la derrota que los cruzados de Cristo Rey habían tenido en Caucentla. Sin embargo, todo mundo sabía que las bajas que habían sufrido los soldados libertadores habían sido muy pocas y de ello se daba gracias a Dios.

El Padre don Enrique de Jesús Ochoa envió al Gral. Ochoa, su hermano, por el conducto de Angelita, unas breves líneas de saludo y de aliento. Angelita las entregó al jefe Dionisio Eduardo Ochoa y, por el mismo conducto, en el mismo día, éste escribió al sacerdote su hermano, en una hoja de libreta, lo siguiente que es la esencia de su carta:

> "Querido hermano:
>
> La pena más grande, muy superior a la derrota de Caucentla, es la siguiente que no me he atrevido a comunicarla a nadie: el Padre Ahumada ya no estará con nosotros. Tú sabes que todos estos soldados libertadores, luchan y sufren, y dan su vida, únicamente por Cristo; tú comprendes que viviendo a diario en el peligro, sin saber uno si cae hoy o caerá mañana, no se puede estar sin el auxilio del Sacerdote y sin los Sacramentos de la Iglesia. Ojalá y tú pudieses hablar con el Sr. Vicario General y hacer algo por nosotros. Voy a esperar aquí en Tonila uno o dos días más, para que puedas contestarme.
>
> Encomiéndame en tus oraciones.
>
> Tu hermano
>
> DIONISIO EDUARDO OCHOA".

Capítulo III

EL NUEVO PADRE CAPELLAN. LA SUERTE DE LOS INSEPULTOS

EN ACUERDO CON EL VICARIO GENERAL

Y ESA MISMA NOCHE el Padre don Enrique de Jesús Ochoa —hermano del jefe del movimiento cristero en Colima— se presentó con el Padre Pro-Vicario General Mons. Luis T. Uribe.

Largo conversaron sobre los sufrimientos de los soldados de la cruzada; le narró cuál era la tristeza mayor del jefe Dionisio Eduardo Ochoa, y le mostró la carta.

Monseñor Uribe quedó perplejo. Veía, por una parte, que no se podía obligar a ningún sacerdote a incorporarse como capellán en las filas de los cruzados. Por otra, él reconocía que sí era justo y del todo necesario que alguno se sacrificase y se incorporase como capellán del ejército cristero.

Para el Padre Ochoa, la solución era fácil: él se iría.

—Soy —decía— el más joven de los sacerdotes; creo que soy el que más fácilmente puedo adaptarme a su vida de sacrificios y trabajos. Yo entiendo que es sobre mí sobre quien pesa, de un modo particular, el deber de ser el capellán de esos insurgentes de Cristo.

Al Sr. Pro-Vicario General, aquello se le hacía imposible; no se animaba a cargar con esa responsabilidad, más aún que él no veía con claridad cómo fuese a juzgar más tarde este asunto el Excmo.

Señor Obispo Velasco; pero hubo un momento en que, conmovido, dice:

—Mire, compañero, con su juventud y su entusiasmo yo ya estaría allá.

—Muy bien, Señor, gracias. Me voy. Yo contesto esta noche a mi hermano que cuenten conmigo, que me voy con ellos.

—Ellos se lo van a agradecer mucho, yo también. Que él diga dónde y cuándo me recogen. Además, yo le prometo que en la primera oportunidad, iré hasta donde el Excmo. Señor Obispo Velasco se encuentre, le narraré todo y que él diga la última palabra.

LA MISIVA

Y Angelita Gutiérrez llevó al Gral. Dionisio Eduardo Ochoa, unas breves letras del Padre su hermano en que le daba la nueva de que el Sr. Uribe —Pro-Vicario General— le había permitido irse con ellos de capellán. Que él dijera dónde y cuándo lo recogían.

Y el jefe cristero Ochoa saltó de contento; pues él sabía cuán necesario era el sacerdote en las filas de la Cruzada; porque el único sostén y consuelo en medio de tan atroces circunstancias, es Jesucristo, de quien es verdadero ministro el sacerdote.

Y sin demora ninguna, envió a decir al Padre su hermano que el sábado 7 de ese mismo mes, por la noche, estarían para recogerlo, en la hacienda de Buena Vista, en la casita de la Srita. Julia Ochoa, pariente de ellos. Y, cuando al día siguiente el Gral. Ochoa regresó a su cuartel, establecido provisionalmente en la Galera, entre la hacienda de San Antonio y el pueblo de San José del Carmen, Jal., y a hora y media de distancia de la Mesa de la Yerbabuena, donde había dejado a sus soldados días antes, les llevó la nueva: "El Padre, mi hermano, se vendrá con nosotros, vamos a ir por él".

A LAS PUERTAS DE COLIMA

Entre tanto, por mandato del mismo Ochoa, con objeto de llamar la atención del perseguidor en otras partes, para que aquellas innumerables familias que huían pudiesen tener reposo, y se pudiesen establecer en algún lugar adecuado, Andrés Salazar, al frente de sus valientes cristeros, haciendo un acto de arrojo, no obstante los sufrimientos de los días apenas transcurridos, se acercó el 3 de mayo a Colima y entró a Villa de Alvarez, pequeña población, a tal grado vecina de la capital, que el caserío ni siquiera llega a cortarse.

El pánico que se apoderó de los servidores y asalariados del callismo, al tener a los libertadores cristeros a quienes se creía por completo despedazados, a las puertas de la ciudad, fue terrible. Todos corrían de aquí para allá sin encontrar lugar seguro, buscando en dónde esconderse por si el avance continuaba. Se cerraron las oficinas públicas: el Palacio de Gobierno, los juzgados, etc. Sirvió esto, además, para desbaratar las mentiras de los enemigos que, proclamando a los cuatro vientos su victoria, declaraban haber acabado con "la rebelión cristera".

También los libertadores de Telésforo Plasencia, con el mismo fin, abandonaron la zona del volcán y marcharon a sus regiones de Tuxpan, Jal.

POR SU NUEVO PADRE CAPELLAN

El sábado 7, muy de mañana, se dio en el cuartel de La Galera la orden de salir de camino: iban por su nuevo Padre capellán, el hermano de su jefe Dionisio Eduardo Ochoa. No todos supieron el motivo de aquella caminata, sino sólo los jefes: con eso bastaba. Con regocijo se organizó la salida de unos 100 libertadores, hasta inmediaciones de la ciudad de Colima, a la hacienda de Buena Vista.

Era cerca de la media noche cuando se arribó a la hacienda. Los soldados cristeros quedaron por ahí afuera, diseminados un poco,

en busca de alimentos. Aquella gente de Buena Vista, con gusto y aun con alegría ofrecía a los soldados de Cristo lo que tenía. Todos cenaron.

Dionisio Eduardo Ochoa y Miguel Anguiano Márquez llegaron a la casita de Julia Ochoa, en donde el Padre don Enrique de Jesús Ochoa les esperaba, y después de cenar y de una breve y ferviente conversación, le montaron sobre el caballo que le habían destinado y marcharon con él.

EN PIÑANES

Casi al oriente de la hacienda de Buena Vista, pasada la línea del ferrocarril, está Piñanes, lugar ameno, con grandes plantíos de limón, agua y muchos árboles bajo cuyas sombras acamparon. Se dio la orden de que allí se pasaría la noche y cada quien buscó su acomodo bajo aquella arboleda. Todavía existe el árbol de parota bajo el cual acamparon Dionisio Eduardo Ochoa y el Padre su hermano, Miguel Anguiano Márquez y su hermano Mariano, y el asistente del jefe Ochoa, J. Trinidad Trillo.

A la mañana siguiente todos reconocieron a su nuevo Padre capellán que les fue presentado.

El día 9 celebró el Padre, por vez primera, la Santa Misa entre aquellos heroicos guerrilleros. Los muchachos, desde la víspera, mientras el Padre confesaba a los que lo iban solicitando, limpiaron el lugar en donde la Misa habría de celebrarse, y con varas del campo formaron la Mesa del Altar.

Con ocasión de la celebración de aquella primera Misa de campaña, el Padre Ochoa habló a los insurgentes cristeros, ofreciéndose a sus órdenes como capellán:

—No vengo —les dijo— con intenciones de ser un nuevo soldado, empuñando el arma en contra de los enemigos, así como vosotros, porque soy sacerdote y esto no iría de acuerdo con las leyes santas de la Iglesia, menos aún el ser jefe, ni siquiera intelectual, de este movimiento armado. Vengo a ser vuestro capellán. Me sentiré dichoso al compartir con vosotros esta vuestra vida de trabajo,

desvelos, pobreza, sufrimientos. Muy justo es que, ya que por Cristo y su Iglesia habéis abrazado esta vida de tanto afán y pena, que tengáis un sacerdote amigo a vuestro lado, sobre todo en el trance de la muerte. Bien sé que puedo correr la misma suerte de tantos de vosotros: ¡morir por Cristo! Dichoso aquel a quien el Señor escoja para que por El dé su vida.

Y siguieron los días de penosísima tribulación. Empezaron a caer las aguas bien nutridas, sin tener, las más veces, ni siquiera una cueva para resistir las continuas tormentas. Faltos de parque y perseguidos, casi a diario, por una multitud de enemigos, tenían el santo consuelo de verse acompañados en sus infortunios por un Sacerdote que quiso compartir sus penas. Y así nunca faltó a nuestros libertadores, en medio de sus tribulaciones sin cuento, la Santa Misa, los Sacramentos y las palabras de aliento y exhortaciones que casi a diario les dirigía.

VIDA RELIGIOSA EN EL CAMPO CRISTERO

¡Qué cuadros tan conmovedores eran aquéllos! A falta de templo, casa o rancho siquiera, tenían la sombra perfumada de los pinares, en lo alto de las sierras, o los bosques casi vírgenes de las faldas del Volcán, bajo sus laureles y jazmines, o el fondo umbrío de los barrancos: ahí se improvisaba en un momento una pequeña mesa con varas y ramas; tras de ella se colocaba un estandarte de la Reina de México, nuestra querida Madre de Guadalupe; se ponía sobre la mesa una diminuta ara, se extendían los manteles y quedaba así instalado el altar del Sacrificio. Una piedra de la montaña servía de confesonario y luego, de rodillas, los heroicos y nunca bien alabados cristeros, oían la Santa Misa y recibían a su Rey Sacramentado, y con El nueva vida y valor.

LAS BENIGNISIMAS CONCESIONES DE LA SANTA SEDE

Ya en este tiempo estaban en vigor las magníficas concesiones que, en derroche de bondad, había hecho el Papa Pío XI en favor de México, a fin de que los fieles no careciesen de los Sacramentos, sobre todo en la hora de la muerte:

El sacerdote podía ser autorizado por su Obispo, para celebrar la Santa Misa, cuando hubiese necesidad de ella, aun sin los ornamentos sagrados litúrgicos, bastando solamente sobrepelliz, y estola, si podía tenerse cómodamente; aun sin el ara del altar y sin los manteles requeridos, con tal que se tuviese al menos un trozo de lino, un crucifijo y, si era posible, dos velas; sin necesidad siquiera de observar todas las partes rituales de la Misa, sino sólo las substanciales. Además el que, a falta de sacerdote, la Sagrada Comunión del Viático pudiese ser llevada por un seglar.

Más tarde estas concesiones fueron más amplias: los fieles, aun los sanos, podían por sí mismos, a falta de sacerdote, tomar con su propia mano la Sagrada Comunión, en la mañana, en la tarde o en la noche, aun sin estar en ayunas.

Así había obrado la Iglesia, allá hace veinte siglos, en tiempo de las catacumbas de Roma, a fin de que los Mártires pudieran recibir la Sagrada Comunión. Así también había sido concedido en Francia a los cristianos fieles, cuando la era de terror y de persecución de la Revolución Francesa. Y así fue concedido a México, la nación de los Mártires de Cristo Rey.

El documento de la Curia del Arzobispado de Guadalajara, en que se comunicaban a Colima estos privilegios, aparece en la siguiente página.

EN LAS RUINAS DE CAUCENTLA. EL PERRO MISTERIOSO

De la hacienda de Buenavista pasó la columna cristera al lugar que había ocupado su viejo campamento de Caucentla, del cual

¡VIVA CRISTO REY!

México,mayo 7 de 1927.

Rmos.ordinarios de la República:

Recibí una comunicación de nuestra Comisión en Roma,fechada el 28 de Marzo ppdo.en la cual haya algunos puntos de interés para SS.Ilmas.,que tengo el gusto de poner en su conocimiento."El Excelentísimo Sr.Arzobispo de Monterrey se sirvió mandar hacer unas preguntas.Estas preguntas se le hicieron llegar al Rev.P.Vermeech,S.J. Yo se las comunico a Vuestra Ilma.pues si bien són respuestas dadas por un teólogo privadamente,si pueden servir de mucho a Vuestras Ilustrísimas Señorías por si desean dictar algunas disposiciones."

"Primera Pregunta: Sobre si se puede binar cuando se oficia sólo en casas privadas. Respuesta afirmativa."

"Segunda Pregunta: Sobre si en la Semana Santa se podría suprimir el Passio,las Profecías o cosa por el estilo.Respuesta afirmativa."

"Tercera Pregunta: Sobre si se podría echar mano de seglares para distribuir la Sda.Comunión.Respuesta afrimativa,procurando sea el jefe de la casa el comisionado."

"Cuarta Pregunta: Sobre la integridad de la confesión. Respuesta. Oír la confesión de los que se pueda.A los demás advertirles que hagan acto de contrición,testificándola con algún signo externo,y así absolverlos en común,recordándoles la obligación de confesar sus pecados el día que puédan confesarse íntegramente."

En audiencia al Emmo.Card.Pref. de la Congregación de Sacramentis,en marzo 7 del corriente:

1o. Se conoede a los Ordinarios de México que en los casos de extrema necesidad,para tener la Sda.Eucaristía para los moribundos,puedan ellos mismos o puedan permitir a un sacerdote que diga la Misa,supliendo los sagrados paramentos,de esta manera.Con sobrepelliz bendecido o que despues se vaya a bendecir,y estola si la puede haber comodamente.En vez de altar un trozo de lino,que ya no se use después para cosas profanas,con un crucifijo y dos velas, si éstas se pueden tener comodamente.Observando el rito del Misal, por lo menos en sus partes substanciales.

2o. Cuando para llevar el Viático no haya ni sacerdote ni diácono ni clérigo ninguno idónéo se puede mandar el Viático por medio de un varón de piedad reconocida.El Viático se llevará en vaso decente,el enfermo lo tomará con su propia mano.Si el enfermo ya está impedido para ello,entonces el mismo varón seglar lo administrará.Los dedos se purificarán cuidadosamente.

Otro rescripto que hemos recibido concede a los que están en México,indulgencia plenaria in artículo mortis,si confesados y comulgados,o por lo menos contritos,pronuncien con los labios o cuando menos con el corazón la jaculatoria VIVA CRISTO REY,aceptando la muerte como enviada por el Señor en castigo de nuestras culpas.

Dios Ntro.Señor guarde a VV.SS.Ilmas.muchos años.
México,mayo 7 de 1927.

El Prosecretario del Comité.
Pedro Benavides.
Una rúbrica.

Guadalajara,6 de junio de 1927.

Es copia fiel

SECRETARIA = DEL = ✠ ARZOBISPADO ✠ = DE = GUADALAJARA

sólo quedaban las cenizas. Fue en estos días cuando pudo darse sepultura a los cadáveres de los cuatro libertadores cristeros que habían muerto en el combate anterior y los cuales estaban ya en horrible descomposición; pero íntegros, lo cual causó sorpresa, porque en esas regiones, apenas queda al descubierto algún cuerpo muerto, inmediatamente comienza a ser devorado por los perros, los cerdos o al menos los zopilotes que nunca faltan. Ahí había un singular custodio: un pequeño perro que corría de aquí para allá sin cesar, ladrando y abalanzándose sobre todo aquel animal que pretendía acercarse a los cadáveres de los soldados de Cristo.

Cuando los libertadores llegaron, el perrito los recibió con mil halagos, corría y saltaba meneando la cola lleno de contento. Sepultados los cadáveres, el animal se retiró. Una circunstancia: aquel perro no había comido en aquellos días, estaba completamente flaco y, a pesar de su hambre verdaderamente canina, ni comió de aquellos cuerpos, ni los abandonó para ir en busca de alimento.

De aquellos cuatro cadáveres insepultos, uno, como ya se dijo, era el de Carlos Zamora, quien, con su hermano Juan, militaba en las filas cristeras de Caucentla. Otro de ellos era de un chofer de Colima, vulgarmente conocido con el apodo de *Cajetas*.

LOS CHOFERES DEL SITIO "INDEPENDENCIA"

Algo más de un mes hacía que *Cajetas* era cristero del Volcán. Mas él no era el único chofer: un buen día, comentándose en el "sitio" los desmanes de los perseguidores, la grandeza de la causa cristera, la bravura de las huestes del Volcán nunca hasta entonces vencida, algunos muchachos choferes decidieron marcharse: ¡también ellos cooperarían en aquella lucha épica!

Entre éstos estuvo Ignacio Velasco, por sobrenombre *La Chiva*, otro de apodo *Cajetas*, un tercero a quien en el sitio llamaban *Patas Fritas* y dos más.

¿Cómo marcharían?

Para ellos no fue problema; en un coche viejo subió el grupo de

voluntarios arriesgados y, sin medir consecuencias, ni propias ni ajenas, tomaron la carretera que lleva a Tonila. En Quesería se desviaron hacia La Arena y llegaron, montaña arriba, hasta donde pudieron. Cuando ya no pudieron marchar en coche, éste fue abandonado y continuaron su camino a pie: ¡Caucentla —la meta— estaba ya a dos o tres kilómetros de distancia!

¿Para presentarse?

La Chiva era conocido, viejo amigo de infancia de Dionisio Eduardo Ochoa, como que las casas de ambos, situadas en la misma calle, no distaban mucho la una de la otra. El haría cabeza en aquel grupo al presentarse con el jefe cristero. En realidad así fue.

Desde entonces *Cajetas, La Chiva, Patas Fritas* y los otros dos choferes, fueron soldados cristeros en las faldas del Volcán.

Y supieron serlo; porque fueron bravos y porque su conducta la supieron amoldar a aquella vida de fe y heroísmo cristianos.

La Chiva fue el más perseverante: él saboreó lo que fueron estos tiempos de la mayor angustia; tiempos de desnudeces, hambre, frío, huídas y derrotas, incertidumbres y horas terribles de perplejidad. Y no perdió su carácter festivo.

Capítulo IV

EL INCIDENTE DE LA MUERTE DEL SEÑOR SCHONDUVE

DON ENRIQUE SCHONDUVE

En los últimos días de la primera quincena de mayo el enemigo renovó sus actividades en la zona de los volcanes con particular empeño.

El motivo principal de este recrudecimiento fue la muerte de don Enrique Schonduve, dueño de la hacienda de La Esperanza, Jal., a unos pocos kilómetros al oriente de Tonila, Jal., en la mañana del 12 de ese mes de mayo.

El señor Schonduve, de origen alemán, aunque relacionado con la familia del Gral. Plutarco Elías Calles, había tenido, como ya se dijo, alguna amistad y cierta deferencia para con el jefe del movimiento cristero en Colima, Dionisio Eduardo Ochoa, sea por alguna simpatía sincera, sea por conveniencia únicamente. No en una, sino en varias ocasiones, dejando Ochoa a su gente cristera fuera de la hacienda, para no molestar, entraba él, acompañado únicamente de Miguel Anguiano Márquez o de su asistente, y era tratado por el hacendado con cortesía y aun invitado a su mesa; más aún, el Sr. Schonduve sí ayudó al Gral. Jefe del movimiento cristero, Dionisio Eduardo Ochoa, con dinero, aunque en cantidades modestas, y aun con algunas armas, entre ellas 5 excelentes máuseres nuevos, de 8 mm. de calibre, de manufactura alemana, con buena dotación de cartuchos.

Mas con el ataque de Caucentla, su preciosa casa de campo de El Fresnal fue invadida por las tropas del gobierno callista que la dejaron en estado lamentable; quemaron la planta de la luz y, en su afán de destruir, prendieron fuego al bosque del volcán, que principió a arder desde las cercanías mismas de El Fresnal, hacia arriba. Esto llenó de cólera al Sr. Schonduve y el coraje fue en contra de los cristeros, como causa, no efectiva, pero sí ocasional de aquellos destrozos. Todo ello se sumaba al enojo de un par de semanas antes en contra de Manuel Facio por haberle llevado los caballos. También le tenía especial mala disposición a J. Félix Ramírez, que era uno de los oficiales del grupo cristero que comandaba Andrés Salazar. J. Félix Ramírez, antes del movimiento cristero, había sido trabajador de la hacienda de La Esperanza, Jal. El Sr. Schonduve estaba resentido con él.

Así las cosas, ignorando tal estado de ánimo del patrón, estuvieron allí en la hacienda, en la noche del día 11, Dionisio Eduardo Ochoa y Miguel Anguiano Márquez, para entrevistarlo y saludarlo. Querían ver, además, si era posible algún donativo en dinero para el movimiento, pues se tenía el gravísimo problema, no únicamente de la miseria espantosa en que estaban los libertadores cristeros y sus familias, sino, de una manera muy principal, la falta de parque. Y este parque era necesario conseguirlo con dinero. Los soldados de la columna del Gral. Ochoa quedaron fuera, como de costumbre.

No hubo ningún altercado; pero inmediatamente Dionisio Eduardo Ochoa notó que algo grave ocurría. Ochoa era listo y muy atento; no sólo no era altanero, sino que, aun en situaciones difíciles, sabía abrirse paso y conquistarse las voluntades.

El Sr. Schonduve principió a dar sus quejas y sentimientos. Ochoa le concedió razón —la tenía en verdad—; pero explicando y razonando, fue haciendo entrar en razón al hacendado; los cristeros no eran culpables del destrozo de los bosques y de la hermosa quinta de El Fresnal. Pero quedaba el resentimiento contra Ramírez y contra Facio. A este "desgraciado" —textual de la boca de don Enrique Schonduve— lo mato yo, personalmente, en cuanto lo vea, con la

misma arma con que peleó mi hijo —excombatiente de la guerra mundial— en el combate de Verdún.

El jefe Ochoa le explicó que Facio ya no estaba ahí en esa zona del volcán; que estaba por la región de El Naranjo y que había sido castigado.

Don Enrique el hacendado, al fin se calmó y terminó con la cordialidad antigua.

LA MUERTE DEL HACENDADO

Pero a la mañana siguiente, como verdadera desgracia, sin conexión ninguna con la columna del Gral. cristero Dionisio Eduardo Ochoa y sin que éste tuviese el menor conocimiento, enviado por su jefe inmediato Andrés Salazar, se presentó en la hacienda de La Esperanza el oficial cristero J. Félix Ramírez para pedir a don Enrique Schonduve les facilitase un "explosor", o aparato para hacer explotar la dinamita a distancia.

Ver a J. Félix Ramírez con su grupo de cristeros en el patio de su hacienda, oír su petición y montar él en cólera, fue cuestión de un segundo. Profirió dos o tres palabras de amenaza para Ramírez a quien dijo que habría de matar, dio media vuelta, entró a su cuarto y salió al momento con el arma en las manos.

Ramírez —el cristero—, al ver que el hacendado cortaba cartucho para disparar contra él, cortó él con más rapidez y, sin dar tiempo a que el hacendado disparase, le derribó de un balazo que le perforó el estómago. De un salto subió Ramírez al corredor de la hacienda y recogió el arma de manos del Sr. Schonduve, para que le fuera testimonio de que había obrado en legítima defensa.

J. FELIX RAMIREZ, DETENIDO

Y mientras el personal de la hacienda se reunía en torno del patrón herido para prodigarle las atenciones del caso y se avisaba a Colima en demanda de auxilio médico, Ramírez salía de La Esperanza y se presentaba a su jefe inmediato Andrés Salazar. Este

le oyó; oyó también el relato de los otros soldados cristeros que habían sido testigos del acto, desarmó y detuvo a Ramírez y, pidiendo instrucciones sobre el caso, puso un propio al Gral. Dionisio Eduardo Ochoa, que en esa mañana se encontraba con la gente de su columna, en El Fresnal. Salazar refería a su jefe Ochoa cuál era la declaración del reo y cuál la de los acompañantes.

El jefe Ochoa contestó que el soldado cristero Ramírez permaneciese detenido y desarmado, en tanto que él hacía las averiguaciones. Ya él resolvería lo que debería hacerse.

BUSCANDO INFORMES FIDEDIGNOS

La información había necesidad de tomarla en la misma hacienda de La Esperanza, Jal., con los testigos del hecho. El, personalmente, no podría ir, ni siquiera con toda su columna de soldados cristeros que traía desde que salió del cuartel de La Galera, para ir a recoger a su nuevo capellán el Padre don Enrique de Jesús Ochoa. Porque ya, a esa hora, con seguridad, habían llegado o estaban llegando, fuerzas militares del gobierno callista, y aun de la gendarmería de Colima, para resguardar la hacienda de La Esperanza, Jal., en donde agonizaba don Enrique Schonduve. El señor Schonduve estaba muy relacionado con la sociedad y el gobierno de Colima y aun del centro, más aún, que se comentaba ya, como un hecho, el próximo matrimonio de su hijo Jaime con Cristina, hija de don Plutarco Elías Calles.

Decidió entonces el general cristero Dionisio Eduardo Ochoa trasladarse con los hombres de su columna, a la hacienda de San Marcos, Jal. Allí tenía él amigos que podrían ir a La Esperanza y levantar la información. Y por veredas no muy transitadas, procurando no acercarse a la zona de Tonila y La Esperanza, se llegó a la hacienda de San Marcos cuando caía la tarde.

Y buscó el general cristero Ochoa gente competente de la hacienda de San Marcos que no infundiese sospechas en la vecina hacienda de La Esperanza y fuese y trajese informes fidedignos. Al efecto, escribió una líneas para uno de los empleados de allí

mismo de la hacienda en donde moría el señor Schonduve para que le mandase datos concretos.

Y el informe vino luego, confirmando lo mismo que al jefe cristero Andrés Salazar habían contado, tanto el soldado J. Félix Ramírez como sus acompañantes. Más aún, se decía que el mismo señor Schonduve, ya moribundo, reconocía y confesaba haber tenido él la culpa de lo que había pasado.

Y, con ocasión de la muerte y sepelio del hacendado don Enrique Schonduve, no sólo los familiares y amigos, sino muchos políticos de Colima y de la ciudad de México se dieron cita en La Esperanza. Para la seguridad de ellos, soldados en gran número y gendarmes de Colima fueron mandados para resguardar la hacienda. En todas las estaciones del ferrocarril, entre Colima y La Higuera, se puso escolta, así como en los cruzamientos y lugares estratégicos de los caminos que llevaban a La Esperanza.

EN BUSCA DE PROVISIONES

No obstante todo, Dionisio Eduardo Ochoa necesitaba acercarse, con táctica diplomática, a los hacendados de la región que controlaban sus hombres, de este y de aquel lado del Río Naranjo, para exponerles su urgentísimo e inaplazable problema: dinero, para comprar parque. Su método era persuadir y que, libremente, le diesen su ayuda.

—Mira, Nicho —le dice un día don Salvador Ochoa, el dueño de la hacienda de Buena Vista—, mientras continúes con tu táctica de pedir simplemente, por más que trates de persuadir, los hacendados, los ricos en general, no te darán sino muy poco. Así no saldrás a flote. Necesitas, por la fuerza, asaltar y llevarte los dineros de las rayas de las haciendas.

—Es que eso no es correcto, tío don Salvador. No debemos nosotros obrar como han acostumbrado obrar todos los revolucionarios que ha tenido México.

Replica don Salvador: —Es que si tú pides y uno te da, lo llega a saber el Gobierno y nos "amuela". Muchas veces hay voluntad de

ayudarlos, pero por miedo a esta gente de Calles no se te ayuda. En cambio, si tú asaltas y te apoderas del dinero, nosotros aparecemos víctimas y de ninguna manera cómplices. Si quieres, comienza conmigo, asaltando y llevándote un sábado los dineros de las rayas de aquí de Buena Vista.

Pero Dionisio Eduardo Ochoa, no obstante esas razones, no se persuadió y optó por seguir su sistema de visitar, de hablar, de tratar conseguir por la buena.

EN LA BOCA DEL LOBO

El día 13 de mayo por la tarde se intentó salir de Caucentla para atravesar, ya al obscurecer, el camino carretero que va a Colima, y durante la noche, la vía férrea: paso el más difícil, pues era el más cuidadosamente guarnecido.

Ya el sol se había puesto y la luz del crepúsculo apenas alumbraba, cuando se llegó a las cercanías de la hacienda de Quesería, Col., en donde había que atravesar la carretera que lleva a Colima.

Con toda tranquilidad, y sin suponer nada adverso en aquellos momentos, empezaron nuestros libertadores a ver una larga polvareda que se acercaba, suponiendo que eran las carretas que, cargadas de caña de azúcar, llegaban a la hacienda después del trabajo del día, como sucedía regularmente. Lo obscuro ya de aquellos momentos, el color verdinegro de los uniformes enemigos, impidieron que los cruzados se dieran cuenta del peligro. En cambio los cristeros, con sus vestidos blancos —calzón y camisa de manta— y en descubierto, pudieron ser vistos por los callistas con gran facilidad.

En previsión de algún peligro, los libertadores hicieron alto sobre una pequeña loma, a no larga distancia del camino.

Y principiaron a opinar: unos, que aquellos bultos que entre las sombras avanzaban, eran bestias; otros, que carretas de caña; otros, que eran los enemigos.

El toque del clarín y las primeras balas los sacó de la duda: tenían a los soldados callistas en toda la línea del camino, apoderándose de la cerca de piedra que les serviría de trinchera; estaba también ganado el flanco y el enemigo trataba de cercarlos. Había pues que salir de allí precipitadamente, antes de que éste lograse su intento.

A todo correr, en medio de una lluvia de balas y entre los matorrales y piedras de la montaña, lograron los cruzados salir de aquel peligro.

Serían las 8 de la noche cuando los cruzados llegaron de nuevo a las ruinas de su viejo campamento de Caucentla, de donde habían salido aquella tarde.

La luna en esos momentos estaba un poco arriba del horizonte; sus rayos penetraban apenas por entre las frondas del bosque, dando al cuadro un aspecto solemne y fantástico. Ahí, en la semioscuridad, junto a las viejas trincheras, se hizo alto un momento; todos estaban en completo silencio y se mantuvieron sobre sus caballos, esperando una orden del jefe. Entre tanto éste, montado, igualmente, conferenciaba casi en secreto, con dos o tres de sus compañeros de más confianza que se acercaron a él y, un minuto más tarde, se trasmitían los soldados, unos a otros y en voz baja, la orden de continuar adelante.

En efecto, había necesidad de pasar a la región de Pihuamo, Jal., cuanto antes, y por donde posible fuera.

AUN EN MARCHA

Si atravesando por las proximidades de la hacienda de Quesería, Col., había fracasado el intento, ahora debería intentarse la salida por el camino de Tenaxcamilpa y cruzar después la vía del ferrocarril, cerca de la estación de Villegas, Jal. El plan debería ponerse en ejecución inmediatamente, pues según todas las probabilidades, al día siguiente, si pernoctaban allí en Caucentla, serían atacados por el enemigo que había quedado atrás, a unos cuantos kilómetros.

Largo rato se caminó por veredas montuosas y extraviadas, atravesando oscuras barranquillas donde no penetraban aún los rayos de la luna; pues intencionalmente se dejaron los caminos ordina-

rios para evitar nuevos encuentros con el enemigo. Los cruzados iban en completo silencio y extendidos en larga hilera, de uno en fondo, cubiertos con sus gabanes obscuros, para no hacer blanco, en los lugares descubiertos, donde la luz de la luna los bañaba, y aun absteniéndose de fumar para mayor cautela.

Al fin, hubo de llegarse al ancho camino carretero que lleva a la hacienda de Tenaxcamilpa, por el cual tenían por fuerza que pasar.

Eran ya pasadas las 12 de la noche. Hacía ya una semana que casi no habían dormido aquellos abnegados libertadores, pues había sido un continuo caminar de aquí para allá; estaban por tanto, agotados por el cansancio, los desvelos y también por el hambre.

La noche era singularmente diáfana, y el ancho y polvoriento camino estaba completamente iluminado por la luz argentina del astro apacible que resplandecía en el cenit. A uno y otro lado de aquel ancho sendero había una gruesa cerca de piedra, y, tras de ella, también de ambos lados, se levantaba la maleza obscura y espesa.

Para entrar al camino había que pasar por una gran puerta de golpe. Los que iban a la vanguardia se acercaron a ella, no advirtieron ningún peligro y la abrieron. La puerta rechinó pesadamente y empezaron los soldados a desfilar, uno tras otro. Gran número de aquellos cruzados iba dormitando en su mismo caballo; algunos iban a pie, llevando de las riendas a la bestia, tanto para combatir el sueño, como para aligerarle el trabajo al animal, pues el trayecto era demasiado largo.

Cuando la columna acabó de pasar por la puerta, cerróla cuidadosamente el último soldado cristero, evitando hacer ruido. Rechinaron, empero, sus goznes agudamente. La columna continuó su marcha por en medio del camino, amplio y descubierto, iluminado con esplendidez por la luna que brillaba magnífica.

Ya la vanguardia había llegado al final de la carretera; un cristero se había bajado de su caballo para abrir otra puerta que existe al principiar a bajar la barranca, en cuyo fondo corre el río de Tuxpan, que habían de atravesar por un puente, y la vía del ferrocarril, que va casi paralela al río. Ahí está la estación de Villegas.

De pronto e inesperadamente, se oye un tiro; al instante, un segundo, y un momento después, era una lluvia de balas: los libertadores habían caído en una emboscada.

Se quiso organizar la defensa, pero era imposible: los cristeros estaban en medio del ancho camino, completamente al descubierto, sin defensa ninguna y bañados por la luz de la luna llena. En cambio, los enemigos estaban afortinados tras la cerca de piedra y en los riscos de la montaña, defendidos por la obscuridad de la maleza, y de ellos no se veía otra cosa que los continuos fogonazos rojizos de sus descargas. Hubo por tanto que retroceder y, en su carrera precipitada y tumultuosa, los libertadores formaron una masa compacta que llenaba totalmente el camino.

Ahí debió de haber un milagro: un ciego, apostado al lado de aquel amplio sendero, como lo estaban los enemigos, hubiera hecho blanco en cada descarga, pues para hacer víctimas en aquella ocasión, no se necesitaba ninguna puntería. Más aún, al llegar a la pesada puerta de la entrada, la multitud se agolpó como efecto de su carrera tumultuosa y, con el enemigo a la espalda, teniendo, forzosamente, que hacer alto, pues difícilmente, en aquellas circunstancias, se logró abrirla y pasar adelante.

Por fin, gracias a la Providencia, se logró salir de la terrible boca de lobo en que se había caído. Menos mal que los callistas no continuaron la persecución.

Con mayor agotamiento aún, tomó de nuevo y con inmenso desaliento, aquella columna de libertadores el camino hacia el Volcán, desandando lo que horas antes habían recorrido.

Cuando empezaba ya a amanecer, cuando el ancho disco de la

luna se ocultaba frente a ellos, allá entre los pinos de la montaña, llegaron los libertadores al Ojo de Agua, pequeña ranchería que había existido a inmediaciones de donde había sido Caucentla. Se hizo alto un momento y luego se continuó hacia el abrupto recodo de la montaña, tras la hacienda de San Marcos, donde en mejores días estuvo la ranchería de El Durazno. Allí creyeron los cristeros estar seguros para poder descansar un poco y en buenas posiciones para resistir si era necesario; allí también resolverían lo que había de hacerse en tan difíciles circunstancias.

Ya de día, se pasó revista ¿Cuántos libertadores habían muerto aquella noche? ¡ninguno; ningún herido siquiera! Solamente algunos sombreros resultaron agujerados. Todos decíamos alabando y bendiciendo a Dios: ¡Milagro! ¡Milagro!

INMUTABLE PIEDAD CRISTIANA

El día siguiente era domingo —era el 15 de mayo—. La Misa se celebró en la cima de una pequeña montaña coronada de pinos. Sobre una brusca piedra, el Padre Capellán de los cristeros se sentó para oír en confesión a los que quisieron hacerlo. Casi todos aquellos sufridos hombres comulgaron en aquella mañana. ¡Qué cuadro tan sublime! Las milicias angélicas debían batir con mayor magnificencia sus alas, al contemplar tan férvida piedad, tánta abnegación, tánto amor a la libertad, a la patria y a la Iglesia en corazones de tal manera probados por todas las amarguras.

No había qué comer; esa mañana no había absolutamente nada. Todos aquellos días se habían pasado con una poca de carne; muy insuficiente la ración que a cada quien tocaba y ésa se tomaba una sola vez al día, asada únicamente, sin nada de pan, ni tortilla, ni sal siquiera que la condimentase. Con todo, no había quien se lamentara o profiriera palabras de desaliento.

Capítulo V

POR EL DEBER HASTA LO ULTIMO. DESPEDIDA. SALE EL GENERAL OCHOA

SEPARACION PENOSA

EN LA MISMA TARDE de aquel domingo, viendo por una parte el general Ochoa que era imposible pasar con la columna libertadora a la región que era necesario visitar, y, considerando por otra, que el viaje no podía aplazarse, determinó ir acompañado de unos pocos: "Dos o tres —decía— no llamamos la atención del enemigo; nos iremos a pie y pasaremos por donde se pueda".

Pero el problema principal era su separación de aquella gente que no podía aún prescindir de él; porque en esos primeros meses los libertadores del Volcán eran como niños que nunca se han separado del lado de su padre, sin el cual no saben qué hacer.

La separación era sin embargo necesaria y no había que vacilar: ¡Dios proveería!

Reunió Dionisio Eduardo Ochoa a todos, los exhortó vivamente a tener ánimo y les prometió volver pronto. Sin darles a conocer el fin especial del viaje, les manifestó que sería en bien de todos; que ellos procuraran ser igualmente fieles a su altísima misión de soldados de Cristo; que vivieran en santa armonía, como hermanos cristianos. "Nosotros —decía— al ingresar al bendito Ejército Libertador, no tenemos más intereses que los intereses de Cristo, ni más padres que Cristo Rey y Santa María de Guadalupe, ni más

hermanos que los que en unión nuestra han ofrecido a Dios su sangre para lavar los pecados nacionales".

Los soldados escucharon la exhortación del jefe, tristes y meditabundos, pero ninguno dijo una palabra. Al terminar la reunión, hizo Ochoa particularmente algunas recomendaciones a Rafael G. Sánchez, quien, en unión de Antonio C. Vargas, quedaría al frente de la Jefatura, y partió luego, llevando por únicos compañeros, a Miguel Anguiano Márquez, Salvador Vizcaíno y un hermano del primero. Vizcaíno era un valiente joven del pueblo de San Jerónimo, Col., de unos 20 años de edad, perteneciente a la A. C. J. M. y de toda la confianza de Ochoa.

PROPAGANDA FRUCTUOSA

A pie emprendieron el camino los cuatro jóvenes, sin llevar ninguna otra cosa que sus propias armas para su defensa y su gabán para guarecerse un poco del frío. La despedida fue un sonoro grito de *¡Viva Cristo Rey!* que lanzó el joven jefe Ochoa y que fue contestado por todos sus soldados que cariñosamente le rodeaban. Más de alguna lágrima fue necesario reprimir entonces. Era una fe heroica la que hacía prorrumpir en exclamaciones jubilosas cuando tan hecho jirones se encontraba el corazón.

Al día siguiente, atravesando potreros y barrancos y en medio de la lluvia, pudieron llegar felizmente nuestros cuatro viajeros a la hacienda de Buena Vista, y dos o tres días más tarde, estuvieron en la hacienda del Naranjo, Jal.

Allí en la hacienda de Buena Vista había, como en la de San Marcos, otro caporal, excelente amigo de Dionisio Eduardo Ochoa —Ignacio González—, que prestó magníficos servicios a la causa de los cristeros. El inspeccionaba la región; veía si había o no enemigos y les ayudaba a encontrar solución al grande problema, sobre todo en el temporal de aguas, de pasar el río de El Naranjo, cuyos pasos frecuentemente estaban resguardados por escoltas militares.

Ya allí, en El Naranjo, Jal., Dionisio Eduardo Ochoa y sus compañeros encontraron al grupo de cristeros que bajo la dependencia de Gildardo Anguiano comandaba Ignacio Arceo, y eligieron a algunos soldados para que les acompañasen en aquella gira.

El primer problema, el que había movido al general Ochoa a ir a esa región del otro lado del río de El Naranjo, era ver a los hacendados para excitarlos a que contribuyesen con generosidad a aquel Movimiento. "Todos tenemos que cooperar en esta empresa —decía— pues se trata de redimir a México de esta tiranía incalificable. Se trata de la Iglesia y de la Patria. Los que no tenemos recursos materiales, ofrecemos gustosos nuestras personas al sufrimiento y al trabajo y nuestras vidas mismas; pero el que puede cooperar con su dinero, que en un movimiento armado es de imprescindible necesidad, pues que ayude con su dinero".

Y predicando con ese fuego y amor la necesidad de ayudar a la Cruzada de Cristo, reunió, no los diez o doce mil pesos que él pretendía, pero sí cuatro o cinco mil que mandó a Guadalajara, Jal., para una compra arriesgada que la jefatura cristera de allí pretendía hacer.

Visitaron, además, los campamentos de El Cacao y Las Parotas, cuyos núcleos eran comandados, respectivamente, por Hermenegildo Maldonado y Gregorio Martínez.

En todas esas partes Ochoa reunía a los libertadores, les hablaba de su misión, de sus deberes y les pintaba patéticamente la protección de la Divina Providencia en la región del Volcán.

EL "VALLECITO DE CRISTO REY"

En esta región estaba refugiado el Padre don Octaviano Marín, de la Diócesis de Colima. Sobre una meseta, que se forma en las estribaciones de la alta sierra de La Ferrería, a corta distancia de la ranchería de Las Parotas, se había congregado una multitud de familias cristianas. El Padre Marín vivía allí; hizo una amplia capilla de tableta de pino en donde él celebraba a diario la Santa Misa y ejercía, con relación a los cristeros de la región, el piadoso oficio de capellán.

El lugar era en verdad delicioso y se vivía en cierta relativa paz, sólo turbada de cuando en cuando, con ocasión de alguna incursión enemiga por la región. A este campamento cristero le llamaron los soldados libertadores el "Vallecito de Cristo Rey".

ANTE EL ANCIANO SEÑOR OBISPO DIOCESANO

También, no muy distante de aquellos lugares, más allá de la sierra de El Tigre, en una cabaña de la montaña, habitaba por aquellos días el anciano Obispo de Colima, Excmo. señor Velasco. No tuvo lugar fijo en donde morar. De rincón en rincón de las serranías anduvo errante, viviendo en cada lugar por el tiempo que creía prudente. La Misa del Jueves Santo y la consagración de los Santos Oleos, la había efectuado en esa ranchería de El Tigre. Allí quedaron de recuerdo, incrustadas en el suelo, unas piedras lajas, como testimonio del acto allí celebrado.

Estando Dionisio Eduardo Ochoa con Miguel Anguiano Márquez y sus acompañantes, allí en el campamento del "Vallecito de Cristo Rey", hablando con relación al Excmo. Señor Obispo, supo que se encontraba a no muy larga distancia de allí y, dado su cariño filial hacia él, quiso ir a verlo, más aún que supo cuáles eran los sentimientos que con relación a él y a sus soldados de la Cruzada tenía el egregio Prelado; cómo les encomendaba en sus oraciones y cómo prorrumpía, siempre que había ocasión, en frases de admiración y elogio por sus proezas cristianas.

Cuando Ochoa y sus compañeros llegaron a la cabaña del egregio Obispo, éste, al reconocerlo, se llenó de alegría, pues Dionisio Eduardo, desde niño, le había sido particularmente querido.

—¡Cuán grande es Dios! ¡Cuán admirable es el Señor en sus caminos! —dice el Prelado—. Mira, yo siempre, cuando tú eras chico, con alegría esperaba ordenarte algún día sacerdote. Pero los designios de Nuestro Señor eran distintos: El tenía destinado para ti ser jefe en esta cruzada de Cristo Rey. El te ayude, El te bendiga.

Conversaron largo rato.

—¿Y tu hermano el Padre?

—Mi hermano el Padre está con nosotros, viviendo con nosotros como capellán. Lo dejé allá, en el volcán, con los soldados de Cristo Rey.

—¡Cómo! ¿El Padre anda con ustedes?

—Sí, Ilustrísimo Señor. Nos quedamos solos, sin sacerdote ninguno, pues el Padre Ahumada ya no pudo continuar acompañándonos. Y no era posible que en medio de tantos sufrimientos y peligros se viviese sin un sacerdote. Yo le escribí al Padre mi hermano, contándole nuestro gran problema. Yo no le decía, ni le insinuaba siquiera, que él se viniera con nosotros. Le contaba esa grande pena, como a hermano; pero él habló con el Sr. Pro-Vicario General. Sr. Uribe y, de acuerdo él, me escribió diciendo que estaba a las órdenes de los soldados de Cristo Rey. Y el día 7 de este mes fuimos por él; lo recogimos en la hacienda de Buena Vista. Desde entonces, incorporado a nuestra columna, anda con nosotros; viste al igual que todos, porque no es posible de otro modo, y duerme al igual que todos, en el suelo y, a veces, bajo la lluvia. Pero los soldados están muy contentos y él también. Diariamente tenemos la Santa Misa en el lugar en que acampamos; muchos comulgan todos los días.

El Excmo. Señor Obispo oía, sorprendido, esa noticia que no esperaba.

—¡Ah! Pues que Dios cuide al Padre tu hermano. Dios bendiga y cuide a todos.

—Gracias, Señor. Mi hermano tiene pensado venir a ver a su Señoría Ilma., en la primera oportunidad. No lo traje en esta ocasión, porque estaba muy difícil la venida y, además, aquella gente no podía, por ahora, quedarse sin él. Necesitan la presencia del sacerdote.

—Está bien. Diariamente, aquí en el altar de la Misa, pido por Uds.

—Dios le pague, Señor.

—Mira: tú sabes que al Obispo le obliga celebrar la Santa

Misa por su pueblo, esto es, por sus hijos, los domingos y demás días de fiesta, aún suprimidos. Pero ahora, para el Obispo de Colima son días de fiesta todos los días de la semana, porque todos los días ofrece la Santa Misa por su pueblo; y su pueblo, ante todo son ustedes, los que sufren y luchan por la causa de Cristo Rey.

Y el anciano Obispo, cuando Dionisio Eduardo Ochoa se despedía, elevó al cielo su frente coronada de canas y marcada con los signos del dolor; extendió sus manos y, en nombre de Dios, le bendijo. Dionisio Eduardo, de rodillas, con la frente inclinada y vivamente emocionado, recibió, en nombre suyo y de todos los nuevos abnegados y gloriosos macabeos, la bendición de su amado Pastor.

EL GENERAL CRISTERO DON FERMIN GUTIERREZ

De allí el Gral. Ochoa creyó oportuno, ya que estaban sobre el camino, pasar a Coalcomán, Mich., para conferenciar sobre asuntos de la defensa armada, con el Gral. liberdador don Fermín Gutiérrez (Luis Navarro Origel), que era el jefe de aquellas zonas y con quien trabó firme y verdadera amistad. De él aprendió Ochoa a firmarse, humilde y piadosamente, en todas las comunicaciones, aunque fuesen oficiales, "Recluta de María".

Don Luis Navarro Origel fue uno de los más ameritados y nobles católicos mexicanos.

Había nacido en Pénjamo, Estado de Guanajuato.

El ideal suyo fue siempre el reinado de Cristo en la Patria. Joven de elevada cultura, de posición social distinguida, de singular talento, se dedicó todo él a trabajar por Cristo, siendo uno de los más ardientes miembros de la A. C. J. M. En 1917 tomó esposa, pero la atención de su casa no le quitó el objetivo de su vida: trabajar por Cristo. Cuando la persecución callista comenzó, fue jefe de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa en Pénjamo, Gto., a cuyos trabajos se consagró con toda el alma. Por fin, cuando él vio que todos los medios pacíficos eran inútiles, fue

uno de los primeros que se lanzaron a la guerra. No le importó su posición social, ni sus bienes, ni el abandonar a su esposa e hijos a quienes amaba tiernamente; el amor de Cristo estaba sobre todo. La prudencia, empero, para evitar la persecución sobre su familia, le hizo ocultar su nombre, y así fue conocido siempre con el nombre de Gral. Fermín Gutiérrez.

HURACAN Y METRALLA

De Coalcomán, Mich., regresó Ochoa a sus regiones de la hacienda del Naranjo y, de allí, a la del Cacao, a fin de completar la organización de las tropas libertadoras y empaparlas del espíritu verdadero y genuino del movimiento cristero: espíritu de fe intensa, de piedad ferviente, de sacrificio heroico. También le seguía preocupando el imprescindible problema de fondos para comprar cartuchos; pues aunque el dinero conseguido ya se había mandado a Guadalajara, sin embargo, él sabía que el parque iba a tener que tardar, pues la tarea de obtenerlo, según se proyectaba, se creía segura, pero tardada y arriesgada.

En el campamento del cerro del Cacao le tocó pelear con los enemigos, el 24 de junio. Los libertadores de aquel campamento, que no llegaban a cincuenta, fueron distribuidos en tres pequeños grupos que colocó en los tres principales lugares por donde el enemigo tendría forzosamente que atacar para tomar las posiciones cristeras.

Toda la mañana estuvieron en sus puestos aquellos cruzados, esperando el combate; pero el enemigo permanecía sin avanzar. Pasado el mediodía, el cielo empezó a cubrirse de gruesas y negras nubes y, en medio de continuos y fuertes rayos, se desató una tormenta torrencial; las ramas de los árboles azotaban unas contra otras por la fuerza del viento y el agua caía con fuerza tempestuosa. Fue éste el momento que los perseguidores eligieron para el ataque, y, al estruendo del viento, del agua y los rayos, se unió el de las ametralladoras y la fusilería.

Los soldados enemigos que atacaban eran 400 y toda su fuerza

la cargaron contra una sola de las posiciones libertadoras, que estaba defendida sólo por diez o doce cristeros que, como es claro, no pudieron resistir por mucho tiempo y tuvieron que retirarse precipitadamente, en condiciones muy desventajosas, pues el lugar es muy pedregoso y sin arboleda que pudiese cubrirlos en su retirada. Sin embargo, Dios los protegió y salieron ilesos.

En cambio, por parte de los callistas hubo 35 muertos, entre ellos dos artilleros y dos oficiales.

SOLO EN EL BARRANCO

Cuando los libertadores huían a través de los escabrosos pedregales, en medio del agua de la tormenta y bañados por las balas enemigas, Dionisio Eduardo Ochoa, sin que lo advirtieran sus compañeros, resbaló por entre las piedras mojadas y cayó entre los peñascos lisos y filosos, causándose algunas contusiones.

Esto fue providencial, pues los perseguidores, probablemente, pensaron que lo habían matado y siguieron tras los otros libertadores que iban adelante.

Cuando Ochoa se levantó y se encontró sin sus compañeros, torció tras unas altas peñas y, paso a paso, pues por los golpes no podía correr, empezó a descender hacia el fondo de un barranco. Empapado, sin ningún compañero, magullado por la caída y tiritando de frío, caminando riachuelo abajo. Cuando creyó que ya no sería imprudente salir, salió y tomó una vereda rumbo a la hacienda de El Naranjo.

Esa noche se rezó por él en el campamento del Vallecito de Cristo Rey. ¡También los cristeros lo creyeron muerto!

Cuando Dionisio Eduardo Ochoa se vio en esas condiciones y en la imposibilidad de volver al campamento de los cristeros de la región, por estar invadido el campo de enemigos y teniendo en cuenta que, en realidad, había terminado su misión en aquellas regiones, se decidió a pasar de una vez a su campamento del Volcán.

J. JESUS SOLIS

Al salir del barranco y llegar al camino, se sentó en una piedra a esperar si acaso pasaba por ahí algún conocido. El deseaba seguir a la hacienda de El Naranjo, conseguir un caballo y un compañero y proseguir hacia el Volcán que ya, con satisfacción, allá en el horizonte, se dibujaba, pues a pie no era posible continuar, porque con dificultad caminaba por estar tan golpeado.

Empapado por el agua de la lluvia que ya en esos momentos había cesado, algo malhumorado, resentido porque sus compañeros lo habían abandonado, dejándole en poder del enemigo, esperó largo rato.

Al fin vio que montado sobre una bestia venía un muchacho, procedente de aquella región de El Cacao, por el camino que lleva a la hacienda de El Naranjo. Traía una arma larga —buena señal, pues quería decir que era de alguno de los grupos de soldados cristeros de aquellos lugares.

—Muchacho, llévame por favor en tu caballo, porque estoy golpeado y no puedo caminar. ¿Me conoces?

—Sí, usted es el jefe don Nicho ¿verdad? ¿Qué le pasó?

—Sí, yo soy. Me caí cuando terminaba el combate y rodé por entre las piedras lisas del cerro. Los compañeros, seguramente no me vieron y me quedé solo. Tú ¿a dónde vas?

—Voy a un mandado de mi jefe, a la hacienda de El Naranjo.

—Llévame, por favor. Si no crees que tu caballo nos pueda a los dos, bájate y déjamelo. Tú te vas a pie.

Y el muchacho, que era J. Jesús Solís, que aún vive, originario del pueblo de San Jerónimo, Col., acostumbrado a que los combatientes de esa zona tenían el sistema de resistir un poco y luego escapar y eso, sobre todo, por la escasez de parque, dice con cierta ingenuidad al Gral. Ochoa:

—Pero no me vaya a largar, don Nicho y a dejar solo, porque hay mucho enemigo y me agarran.

Dionisio Eduardo Ochoa, resentido como iba, contesta con cierta aspereza:

—¡Cómo te he de largar yo! Mira, el que abandona a un compañero, dejándolo entre los enemigos, es un traidor. Y de aquí en adelante, así se le considerará. Y el traidor merece ser fusilado. Si teniendo enemigo al frente, yo corriera y te abandonara, yo sería un traidor y te autorizo para que me des un balazo.

—Don Nicho, dispense —dice Jesús Solís, arrepentido de lo que había dicho—; pero ¿cómo cree que sería yo capaz de matar a usted?

—Y ¿cómo crees tú que yo iba a ser capaz de abandonarte a ti en manos del enemigo? Nos moríamos los dos, pero yo no correría, dejándote en manos de ellos.

El muchacho se veía apenado. Dionisio Eduardo Ochoa se ablandó en un momento.

—¿Le ayudo a subirse al caballo, don Nicho?

—Sí, ayúdame, por favor.

Y caminando despacio, Dionisio Eduardo Ochoa montado sobre la bestia y J. Jesús Solís a pie, llegaron a inmediaciones de la hacienda de El Naranjo. Entre tanto, había caído la noche.

—Mira —dice el jefe Ochoa a Solís—, entra a la hacienda y dices al administrador que necesito un caballo; que me haga el favor de proporcionármelo; que voy un poco golpeado.

—Y ¿si no quiere?

—¡Cómo que si no quiere! Mira, sí va a querer, él es amigo mío. Y aun suponiendo que no quisiera, en tiempo de guerra, sábetelo, cuando algo es imprescindiblemente necesario, más aún para salvar la vida que está en peligro, si con atención y por la buena no se obtiene, se toma a como se dé lugar. Tú sabes qué dices o qué haces para obligarlo, en caso de que resistiera. Y búscate también algún otro soldado libertador que te reemplace para que tú vuelvas y él siga conmigo hasta el Volcán. Se necesita uno que sea listo, no miedoso y que conozca bien los caminos.

Por ahí fuera, cubierto por la noche, esperó Dionisio Eduardo Ochoa el retorno de Jesús Solís. Por fin llegó con el caballo que se había pedido al administrador de la hacienda. Ochoa le envió las gracias por el favor.

En cuanto al nuevo compañero que se deseaba, encontraron allí en la ranchería de El Naranjo, a Jerónimo Zamora, uno de los libertadores del Volcán, el cual vive aún también. Dionisio Eduardo Ochoa tuvo que despertarlo, pues a esas horas ya Zamora dormía, y, en compañía de él, después de cenar y descansar unos breves momentos, prosiguió su camino hacia el Volcán, no sin antes escribir unas líneas que llevaría Jesús Solís al jefe cristero de aquella región, comunicándole su resolución de marcharse, dándole además algunas instrucciones y órdenes para que las comunicase a Miguel Anguiano Márquez.

A la mañana siguiente, después de aquella noche tremenda, estuvieron nuestros dos viajeros cerca de la vía del ferrocarril que, bordeando el río de Tuxpan, corre por toda esa región. ¡Había que atravesar la vía y el río! ¡Otra vez el problema de hacía algo más de un mes! La vía estaba custodiada. Y, huyendo de los enemigos, descubiertos y perseguidos en más de una ocasión durante aquella mañana, viéndolos aquí, viéndolos allá; así como iban, rendidos de fatiga, hubieron que desviarse, río arriba, hasta cerca de la estación Tonilita, evitando el caer en sus manos.

Hubo un momento en que Dionisio Eduardo no pudo más: los golpes y fatigas del día anterior durante el combate del Cerro del Cacao, la huída penosa, el camino de toda la noche y las dificultades de la mañana le habían extenuado.

—Mira, hermano —dice a Jerónimo Zamora—, me vas a dejar dormir veinte minutos. Con veinte minutos tengo para poder seguir.

Era como el mediodía. Ambos, Dionisio Eduardo y Jerónimo Zamora, se encontraban en una hondonada cubierta por el bosque y la maleza. Arriba, a cortísima distancia, a pocos pasos, se encontraba el enemigo.

—Mientras yo duermo un momento, tú vigila. Fíjate en mi reloj. A los veinte minutos me hablas. Luego continuaremos.

Y el jefe cristero de alma heroica se tendió bajo la maleza e inmediatamente quedó dormido.

Largos fueron para Jerónimo aquellos instantes. Estaban, en

realidad, a un paso de los soldados callistas de quienes durante toda la mañana habían estado huyendo. Se oían las voces de ellos.

—Don Nicho, ya son los veinte minutos.

—Vámonos. Ya fue bastante —contestó Ochoa, incorporándose.

Cuando cayó aquella tarde y llegó la noche, Dionisio Eduardo Ochoa y Jerónimo Zamora estaban en terrenos de la hacienda de Buena Vista; pero como por una parte, no iban por los caminos, para no ser sorprendidos por el enemigo, y, por otra, la noche estaba muy oscura y lluviosa, se perdieron a tal grado en aquellos grandes terrenos, entonces sembrados de arroz, que no sabían ni en dónde estaban, ni en qué dirección quedaba el caserío.

Con el fango a la rodilla, cayendo y levantando, anduvieron y desanduvieron los arrozales. Al fin, mareados por la oscuridad y el cansancio y viendo que era inútil continuar, porque no sabían ni la dirección que habrían de tomar, se sentaron sobre el fango y el agua.

Ya ahí iban a pie, pues los caballos habían quedado al otro lado del río. Por fin, en la madrugada, el cantar de los gallos y el ladrar de los perros los orientó un poco y continuaron su marcha, llegando, al cabo de tanta aventura, a la casa humilde de un señor don Aniceto Valle, de la ranchería de Buena Vista, Col., que siempre daba albergue a nuestros cruzados, cuando por allí pasaban.

Después de unos dos días de descanso, que se aprovecharon en comunicarse con Colima y despachar algunos asuntos urgentes, los dos cruzados siguieron su camino hacia el volcán.

Capítulo VI

SIN SU JEFE. MARCHA HACIA ZAPOTITLAN

¡HAMBRE! DIOS MANDA A LOS SUYOS.... EL RANCHO

Se recordará el estado en que se encontraba, allá sobre el cerro de El Durazno, la tarde del día 15 de mayo, la columna que comandaba directamente el Gral. Ochoa, cuando partió éste para la región de El Naranjo y Coalcomán. Aquellos cristeros hacía días que casi no habían comido ni dormido; casi agotados en sus fuerzas físicas, sufrían ahora, además, la angustia de la derrota y la ausencia de su jefe. El hambre, los desvelos, los fracasos tenidos y la incertidumbre agobiaban los espíritus.

A la mañana siguiente, o sea al amanecer del lunes 16, siguiendo las instrucciones que Dionisio Eduardo Ochoa les había dejado al partir, emprendieron el camino hacia la falda occidental del Volcán para incorporarse con el otro grupo de libertadores —los directamente comandados por Norberto Cárdenas— que se habían refugiado, después del combate de Caucentla, en la Mesa de la Yerbabuena y, después, en La Galera.

Este viaje, que por muchos motivos hubo de hacerse en dos pequeñas jornadas, fue motivo de nuevos sufrimientos; pues les cogió una gruesa lluvia en la primera, con el agravante de estar en una región muy elevada y fría, y, además, la alimentación siguió escasa, escasísima.

Esa noche del 16, la pasaron los cristeros en Ladera Grande,

sobre las altas estribaciones del sudeste del cono del Volcán de Fuego, a más de 3,000 metros de altura y sin tener bajo qué guarecerse del frío y de la lluvia. Al día segundo, o sea el martes 17, se continuó la marcha hacia las faldas del poniente del Volcán; la falta de alimentos escaseó del todo y se hubiera pasado casi en completo ayuno, si no hubiese acontecido, al atardecer, un hecho providencial:

Ya nuestros libertadores habían dejado atrás los ranchos de La Galera y se dirigían a Huizome, lugar situado al pie de las faldas occidentales del Nevado, en donde se encontraba entonces la mayor parte de los cristeros de Cárdenas y familias del cuartel de Caucentla, pues víctimas de nuevos ataques del enemigo y sin tener parque con qué defenderse, habían dejado, cinco días hacía, su campamento de La Galera en donde Ochoa los había dejado la mañana del 7 de mayo, y se habían internado aún más, en una región para ellos completamente desconocida.

Pues bien, en dirección hacia allá, para incorporarse con ellos y ayudarse mutuamente, iba la columna de noventa o cien libertadores que bajo su mando directo había tenido Ochoa en días anteriores y que había quedado bajo el comando inmediato de J. Natividad Aguilar.

La tarde empezaba ya a declinar; el sol aún se veía sobre la lejana montaña de Cerro Grande que quedaba frente a ellos y pronto faltaría su luz, lo cual aumentaba la pena, pues ninguno de ellos había andado jamás por ahí, no llevaban guía, y ni siquiera sabían el tiempo que les faltaría para llegar al campamento de Norberto Cárdenas, a donde habían imaginado llegar antes de ponerse el sol.

A pesar de esto y de tantos trabajos y privaciones, los cristeros de Caucentla iban festivos; se veían ya de regreso de la gira que entre tantos peligros habían hecho, y pronto estarían con sus compañeros.

Les faltaba su jefe; pero llevaban al hermano de él, el Padre Don Enrique, su nuevo capellán, a quien desde luego profesaron verdadero cariño y veneración.

Como olvidando a esas horas todas sus penas, revivió en ellos el espíritu alegre y jovial de días anteriores, máxime que podían cantar y gritar a satisfacción; pues sabían que en aquellos apartados lugares no había por lo pronto ningún peligro.

El jefe de la columna, J. Natividad Aguilar, hombre de espíritu reposado, iba detrás de todos, en unión de cinco o seis de sus soldados.

Acababan ya de recorrer la tendida hondonada de La Mariana e iban a entrar en el profundo barranco del Huacal.

Ya todos habían pasado corriendo y gritando, formando una grande algarabía, cuando he aquí que, a ocho o diez pasos de distancia, sobre una verde colina, aparece una hermosa venada silvestre comiendo mansamente la yerba... El mismo J. Natividad Aguilar, sin decir una palabra, levantó su arma y disparó sobre ella. El buen Dios había provisto de una cena sabrosa a sus guerreros.

CONCENTRACION EN ZAPOTITLAN

De Huizome, tres días más tarde, el viernes 20 de mayo, marcharon los cruzados a Zapotitlán, Jal., en donde se reconcentraron todas las fuerzas que de Caucentla habían marchado para establecer allí su cuartel general.

Ya en esos días, en la zona de Zapotitlán, Jal., además del núcleo formado con los libertadores del mismo pueblo, al mando de Melesio Padilla, existían otros pequeños grupos de cruzados en las principales rancherías y haciendas de los alrededores, cada uno con su jefe correspondiente. De esta suerte, Marcelino Ramírez se estableció en la región de Tetapán; Diego López, en El Potrero; Justo Díaz, en Copala; Juan Flores, en Sta. Elena y Manuel C. Michel, en San Pedro.

Todos estos núcleos habían sido fruto de los trabajos de organización de la Jefatura de Colima y dependían de ella, excepción hecha del grupo que Manuel C. Michel organizó en la hacienda de San Pedro, por propia iniciativa, mas siempre bajo las órdenes

de Dionisio Eduardo Ochoa, de quien obtuvo sus facultades y nombramiento.

EL COMANDANTE MANUEL C. MICHEL

Este ameritado libertador era un católico distinguido de la vecina ciudad de San Gabriel, Jal., hombre ilustrado, de iniciativa y de valor.

En San Gabriel, Jal., de donde era originario y en donde vivía, había sido, en los años anteriores, el alma de las principales empresas y gozaba de general estimación.

En los primeros días de mayo fue cuando empezó a organizar su núcleo libertador con toda formalidad. Ya, anteriormente, había llevado de San Gabriel alrededor de veinte o treinta armas largas en buen estado y propias para combatir, armas que allá se tenían para la defensa de la misma ciudad y las cuales él guardaba.

Armó a sus propios mozos y empleados; pues él era arrendatario de la hacienda de San Pedro, Jal., y, sin interrumpir sus trabajos agrícolas, quedaron ya dispuestos para pelear contra los enemigos, cuando éstos se acercasen.

EL COMBATE DE SAN PEDRO, JAL.

Las tropas del perseguidor no tardaron mucho y, al mando del Gral. Manuel Avila Camacho, procedentes de Sayula, se presentaron inesperadamente en la mañana del sábado 21, frente a San Pedro para atacar a los nuevos cristeros. La lucha no fue larga, pero sí ruda y murieron en ella más de treinta callistas.

Después de resistir cuanto fue posible, Michel se vio precisado a abandonar las posiciones de la hacienda y batirse en retirada, cerro arriba; mas la Providencia divina fue tanta, que ni siquiera un herido tuvieron los libertadores en esta ocasión.

Pocos días después, hablando Michel de esta hazaña, decía admirado: "Ya había oído contar muchas veces, cómo Dios, de un

modo muy admirable, protegía a sus soldados en medio de las batallas y cómo les auxiliaba; pero nunca imaginé fuese tan grande su protección en favor nuestro. Esto es casi de no creerse. Si no lo hubiese visto, no lo creyera".

Capítulo VII

LA MUERTE EPICA DE J. NATIVIDAD AGUILAR Y SUS COMPAÑEROS

RENUEVASE EL ASALTO A ZAPOTITLAN

Los cristeros de Caucentla acababan de acuartelarse en el pueblo de Zapotitlán, Jal., en donde habían encontrado benigna acogida. Apenas acababan de llegar, cuando ya el Señor les brindó un trago aún más amargo en el cáliz del martirio.

Como la hacienda de San Pedro dista solamente unos veinte kilómetros de Zapotitlán, Jal., pronto llegó la noticia de que el enemigo se acercaba por allí: fijando la atención, se percibía el rumor lejano de la lucha que los soldados callistas del Gral. Avila Camacho sostenían con el grupo del jefe cristero Manuel C. Michel, y, poco más tarde, se vio perfectamente el incendio que los enemigos hicieron de la finca y de los ranchos circunvecinos, cuando estos lugares fueron evacuados por los cruzados.

Inmediatamente salieron J. Natividad Aguilar, el jefe de los hombres de Caucentla, al frente de nueve de sus más valientes, y Melesio Padilla, el jefe de los libertadores del mismo Zapotitlán, Jal., al frente de otro grupo de los suyos, para impedir que los perseguidores continuaran avanzando hasta aquel lugar. Tomaron el camino de San Pedro, pasaron la ranchería de Sta. Elena y pusieron sus fortines en una barranca por donde los invasores debían necesariamente pasar, si es que llevaban intención de marchar sobre Zapotitlán, Jal. Allí se distribuyeron en dos posiciones distintas y

un tanto separadas; pues el camino que subía del fondo de la barranca se bifurcaba, y el enemigo podía ascender por un lado o por otro, o por los dos a la vez. J. Natividad Aguilar, con los suyos, tomó el de la parte de abajo, y Melesio Padilla el de la parte superior. En aquellas posiciones pasaron la tarde los libertadores, contemplando a lo lejos las lumbradas que los enemigos encendían en sus campamentos y las ruinas de la hacienda de San Pedro, aún humeantes y circundadas de un resplandor rojizo.

LA RESISTENCIA HEROICA

A la mañana siguiente, domingo 22 de mayo, el general Avila Camacho emprendió el avance sobre Zapotitlán, Jal. Pronto empezaron a luchar J. Natividad Aguilar y los nueve valientes que comandaba, contra las fuerzas callistas que atacaban. El combate fue horrible: los perseguidores, con muy fuertes y repetidas acometidas, auxiliados por la artillería, intentaban destrozar la avanzada libertadora y seguir adelante; los diez héroes de Caucentla rechazaban con valentía el formidable empuje del adversario. La ancha y profunda barranca de Santa Elena resonaba con prolongado y ensordecedor estruendo, causado por el ruido de las armas y las maldiciones y ayes de los soldados de Avila Camacho, singularmente blasfemos entre los soldados federales, quienes vociferaban desesperadamente, llenos de cólera infernal, ya en sus inútiles esfuerzos, ya al rodar heridos por el precipicio, ya al ver correr la sangre de sus compañeros. Pronto, de igual manera, fue atacado el retén que comandaba Melesio Padilla, y el combate siguió espantoso... Momentos después, la avanzada que Melesio Padilla comandaba era rechazada y los enemigos pasaban victoriosos para coger, en medio de dos fuegos, a J. Natividad Aguilar y sus compañeros.

Entonces a un tiro de piedra de aquellos héroes cristeros, resonó la propuesta infernal de los soldados de las tropas de Avila Camacho que atacaban por la parte de arriba:

—¡Ríndanse! ¡Viva Calles!

Y los diez, a una, contestaron con todo su pecho: ¡Viva Cristo Rey!... Y tuvieron que morir, irremisiblemente. Sólo uno de los diez, herido de un pie, logró, resbalando y rodando por entre las malezas, escapar de la muerte. Aún vive: se llama Esteban Rodríguez.

Los nombres de estos héroes cristianos son los siguientes: J. Natividad Aguilar el cristero ejemplar de cristianísima vida y valor heroico, jefe de los cruzados de Caucentla; Zeferino Olivares, Esteban Torres, Felipe López, Eustaquio Torres, Secundino Quintero, Francisco Medina, Francisco Torres y Aurelio Madrid, este último de Zapotitlán, Jal., que les había servido de guía.

¡Honor y gloria a ese puñado de héroes de Cristo Rey! Eran lo más escogido de los Cristeros del Volcán. Ellos repitieron con la voz de la sangre, la frase heroica: "La guardia muere, pero no se rinde". Ellos no habían de rendirse: habían jurado fidelidad a Cristo, aun a costa de la vida, y formaban la guardia de honor de su Divino Rey.

HACIA EL LUGAR DE LA LUCHA

Entretanto, en Zapotitlán, Jal., los libertadores y sus familias acababan de oír la Santa Misa que les había celebrado su Padre capellán, en un amplio patio. El estruendo del combate no se había percibido; pues había sido dentro de la barranca; pero el último tiroteo habido en la parte alta, cuando la muerte de los héroes, se oyó perfectamente.

Para entonces, la Misa había ya terminado y los que habían comulgado estaban devotamente en la acción de gracias. Era el domingo 22 de mayo. La voz del valiente joven Antonio C. Vargas, quien, antes que los cristeros de Natividad Aguilar, había llegado a Zapotitlán, Jal., se escuchó inmediatamente, ordenando la salida para el lugar de la lucha, con el fin de dar auxilio a los que combatían.

Fueron en un momento preparados los caballos para la marcha,

e instantes después, casi a galope, arma en mano, corrían todos al lugar de los sucesos.

Y no anduvieron mucho; pues el enemigo ya había pasado de Santa Elena y avanzaba rápidamente hacia Zapotitlán, Jal. Allí, en pleno camino, a pecho descubierto unos y otros, se entabló nueva lucha; los callistas invasores fueron vencidos y, en precipitada huída, se les hizo retroceder.

Fue tal el pavor que quiso Dios infundir en las tropas callistas, que ni siquiera se detuvieron en el pueblo de Tolimán, Jal., perfectamente defendido, y en donde habían acampado el primer día antes del ataque, sino que siguieron de paso hasta la ciudad de San Gabriel, Jal., distante casi cincuenta kilómetros del lugar del combate, llevando treinta bestias cargadas, con dos muertos cada una; pues no se detuvieron ni para sepultarlos.

Cuando los libertadores llegaron a la barranca y estuvieron en el lugar en que Natividad Aguilar y sus compañeros habían combatido, se encontraron con un doloroso e inesperado cuadro: cubiertos de sangre y tierra, se encontraban aquellos venerables cadáveres con huellas evidentes, o de suplicios que les dieron antes de morir, o de la saña que sobre ellos desahogaron, ya difuntos: algunos tenían cortadas las orejas; otros, arrancada la piel de las manos, pies y rostro, como que habían sido arrastrados sobre las duras piedras, y dos estaban casi despedazados, del pecho y el vientre, como si sobre ellos hubiesen los enemigos hecho bailar sus caballos.

Días antes de este episodio, Zeferino Olivares, uno de aquellos nueve valientes, había dicho a sus compañeros: "Cuando yo muera, busquen mi máuser cerca de donde quede mi cadáver, porque, con la ayuda de Dios, esta arma no caerá en poder de los enemigos". Y así fue: casi a un paso de donde yacía muerto, se encontró sepultado el rifle, con el casquillo del último cartucho quemado, aún dentro de la recámara, seña evidente de que aquellos macabeos lucharon hasta que quedaron absolutamente sin parque. Este rifle era uno de aquellos 5 rifles alemanes regalados por el Sr. Schonduve.

Recogidos los cuerpos exánimes, fueron conducidos a Zapotitlán, Jal., y colocados así, en aquel estado, en un pequeño cuarto de la casa que al llegar les había servido de cuartel; porque el sobresalto y el temor de un nuevo ataque eran tan grandes, que no se pensó sino en activar su sepultura.

Tan chica estaba aquella estancia, pobre y desmantelada hasta el extremo, que puestos los cadáveres en el suelo, en hilera y uno al lado del otro, casi la llenaban y no quedaba libre sino un pequeño espacio, a los pies.

Jamás el que esto escribe había visto una multitud tan llena de amargura. La angustia de la huída de Caucentla era muy inferior a ésta. Nunca, en ninguno de los combates, habían muerto tantos como en aquel día; nunca las víctimas habían excedido de tres o cuatro. La muerte de un libertador era la muerte de un hermano, pues así se consideraban y se querían, y en este triste día no eran simples guerreros los que allí estaban muertos y despedazados; eran Natividad, el jefe que tanto estimaban, y ocho de los más valerosos, pertenecientes al núcleo primitivo y principal.

La multitud invadió en un momento el frente de aquella casa; todos pugnaban por ver, al menos por un momento, los despojos venerables de los héroes cristianos. Abriéndose paso y llevando en sus brazos a sus hijos, llegaban desoladas las esposas y las madres hasta los pies yertos de las víctimas, y allí, de rodillas, mujeres y niños, asiendo entre sus manos aquellos pies helados, sucios y ensangrentados, ponían sobre ellos su cara bañada en llanto, como si quisieran con sus besos y el calor de su alma, infundir nueva vida a esos seres queridos... Muchos, aun de los simples circunstantes, los besaban también con veneración. Todos lloraban: con recio llanto los niños; con grandes y amargas lágrimas las mujeres, y los hombres, también con los ojos enrojecidos, sentíamos despedazado el corazón.

Pero entre las lágrimas se elevaban al cielo continuas plegarias,

la multitud rezaba a una voz, y el himno bendito de sus horas de fervor religioso y de esperanzas resonaba también en dramático contraste:

¡Tú reinarás! Este es el grito
Que ardiente exhala nuestra fe:
Tú reinarás, oh Rey bendito,
Pues Tú dijiste: Reinaré.

Capítulo VIII

SIN PARQUE. VICTORIAS INCREIBLES. LAS "JUPIAS". HAMBRE Y FRIO

LA FIESTA DE MARIA AUXILIADORA

Dos días más tarde era la fiesta de María Auxiliadora: aquel día debía ser especialmente grande para los libertadores, quienes tuvieron función religiosa y recibieron todos en ella a su Capitán y Rey Supremo, que en el Sacramento de la Eucaristía les infundía consuelo y vida. El padre Don Enrique de Jesús Ochoa —su capellán— les predicó de la Virgen María, Auxilio y Madre de los cristianos perseguidos; les habló de la sublimidad cristiana del dolor, de la grandeza del cielo.

Aquellas almas quedaron un tanto consoladas; la palabra divina había sido gota de miel y bálsamo para los corazones y, aunque a continuación siguió la prueba, ésta se soportó con fortaleza y grande fe.

No se terminaba aún la acción de gracias después de la Misa, cuando he aquí que se presenta un enviado anunciando que, procedente de Colima, se acercaba el enemigo por el lado sur.

La orden del coronel Antonio C. Vargas resonó al momento ordenando la salida; los caballos fueron ensillados y, aunque casi no se tenía parque, en el nombre de Dios y confiando en El, se salió al encuentro del enemigo en precipitada marcha de casi un no interrumpido galope, para llegar antes que él a la barranca de Alcececa y ganar posiciones. Nadie tenía miedo en aquel día. "Hoy es día de María Auxiliadora, decían, y nada podrá el enemigo contra nosotros". Les acompañó, no sólo para infundirles aliento, sino porque lo creyó un deber, su Padre capellán.

COMBATE GLORIOSO: VEINTE CONTRA QUINIENTOS

Entretanto las fuerzas callistas, en número como de quinientos soldados, peleaban en la ranchería de Huizome, Jal., con el jefe libertador Marcelino Ramírez, que, al frente de unos veinte soldados cristeros, detuvo el avance del perseguidor, a quien hizo más de treinta bajas. Por parte de las fuerzas cristeras, no hubo ni un herido siquiera.

Rechazados los callistas descargaron su venganza contra la misma ranchería: sus habitantes tuvieron que huír a los barrancos y todas las casas fueron incendiadas.

QUINCE CONTRA QUINIENTOS

Al día siguiente, el enemigo se avistó por lados opuestos; los que por el lado sur iban de Colima y habían sido detenidos por las fuerzas cristeras de Marcelino Ramírez, tomaron el camino del Nevado para trepar por sus faldas y luego descender a Zapotitlán, Jal., por el oriente.

En las faldas occidentales del Nevado se encontraba el jefe libertador Ramón Cruz, quien, como no tenía sino únicamente carabinas de cacería, ya casi sin parque, vivía en aquellas faldas elevadas con el fin de no verse obligado a combatir con el enemigo a cada momento. Pero en aquella mañana el enemigo avanzaría por ahí y había que luchar, puesta la confianza en Dios. Se escogió el lugar a propósito y se esperó el momento oportuno.

Entretanto las filas enemigas, fuertes en cerca de quinientos hombres, subían. Tomaron el fondo de una pequeña barranquilla, cu-

bierta por el espeso bosque, y, haciendo gran algarabía que se escuchaba a distancia, avanzaban sin cuidado. Los libertadores no pasaban de quince y ninguno de ellos contaba con más de ocho cartuchos: ¡Dios proveería!

En silencio, invocando al Señor Dios, que da el triunfo en las batallas según sus designios, seguían esperando... El ruido se acercaba; luego, apareció la columna, a cincuenta metros de distancia. Siguieron esperando, y los soldados callistas avanzando y jactándose en voz alta de todas las iniquidades que habían cometido en Huizome, Jal., el día anterior, y gozando de antemano con lo que esperaban hacer en Zapotitlán, Jal.; pero la Mano de Dios estaba allí, marcando un límite y, cuando ya estuvieron a seis u ocho metros de distancia de los libertadores, resonó de improviso el ¡Viva Cristo Rey! de los cristeros, tan espantoso para los soldados de la persecución, en tanto que una descarga uniforme hacía caer por tierra a más de una docena de soldados callistas. A continuación, una segunda, y luego una tercera. La fuerza del combate duró breves minutos, y en ellos la sangre de los perseguidores corrió por el suelo, pues fueron más de sesenta los que perecieron.

Cuando los soldados cristeros de Ramón Cruz dispararon el último cartucho, escaparon por entre la espesura del bosque, completamente ilesos.

VICTORIA DE COPALA, JAL.

Entre tanto el Gral. callista Manuel Avila Camacho, a quien los libertadores habían derrotado en Santa Elena tres días antes, reforzado y rehecho, hacía una nueva tentativa por llegar a Zapotitlán, Jal., ahora por el camino de Copala, Jal., pueblecito que se encuentra al noroeste. Allí trabó combate con el capitán libertador Justo Díaz, quien, al frente de unos 20 soldados suyos, derrotó a las fuertes columnas enemigas, haciéndoles como veinte o veinticinco muertos. Por parte del capitán Díaz, sin novedad.

Con estas dos últimas derrotas infligidas a los callistas al mismo tiempo y en rumbos opuestos, decidieron éstos retroceder y desistieron, por lo pronto, de avanzar sobre el católico pueblo de Zapotitlán, Jal.

Las fuerzas de Jalisco retrocedieron a San Gabriel y Sayula, y las de Colima regresaron a su cuartel de procedencia, ambas duramente escarmentadas, pues entre muertos y heridos, sufrieron más de 300 bajas en los cinco combates que hubo que librar.

En cambio, por parte de los cristeros, casi sin elementos de guerra, no hubo sino los nueve muertos y el herido del grupo de Natividad Aguilar, en el combate del domingo 22, en Santa Elena.

FATAL ESCASEZ DE MUNICIONES

Mas los libertadores, en tanto, ya estaban materialmente desprovistos de elementos de guerra, y en esas condiciones no podían permanecer reunidos en Zapotitlán, Jal.; era menester diseminarse en pequeños grupos y permanecer ya aquí, ya allá, al uso del jefe cristero Ramón Cruz que habitaba en los bosques de las faldas occidentales del Nevado, para evitar los frecuentes y fuertes combates que en aquellas condiciones no era posible afrontar.

Esta falta de parque era la más grande pena de los libertadores y el origen de las demás. Se dio el caso de que, estando rodeados de enemigos, el cristero que más parque traía no contaba sino con cinco o seis cartuchos. ¿Qué hacer en tales circunstancias, sino correr y más correr y vivir siempre vida de agustia y sobresalto?

María Guadalupe Guerrero, la intrépida señorita que desafiando los peligros había provisto a los cruzados en Caucentla, ya no pudo venir a Colima, pues tuvo que salir de Jalisco, porque, descubierta, la perseguía tenazmente el Gral. callista J. Jesús Ferreira. Fue la época de las "jupias", decían ellos, esto es, de las huídas y dispersiones forzadas y violentas.

LA FORZADA DISPERSION

Así cada quien se dispersó por donde pudo: los soldados de Caucentla, a cuyo frente quedó Aurelio Rolón, como jefe inmediato

después de la muerte del ínclito cristero J. Natividad Aguilar, se refugiaron en las alturas de Cerro Grande; Ramón Cruz, en las faldas del Nevado; las fuerzas de Norberto Cárdenas se dividieron en dos fracciones: una, que quedó a su cargo inmediato, vivió casi en la cima de la colosal montaña del Volcán de Fuego y el Nevado, y otra, al mando de Andrés Navarro, muy valiente libertador, que pasó este tiempo en las cercanías de Zapotitlán, Jal. Los demás núcleos permanecieron en sus propias regiones, llevando, no obstante, vida muy semejante a la de sus compañeros.

Las familias formaron entonces tres grupos principales: unas, en la serranía de los volcanes en la meseta de la Ocotera Amarilla, a más de 3,000 metros de altura, en donde Norberto Cárdenas tenía su campamento; otras, en el Cerro Grande, en el campamento de La Añilera, en donde se estableció Aurelio Rolón, y otras, casi en las cumbres del Nevado, en un barranco horriblemente helado, llamado de las "Cuevas Pintas", a mayor altura aún que el cráter del Volcán de Fuego, en donde se estableció Ramón Cruz. En estos tres campamentos; pero principalmente en el último, el frío es intensísimo, pues se encontraban ya a cerca de 4,000 metros sobre el nivel del mar. ¡Cómo partía el corazón ver, en medio de andrajos, casi sin ropa, a los niños y a los ancianos! ¡Con qué pena se contemplaba a los libertadores, temblando de pies a cabeza por el frío, buscando el primer rayo del sol por la mañana, o poniéndose al lado del fuego para mitigar un poco el rigor del no interrumpido invierno!

Antonio C. Vargas, que había quedado al frente de la jefatura cristera, sustituyendo a Dionisio Eduardo Ochoa, se marchó a Cerro Grande con parte de los libertadores de Caucentla; Rafael G. Sánchez quedó en Zapotitlán, y el Padre capellán don Enrique de Jesús Ochoa estaba unos días en un grupo y otros en otro, auxiliándolos espiritualmente, consolándolos en sus angustias y llevando, en fuerza de las circunstancias tremendas de aquellos días, una vida muy semejante a la de los cristeros: privaciones, hambres, fríos, huídas; con sus huaraches y su sombrero de zoyate; su calzón de manta, enlodado y sucio como los demás; su camisa pobre y su gabán de lana oscura. ¡No era posible de otra manera! Mas esto, lejos de mermarle respeto y cariño, entre aquella heroica muchedumbre, le conquistó muy alta estima y una muy grande veneración: ¡Le quisieron y veneraron todos como a verdadero padre!

Fue en este tiempo cuando los sufrimientos todos, físicos y morales, se recrudecieron.

Hubo un temporal de aguas muy nutrido, que fue preciso resistir sobre las espaldas; pues no había, de ordinario, ni un jacal, ni una cueva siquiera para defenderse de la lluvia.

Carentes en su mayoría inmensa, de un segundo cambio de ropa, tenían que conservar la única ropa que tenían sobre el cuerpo, mojada a diario, fuese de día o de noche, hasta que con el propio calor llegaba a secarse. Se tenía que dormir sobre el vil suelo de la montaña, a cada momento bajo la lluvia, con el agua que no sólo corría a los pies, porque se estuviese de pie, sino bajo la espalda cuando, rendido de cansancio el heroico cristero, se veía precisado a tenderse sobre la tierra. Como tormento principal estaba el enemigo, a quien no se podía hacer resistencia porque no había parque; pero la ayuda de Dios fue tan grande para con los cristeros, que si milagrosa pareció en los cuatro primeros meses de organización, más notable fue en estos tiempos de prueba. ¡Cuántas veces fueron completamente bañados por las balas del callismo, sin que se lamentara siquiera un herido!

LOS GRUPOS MENOS PROBADOS POR EL DOLOR

Los únicos de nuestros libertadores que no pasaron por esta crisis de atroces sufrimientos, fueron los del capitán Jesús Peregrina, en Cerro Grande, y los de la región del Naranjo.

J. Jesús Peregrina tenía su campamento en El Cóbano, al pie de Cerro Grande, en un excelente lugar, defendido naturalmente por un magnífico valladar casi infranqueable en tiempo de aguas: El Río Armería.

Allí se conservó el aliento en medio de la tribulación y fue ese

núcleo, por aquellos días, el mejor organizado, aunque, confesando la verdad, en cuanto a espíritu fervoroso y genuinamente cristiano, no estaban por entonces a la altura de sus hermanos del Volcán.

SALAZAR. BATALLA DE LOS SIN CAMISA

Respecto a Andrés Salazar, aquel valiente que después del combate de Caucentla había atacado Villa de Alvarez con el objeto de distraer la atención del enemigo, para que las familias que huían pudieran gozar un poco de reposo, siguió durante algún tiempo trabajando con entusiasmo, mientras la crisis no se acentuó y tuvo cartuchos para pelear.

Una de sus acciones distinguidas de esos días fue la del 17 de mayo en que atacó a los agraristas armados que estaban en El Remate. El combate fue singular y arriesgado: singular, porque como los agraristas vestían al igual que los cristeros, a saber: camisa, calzón blanco y sombrero de palma, tuvieron los libertadores que escogitar algo bastante visible, que los distinguiese, y como no tenían nada extraordinario qué ponerse, les fue preciso quitarse alguna prenda del vestido, y con calzones únicamente, sin camisa, en medio de una lluvia helada, empezaron a pelear.

Fue el combate arriesgado, porque los agraristas estaban en magníficas posiciones de defensa, de las cuales no se logró sacarlos. De ellos hubo tres muertos y dos heridos; de los libertadores un muerto.

CONCENTRACIONES

Después de esta acción, Salazar con los suyos se internó en la región sur de Cerro Grande, compuesta en su mayor parte por abruptos y prolongados cañones. En esta su gira, a través de aquellas serranías, aumentó notablemente el número de hombres a su mando, pues se le fueron adhiriendo los pequeños grupos que había por ahí diseminados.

De esta suerte, multiplicadas las fuerzas de Salazar, con objeto de hacer más fácil la subsistencia y de trabajar mejor, se dividieron temporalmente en dos grupos: uno, al mando personal del mismo Andrés Salazar, pasó a la región norte de la ciudad de Colima; el otro, a cargo inmediato de José Gómez, lugarteniente suyo, permaneció en el sur del Estado.

Las tropas de Salazar, ya aquí, ya allá, rehuyendo los encuentros con el enemigo, por escasez de municiones, lograron permanecer en sus regiones de Chiapa y Potrerillos.

José Gómez en cambio, en las cercanías de Cuyutlán, sufrió duramente la persecución de las fuerzas federales, recibiendo muy serios descalabros a mediados de junio; razón por la cual sus soldados se dispersaron y de él, después de una derrota tenida en Periquillo, no se volvió a tener noticia cierta. Aún hay más: mucho se habló, al desaparecer, de la falta de lealtad y honradez de este capitán.

Poco a poco, después de tales descalabros, estos cristeros deshechos y en gran parte descorazonados, se fueron reconcentrando y reuniendo con su jefe Salazar en el cuartel de las faldas sur del Volcán de Colima.

Capítulo IX

UN OASIS

LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON

EN TAN PENOSAS CIRCUNSTANCIAS se acercó la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, la fiesta de Aquel por quien se sufría y luchaba, y era preciso celebrarla con el mayor esplendor. El pueblo de Zapotitlán, Jal., estaba aún bajo el control libertador y todos pusieron sus ojos en él para que fuese el lugar donde se reunieran todas las fuerzas cristeras de la región. La fiesta del Sagrado Corazón sería el 25 de junio.

Los libertadores de Aurelio Rolón, de Justo Díaz y de Andrés Navarro concurrieron oportuna y voluntariamente. Aun los cruzados que comandaban Ramón Cruz y Norberto Cárdenas y cuyos campamentos estaban en las altas faldas del Nevado, asistieron a la cita para rendir sus homenajes al Rey.

El pueblecito se engalanó; las familias que, como se dijo ya, habían dejado Zapotitlán y habitaban en las lomas y barrancos para defenderse mejor de la furia satánica de los perseguidores, volvieron ese día a sus casas, que adornaron con ramas verdes, festones y banderas.

Amaneció el día 25, día de la solemnidad. Los soldados libertadores, desde hacía dos días, se habían ido preparando espiritualmente, recibiendo el Sacramento de la Penitencia.

En un portal de la plaza, para que pudiese encontrar espacio la inmensa muchedumbre de pueblo y de cristeros, se colocó un hermoso altar con la imagen del Corazón de Jesús. La alegría se retrataba en el semblante de todos. Las campanas del templo parroquial, mudas desde hacía tanto tiempo, se echaron a vuelo anunciando la fiesta. La plaza del pueblo, como si fuese un anchuroso templo que tuviese por bóvedas el cielo, estaba pletórico de gente venida aun desde lugares distantes. La Misa fue solemnísima; sobre una alta tribuna improvisada a manera de púlpito para poder ser oído de todos, el capellán de las tropas, Padre don Enrique de Jesús Ochoa, pronunció fervoroso panegírico del divino Corazón de Jesús. El coro fue desempeñado por un grupo de seminaristas, y, a la hora de la comunión, se acercaron, soldados y pueblo, a recibir a Jesús Sacramentado. El corazón de los cristeros latía fuertemente, su rostro estaba inundado de alegría; en aquel momento no había penas. ¡Jesús los inundaba de fervor! Al terminar, de pie la multitud, con las notas del Himno Nacional, cantó enardecida la siguiente adaptación:

CORO

Mexicanos, furioso el averno
A esta Patria sus huestes mandó.
Venceremos a todo el infierno
Con la Reina que Cristo nos dio.

ESTROFAS

I

Ciña, oh Patria, tus sienes, de oliva,
De la paz el Arcángel divino;
Que en el cielo tu eterno destino
Por el dedo de Dios se escribió.

Mas si intenta un infame enemigo
A tu Cristo arrojar de tu suelo,
Piensa, oh Patria querida, que el cielo
Un cristiano en cada hijo te dio.

II

En sangrientos combates los viste,
Por tu amor palpitando sus senos,
Arrostrar la metralla serenos
Y la muerte o la gloria buscar.

Tú les diste la fe con la vida,
Tú trazaste la Cruz en su frente,
¿No sabrán resistir al que intente
Esa Cruz, de tus hijos borrar?

III

Antes, Patria, que viles, tus hijos
De la fe de sus padres renieguen,
Tus campiñas con sangre se rieguen,
Sobre sangre se estampe su pie;

Y sus templos, palacios y torres
Se derrumben con hórrido estruendo,
Y sus ruinas existan diciendo:
¡De la Virgen, el Reino aquí fue!...

IV

Si a la lid contra hueste enemiga
Nos convoca la trompa guerrera,
De Iturbide la sacra bandera,
Mexicanos, valientes, seguid;

No la enseña fatal rojinegra,
Cual formada de sangre y de sombra,
Que no puede servir ni de alfombra
¡Al corcel del cristiano adalid!

V

Vuelva dulce a los patrios hogares
La esperanza inmortal de la Gloria...
Que sin ella, será nuestra Historia
La del vicio y del crimen nomás.

Y revivan en todos los pechos
Las cristianas costumbres piadosas:
Que no cierren su cáliz las rosas
¡Que a la Virgen le dio el Tepeyac!

VI

El que al golpe de ardiente metralla,
De su Cristo en las lides sucumba
Obtendrá aquí en la tierra una tumba
Donde brille de Cristo la luz.

Y de Iguala la enseña querida,
A una espada sangrienta enlazada,
De laurel celestial coronada,
Formará de su tumba la cruz.

VII

¡Patria! ¡Patria! Tus hijos te juran
Ser de Cristo hasta el último aliento;
¡Ni la cárcel, jamás, ni el tormento
Lograrán arrancarnos su amor!

Para ti las guirnaldas de oliva;
De la Iglesia inmortal, la victoria;
Para Cristo, el honor y la gloria,
Para ellos... ¡Martirio... Dolor!...

(Letra de V. M. Camacho, propagada por la Liga N. Defensora de la Libertad Religiosa en México).

LA FIESTA DE LOS SEMINARISTAS

Dos días más tarde, los seminaristas tuvieron su fiesta especial; era el aniversario de su Consagración al Sagrado Corazón de Jesús. Un año hacía habíanla celebrado en Tonila, Jal., bajo las anchas bóvedas del Templo Parroquial; hoy la celebrarían bajo los pinares de la montaña.

Se eligió un lugar solitario, al pie de las faldas occidentales del Nevado, para evitar todo motivo de inquietud.

El día 26 estuvieron en retiro espiritual. El día 27, su gran día: la Santa Misa y, después de ella, Jesús Sacramentado permaneció en el humilde altar, improvisado dentro de una rústica ermita construida con madera y zacate. Mas si rústico era el local, desmantelado y pobre, de muy subidos quilates era el oro del fervor y amor a Cristo. Jamás, dentro de los muros del colegio, en tiempo de paz, se había visto tanta devoción. Los jóvenes eran pocos, es verdad, siete u ocho, aquellos que, siendo de las filas de los libertadores, no se encontraban en regiones muy distantes; mas ellos, en representación de todos, divididos en dos o tres grupos que se estuvieron turnando, formaron una no interrumpida guardia de adoración a Jesús Sacramentado. Pasaron la noche al pie de aquel pequeño Sagrario acompañados de otros muchos cristeros, entre ellos Víctor García, entonces simple soldado raso, y Juan González, quienes más tarde fueron figuras destacadas en las filas del regimiento cristero de Andrés Salazar. Además del Padre Ochoa, estaba el Párroco de Tolimán, J. Félix Ramírez y Jiménez.

Fue noche de solemne adoración; las oraciones recitadas en coro, los fervientes actos de desagravio, no dejaron de escucharse en medio del silencio majestuoso de aquellas soledades, en otro tiempo inhabitadas; las notas de los himnos religiosos, unidas al silbar de los pinos, se oían muy a lo lejos, en las serranías. Al día siguiente, celebrada la Santa Misa y distribuida la Sagrada Comunión, los jóvenes seminaristas y los cristeros restantes volvieron a sus campamentos respectivos.

Capítulo X

EL REGRESO DEL GENERAL DIONISIO EDUARDO OCHOA

"EL REFUGIO"

En la madrugada del lunes 25 de junio, como se vio en el Capítulo V de esta Sección Tercera, el general Ochoa, en compañía de Jerónimo Zamora, llegó a la ranchería de Buena Vista. Después de arreglar algunos asuntos relacionados con la compra de elementos de guerra, ya que se encontraba a inmediaciones de la ciudad de Colima, pasó a la región del Volcán, tan grata para él. Ya ahí, por las faldas orientales, no había ningún campamento de soldados cristeros. Carentes de municiones y bajo un muy nutrido temporal de lluvias, se habían remontado —como se dijo— a las altas cimas de las montañas —el Volcán y Cerro Grande—, para ponerse un poco a salvo de los ataques del enemigo que no había amainado en su intención de borrarlos y aniquilarlos por completo. De aquí que, al volver el jefe Ochoa, tuvo que subir hasta la Ladera Grande del Volcán, en donde se encontraban el "tío Carmen" y "la tía Nacha", los mismos esposos que, en los días venturosos de Caucentla, habían acogido, en sus ranchitos humildes y bajo una enramada construída especialmente para ello, a él, el jefe del Movimiento y a sus compañeros que habían ido de Colima a organizarlo, y aun se habían echado a cuestas, con magnanimidad paternal, el problema de su alimentación y cuidado.

Ladera Grande es la última y más alta de las estribaciones de

la serranía del Volcán, por el lado oriental. Tras de ella, casi ya al pie del cono, en el cañón de un arroyo, a más de 3,000 metros de altura, se instalaron don Carmen y doña Nacha, con grandeza cristiana difícilmente superable, bajo una ramadita endeble, para que pudiesen tener allí algún refugio, en los días de mayores angustias, los soldados cristeros, y los heridos y enfermos encontrasen repecho y asilo. Dionisio Eduardo Ochoa bautizó aquel lugar de la montaña con el nombre de campamento de "El Refugio". Además de la ramadita de don Carmen y doña Nacha, había tres chocitas de zacate, tan estrechas y bajas, que en dos de ellas no cabía uno de pie, ni siquiera bajo el caballete.

EN BUSCA DEL JEFE

Entretanto, sin saberse en Zapotitlán, Jal., el regreso del general Ochoa y agravándose cada vez más la situación, humanamente desesperante, de los soldados libertadores y sus familias, situación provocada, no sólo por los sufrimientos físicos sino, ante todo, por la carencia de su jefe, el general Ochoa, de acuerdo con su Padre Capellán, se decidieron los jefes cristeros Andrés Navarro y Norberto Cárdenas a ir en su busca, si necesario era hasta Coalcomán, Mich., para exponerle, no ya lo que se estaba sufriendo en cuanto a frío, hambre, carencia de elementos de guerra, etc., sino, sobre todo, por la relajación de la disciplina, propiamente por la falta de él, el jefe. Antonio C. Vargas —el segundo de Dionisio Eduardo Ochoa— no tenía, no obstante su arrojo, su valentía, el don de hacerse seguir y obedecer, con el cariño y buena voluntad con que todos seguían al general Ochoa y, además, él se encontraba en los campamentos del jefe J. Jesús Peregrina, en Cerro Grande. Y, aunque el Padre Capellán no cesaba de alentarlos, procurando sostenerlos en la dura prueba, el Padre, aunque hermano de Dionisio Eduardo Ochoa, era solamente el Padre, el Padre Capellán y no el jefe. Y ahí era necesario, imprescindible, que de nuevo estuviese el jefe para que ordenase lo conducente y reuniese a los dispersos.

De esta suerte, en la madrugada del 5 de julio, dispuestos a ir, en nombre de Dios, hasta donde fuere necesario, salieron de Zapotitlán, Jal., tomando el camino de las faldas occidentales del Nevado, atravesando barrancos y selvas casi vírgenes, para evitar algún encuentro con el enemigo, el Padre Capellán don Enrique de Jesús Ochoa y los jefes cristeros Norberto Cárdenas y Andrés Navarro con sus respectivos soldados. Iban, además, José Verduzco, Marcos Torres, Herón Montaño, Juan Hernández, Emilio Avalos, Juan Zamora y otros estudiantes que, dispersos en distintos lugares, se habían concentrado en Zapotitlán, Jal., para la fiesta del Seminario, celebrada el 27 de junio, y un chico de las Vanguardias de la A.C.J.M. de Comala, Nicolás Araiza.

Mojados por la lluvia que había caído, cansados y con hambre atravesaron, ya como a las 9 de la noche, por la cuchilla de El Borbollón. Allí había, en donde más tarde fue el célebre cuartel cristero de El Borbollón, bajo unos encinos, dos ranchitos con una tiendecita de montaña, alumbrada con un mecherito de petróleo. Allí compraron algo de cafe y unas cajetillas de cigarros. Una hora más tarde, llegaron a la Mesa de la Yerbabuena, en donde se pasó la noche.

A la mañana siguiente se continuó el camino y, por la empinada cuesta de El Cordobán, principió a escalarse la serranía del Volcán. Cuando llegaban a la cima de esa cuesta, un soldado cristero que bajaba por la misma vereda, dio la noticia al Padre Capellán y soldados libertadores que subían, de que allí en el Volcán, en el campamento de "El Refugio" estaba, desde hacía tres días, "el Jefe don Nicho"; que estaba llagado y herido de las piernas por golpes que se había dado en un combate y que caminaba con dificultad; que esperaba aliviarse un poco para seguir hasta Zapotitlán, Jal.

La alegría de los cristeros fue grande. Dos o tres horas más tarde se llegaba al campamento de "El Refugio", en Ladera Grande.

Y Dionisio Eduardo Ochoa, con arrestos de hombre de grande fe, tomó de nuevo las riendas de los grupos cristeros de los Volcanes.

La situación era, en verdad angustiosa: a la falta de parque, al frío y a la lluvia se unía el hambre: el que faltasen las tortillas y la sal era cosa casi ordinaria; en gran número de ocasiones no había otra cosa, como alimento del día, que unos tragos de caldo, hecho con algún pedazo de carne vieja, mal oliente y aun con gusanos, sin sal ni nada que le diese buen sabor. Hubo ocasiones en que un mismo hueso, ya descarnado, seco y hediondo, se estuvo hirviendo durante varios días. ¡El agua que con aquel hueso se cocía era el caldo con que se alimentaban los abnegados luchadores! Multitud de veces sólo guayabas silvestres hubo para comer y hubo ocasiones en que no se tuvo ni siquiera agua, y esto en medio de las fatigas de una dura caminata por las montañas, o de un rudo combate.

La ropa de muchos se había convertido en miserables andrajos y todos —aun los jefes, aun el venerado Capellán— vivían completamente sucios. El blanco de las prendas de vestir se había hecho bermejo y, no por desidia, sino por falta de jabón y oportunidad para lavarla: sólo de cuando en cuando bajaban en grupos a los arroyos, para bañarse ellos y lavar su ropa, en verdad con gran zozobra, por la multitud de enemigos que no cesaban de acecharlos y perseguirlos.

Como resultado de tanta miseria, los inmundos parásitos, los piojos blancos, pululaban en el cuerpo de todos.

Durante este tiempo, el general Amaro, el sanguinario Secretario de Guerra, estuvo en Colima y, con él, su flotilla de aeroplanos provistos de ametralladoras y bombas explosivas. Y, para hacer todavía más terrible la prueba, el hipócrita y mil veces detestable perseguidor, al mismo tiempo que perseguía con furia infernal, halagaba, adulaba e invitaba a nuestros héroes a que depusieran las armas.

A pesar de tanto sufrimiento, cuando en verdad era explicable

una honrosa capitulación, los viriles, los bravos libertadores de Colima, arrojaron a la faz del Secretario de Guerra este hermoso manifiesto que hace brillar aún más el temple de alma de aquellos héroes. Su redacción fue obra del propio jefe de las fuerzas cristeras de Colima, Dionisio Eduardo Ochoa.

PROCLAMA CRISTERA

A LA NACION

"Seis meses hace que, invocando el Santo nombre de Dios, nos lanzamos a la lucha por la más noble de las causas. Seis meses de privaciones y fatigas; pero de honor y gloria para el Movimiento Nacional Libertador.

La tenaz persecución de los mútiples y corrompidos generales callistas que han pretendido exterminarnos, nada ha podido contra nuestras fuerzas. Los 'terribles bombardeos' deben sembrar el terror entre los soldados gobiernistas que venden sus conciencias y sus vidas por un mendrugo de pan; no entre los patriotas soldados nuestros que luchan por firme convicción y con fe sincera. Las difamaciones y calumnias, las falsas noticias propaladas por el gobierno, son el medio que resta a los que no ampara ni la razón ni la fuerza. El que el propio Secretario de Guerra y Marina, general Joaquín Amaro, haya dirigido personalmente la campaña en nuestra región; el que hayan usado en contra nuestra cuantos elementos de guerra posee el llamado gobierno, nos honra y enaltece; pero el que se nos haya mandado ofrecer repetidas veces el indulto con halagadoras ofertas, nos llena de justa indignación, por lo que protestamos con toda el alma. Pretenden igualarnos a los militares sin conciencia y sin honor que sostienen el nefando régimen del general Calles.

Los trabajos y fatigas del soldado, el dolor de los heridos y la muerte de algún hermano, sólo han podido acrecentar el amor de nuestros heroicos soldados hacia nuestra santa causa, por la que han dejado su familia y todos sus intereses materiales; han visto tranquilos arder sus humildes chozas, destruir el pequeño patrimonio de sus hijos, violar sus hogares, sintiendo hondamente todas las penalidades, pero sin dejar escapar de sus labios un lamento; antes bien gozando de la íntima felicidad que proporciona el cumplimiento del deber, del que

todo lo deja por un bien superior: la libertad de la Patria. No somos serviles como ellos; tenemos el orgullo de ser hombres de honor; mexicanos conscientes de nuestros deberes y amantes de la Patria; católicos de convicción que no toleramos se nos ultraje en lo más sagrado. No nos mueve un ciego fanatismo, un entusiasmo loco, mezquinos intereses o una sucia política; hemos visto el deber de oponernos a la ruina nacional. Hemos examinado detenidamente el plan y el programa del Movimiento Nacional Libertador, al publicarse la primera proclama del señor René Capistrán Garza, y lo acogimos con toda el alma.

No estamos solos, la Nación entera se agita por librarse de sus tiranos, quienes no muy tarde caerán para siempre ante la razón y la fuerza de todo un pueblo que reclama su libertad. Nuestros heroicos soldados han jurado con nosotros luchar hasta vencer o morir, y sabremos, con la ayuda de Dios, cumplir nuestro juramento, ofreciendo gustosos, si es necesario, nuestra propia sangre para lavar las manchas nacionales. No nos arredra el dolor ni la muerte; no nos aterra el fragor del combate, y mucho menos nos seducen con sus vanas ofertas. ¡Estamos de pie! Lucharemos sin descanso hasta obtener el triunfo; preferimos mil veces la muerte que la vergüenza de abandonar el campo del honor y del deber haciéndonos cómplices de la ruina de la Patria.

En las faldas del Volcán de Colima, a 5 de julio de 1927.

En nombre propio y de todos los oficiales y soldados del Ejército N. L. perteneciente a la división del Estado de Colima, y S. O. de Jalisco.

Rafael G. Sánchez, Dionisio Eduardo Ochoa, Antonio C. Vargas, Miguel Anguiano Márquez, Andrés Salazar, Norberto Cárdenas, Ramón Cruz, Marcelino Ramírez, Plutarco Ramírez, Hermenegildo Maldonado, Manuel C. Michel, J. A. Rodríguez, J. Jesús Peregrina, Andrés Navarro, Melesio Padilla, Justo Díaz, Candelario B. Cisneros, Marcos Torres, Leocadio Llerenas.

Esta proclama circuló con profusión, impresa en mimeógrafo, no sólo en la ciudad de Colima, sino en todos los poblados y campamentos cristeros de la región.

Esos días de permanencia en el campamento de El Refugio los empleó el jefe, general Ochoa, en el problema de reorganización. Citó a todos los que en esas regiones orientales del Volcán se encontraban, a una junta que tendría verificativo en el antiguo cuartel de Caucentla, en la tarde del domingo 10 de ese mes de julio.

No obstante la inclemencia del tiempo, porque ese domingo estuvo lloviendo casi sin cesar, y la carencia de ropa con que defenderse y de techo alguno, hubo, conforme a la cita, una grande concentración.

Habló el general Dionisio Eduardo Ochoa, en aquella concentración, a la intemperie y bajo la lluvia, con su característico fuego. Les encareció, sobre todo, grande fe, valor y conducta digna. Les habló de la proclama por él redactada y que ya habían principiado a firmar los primeros jefes cristeros, y les despidió.

En el rostro de todos estaban pintados el hambre y los sufrimientos; pero, como efecto de aquella junta, se dibujaba en sus ojos la alegría y la esperanza. Los vestidos sucios, rotos. Muchos hombres no llevaban sino andrajos que mal cubrían sus cuerpos, pero de nuevo prometían, con fe, continuar la lucha hasta "vencer o morir". Entre éstos, iba la *Chiva* —Nacho Velasco—, el único que restaba de aquellos 5 choferes del sitio "Independencia" de Colima, que se habían dado de alta en el Movimiento Cristero. *Cajetas* había muerto en el combate de allí, de Caucentla, el 27 de abril, y los otros habían defeccionado. Iba con la cabeza amarrada con un pañuelo y con semblante de enfermo.

—*Chiva*, ¿tú eres? —le dice el Padre Capellán.

—Sí, Padre, yo soy.

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

—Tengo fiebre desde hace varios días.

—¿Fiebre?

—Sí, Padre; tiénteme.

El Padre cogió una de las manos de Nacho y luego tocó su frente.

En realidad, tenía fiebre y alta. Y allí se estaba a la intemperie, bajo la lluvia y sufriendo el frío.

—Pobre *Chiva*. Te vas a aliviar, ya lo verás —dice el Padre.

Y le dio unos comprimidos, 5 ó 6, no más —que llevaba en su garniel— de "Fitinato de quinina" Ciba, que entonces se usaban mucho.

Aquello, de por sí, no hubiera sido suficiente para cortar una fiebre palúdica, pero Dios obraba muchos prodigios en favor de sus cristeros.

Al día siguiente, Nacho Velasco amanecía ya sin calentura.

Se concentraron también y recibieron órdenes, los jefes Andrés Salazar, Andrés Navarro y Norberto Cárdenas y principió a planearse la marcha sobre Zapotitlán, Jal., con miras a reorganizar aquellos grupos diseminados y tan duramente azotados por el sufrimiento.

También durante esos días que se estuvo en el campamento de El Refugio y propiamente el día 6, fue constituído Marcos Torres jefe cristero, y se le señaló, como campo ordinario de operaciones, la región de Chiapa, Col. Marcharon con él Juan Hernández, Herón Montaño, Enrique Velasco, Nicolás Araiza, que propiamente era un niño y otros dos o tres más.

Fue en esos días tomado prisionero Saturnino Ponce, el hombre que se había vendido a los enemigos cuando el combate de Caucentla y, sirviéndoles de guía, los había llevado por una toma de agua hasta la loma de El Gachupín, a espaldas del cuartel de Caucentla, con lo cual los cristeros no tuvieron más que plegarse y abandonar sus trincheras. Se le sujetó a juicio de guerra y fue fusilado, allí mismo, en el campamento de El Refugio, el 15 de julio.

Entre tanto, con alborozo, se recibió en Zapotitlán, Jal., la noticia del retorno del general Dionisio Eduardo Ochoa. Principiaron desde luego a concentrarse los dispersos para recibir a su jefe. Melesio Padilla, el jefe local, fue el que asumió el cargo de organizar el recibimiento en aquella plaza en donde, por aquellos días,

estaba instalado el Cuartel General de las fuerzas cristeras colimenses.

La recepción que no sólo sus soldados, sino todos los habitantes de aquel pueblo dispensaron al jefe cristero fue en extremo cordial; las familias que habitaban en los barrancos se reconcentraron, se echaron a vuelo las campanas, se lanzaron al aire cohetes, y en medio de los aplausos de la multitud que llenaba las calles de la población, fue recibido Dionisio Eduardo Ochoa por sus queridos cristeros.

No eran, en verdad, alentadoras las condiciones en que llegaba. Los golpes recibidos en la caída, según ya referimos, y el haber tenido que transitar tierras encenegadas por la abundancia de lluvias que caracterizó aquel temporal, fueron ocasión de que se enfermase de las piernas y los pies, que se le cubrieron de dolorosas llagas, muy repugnantes de aspecto.

PENOSA ODISEA DEL GENERAL OCHOA

El designio del jefe, al volver a su cuartel general, era permanecer allí durante algún tiempo, con el fin de curarse y reorganizar sus fuerzas; pero al siguiente día de su llegada, contra lo que se proyectaba y esperaba, se avistó al enemigo, el cual nuevamente avanzaba en gruesas columnas sobre Zapotitlán, Jal.

Los cristeros, al mando del general Ochoa, prepararon la defensa en el lado norte —por el camino de Copala—, por donde los enemigos se acercaban; mas al tercer día de campaña, sin esperarlo los cruzados, haciendo los callistas, al mando del general Manuel Avila Camacho, un rápido movimiento hacia el poniente, atacaron de improviso por Santa Elena, el lugar menos defendido, y Zapotitlán, el heroico pueblo, cayó nuevamente en poder de las fuerzas del callismo. Familias y cristeros se retiraron a la montaña.

Después de este grave contratiempo, y en vista de que sus males se extremaban, pues además de sus llagas que lo atormentaban, había contraído una alta fiebre, intentó Ochoa refugiarse en al-

gún lugar seguro, y allí ponerse en cura. A ese efecto, dejó sus fuerzas al mando de Antonio C. Vargas, quien la víspera había llegado de Cerro Grande y, en unión del sacerdote su hermano y dos o tres compañeros más, se albergó en la hoquedad de una peña, en un frondoso y alto desfiladero de la montaña. Mas el continuar allí no fue tolerable a su espíritu ardiente; ver a sus soldados perseguidos con terrible saña por los callistas, mientras él estaba a salvo, no lo consideró honroso y así, al siguiente día de haber intentado recluirse, menospreciando sus llagas y la alta fiebre que le quemaba, de nuevo se unió con sus soldados. Era entonces el 24 de julio.

Apenas acababa de llegar a Telcruz, el lugar donde sus cristeros se encontraban —era poco después de las 7 de la mañana—, y mientras intentaba, con gran trabajo, bajarse del caballo, he aquí que el grito de "el enemigo" puso alerta a todos. Y ellos se encontraban del todo desprevenidos. Imposible organizar en aquellas condiciones alguna resistencia; el enemigo estaba ya allí, sobre ellos y ya no hubo tiempo de ganar las trincheras. Fue menester huír.

EN TELCRUZ

Aquel ataque, por parte del enemigo, fue de los más terribles en toda la campaña, y de nuevo se vio clarísima la mano de Dios que defendía a sus hijos: todos reconocieron allí una maravilla, humanamente no explicable, ya que los cristeros eran pocos, estaban agotados y sólo tenían unos cuantos cartuchos. Muchos de ellos, en aquel inesperado ataque, no tuvieron tiempo de coger su caballo, más aún, que las bestias estaban por ahí pastando y sin ensillar. De esta suerte la huída tuvieron que hacerla a pie. Los perseguidores, en cambio, iban perfectamente armados y municionados, y montaban magníficos caballos.

De aquí que, en un momento, alcanzaran éstos a los cristeros, que huían, unos a pie y otros sobre sus cabalgaduras en confuso tropel, y la persecución se desencadenó con verdadero furor, por

más de dos horas. Una granizada de balas caía sobre los libertadores, que huían no sólo entre los pinares y quebraduras de la sierra, sino a veces por extensos barbechos en donde perfectamente presentaban blanco para la puntería de los callistas.

En un recodo de la sierra, al terminar de bajar los cristeros en tropel tumultuoso por una escarpada pendiente en donde había algunos robles y pinos, tenía que continuarse por un muy largo y extenso barbecho que había que atravesar, de largo a largo, descubiertos del todo, bajo las balas enemigas, pues los soldados callistas que venían tras ellos, formaron arriba, sobre las piedras de la cima, su línea de tiradores. Y el fuego se redobló en unos momentos.

Las balas silbaban en desencadenada granizada, casi rozando a los cristeros que huían. Nadie de aquéllos creyó, durante el largo rato en que se atravesaba aquella tierra desnuda, labrantía, que fuese posible en lo humano salir con vida. Y, sin embargo, aunque por segundos esperábamos todos la muerte, salimos ilesos todos. En cambio, tras unos árboles que sirvieron de fortín, al bajar aquella cuesta, el capitán cristero Ramón Cruz y dos o tres valientes de los cristeros suyos, organizaron una débil resistencia, haciendo nueve muertos al enemigo. Y las balas que dispararon, porque propiamente no llevaban cartuchos, no pasaron de tres o cuatro cada uno: doce o quince, en total.

Al final de aquellas horas de terrible huída se desencadenó una formidable tempestad, que contuvo los ímpetus de los servidores del tirano.

Cosa en verdad admirable, los libertadores no tuvieron ni siquiera un herido. El que esto escribe fue testigo ocular del hecho y da testimonio de ello: la protección extraordinaria, podemos decir milagrosa, del Señor, fue patente.

Completamente empapados, tiritando de frío, poco a poco, se fueron concentrando los cristeros dispersos en la loma de El Pinabete, al otro lado de aquel barbecho, casi al pie de Cerro Chino, en la sierra del Nevado.

Algunos iban golpeados, porque, en aquella vertiginosa huída,

se habían despeñado en los barrancos, entre los riscos de la serranía; pero, propiamente de gravedad, no hubo ninguno. Entre los que se vieron en gran peligro de ser muertos o capturados por el enemigo, estuvieron Rafael G. Sánchez, José Verduzco Bejarano, Emilio Avalos y Juan Zamora.

Y en esta derrota y huída, en los planes divinos, como para que nadie se creciese, estuvieron casi todos los principales jefes cristeros del Volcán: el general Ochoa, su coronel jefe de Estado Mayor Antonio C. Vargas, Rafael G. Sánchez, Melesio Padilla, Andrés Salazar, Aurelio Rolón, Andrés Navarro, Marcelino Ramírez, Ramón Cruz, José Verduzco Bejarano, etc. Y para completar el cuadro, el propio Padre Capellán don Enrique de Jesús Ochoa.

¡BARBAROS!

El jefe del cuerpo enemigo era el general Avila Camacho, a cuyo mando venía gran multitud de callistas de lengua infernal. La saña de esos soldados —muchachos en su gran mayoría— era del todo diabólica. Muchas familias que estaban refugiadas en los barrancos, cayeron en las garras de la soldadesca impía, que descargó contra ellos su furor degenerado y bestial. En una cueva, de las que habitaban las familias perseguidas, fueron encontradas varias personas, y —¡hecho horripilante que casi no puede ser narrado!— las mujeres, ante la presencia de sus esposos y de sus hijos, fueron violadas; los hombres amarrados y después asesinados, y a los niños que llenos de espanto lloraban y se abrazaban de sus padres, se les mató estrellándolos contra las peñas de la pequeña gruta.

Estos niños fueron: José de Jesús Alcántar, de 8 años de edad; Margarita Alcántar, de 10, y José Inés Alcántar, de 12 años. Y estos pequeños, no obstante el pánico y sus lloros, murieron gritando su *¡Viva Cristo Rey!* como una alabanza al Cristo inmortal por Quien se inmolaban sus vidas y como una protesta contra la tiranía salvaje e impía.

Tres días después —el 27 por la tarde—, atravesando por las

faldas del Nevado y del Volcán de Fuego, llegaron los cruzados a la región de Caucentla, subiendo a su campamento de El Refugio.

Y siguieron los días de tristezas inauditas, de suma pobreza, frío, hambre. . . ¡Sólo Dios sabe cuánto se sufrió en esos días!

MARCOS TORRES

El día 2 —una semana más tarde— llegó Marcos Torres con su grupo nuevo de soldados, a presentarse ante su jefe, el general Ochoa. Causó muy buena impresión aquel conjunto cristero, que integraban, casi exclusivamente, muchachos de 16 a 18 años y algunos de menor edad, como Nicolás Araiza. En esos días no pasaban de quince o veinte aquellos novatos soldados cruzados, pero su poco número lo suplían con su valentía y esfuerzo.

El sub-jefe era Martín Zamora, joven acejotaemero, al igual que Marcos Torres.

Adornaban a este joven guerrillero, Marcos Torres, muy grandes y bellas cualidades: su vida moral era rectísima y su fervor y piedad ejemplares. A su apacibilidad y modestia innatas en él, supo amalgamar un desmedido valor que rayaba en temeridad.

Casi no conoció cuartel fijo, en ningún valle ni montaña; pues aunque buena parte del tiempo tuvo la región de Chiapa —ya en las cercanías de la ciudad de Colima—, como centro de operaciones, sin embargo, casi a diario cambiaba de lugar, urdiendo siempre algo nuevo en contra de los callistas, ya incursionando por el norte, ya por el sur de la ciudad, a dos o tres kilómetros de distancia. Multitud de ocasiones pasaba la noche, en unión de los benjamines cristeros —sus soldados—, aun dentro de la misma ciudad de Colima, en alguna de sus huertas. Las más frecuentadas por él, en donde solía acuartelar, fueron: "La Albarrada" y "Albarradita", en la orilla sur de la ciudad, y "San Miguel" y "Huerta de Alvarez" por el norte. De aquí que Marcos Torres fue el jefe cristero que logró, no sólo habituar más a sus muchachos al peligro y al arrojo, sino que tuvo más contacto con los innumerables amigos y simpatizadores de la capital del Estado y más facilidad para

proveerse tanto de ropa como de elementos de combate. Más aún, él, acompañado de su asistente —otro muchacho valiente—, casi no hubo semana en que, por una, dos o tres veces, no entrase al centro de la ciudad, ya para visitar a sus amigos que le ayudaban, ya para personalmente inspeccionar y tomar los datos que con relación al enemigo necesitaba conocer. Aun llegó a darse el lujo de llegar al portal "Hidalgo" del "Jardín de la Libertad" y sentarse allí a tomar una nieve.

Esta valentía de Marcos Torres con que principió a destacarse desde luego, fue precioso estímulo para los demás grupos cristeros que en esos días se mantenían únicamente a la defensiva y fue el preludio de nuevos mejores días.

EL PADRE DON MARTINITO

En este mismo tiempo fue cuando la Diócesis de Colima ofreció al cielo el primero de sus sacerdotes mártires. Era éste un anciano de setenta y dos años, llamado Martín Díaz Covarrubias. En atención a su vejez, a que casi ya no podía trabajar, y a sus largos años de ministerio, estaba de supernumerario en el pueblo de Villa de Purificación, Jal. Todos cuantos le conocieron le miraban con cariño, llamándole, por estimación, "el Padre don Martinito".

Una mañana de junio —el domingo 26—, ignorando él que hubiese llegado gente de Calles, salió muy temprano, según costumbre, a celebrar la Santa Misa en una casa particular. En el camino, los soldados perseguidores le gritaron el *¡Alto!* y el *¿Quién Vive?*, a los cuales contestó él: *¡Cristo Rey!*, mientras se acercaba a ellos con el candor de un niño, para platicarles.

Después de algunos momentos, viendo tal vez los callistas la sencillez del anciano, le dejaron ir; mas a los primeros pasos se le volvió a gritar: *¿Quién vive?*, *¡Alto!* y como él de nuevo contestase: *¡Viva Cristo Rey!*, lo cogieron y, con amenazas, le intimaban a que gritase *¡Viva Cristo Calles!*

El, con resolución, se negó rotundamente a tal blasfemia:

—Yo no gritaré así —replicaba—; soy sacerdote, soy de Cristo; por eso yo no grito sino *¡Viva Cristo Rey!*

Y como les diese la espalda para seguir su camino, un infame disparó sobre él su rifle diciendo:

—¡Tome su Cristo Rey!

El anciano sacerdote cayó al momento, herido por una bala que le atravesó el vientre. El se quejaba lastimosamente.

Así herido, lo arrastraron los soldados callistas y lo ocultaron tras unas bardas, pues tenían temor los asesinos de que se hiciese público el crimen.

Unas piadosas mujeres, al darse cuenta del sacrílego salvajismo, desafiando las iras de los verdugos y en medio de las amenazas e insultos reiterados de ellos, recogieron cuidadosamente al mártir que se quejaba, y lo llevaron a su casa.

Pocas horas después, besando y abrazando una imagen de la Sagrada Familia, expiró dulcemente el Padre Martinito.

Era este sacerdote, don Martín Díaz Covarrubias, el más anciano de los sacerdotes de la Diócesis de Colima. Y fue, así mismo, el primero de ellos que, como oblación preciosa, ofreció Colima al Señor en pro del triunfo de la Sagrada Realeza de Cristo.

Sección Cuarta

FLORECEN Y SE MULTIPLICAN LOS MARTIRES

(Agosto a diciembre de 1927)

Capítulo I

RELACIONES REANUDADAS

SE BAJA DE LAS SERRANIAS

Dos cosas distinguieron principalmente estos últimos meses del primer año de lucha armada: un notable progreso en la organización de las fuerzas católicas, nueva vida, nuevo entusiasmo, nuevos bríos y un cúmulo de gloriosos martirios; la muerte de las más hermosas figuras de nuestros héroes.

Es cierto que aún no terminaba el temporal de aguas, antes bien estaba en su apogeo; pero, a pesar de ello, la situación cambió por completo, como si nuestros Mártires hubiesen intercedido ante el Señor y alcanzado la cesación de la prueba; porque es indiscutible que el mes de agosto, sobre todo desde la muerte de Tomás de la Mora, de quien se hablará en páginas subsiguientes, marcó un nuevo orden de cosas, así como el combate de Caucentla, en 27 de abril, había marcado el anterior.

Reapareció el entusiasmo y el valor de los cristeros; los refugiados en las alturas de las serranías bajaron a los valles y, provistos de municiones, principiaron a combatir de nuevo con la valentía y el arrojo de los primeros meses.

GRATISIMAS NOTICIAS

Otras jóvenes, en sustitución de María Guadalupe Guerrero y de las cuales era jefe María de los Angeles Gutiérrez, la que ya

en tiempos anteriores había sido ayudante y compañera de Lupe Guerrero, deseaban tomar a cuestas, poniendo su centro de operaciones en Guadalajara Jal., la tarea de proveer a los libertadores de Colima de elementos de guerra.

Con este fin, el de ponerse en comunicación con Angelita Gutiérrez, planear con ella la organización en Guadalajara, Jal., del grupo de muchachas colimenses que con ellas quisiesen tomar a su cargo esta imprescindible y urgente actividad bélica de proveer a los cristeros colimenses de elementos de guerra y demás abastecimientos, quiso Dionisio Eduardo Ochoa ir personalmente a Colima.

En unión de Marcos Torres, que era un excelente conocedor de caminos y veredas, llegó a Guadalajarita, a las orillas mismas de la ciudad, en donde durmió la noche del 13 de agosto. En la madrugada del 14, llegó hasta cerca del centro, en donde vivían por aquellos días sus familiares: calle Venustiano Carranza, No. 82.

Poco antes de Ochoa, había llegado a Colima el general callista Joaquín Amaro, Secretario de Guerra y Marina, con fuerte contingente de tropas "para aniquilar, de una vez por todas, a los insurrectos cristeros" y se había hospedado, en unión de su Estado Mayor, en el hotel Carabanchel que, aunque tenía su frente por la calle 5 de Mayo, sin embargo, por dentro, lindaba con la casa de Dionisio Eduardo Ochoa y del sacerdote su hermano. ¡El general Amaro jamás hubiera imaginado aquello!

Acompañaban al general cristero Ochoa, su hermano el Padre Capellán y su asistente, ya por esos días, desde su regreso de Michoacán, J. Refugio Soto, valiente y leal soldado libertador, originario del pueblo de San Jerónimo, Col.

La entrevista con M. de los Angeles Gutiérrez fue allí, en Venustiano Carranza No. 82 y ellos dos —Dionisio Eduardo y Angelita— hablaron "largo y tendido". El jefe Ochoa se llenó de inmenso consuelo con las noticias que Angelita le proporcionó en aquella conversación.

Tanto mayor fue la alegría que Ochoa tuvo con estas noticias, cuanto densa fue la noche negra por que se había atravesado. Des-

de que el día 1o. de abril —tres meses y medio hacía— Anacleto González Flores —su jefe—, el jefe del Movimiento de Defensa en el occidente de la República, había caído en manos de los enemigos, Dionisio Eduardo Ochoa no había vuelto a saber nada, con relación a esa Jefatura. El suponía —así como en realidad era— que no habría faltado quien hubiese sido constituído jefe de la gloriosa empresa; pero, a ciencia cierta, él nada sabía. Y esta era una de sus más grandes penas: el estar del todo desconectado de sus jefes jerárquicos —si acaso alguno había quedado al frente, en sustitución del *Maestro Cleto*— y aun imaginar, sobre todo cuando se cargó contra ellos toda la fuerza del Gobierno perseguidor y casi sin cartuchos buscaban refugio en las serranías, que ya la tiranía hubiese logrado aniquilar a los demás grupos de insurgentes católicos de los demás Estados de la República y que ya no quedaban sino ellos solos. Y esta pesadilla se cargaba a veces, negra y terrible en su alma, y sin poder comunicarla a ninguno de los compañeros "por no ir a ser causa —decía él en una confidencia a su hermano el sacerdote— de que vayan a desmoralizarse y a perder la fe". Y ahora Angelita traía noticias ciertas y detalladas de cómo, con pujanza, el Movimiento Libertador se había convertido en un incendio en los Altos de Jalisco; de la bravura de los cristeros de Jalisco y Zacatecas, sobre todo, y de que había sido enviado a Guadalajara un joven acejotaemero de la ciudad de México, para que fuera, en la Perla Tapatía, con el carácter de delegado de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, el Jefe del Movimiento Libertador del occidente de la República. Y que, con él, estaban los antiguos compañeros de Anacleto González Flores. Además —habló Angelita— de cómo las mujeres jaliscienses se organizaban en un cuerpo casi militar, o militar propiamente dicho, con el fin de auxiliar a los combatientes; que tenían su jerarquía, así como en el Ejército, y que todo este movimiento femenino estaba subordinado a los altos jefes cristeros.

Y Dionisio Eduardo Ochoa, fiel hasta el extremo, más aún, que para él, su juramento de cristero en que había prometido lealtad a sus superiores jerárquicos, era algo sagrado, al saber que la Jefatura en Guadalajara, de la cual dependía Colima, estaba constituída por un delegado del Comité de Guerra de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, auxiliado por los elementos que habían estado en torno al licenciado Anacleto Gonzáles Flores, se llenó de alegría y quiso aprovechar aquel primer conducto de Angelita Gutiérrez, para enviar una carta de reconocimiento y adhesión.

Esta su carta estaba llena del fervor de un hombre de Dios. He aquí algunos de sus conceptos:

> "Aunque materialmente desligado y sin conexión ninguna con esa Jefatura, desde la muerte del Lic. Anacleto González Flores, he estado unido a ustedes —los jefes del Movimiento Libertador en el occidente— en el Corazón de Cristo, nuestro Rey, por quien se sufre y se lucha.
>
> Ya que providencialmente, mediante las señoritas de las Brigadas Femeninas, de nuevo logro ponerme en contacto con esa Jefatura, quiero testimoniarles mi lealtad y subordinación. Será para mí honra grande y alegría el recibir sus orientaciones y órdenes.
>
> Si algún día, sea en esta ciudad de Colima, sea en alguna población intermedia, entre esa Perla Tapatía y nosotros, gustase u ordenase esa Jefatura una entrevista, entre alguna de las personas de ustedes y un servidor, yo me trasladaré, ayudándome Dios, al lugar a donde se me cite".

Y adjuntábales, además, el general Ochoa el cuadro de las fuerzas cristeras colimenses, narrando, en síntesis, los movimientos habidos, según la relación que oficialmente hacía cada mes la Jefatura de Colima y sur de Jalisco; sus pruebas, sus amarguras, pero también la grandeza de alma de los luchadores y sus grandes esperanzas. Enviaba de igual manera, una copia de la *Proclama* que él y los demás jefes cristeros de Colima habían firmado con fecha del día 5 de julio anterior.

En la madrugada del día siguiente, 16 de agosto, después de la Santa Misa, el jefe militar cristero general Ochoa con sus tres acompañantes, salió de la ciudad. En Guadalajarita, apenas pasadas las últimas casas de la ciudad de Colima, los esperaban Marcos Torres y sus muchachos.

Ya para esas horas las columnas callistas del general Joaquín Amaro les habían ganado la delantera y estaban en la hacienda de Chiapa. Nuestro pequeño grupo había quedado embotellado en los ranchos de Potrero Duro, un poco arriba de la Capacha. Al caer la tarde, en un acto de arrojo, se salió del cerco y nuestros cristeros lograron llegar a Salitrillos, adelante de Chiapa, de donde estaba la avanzada callista de Amaro.

CERCADOS

Dos días más tarde hubo necesidad de combatir en Salitrillos, un poco arriba de la hacienda de Chiapa, en donde el jefe cristero Ochoa deseaba hacer una concentración de todos los soldados libertadores de la región, para hablar con ellos, comunicarles las noticias que tenía e inyectarles fe y entusiasmo. El Padre Capellán aprovecharía aquella reunión para su propia labor específica de vida cristiana y que pudieran todos confesarse, oír la Santa Misa y recibir la Sagrada Comunión.

Se reunieron los grupos de Andrés Salazar, Andrés Navarro y Marcos Torres. Las fuerzas enemigas tuvieron conocimiento de aquel movimiento cristero y planearon el ataque simultáneo por el frente y los flancos.

La víspera, ya de noche, después de rezado el Rosario y mientras los soldados cristeros principiaban a confesarse, se tuvo informe del ataque enemigo que para el día siguiente se preparaba. Se pusieron en los diversos puntos atacables los respectivos retenes cristeros; se avisó que la Santa Misa sería muy en la madrugada, para tomarle tiempo al tiempo y estar dispuestos para rechazar al enemigo cuando éste atacase.

Andrés Salazar, con su gente, fue mandado a cuidar el lado de

la hacienda de El Zapote; Andrés Navarro, con los suyos, la parte baja, por el flanco de la hacienda de Chiapa, y Dionisio Eduardo Ochoa, con cuatro o cinco soldados de su escolta y Marcos Torres, tomó las lomas del norte; pues se rumoraba que también atacarían por el camino que baja de San Antonio. Al Padre Capellán, con su asistente Aurelio Camberos, se le dejó ahí en el centro, en donde estaban unas chozas de la ranchería, para que, si había necesidad de atender algún herido de cualquiera de los tres frentes, pudiese hacerlo.

El combate principió —eran las 11 de la mañana del 18 de agosto— en el frente que resguardaban Salazar y los suyos. Momentos después se encendió el fuego por el lado de Andrés Navarro, que peleó con valentía sin dejar al enemigo que abriera por su frente ninguna brecha. No así en el flanco del lado de la hacienda de El Zapote, en donde los callistas perforaron las posiciones de Salazar. Un propio, corriendo, llegó de improviso a avisar, tanto a los rancheros de las chocitas que había, como a los soldados de Navarro, que el enemigo había logrado pasar; que se replegaran con rapidez para no ser cogidos a dos fuegos.

El Padre Capellán, acompañado de su asistente que no lo abandonó, tuvo que huír en larga y precipitada carrera a pie, a través de barbechos y matorrales, en medio de una lluvia de balas que los bañaba, sin que ninguna, a Dios gracias, los tocase. En lo humano, fue la fidelidad del muchacho asistente del Padre, lo que salvó a éste. No quiso abandonarlo, no obstante que el mismo Padre le instaba a que lo dejase y se salvase él solo para que no fueran a perecer los dos.

Todo el caserío de la ranchería fue saqueado y quemado. Entre las cosas que cayeron en manos enemigas estaba una pequeña valija de cuero con papeles de la Jefatura Cristera, entre los cuales estaban unas cartas de Tomás de la Mora; cartas que al fin dieron por resultado su aprehensión y su muerte; pues aunque él firmaba con seudónimo, los enemigos dieron con él.

Con un poco de destreza, los cristeros, al atardecer, bajo la fuerza de una tormenta torrencial, lograron replegarse y alojarse

en la parte más alta de la ranchería, en la única choza que había quedado sin quemar. Se rezó por la noche el Rosario con sus alabanzas cantadas, entre decena y decena, así como siempre se hacía, no obstante que se tenía al enemigo a doscientos o trescientos metros de distancia, afortinado en un lienzo, por el lado sur. Ese día fue de fatiga y de completo ayuno. Después de dos o tres horas de descanso, a la una de la mañana, se rompió el sitio y se logró llegar a la hacienda de El Zapote. Esta se encontraba ardiendo, formando una gran hoguera.

LA ACCION DE EL CORTIJO

En esos mismos días de la ida del general cristero Dionisio Eduardo Ochoa a la ciudad de Colima, el coronel Antonio C. Vargas, su jefe de Estado Mayor, al frente de una columna militar, integrada casi en su totalidad por los libertadores del capitán cristero Jesús Peregrina, presente también, pernoctó en Lo de Villa, a unos cuatro kilómetros de distancia de Colima. Era la tarde del 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen María, fecha misma en que, como se ha visto en el capítulo anterior, se encontraba allí, en la ciudad, el general callista Amaro, con grande contingente de sus fuerzas, "dispuesto —decía— a acabar con los cristeros".

Supieron los callistas que en las goteras de Colima —en Lo de Villa— estaban los cristeros y salieron en gruesas columnas a batirlos; mas los cristeros no esperaron el ataque en aquel lugar, sino que salieron a encontrarlos hasta medio camino, o sea casi a las orillas de la ciudad y, tras unas cercas de piedra, cerca del rancho El Cortijo, esperaron al enemigo.

Había llegado en tanto la noche y la obscuridad era casi completa, el cielo estaba encapotado, sin luna ni estrellas; sólo entre los árboles brillaban las luces de las casitas de los campesinos y, a lo lejos, cintilaban las lámparas eléctricas de Colima, como visión fantástica.

En estas circunstancias empezóse a oír el tropel de los callistas

que se acercaba, coreado por el aullar de los perros. Los cruzados, cubiertos con sus gabanes oscuros, tanto para protegerse del frío de la noche, como para no ser vistos, esperaron en sus puestos el choque. Los perseguidores debieron presentir el inminente encuentro e iban con precaución y preparados; cuando un grito unánime de *¡Viva Cristo Rey!* les sacó de la duda, si acaso la tuvieron.

Al momento empezaron a sonar los clarines callistas dictando órdenes, y se entabló la lucha. Los enemigos atacaban fuertemente; los cristeros rechazaban el ataque con toda valentía. Las balas silbaban por doquiera; los fogonazos rojizos de los disparos aparecían vívidos a centenares y sin interrupción, en medio de los gritos del combate, de los ayes de los moribundos y las maldiciones de los callistas.

Urdieron entonces los atacantes dividirse en dos alas, para coger entre pinzas a los libertadores, atacándolos también por sus espaldas; mas éstos salieron violentamente de sus posiciones, escapando del plan enemigo, y las fuerzas callistas, en medio de la obscuridad, sufriendo una equivocación tremenda, chocaron entre sí. De esta suerte, en largo y encarnizado combate, los soldados perseguidores se despedazaron ellos mismos en horrible confusión.

Murieron en tan trágica noche más de 80 soldados del callismo, entre ellos varios de los oficiales. Los cadáveres fueron llevados a Colima en camiones, unos sobre otros, como se llevan en carretas, trozos de leña o manojos de paja. De los libertadores hubo un muerto y un herido solamente.

Capítulo II

SANGRE ESCOGIDA

EL PADRE DON MIGUEL DE LA MORA

SE HA HABLADO YA DEL PRIMER sacerdote colimense mártir de Jesucristo Rey, el anciano don Martín Díaz Covarrubias.

Habían pasado apenas un mes y días de este acontecimiento, cuando otro sacerdote, el Pbro. don Miguel de la Mora, bañó con su sangre la tierra de la ciudad de Colima.

Se le aprehendió en su propia casa, uno de los días de la primera semana de agosto, sin ningún otro motivo, ni real, ni aparente siquiera, que el de ser sacerdote católico y no acatar la Ley Calles; por lo cual se le formó proceso como a enemigo del Gobierno y de sus leyes.

Sin embargo, bajo fianza, se le permitió regresar a su casa; pero con la obligación de presentarse todos los días a la Jefatura Militar, en tanto que seguía el curso del ilegal proceso. Este tendría que dar por resultado, o la formal prisión, o el que se inscribiese el Padre en los libros municipales y, de acuerdo con las leyes de Calles, reanudara el culto en la misma Catedral de Colima, según ya muchas veces se lo habían declarado los perseguidores; porque el anhelo más grande de éstos era romper la unidad de resistencia y ver a la Iglesia de Dios sujeta al Estado.

Al principio, creyó el Padre don Miguel que no sería difícil su libertad; mas el cerco cada vez se iba estrechando y vio que no le quedaba más que, o claudicar y reanudar el culto en la Catedral,

apareciendo ante el pueblo fiel como cismático, y siendo en realidad un claudicante, o un largo y cruel martirio: su conciencia sacerdotal rechazaba con indignación y al momento lo primero; pero su corazón humano se estremecía ante el cuadro segundo. Concibió entonces un camino intermedio: la fuga, aunque se hiciese efectiva la fianza carcelera y, sin perder tiempo, salió de la ciudad en la madrugada del domingo 7 del mes de agosto.

El proyecto era llegar hasta la ranchería de El Tigre, lugar situado al lado oriente de la sierra del mismo nombre, en donde tenía amigos y familiares y disfrutaría de paz y libertad fuera del control de los hombres de Calles. Le acompañaba otro sacerdote, quien en años anteriores había sido párroco de Purificación, Jal., el Padre don Crispiniano Sandoval, ya de edad y de aspecto apacible.

Después de más de una hora de camino, cuando ya había amanecido, llegaron ambos sacerdotes a la ranchería de Cardona, en donde había muchos agraristas enemigos, pero los Padres fugitivos, por el hecho de ir disfrazados, creyeron no ser reconocidos como sacerdotes, y se detuvieron, por unos momentos, para tomar algún alimento y poder proseguir su marcha. Tomaban una taza de café, cuando algunos de los enemigos empezaron a sospechar de ellos, dado su porte digno y no vulgar, y al punto los aprehendieron y, custodiados, los hicieron regresar y los entregaron en manos de los militares.

Envuelto en un humilde cobertor, el Padre don Crispiniano Sandoval caminaba a pie detrás de los soldados que conducían al sacerdote don Miguel de la Mora, perfectamente identificado ya. Una y muchas veces se le quiso obligar a apresurar la marcha; pero dada su edad, esto no le era posible, y le fueron dejando los soldados que marchase cada vez más atrás. Por otra parte, no estaba identificado y no tenían en su contra saña especial.

Así llegaron a la ciudad y atravesaron la calzada de la Piedra Lisa y, en una de tantas callecitas a lo largo de las cuales caminaban, viéndose el Padre Sandoval en circunstancias propicias para

salvarse, dobló simplemente en una esquina y se escondió. Los perseguidores nunca supieron ni siquiera quién había sido aquel prisionero.

En cambio, el Padre de la Mora fue llevado a la Jefatura Militar.

Había un militar callista —el general Flores— en cuyo corazón ardía un grande odio hacia los católicos, y al ver que su víctima, el Padre de la Mora, había tratado de escapar, se exacerbó su saña sobremanera y ordenó, sin más trámites, que el reo fuese inmediatamente fusilado.

Le condujeron a un corral sucio y pestilente de la misma Jefatura, en cruzamiento de la Avenida Revolución con calle Hidalgo, donde hoy se encuentra la Escuela Federal Tipo "República Argentina", y allí, sobre el estiércol de los caballos, se le puso de pie para la ejecución.

Con mansedumbre y resignación inmensa, desabotonó el mártir su cuello, sacó su crucifijo, lo besó y, declarando explícitamente a sus verdugos que les perdonaba con toda el alma, les bendijo con él.

Luego, la descarga le derribó al suelo y, entre aquella inmundicia, bañado con su sangre, quedó el cuerpo del mártir, sin que fuese permitido que se le diera sepultura honrosa y cristiana. Los mismos perseguidores se encargaron de hacerle llevar al cementerio municipal, sin ningún acompañamiento, en donde le arrojaron a una fosa ordinaria.

Cinco o seis días más tarde, el mismo general callista Flores, con un grupo de soldados, en las altas horas de la noche, creyendo que el Padre de la Mora llevaba en sus bolsillos alguna cantidad respetable de dinero, fue al cementerio a exhumar su cadáver. El cadáver fue exhumado y registrado. Luego, de un golpe, fue arrojado de nuevo a la fosa y cubierto de tierra. A los choferes que llevaron a los militares al cementerio, se les dijo que si esto llegaba a saberse, se les mataría.

TOMAS DE LA MORA

Tres semanas más tarde fue de nuevo santificada la ciudad de Colima con la muerte de otro mártir, el joven Tomás de la Mora, de la A. C. J. M.

Como ya se dijo anteriormente, el 18 del mes de agosto, en un combate, cerca de la hacienda de Chiapa, fueron encontradas por los enemigos, unas cartas que Tomás había escrito hacía unos días, dirigidas al jefe cristero Dionisio Eduardo Ochoa. Y, aunque Tomás se firmaba con su seudónimo *Juan Moreno,* principiaron luego las investigaciones detectivescas que culminaron con la aprehensión de Tomasito, al caer la tarde del sábado 27.

Era Tomás un joven de corazón muy limpio, de piedad muy ardiente y de entusiasmo muy grande por la causa de Cristo. Tenía 17 años y pertenecía a una muy cristiana familia de Colima. Estudiaba en el Seminario Conciliar de la Diócesis, en donde era modelo de piedad y dedicación. Tal vez, viendo en conjunto sus méritos, era el mejor de los colegiales.

Como se habló ya en la Primera Parte de este libro, cuando se suspendió el culto en el Estado de Colima, él fue uno de los que más se empeñaron por la causa de su Religión. Entonces, la Autoridad Eclesiástica, con el fin de procurar el bien de la niñez, echó mano de los seglares para el estudio catequístico en la ciudad, de tal suerte que en cada manzana se fundase un pequeño centro para el estudio de la Religión. Todo esto se hacía en medio de muchos trabajos y peligros. Tomás, celoso y ferviente, trabajó cuanto pudo en esta empresa; siempre andaba de aquí para allá procurando la buena atención y el progreso de aquellos grupos.

EL JOVEN EUCARISTICO

Todos los días recibía la Santa Comunión. Aun suspendido el culto, él tuvo la dicha de comulgar casi diariamente y aun de ayudar la Santa Misa, lo cual era en verdad gracia muy singular,

pues en la ciudad, sobre todo, se extremó la vigilancia a tal grado, que era muy difícil que los fieles pudiesen frecuentar los Sacramentos. Sólo después, cuando la Santa Sede, con tan extraordinaria benevolencia concedió la gracia de poder comulgar a cualquier hora del día y aun sin guardar el ayuno natural, fue menos difícil y peligroso el recibir la Sagrada Comunión.

Tomás, aunque de los más jóvenes, era siempre el consejero de sus compañeros y amigos, y aun de sus hermanos mayores. Deseaba ser santo y una de sus más doradas ilusiones era el morir mártir.

Cierta ocasión, escribía a Lupe su hermana, residente en esos días en la ciudad de México, una bella carta que respira pureza y santidad, como todos sus escritos. He aquí algunos trozos:

"Colima, 31 de mayo de 1926.

Querida hermana:

Te escribo de carrera, porque acabo de cenar y porque tengo que ir a un negocio...

A pesar de ser tan tibios y tan poco virtuosos... según pienso, esta persecución va a ser que México brille por la heroicidad de sus Mártires.

Tú que estás junto al Santísimo Sacramento (se refiere Tomás a que en la capital de la República aún no se clausuraba el culto público, como ya en ese tiempo acontecía en Colima), pídele que nos dé valor a todos los católicos para no flaquear. Ya no hemos de pedir que cese la persecución, sino que en cada católico haya un héroe, como en tiempo de Nerón.

No dejes de luchar por adelantar en la virtud; pues si no adelantas, con toda seguridad, retrocedes.

Ya se acabó el papel.

Tu hermano.

TOMÁS DE LA MORA".

En otra carta posterior decía:

"¡Cuántos recuerdos lúgubres de nuestro finado abuelito (don Ignacio de la Mora, muerto hacía poco) entristecieron los días que permanecimos en este ranchito (el rancho de Las Trancas, no lejos de Ixtlahuacán, Col.), tan alegre cuando estaba cuidado por su anciano dueño! Con razón los santos desprecian lo terreno; pues las alegrías de hoy serán mañana recuerdos que dirán: Pronto morirás; es preciso, pues, que busques bien en la eternidad...

Pide a Dios que sea un mártir.

TOMÁS DE LA MORA".

Y este pensamiento del martirio lo llenaba de entusiasmo: una ocasión, conversando con el Padre Ochoa, decía saltando de alegría y con el rostro iluminado por el contento:

—Los mártires son Santos, ¿verdad?

—Sí —se le respondió.

—Y si a nosotros nos matan por Jesucristo, ¿seremos mártires?

—El que da la vida por la Causa de Jesucristo, es mártir —contesta el sacerdote.

—¡Oh! —dice entonces y sus ojos brillaban por el regocijo—, ¡cuando por la causa de Cristo Rey nos ahorquen, entonces seremos mártires, entonces seremos santos!

El día 15 de agosto, día de la Asunción de la Santísima Virgen, asistió por última vez a la Santa Misa y recibió la Sagrada Comunión. Fue la Misa que celebró el Padre Capellán de las Fuerzas Cristeras Colimenses cuando, acompañando a su hermano el general Ochoa, estuvo en Colima en calle Venustiano Carranza No. 82.

EL ARRESTO

Dos semanas más tarde, el sábado 27 de agosto, habiendo descubierto los perseguidores que él tenía algunas relaciones con los cristeros, fue aprehendido en su propia casa, mientras estaba jugando con sus hermanitos menores.

En verdad, Tomás, así como todo buen católico durante aquellos días, no podía menos que aprobar y alabar la conducta heroica de los que por la Causa de Cristo formaban el Ejército Cristero. El, de buena gana hubiese tomado las armas, como muchos de sus amigos y compañeros; pero no pudiendo hacer esto por muchas circunstancias, entre otras por su salud bastante delicada, les ayudaba desde la ciudad en lo que a él era dable, les alentaba

con frecuentes cartas encendidas en fe y entusiasmo, les felicitaba en sus triunfos, los consolaba en sus penas que él conocía perfectamente y no dejaba pasar ocasión propicia, sin que les mandase una palabra siquiera que inflamase su valor.

Desde el principio del Movimiento Cristero, no habiendo sido posible que José Ray Navarro quedase en la ciudad como él y Dionisio Eduardo Ochoa lo proyectaban, Tomás de la Mora fue autorizado para representar en Colima, como jefe civil, al jefe militar Ochoa, en todo lo que fuese menester, principalmente en lo relativo a suministrar noticias y proveer a los soldados libertadores de lo que para ellos era dable conseguir, sea con dinero, ropa o municiones.

Con toda entereza cristiana, al ver invadida su casa por los soldados callistas, dijo:

—Si a mí me buscan ustedes, aquí estoy; yo solo soy el responsable de todo; no quieran perjudicar a mi papá.

Sin embargo, según se dice, a pesar de aquella virilidad heroica, fue oprimido algunos momentos por la humana debilidad, y con angustia dijo a su madre:

—¡Mamá, me van a matar!... —y su rostro, ya habitualmente pálido, se cubrió de mayor palidez.

Su madre lo tomó entonces de la mano y le acompañó en medio de la turba de soldados que le conducían de aquí para allá, registrando todo, en su afán de descubrir lo que hubiese de comprometedor. Cuando estuvo cerca de su cama, tomó el joven la medalla de su querida Congregación Mariana, de la cual era, no sólo piadoso miembro, sino durante aquel año, el Prefecto mismo; la besó y, con grande afecto, la colgó a su pecho.

Pasados estos primeros momentos de zozobra, recobró su valor heroico y ya no dio muestra alguna de temor.

De su casa fue conducido al ex Seminario, convertido a la sazón en cuartel, donde, lleno de santa alegría porque se cumplían sus deseos de ser mártir de Cristo, prorrumpía con frecuencia en exclamaciones de agradecimiento y alabanza a Dios.

—Esta es la casa —decía— donde juré ser fiel a Jesucristo;

aquí le prometimos a Cristo morir primero que verle desterrado de México.

Este cuartel —antiguo edificio del Seminario Diocesano— estaba en el lugar que hoy ocupa la escuela *Gregorio Torres Quintero,* en cruzamiento de calles *Guerrero* y *27 de Septiembre.*

EL INTERROGATORIO

En presencia del general Flores que lo juzgaba, se portó tan admirablemente como aquellos célebres mártires de los primeros tiempos del Cristianismo.

Flores fue en Colima duro e impío. A los católicos los trató generalmente no sólo con rigidez militar, sino con inhumanidad.

—Eres un mocoso —le dice el militar—, tú no eres capaz de nada; tienes que decirnos quién es el que te aconseja.

—No diga usted —responde Tomás de la Mora— que soy un mocoso, porque yo sé muy bien lo que hago: nadie me aconseja.

—Mira —se le replica—, si nos dices lo que sabes acerca de quiénes son los comprometidos con los cristeros, te perdonamos la vida, te damos en libertad.

—Será en vano —contesta Tomás con santa indignación—, porque si hoy se me deja libre, mañana continuaré trabajando y luchando por Cristo, en unión de mis compañeros: el luchar por la libertad religiosa es un deber de todo verdadero católico.

—Bueno —dice el general Flores—, tus expresiones indican que tú sabes perfectamente quiénes son los que ayudan a los cristeros. Además, las cartas descubiertas indican que tú tienes la clave de todo. ¿No es así?

Tomás quedó en silencio.

—Habla —dice colérico el militar—. ¿O no sabes nada? ¿Lo niegas? Mira, mira tus cartas, aquí están.

—Sí, sé todo; pero no me arrancarán una palabra; no diré nada. Mejor acepto la muerte.

—Eres un mocoso, no sabes lo que es la muerte —dice ya irri-

tado el general—. Contesta pronto lo que te preguntamos. ¿Quiénes son los que ayudan a los cristeros?

—Ya dije que no diré. Si usted dice que no sé lo que es la muerte, porque no me he muerto ni una vez, usted tampoco lo sabe, porque no se ha muerto nunca.

—No pierdas tiempo, muchacho.

—No lo pierda usted, general —contesta el santo joven—. Ya he dicho a usted que yo no diré nada; estoy dispuesto a sufrir la muerte antes que ser traidor a la causa de los que luchan por Cristo. Con gusto muero; amo mi religión y ofrezco por ella mi vida. Usted no conoce lo que es la religión, y por eso la persigue; pero yo sí la conozco y la amo. Si usted la conociera, también la amaría.

—Piensa bien lo que dices.

—Ya lo he pensado todo.

Muy larga y acalorada fue la disputa. Se trató de intimidarle; después se le ofreció la libertad y, no bastando esto, se le hicieron halagadoras ofertas; mas todo rechazó el joven mártir con santa y viril indignación.

—Pues bien —terminó el general Flores—, ya que todo rechazas, te haré ahorcar esta misma noche.

—Muy bien —contesta Tomás de la Mora—, solamente concédame una hora para prepararme a la muerte. . .

PREPARACION PARA MORIR

Y aquella hora, de rodillas, en el ángulo de una estancia —al entrar, por *Guerrero,* el primer salón a la derecha— con la piedad de un ángel, pálido el semblante, la pasó orando. . . Sólo Dios sabe lo que oró el héroe y los sentimientos de aquel corazón. Mas la lucha no cesaba. Varias veces, cuando él estaba de rodillas, se acercó alguno de los oficiales a hacerle más proposiciones en nombre del general; pero él al momento las rechazaba diciendo:

—Es en vano: yo no diré nada, ni dejaré de trabajar por la causa de Cristo.

Y como Flores insistiese con fingida dulzura, él, sin dar oídos a aquello, sólo contestaba apaciblemente:

—Tenga la bondad de dejarme; no me quite usted el tiempo. ¿No ve que me queda muy poco de vida? Hágame el favor de retirarse y dejarme en paz. Me estoy preparando a la muerte.

HACIA EL MARTIRIO

Era ya cerca de la media noche, cuando lo sacaron del cuartel. Los soldados que lo conducían iban silenciosos, no hablaban ni una palabra, tenían sueño y fastidio. Tomás, empero, iba contento, el alma despierta: era la hora de su triunfo; era su gran día tan esperado, tan anhelado, tan suplicado a Dios.

—¿Por qué van ustedes tan callados? —dice a los soldados—. Hablen algo. ¡Ni yo que voy a morir!

Y como ellos continuasen en silencio, les inició algunas conversaciones.

—Aquí es la casa donde yo nací, donde pronuncié por vez primera el Santo Nombre de Dios —les decía cuando pasaban por la casa en donde transcurrió su infancia (la esquina NE. de cruzamiento de calle *Zaragoza* e *Ignacio Sandoval*).

Por fin llegaron a la calzada Galván, o de la Piedra Lisa, como es más comúnmente llamada por el pueblo. Allí, al pie de uno de los árboles, hizo alto la escolta. Este árbol estaba al cerrarse la calle *Zaragoza* por el lado oriente de la calzada.

Un soldado arrojó la soga a Tomás y le dijo con frialdad:

—Póngasela.

Tomás responde casi sonriendo y con su acostumbrada jovialidad de colegio:

—Yo no sé cómo se pone: es la primera vez que me ahorcan. Dígame cómo.

El verdugo, con tosquedad, se la echó al cuello.

Los ojos de Tomás se elevaron con fe y amor hacia el cielo, invocó el nombre del Señor, y el grito de *¡Viva Cristo Rey!* y *¡Viva Santa María de Guadalupe!,* saliendo de su pecho con toda

la fuerza y devoción de su alma, vibró en medio del silencio majestuoso de la media noche.

Algunos instantes después recogió el Señor aquella alma santa que había dado testimonio de su Realeza.

El cuerpo del joven de la Mora, suspendido de una rama del árbol, osciló en medio de las sombras de la noche.

Era un día sábado. Así le encontró la aurora del domingo; allí le rodearían los ángeles, bendiciendo al Señor; así lo encontraron los buenos cristianos que no se hartaban de contemplarle con veneración y amor. De allí lo recogieron sus padres, cuando les fue cedido su cadáver. En su casa, como suele pasar con los santos, una verdadera romería de fieles desfiló ante su lecho para venerarle como a verdadero mártir de Cristo.

Capítulo III

LAS BRIGADAS FEMENINAS

GUADALAJARA CONTESTA

Con fecha 15 de agosto —vimos en el Capítulo I de esta Sección IV— Dionisio Eduardo Ochoa había escrito, por conducto de la audaz mensajera María de los Angeles Gutiérrez, al jefe civil del movimiento cristero en el occidente de la República, sucesor de Anacleto González Flores, el cual, según narraba ella, era un joven acejotaemero venido a Guadalajara, Jal., de la ciudad de México, con el carácter de delegado del Comité Especial de Guerra de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Su carta, llena de fe y lealtad cristiana, y en que expresaba no sólo su reconocimiento y adhesión a esa Jefatura, sino su anhelo de marchar en íntima armonía con él, la conocen nuestros lectores en sus conceptos principales.

También en esa ocasión —el día 15 de agosto—, el general Dionisio Eduardo Ochoa y María de los Angeles Gutiérrez habían hablado de las Brigadas Femeninas, organización nacida para proveer, ayudar y auxiliar a los cruzados combatientes, en todo lo que fuere necesario. Angelita ya pertenecía a esa Institución que secretamente funcionaba, a semejanza de la famosa "U" de donde había nacido. Y se trataba, por lo que veía a Colima, no sólo de organizar debidamente el pequeño grupo de muchachas heroínas que, con sede en Guadalajara, Jal., se ocupasen de auxi-

liar a los cristeros colimenses, sino de la fundación de las Brigadas en esta misma ciudad de Colima.

Y la respuesta no se hizo esperar. En los precisos días en que era aprehendido y moría el mártir de Cristo Tomás de la Mora, llegaba a Colima la jefe de todo el movimiento femenino del occidente de la República, señorita Sara Flores Arias, acompañada de Angelita Gutiérrez. Se alojaron en el hotel "Fénix", propiedad entonces de la señorita Leonor Barreto, en cruzamiento de calles *Madero* y *Filomeno Mata.* Esos días, sobre todo el 27 y el 28, fueron para la sociedad católica de Colima, de angustia, de espectación, de fuego. Colima ardía: de un lado el odio de los malos; del otro, la zozobra del pueblo creyente fiel. Porque no únicamente Tomás de la Mora fue aprehendido, sino que fueron arrestados muchos de los señores colimenses más representativos, como don Luis Brizuela, don Leopoldo Rubio y otros muy distinguidos. Porque aunque Tomasito inmediatamente declaró que aquellas cartas que habían caído en manos de los perseguidores habían sido escritas por él, sin embargo, quedaba el problema de quiénes eran aquellos amigos del Movimiento Cristero que estaban cooperando eficazmente desde Colima y que el joven de la Mora nombraba, en clave que sólo él y el Gral. Ochoa conocían, y con relación a los cuales Tomás cerró herméticamente su boca sin declarar ni una sílaba. "Sí sabía —lo declaraba— quiénes eran el 'señor X', 'el señor XX', 'el señor XXX', etc."; pero él moriría antes que ser traidor y denunciar a sus hermanos de ideales y de lucha. De aquí que se multiplicaron en esos días los cateos, las vigilancias detectivescas, las aprehensiones y toda la sociedad de Colima vivió días de pánico y de zozobra.

En esas horas de alarma llegaron al hotel *Fénix* de Colima las dos viajeras, Sarita Flores Arias y Angelita Gutiérrez. Alcanzaron a ponerse en contacto con Tomás de la Mora en la tarde del sábado 27; pero ahí paró todo; pues se precipitó su aprehensión a la cual siguió su muerte.

Pero aquellas mujeres —distinguidas y de buena posición social, sobre todo Sarita Flores Arias— no se amilanaron. Ellas tenían que entrevistar personalmente al jefe cristero Gral. Ochoa, que se encontraba en su cuartel de El Refugio, en las faldas del volcán. A eso habían venido, el asunto era urgente y las dificultades y el peligro no las arredraban. Se pusieron en contacto con algunas de las señoritas a quienes Angelita Gutiérrez ya conocía que eran de las de ellos y que sabrían el modo de comunicarse con el Gral. Ochoa.

Y allá en su campamento del Volcán, Dionisio Eduardo Ochoa recibió el aviso. Era el martes 30 de agosto. Inmediatamente contestó citando a las viajeras a la ranchería de El Parián, Col., para la noche del jueves 1o. de septiembre. Y con esa comunicación, un recado atento a don Arcadio de la Vega, el dueño de la finca de El Parián, rogándole el favor del hospedaje, en el día señalado.

Y en el comedor de la en aquellos días hermosa casa de campo de El Parián, después de cenar, se tuvo la entrevista entre ellos tres solamente: el Gral. Ochoa, la jefe del movimiento femenino cristero de occidente señorita Flores Arias y Angelita Gutiérrez. Hubo su cambio de impresiones, lleno de esperanzas, ilusiones, amor a Cristo y a México. Luego se habló de la organización del grupo que teniendo su sede en Guadalajara atendería a los libertadores de Colima, y de la fundación, en el mismo Colima, de su centro de brigadas. Además se planeó la entrevista tanto deseada con el representante en Guadalajara del Comité especial de Guerra de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Quedaron que sería en Ciudad Guzmán, Jal., el lunes de la siguiente semana, 5 de septiembre.

Poco después de la media noche terminó aquella reunión. Miguel Anguiano Márquez fue encargado de llevar a las dos egregias mujeres, a pie y a través de cenagales y grandes campos plantados de arroz, que abundan en la región, a la hacienda de Buenavista, Col. Atascadas de lodo, mojadas de pies a cabeza llegaron al amanecer a la casa de don Aniceto Valle, a la orilla del caserío de la hacienda. Con ropa ajena pasaron el día en tanto que la suya la lavaban y arreglaban para tomar el tren a Guadalajara al día siguiente.

Entretanto, Dionisio Eduardo Ochoa, su asistente y el Padre, su hermano, tomaban el camino del Volcán.

JAVIER HEREDIA

Apenas llegados al campamento y después de una noche de descanso, el día 3 se emprendió el viaje, hasta entonces nunca hecho, hacia Ciudad Guzmán, atravesando por la cima del Nevado, sirviendo de guía el capitán cristero Ramón Cruz.

La travesía por la cima de la sierra del Nevado es larga, difícil, pero hermosa. Había que hacerla a pie, indiscutiblemente. Subiendo, de la Mesa de la Yerbabuena, pronto se llega a los arenales del cono del Volcán de Fuego donde ya no hay vegetación. El paisaje se va haciendo cada vez más hosco y yermo.

Son majestuosas aquellas soledades. Se duerme en un barranco, ya sobre el Nevado, en donde hay, a derecha e izquierda, unas anchas oquedades abiertas sobre la roca. Son llamadas las Cuevas Pintas. Bajo unos altos pinabetes, entre una tupida maleza de carricillo, hay un venero de agua, helada y sabrosa para el jadeante viajero. Después se sigue subiendo hasta un cañón de la sierra, ya en la cima, denominado *La Calle,* en donde se principia a descender por el nordeste; se pasa por *La Joya* y, un par de horas más tarde, se está en *La Mesa,* donde termina el descenso de la montaña.

El domingo 4 por la noche Dionisio Eduardo Ochoa descansaba en Ciudad Guzmán, en la casa de unos familiares suyos. Al día siguiente, lunes, fue la entrevista esperada.

¿Quién era el jefe?

Antonio Ruiz y Rueda, distinguido acejotaemero de la ciudad de México que aparecía con el seudónimo de *Javier Heredia.* Con un abrazo se inició la entrevista. Se habló largo de todo: cuadro de fuerzas, trabajos, luchas, dificultades, triunfos, derrotas, esperanzas y problemas; la vida heroica de fe de aquellos guerrilleros de Cristo, etc. Y ahí, en esa entrevista, fue investido Dionisio Eduardo de un nuevo carácter: de *Representante del Control Militar Cristero,* en la región de Colima y suroeste de Jalisco, cargo que se le confirió por escrito, en nombre de los jefes supremos del Movimiento Nacional Libertador.

Recibió, además, nuevas órdenes y orientaciones, entre las cuales estuvo la de organizar las fuerzas libertadoras conforme a la ordenanza militar y, por lo tanto, la de formar militarmente los núcleos, dar grados, etc.

Ya en este tiempo, eran cerca de mil los libertadores colimenses, repartidos en las cuatro principales zonas: el Volcán, Zapotitlán, Cerro Grande y el Naranjo; todos ellos, por lo general ya regularmente armados, montados y provistos de parque. Habían renacido el entusiasmo, el arrojo y la decisión.

Más aún: una doble ventaja había sobre los tiempos primeros: ya las familias de los libertadores no estaban en los cuarteles, como acontecía al principio, allá en Caucentla, sino que, aleccionadas por la experiencia, casi la totalidad de ellas se habían reconcentrado poco a poco en los pueblos, en donde vivían casi de caridad y entre infinitas privaciones y peligros. Con esto los luchadores, a costa de mayores renunciamientos, se encontraban más desembarazados para luchar y moverse según las circunstancias lo pidieran. Además, el Ejército de Cristo Rey no contaba ya sino con soldados provistos de arma de fuego, propia para los combates. Aquella muchedumbre de temerarios, armados con sólo su cuchillo, no existía ya; porque habían conseguido su arma de fuego o habíanse vuelto a los pueblos y ciudades, al igual que las familias.

Con un nuevo abrazo de amigos, de hermanos en ideales, se rubricó aquella entrevista y, "¡hasta que Dios quiera que nos veamos de nuevo o hasta el cielo!" Y todavía está pendiente esta nueva entrevista: ¡En el cielo!

DOS IDAS MAS A CIUDAD GUZMAN, JAL.

Y dos veces más fue Dionisio Eduardo Ochoa a Ciudad Guzmán, Jal., atravesando por la cima de los volcanes, tanto para recoger el parque que ya principiaban a mandar las señoritas de las brigadas femeninas en Guadalajara, como para activar la fundación de la organización en Colima. Y todas estas estancias en Ciudad Guzmán estuvieron llenas de aventuras y peligros inminentes, porque en el pequeño poblado de La Mesa por donde tenía que pasarse al terminar el descenso de la montaña, había —tal vez lo haya al presente— un aserradero. Y la llegada de los soldados cristeros, que tenían que atravesar por entre las casitas de los trabajadores, era conocida de todos; y no faltaron, en las diversas ocasiones, quienes fuesen inmediatamente a Ciudad Guzmán a denunciar el hecho. Patrullas de soldados recorrían la población y entraban a catear las casas que creían sospechosas en su afán de descubrir en dónde estaban alojados los jefes cristeros. La primera estancia del Gral. Ochoa, en 4 y 5 de septiembre, culminó con la muerte del Padre don Gumersindo Sedano, que ocasionalmente se encontraba también allí en la ciudad en esos días, sin que el jefe cristero Dionisio Eduardo Ochoa lo hubiese sabido. Ochoa, terminado su asunto, logró salir y regresar; pero el Padre fue denunciado, aprehendido y muerto, según en páginas posteriores se narrará.

En la segunda ida, en ese mismo septiembre, una patrulla de soldados, rifle en mano, penetró hasta el cancel de la casa en donde el jefe Ochoa y su asistente se encontraban; pero no vieron los callistas nada sospechoso y retrocedieron creyendo que estaban sobre una falsa pista, y, en la tercera, los días 26 y 27 de octubre, en que iban también, además de su asistente, el Padre capellán hermano del Gral. Ochoa y su coronel jefe de estado mayor, Antonio C. Vargas, no únicamente se suscitó el acostumbrado movimiento militar callista en la ciudad buscando a los cristeros —sabían con detalle que eran el Gral. Ochoa y otro jefe, el Padre y un soldado—, sino que se pusieron escoltas en las salidas de la población.

Gracias, ante todo a Dios; pero, en lo humano, a la sagacidad y valentía de J. Refugio Soto, el asistente del jefe Dionisio Eduardo Ochoa, lograron salir, pasando junto a ellos, en las altas horas de la madrugada del viernes 28, cuando los soldados callistas, aunque rifle en mano y en sus puestos, pero vencidos por el sueño, dormitaban o dormían.

COLIMA CRISTERO, EN GUADALAJARA, JAL.

El cuadro de muchachas que formaban el grupo de Guadalajara, Jal., encargadas de auxiliar al movimiento de Colima era el siguiente:

Jefe, María de los Angeles Gutiérrez; sub jefes, Ma. Guadalupe Anguiano Márquez y Mercedes Santillán. Auxiliares: M. Concepción Carbajal, Teresa Vázquez y M. de la Luz Gutiérrez, entre otras.

LAS BRIGADAS FEMENINAS DE COLIMA

Y todos estos trabajos de preparación para organizar un selecto y hermoso grupo de *Brigadas Femeninas* en Colima, al fin culminaron en un éxito precioso. En Colima abundaba el elemento joven femenino, ardiente, decidido y grande, en toda la acepción de la palabra.

Ya, desde hacía algunos años, así como los muchachos estaban organizados en la A. C. J. M., las jóvenes, sobre todo las de más valer por su cultura y sus ideales, estaban organizadas en círculos de estudios cuya finalidad no era únicamente cultivar la mente, sino ejercitar el apostolado, trabajando y luchando por la causa de Cristo y de la Iglesia. Entre éstas, ocupaban lugar primero y principalísimo las alumnas del antiguo Colegio de la Paz. Era el espíritu del hombre sabio, al par que apóstol de Cristo, el Padre don J. Jesús Ursúa el que latía en ellas.

Era el medio día del cuatro de noviembre, cuando en la ciudad de Colima fueron citadas a casa de la Srita. Francisca Quintero, harto conocida en los círculos católicos, por su religiosidad, criterio iluminado y grandeza de alma, gran número de aquellas jóvenes de la ciudad que ya en meses anteriores, desde que principió la campaña de oración, boycot y luto, se habían destacado por su entusiasmo y resolución, y que ardían en deseos de cooperar en la defensa armada de la causa de Cristo. Allí reunidas ellas, en número como de cuarenta, se presentaron las Sritas. Sara Flores Arias, jefe de la organización femenina del occidente; María de los Angeles Gutiérrez, jefe del grupo de Colima en la ciudad de Guadalajara, Jal., y Faustina Almeida, jefe también en las brigadas, las cuales habían venido de Guadalajara con el objeto de organizar el elemento femenino colimense. Ya todas presentes, aparecieron, sin nadie esperarlo y causando extrema impresión de sorpresa y alegría, los queridos y populares jefes del movimiento libertador de Colima, Gral. Dionisio Eduardo Ochoa y coronel Antonio C. Vargas, en sus trajes típicos de cristeros, tal como andaban habitualmente en sus campamentos.

Habló Dionisio Eduardo Ochoa a aquellas jóvenes de alma ardiente, con palabra de fuego, aumentando su fervor y su entusiasmo, y, desde luego, quedó establecida en Colima la *Brigada Femenina* que tantas proezas habría de realizar en su arriesgada cooperación en la lucha por la libertad.

Por lo pronto, quedó formada la *brigada* base de Colima, con la Srita. Francisca Quintero como jefe y Petrita Rodríguez y María Ortega como sub jefes. Los demás elementos eran, casi en su totalidad, de la mejor sociedad de Colima.

Andando un poco el tiempo, unas cuantas semanas más tarde, los efectivos de las brigadas femeninas colimenses llegaron a formar un batallón, encuadrados en tres compañías, de las cuales dos trabajaban en la ciudad de Colima, con cuatro escuadras cada una, y la tercera, con igual número de escuadras, estaba distribuida en San Jerónimo, Comala, Tecomán y Manzanillo, operando en cada una de estas poblaciones una escuadra.

Cada miembro de la brigada tenía su grado militar y, para iniciarse en ella, se requería un acto, en el cual generalmente había lágrimas de fervor, de entusiasmo, de amor a Cristo y a la Patria. En él se recitaba el juramento propio de los soldados libertadores, de que ya se habló al principio de la segunda parte de esta historia en el cual solemnemente se prometía: "Luchar por la noble causa de Cristo y de la Patria, hasta vencer o morir; subordinación a los jefes; fraternidad cristiana con los compañeros; no manchar la Causa Santa que se defendía, con actos indignos, y primero sufrir la muerte antes que denunciar o entregar a algún compañero de lucha o a sus cooperadores".

La Srita. Pachita Quintero era la general en jefe de la brigada. Y fue una mujer toda bondad y abnegación. Era "hija de María", piadosa y de alma santa. A la fecha en que esto se escribe, ya ella pasó al seno de Dios. La 1a. sub jefe tenía el nombramiento de coronel y, la 2a., de teniente coronel. Las escuadras estaban comandadas por una teniente con sus cuadros de sargentos y cabos.

Las jefes de las tres compañías de las brigadas femeninas de Colima fueron: Josefina Arreguín, quien tenía como sub jefe a Emilia Gómez, en la primera; Adela López, con Genoveva Sánchez, en la segunda, y Ma. Mercedes Santillán con M. Trinidad Preciado como sub jefe, en la tercera.

Y este ejército de mujeres, casi todas jovencitas, estuvo a la altura del heroísmo en multitud de ocasiones. Con abnegación, alegría y santo empeño, sin medir fatigas, ni peligros, tomaron a cuestas el cargo de proveer al Ejército de los Cruzados de Cristo, de todo lo que era necesario: armas, parque, ropa, medicinas. Más aún, ellas mismas se daban sus artes para llevarlo al campo cristero cuando no había comisionados para ello. Forradas con chalecos dobles de manta que las cubrían desde el pecho hasta las piernas, llevaban en ellos, entre tela y tela de aquel su corsé o chaleco, una cantidad enorme de cartuchos que fuera de esos corsés, en alguna bolsa, por ejemplo, era difícil sostener por el peso de ellos. Y así caminaban en trenes y tranvías y aun a pie.

Y descubiertas más de alguna ocasión, fueron torturadas, sin que

el dolor del tormento jamás les hiciese descubrir nada, ni de su organización, ni de sus compañeros, ni de las personas que mediante ellas cooperaban en la cruzada cristera, con dinero, ropa u otros menesteres.

Y lo triste fue que casi siempre, en las denuncias o en las torturas, allá en Guadalajara, Jal., se encontraba en primera línea alguno de los muchachos estudiantes de Colima que era el que, conociendo a las muchachas de su tierra, para hacer méritos en su escuela y en favor de su recepción, o la había entregado o se mezclaba con los verdugos para herirla con el sarcasmo y la injuria.

Y el que esto escribe da testimonio formal de que todo este ejército de mujeres estuvo siempre, sin excepción ninguna, sin excepción ninguna en verdad, a la altura del deber cristiano en cuanto a pureza de vida. Jamás una vulgaridad, menos aún alguna mancha moral que tan fácilmente se hubiese explicado en las circunstancias en que ellas trabajaban, mezclándose entre los soldados callistas para comprarles pertrechos de guerra. Siempre dignas, rectas, limpias, alegres y heroicas. Causa indignación el leer a novelistas que, por ser novelistas, llevados de su fantasía y del ordinario acontecer de los hechos, inventan amoríos en alguna de las protagonistas de sus cuentos. Entre éstos, el autor de *La Virgen de los Cristeros.* Esos novelistas, fantaseando, cayeron en un grande error y queriendo servir a la causa cristera la denigran.

Aparte de estas jóvenes heroínas, hubo otras, tan abnegadas y heroicas como ellas, que no se agruparon en la brigada femenina, pero a quienes la causa de los cruzados de Cristo Rey es también deudora de gratitud. Y todas estas intrépidas mujeres que se alistaron para desempeñar en el movimiento cristero comisiones tan peligrosas, pertenecían, desde antes que estallase el conflicto, a la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, y a esa Institución benemérita las mujeres de las brigadas femeninas de Colima siempre permanecieron adictas y fidelísimas, sin que jamás hubiese habido siquiera un asomo de cisma o defección.

Al frente de todas estas actividades y con el carácter de jefe civil en el Estado, quedó un joven distinguido, Virginio García Cisneros, miembro que había sido de la A. C. J. M. quien, bajo el seudónimo de Juan Gómez Moreno, trabajó por la santa causa de Cristo Rey, hasta el final, con heroica abnegación y constancia.

A este joven revistió el Gral. Ochoa de amplias facultades para que, como representante de la Jefatura Militar cristera, pudiese, en la ciudad de Colima, arreglar y tratar todo aquello que fuese menester.

Como sub jefe, fue nombrado Urbano Rocha Fuentes, muchacho acejotaemero y, como auxiliares, José García Cisneros, Manuel Hernández y Luis Gallardo, jóvenes igualmente acejotaemeros; los dos últimos, además, alumnos del seminario.

Todos ellos trabajaron con verdadero empeño y se expusieron mucho en multitud de comisiones peligrosas que muchas veces realizaban ellos solos y otras muchas ayudando a las mujeres de las brigadas. También, entre ellos, estuvo don Luis Gallardo, el papá de Luis Gallardo, el joven de la A. C. J. M.

Urbano Rocha Fuentes, como se verá al finalizar la historia, en el capítulo la *Cuerda de los Mártires,* fue deportado a las Islas Marías, y Manuel Hernández fusilado en el Jardín de la Independencia, teniendo como paredón el muro de la Santa Iglesia Catedral, el 25 de julio de 1928.

Capítulo IV

ORGANIZACION MILITAR DE LOS GRUPOS CRISTEROS

REVISTA MILITAR A LOS GRUPOS

En estas circunstancias el Gral. Ochoa, con el fin de dar cumplimiento a las instrucciones recibidas, de organizar las fuerzas libertadoras conforme a la ordenanza militar, organizó una gira y visitó todos los diversos núcleos de la zona del Volcán y Cerro Grande; y mientras él pasaba revista, daba instrucciones y concedía grados militares, celebrábales el Padre capellán por su parte, una significativa fiesta religiosa, en que se les instruía en sus deberes, se les excitaba a ser dignos soldados de Cristo, a que su conducta correspondiera a su sublime misión; se les alentaba y aconsejaba, y recibían todos los Santos Sacramentos de la Confesión y Comunión. Aquéllos eran verdaderos días de misión. Siempre concedió Dios un muy buen éxito en estas visitas: todos quedaban llenos de entusiasmo, con nuevos bríos y resueltos, no sólo a ser valientes como soldados, sino correctos y buenos, como que por Cristo luchaban.

LOS TRES REGIMIENTOS CRISTEROS

Quedaron entonces, como fruto de esta gira, formados tres regimientos, los cuales, aunque es verdad que no tenían el número de soldados requerido por la ordenanza, sí había probabilidad de que

pronto estuviesen integrados debidamente: eran regimientos en formación. Sus jefes fueron: Filiberto Calvario en el Volcán (región de Caucentla, Mesa de la Yerbabuena, Monte Grande y Cedillo). A este libertador se concedió, por aquellos días, grado de mayor, a reserva de ascenderle cuando su regimiento quedase mejor organizado. Bajo su dependencia quedaron, como jefes de sus respectivos escuadrones, los capitanes primeros Andrés Navarro, Ramón Cruz y Plutarco Ramírez.

En esa misma región del Volcán, pero un poco más hacia la parte sur, en la región del Naranjal, Potrerillos y Chiapa, se formó otro regimiento que se puso a cargo de Andrés Salazar, y se dio a éste el grado de coronel. Como segundo suyo, con el grado de mayor, quedó el Sr. Fernando Orozco. También, por lo pronto, tuvo únicamente tres escuadrones, los cuales estuvieron respectivamente a cargo de los capitanes Félix Ramírez, Ignacio Barajas y Leocadio Llerenas.

En la parte más baja de esta región y en las cercanías de la ciudad de Colima, según se ha visto, estaba Marcos V. Torres, el celebérrimo *Marquitos,* a quien por el momento, se dio grado de capitán; pero independiente del coronel Salazar y del mayor Calvario; pues el Gral. Ochoa había pensado nombrarlo coronel y con sus soldados, formar una escolta de la jefatura.

Como jefe del regimiento de Cerro Grande, se nombró a Candelario Cisneros, joven de la A. C. J. M., de mucho entusiasmo y conducta muy íntegra, a quien se dio el grado de mayor. En Cerro grande había dos grupos principales, el de Minatitlán y el de Cañón de Juluapan. Fue esta región en donde más se trabajó por hacer reinar las costumbres cristianas, según se ha dicho, porque poca o ninguna formación religiosa tenían aquellos hombres. Sin embargo, como valientes eran número uno en las fuerzas de Colima, principalmente cuando a su frente estuvo el coronel cristero Antonio C. Vargas.

El capitán de los cristeros del Cañón fue Martín Guzmán, indígena de mucho valor y recta intención. Este murió poco después, en un encuentro con los enemigos, y por ese motivo, durante al-

gunas semanas, los cristeros que de él dependían desfallecieron un poco en su entusiasmo y desmerecieron en su organización.

En estos trabajos se pasaron los meses de septiembre y octubre. Faltaba aún por visitar la zona del Naranjo; mas esto se dejó para último lugar, tanto por la distancia, como por atender a otras ocupaciones urgentes que reclamaban la atención inmediata del Gral. Ochoa.

LA FIESTA RELIGIOSA EN EL CAMPAMENTO DE EL CEDILLO

Hubo fiestas religiosas —decíamos— en estas visitas, sobresaliendo las que se tuvieron en el Cedillo, campamento de los libertadores que comandaba el capitán Plutarco Ramírez, y en Potrerillos, lugar donde se dieron cita los del coronel Andrés Salazar.

La antevíspera del primer viernes de octubre llegó al Cedillo el Gral. Dionisio Eduardo Ochoa, acompañado de su escolta y con el Padre capellán, su hermano. Habíanse reunido de antemano todos los cristeros que operaban por aquel lugar. Se improvisó una ermita, y, al día siguiente, Jesús Sacramentado, después de la Santa Misa, quedó en el pequeño tabernáculo para recibir las adoraciones de sus soldados. El Rey vivo, el Jefe verdadero de aquellos Macabeos, no podía faltar en ocasión de aquella revista militar. El paraje estaba cubierto por un bosque espeso donde apenas entraba algún rayo aislado de sol; los mirlos y jilgueros formaban hermoso concierto en las frondas de los árboles. El altar, dentro de la ermita, estaba adornado con flores silvestres y, en derredor del Sagrario, lucían varias pequeñas lámparas en vasos de colores.

De rodillas, en grupos de quince o veinte, se estuvieron turnando los cruzados para desagraviar y bendecir al Rey Divino, quien no quedó un momento solo, ni de día ni de noche, y a todas horas y en todo momento, hasta el amanecer del viernes, no dejaron de resonar en la montaña los cánticos religiosos de aquellos fervientes adoradores. En la Misa de ese primer viernes, todos los cristeros allí presentes recibieron la Sagrada Comunión, que les llenó de dulcísima fortaleza.

LA FIESTA EN EL CAMPAMENTO DE POTRERILLOS

La fiesta en la ranchería de Potrerillos, fue hermosa por la cantidad de cristeros que recibieron a Jesucristo, ya que el núcleo del coronel Salazar era uno de los más numerosos. También estuvo el Divinísimo Sacramento todo el día y la noche en el pequeño tabernáculo, y en ningún instante le faltaron adoradores. La Santa Misa fue a campo descubierto: se fabricó un pequeño techo con ramas y hojas para resguardarse del sol, y allí, adornado con flores, estuvo el altar del Sacrificio. Los libertadores, cuyo número casi llegaba a doscientos cincuenta, estaban en riguroso orden y recibieron la Santa Comunión por grupos que uniformemente llegaban y se retiraban. El himno al Sagrado Corazón de Jesús resonó insistentemente aquella mañana, elevado al cielo de lo íntimo del alma y entonado así con todo el fuego de aquellos corazones varoniles:

Corazón Santo,
Tú reinarás.
México tuyo
Siempre será.

FERNANDO OROZCO

El Regimiento del coronel Andrés Salazar principió a señalarse por sus acciones militares. Instalado el campamento, como se ha visto, en las cercanías de la hacienda de Chiapa, y nombrado como segundo del coronel Salazar, el Sr. Fernando Orozco con el grado de mayor, principió éste, desde luego, a distinguirse por su rectitud y su valor. El mayor Orozco vino a suplir el vacío que dejó José Gómez con su deserción de las filas cristeras y lo suplió

con creces. Don Fernando Orozco era originario del pueblo de Comala. Con mucho entusiasmo y al frente de las tropas, activó la vida guerrera de aquellos soldados de Cristo, obteniendo desde luego algunas victorias que levantaron el ánimo de sus cristeros.

Entre éstas debe señalarse el ataque al pueblo de Suchitlán, Col., el 12 de septiembre, el cual significó un palpable resurgir; porque ya no eran los cristeros los que se mantenían solamente a la defensiva y a quienes se traía de aquí para allá, sino los que atacaban a enemigos bien parapetados y defendidos.

Después de combatir muy rudamente, durante varias horas, los callistas fueron desalojados de su posiciones, con una pérdida de 19 muertos, entre ellos su mismo jefe. De los cristeros, resultaron dos heridos, solamente.

Cuatro días más tarde salió la gendarmería de Colima a perseguir a las fuerzas de Salazar; mas afortinados los libertadores en unas cercas de piedra, resistieron victoriosamente el empuje de los enemigos, a quienes se hicieron más de quince bajas, entre muertos y heridos, no habiendo, por parte de las fuerzas cristeras, más que un muerto.

ACTIVIDAD DEL CORONEL VARGAS

También los libertadores de Cerro Grande, con mucho éxito, activaron sus esfuerzos. El coronel Antonio C. Vargas se dedicó con todo empeño a mejorar los grupos existentes de esta región a cuya cabeza se colocó personalmente durante algún tiempo y los cuales progresaron moral y materialmente. Vargas, además de valiente, era de conducta cristiana y su ejemplo sirvió sobremanera en aquella ocasión. Con el fin de dar a sus cruzados educación de laboriosidad militar y de evitarles los inconvenientes morales que el ocio y el reposo en el cuartel acarrean inevitablemente, los traía en no interrumpidas giras por la región.

Los cristeros del Cerro del Cacao, de las Higuerillas y de El Naranjo también renovaron sus actividades. Al mando del coronel Miguel Anguiano Márquez cooperaron, entre otras acciones, al sitio que el Gral. Fermín Gutiérrez puso a Coalcomán, en donde se estuvo combatiendo por varios días. También, bajo el mando del mismo Gral. Gutiérrez, fueron en una gira los cristeros del coronel Anguiano Márquez hasta Tizapán el Alto, en donde pelearon rudamente contra los agraristas de allí.

En la zona del Volcán de Colima, por algún tiempo abandonada, resurgió también la vida militar. El Gral. Ochoa puso ahí nuevamente su centro de operaciones, no precisamente en el antiguo cuartel de Caucentla, sino en lugar más acondicionado, a saber en la Mesa de la Yerbabuena.

Tres núcleos principales se establecieron en esa zona: el del capitán Andrés Navarro, nombrado jefe inmediato de los libertadores de Tonila, con soldados que habían pertenecido anteriormente a Norberto Cárdenas y al extinto J. Natividad Aguilar.

El capitán Andrés Navarro era un joven valiente del vecino pueblo de Tonila, Jal., trabajador disciplinado y leal a carta cabal. Veía a sus superiores con mucho respeto y cariño. Era de cuerpo delgado, no alto, color claro, pelo castaño, ágil, astuto y de espíritu piadoso, abnegado y sufrido: érale tan indiferente dormir bajo un árbol, en medio de la lluvia, como en lugar seco, bajo algún paredón o alguna cueva; con sus soldados era consecuente y bueno, casi más de lo conveniente, y éstos lo querían en extremo. No tuvo campamento fijo, mas generalmente se encontraba a inmediaciones del pueblo de Tonila, Jal. Todos le llamaban, cuando de él se hablaba, con el apodo de *el Pajarito*.

El segundo grupo lo comandaba el capitán Ramón Cruz, valeroso y abnegado guerrillero cuyas acciones empezaron desde el principio de la lucha, muchas de las cuales son conocidas por nuestros lectores; puso su campamento en la Mesa de la Yerbabuena.

El tercero estaba bajo el mando del capitán Plutarco Ramírez,

que estableció su cuartel en El Cedillo, a no mucha distancia del pueblo de San Jerónimo, Col.

TRES CONTRA "MARQUITOS"

En una noche de tantas entraba el Capitán cristero Marcos Torres sin compañía ninguna a la ciudad de Colima, con objeto de entrevistar a algunas personas que le ayudaban a proveerse de vestuario y elementos de guerra. En esta ocasión, entraba, no por Guadalajarita, sino por la calle de la garita llamada vulgarmente de El Salatón, porque ahí está un salate que los juaristas veneran, pues bajo su sombra —dicen— estuvo don Benito Juárez por dos o tres minutos, cuando llegaba huyendo a Colima.

Tres gendarmes callistas, cuando vieron al guerrillero cristero, lo detuvieron e intentaron registrarlo por considerarlo sospechoso. De aquí que, en un momento, se vio Marcos Torres con dos pistolas frente al pecho; mas él, con singular arrojo, sujetó las manos de los enemigos que intentaban matarlo, cogiendo fuertemente la del uno, con la derecha y la del otro con la izquierda. Las pistolas de los agresores se cruzaron y las balas de sus armas pasaron silbando a uno y otro lado.

Aquello se desarrolló en un instante; luego, abrazándose Marcos con uno de los atacantes, derribados ambos al suelo, comenzó a luchar con denodado esfuerzo, en tanto que el segundo de los callistas, soltado de la mano de nuestro héroe, le descargaba la pistola, a sólo medio metro de distancia, sin poder hacer blanco por temor de herir al compañero que con él luchaba. Entre tanto el tercer gendarme corría a pedir auxilio. Cuando después de haber estado luchando en el suelo, rendidos ambos de cansancio, el gendarme logró soltarse, éste, sin su arma, que había tirado en la lucha, en unión de su compañero emprendió la huída. También Marcos escapó luego, temeroso de que más elementos, de la policía o del ejército, viniesen a querer capturarlo. Aquella noche salvó Dios milagrosamente a su heroico cristero.

Cubierto de tierra, despedazada la ropa y bañado en sangre por un golpe que recibió en la cabeza, llegó Marcos Torres esa noche al lugar en donde lo esperaban sus compañeros de hazañas, quienes, como de ordinario, habían acampado a corta distancia de la ciudad.

Capítulo V

MAS SANGRE SACERDOTAL: EL PADRE DON GUMERSINDO SEDANO. MAS SANGRE JUVENIL: MARTIN ZAMORA Y SALVADOR VIZCAINO

El día 7 de septiembre el Padre don Gumersindo Sedano, Capellán del Grupo Libertador de la región de Tuxpan y Tamazula, de quien en la sección segunda de esta obra se habló, se encontraba en Ciudad Guzmán, Jal., a donde había entrado con el fin de proveerse de cosas que le eran necesarias y de atender algunos asuntos. Oculto en una casa amiga se encontraba en unión de cinco cristeros pertenecientes al grupo a que él prestaba, tan heroica y caritativamente, sus servicios sacerdotales.

Como se ha visto por nuestros lectores en páginas anteriores, propiamente por esos días, había estado allí en Ciudad Guzmán, Jal., proveniente de sus campamentos del Volcán de Colima, el general Dionisio Eduardo Ochoa acompañado de algunos soldados de su escolta, con el fin de entrevistarse con Javier Heredia, el Jefe Representante del Comité Especial de Guerra de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Esa llegada del jefe cristero Ochoa había sido conocida por los callistas y había habido serio movimiento militar de ellos y, en patrullas, se estuvo recorriendo la ciudad, registrando los lugares que creían sospechosos.

El general Dionisio Eduardo Ochoa había logrado salir el día 6 por la noche; pero el Padre Sedano, que también se encontraba allí en la ciudad, fue descubierto y denunciado.

Se dice que una mujer perversa, una anciana de corazón miserable, fue la que, después de haberse dado cuenta de la presencia del sacerdote y de los cinco libertadores, en la casa en donde se alojaban, se presentó ante los perseguidores, reclamó de ellos una gratificación mezquina, e hizo la denuncia.

HACIA LA MUERTE

Lo cierto es que a la puerta de la casa en donde el Padre Sedano estaba posado, se presentó, en la mañana del día 7 de septiembre, de manera intempestiva, un camión lleno de soldados del callismo, que descendieron con prontitud y entraron tumultuosamente en la casa, haciendo prisioneros al sacerdote y a los cinco cristeros.

Al instante que cayó en manos de los perseguidores, comprendió el Padre Sedano cuál iba a ser el fin del suceso y ya no pensó sino en prepararse a morir; contempló muy cerca la palma del martirio y su alma se llenó de júbilo indecible.

Los enemigos les obligaron a subir al camión en que ellos habían ido, para llevarlos prisioneros hasta el cuartel en donde el capitán Urbina esperaba ansioso el resultado. El Padre sacó su rosario y con él en las manos se puso a rezarlo en voz alta. De vez en cuando prorrumpía en exclamaciones y cánticos piadosos y con todo el fervor del alma y la fuerza del pecho: ¡Viva Cristo Rey!, gritaba, ¡Viva Santa María de Guadalupe! ¡Viva el Papa! Corazón Santo, Tú reinarás, México tuyo siempre será. Y mientras más los soldados trataban de hacerle callar, él más enérgico gritaba y con mayor emoción cantaba. Al pasar frente al templo parroquial, su corazón latió impulsado por un fervor más ardiente: —"San José, Patriarca mío, a quien este templo está dedicado, momentos antes de morir por Cristo, te saludo y te invoco; dentro de breves momentos te veré en el Cielo". Y dirigiéndose a los transeúntes que se agolpaban a su paso para verle, les decía en voz alta: "Soy sacerdote y voy a morir por Cristo. ¡Viva Cristo Rey! Vengan a ver cómo mueren los cristianos".

Llegaron a la estación del ferrocarril, en donde estaba instalado el cuartel. El impío capitán los esperaba en la puerta y los recibió con injurias. El sacerdote continuaba orando y prorrumpiendo en exclamaciones de fervor santo.

—¡Cállese! —le decía el militar.

—Mientras esté con vida, no dejaré de gritar —respondió el sacerdote, y, en tono de protesta, lanzó un sonoro: —¡Viva Cristo Rey!

—¡Cállese, cobarde! —le intimó de nuevo el militar, lleno de cólera.

—Los católicos no somos cobardes —replica el sacerdote con serenidad—. Y las pruebas ustedes mismos las tienen. Si éstos, al aprehendernos, no han hecho fuego, es que no tenían máuseres; facilite usted armas y tendrá una prueba de la heroicidad de los libertadores. Los cobardes son ustedes. Pueden matarnos en seguida, estamos dispuestos a morir. *¡Viva Cristo Rey!*

Temblando entonces de rabia el capitán callista sacó su pistola y disparó sobre el sacerdote, quien cayó moribundo sobre el camión mismo en que le condujeron y del cual aún no había descendido. Al caer desplomado y sentirse moribundo, ya bañado con su sangre, murmuró todavía su glorioso y triunfador *¡Viva Cristo Rey!*

Los demás fueron inmediatamente fusilados y los seis —el sacerdote Sedano y los cinco cristeros— suspendidos, unos de los postes del telégrafo, otros de las ramas de unos eucaliptos que allí existen. Para hacer el cuadro más espantoso, fueron colgados, en unión de ellos, cinco cadáveres de callistas que habían sido traídos ese día, como resultado de un combate, y éstos fueron despojados de su uniforme, para hacer aparecer a los diez como si fuesen cristeros. Así completaron los sicarios un cuadro espantoso, que hacía crispar los nervios.

Muerto ya el Padre Sedano, la soldadesca le despojó de sus zapatos y de todo cuanto pudo; después, con una soga al cuello, le arrastraron hasta el pie de uno de aquellos árboles y trataron de suspenderle; pero la rama crujió y se vino al suelo. Por segunda vez le quisieron colgar, con igual resultado. Entonces, pasando la soga por la parte superior del tronco, en el nacimiento de las primeras ramas, y dando el cadáver contra el grueso eucalipto, fue elevado un poco del suelo. Los impíos prorrumpieron en gritos, rechiflas y blasfemias y el cuerpo del mártir, cubierto de sangre y tierra, quedó a la expectación pública. En sus rodillas se fijó un papel con un letrero que decía: "Este es el cura Sedano".

MARTIN ZAMORA

El grupo del capitán cristero Marcos Torres que casi sin cuartel se dedicó a operar en torno de la ciudad de Colima, en este tiempo tenía su centro de operaciones en un lugar que se denomina El Remolino, situado entre las rancherías de El Trapiche y La Capacha. De allí salía a sus incursiones y reconocía allí después de ellas para dar un ligero descanso a sus muchachos.

Era el grupo —se ha dicho— de los benjamines; muy pocos de sus soldados pasaban de los 18 a 19 años. Con su alegría juvenil, cualquier descanso lo amenizaban poniéndose a cantar, acompañados de sus armónicas que gran parte de ellos llevaba consigo; inquietos, valientes, casi temerarios. Como lugarteniente de Marcos estaba Martín Zamora, que asumía el mando del grupo siempre que su capitán estaba ausente.

El día 9 de septiembre Marcos Torres tuvo necesidad de alejarse de sus muchachos, llevándose únicamente a 5 o 6 de ellos para escoltar al Padre Capellán que, procedente de Colima, se dirigía a los campamentos del Volcán.

El día 10, Martín Zamora, con unos doce de sus soldados, salió en gira, por el rumbo de la hacienda de la Capacha. Su capitán Marcos Torres, con los 5 o 6 que llevaba, aún no regresaba. En el campamento quedaron solamente el cabo Juan Hernández, que estaba muy enfermo de una pierna, y dos soldados más, para que lo acompañaran. Así transcurrió el día 11; pero el día 12, cerca del medio día, cuando llegaban de los campamentos del Volcán algunos

de los soldados cristeros del grupo, entre los cuales venía el cabo Lucio Borjas, principió a oírse, ahí a inmediaciones, un nutrido tiroteo: era que el grupo de Martín Zamora había sido atacado por sorpresa en su regreso y no habían tenido más que huír en desbandada, haciendo muy débil resistencia, pues las condiciones eran muy desventajosas para ellos, ya que los enemigos venían en buena caballada y ellos iban a pie y en un terreno casi plano y al descubierto, pues hay pocos árboles en ese lugar.

Rápido, cuanto más pudo, el cabo Lucio Borjas se afortinó con cuatro soldados tras las piedras de una cerca sencilla que estaba en aquel paraje, con el fin de salir a la defensa de los que venían huyendo y defender la retirada del cabo Juan Hernández que casi no podía caminar por su pierna enferma; pero la defensa fue vencida y también ellos tuvieron que huír a una barranquilla vecina, para salvar su vida.

Entre tanto, Martín Zamora caía herido sin que lo advirtieran los compañeros. En un zacatal espeso, cubierto por la maleza, murió él solo, sin que pudieran sus compañeros darle algún auxilio.

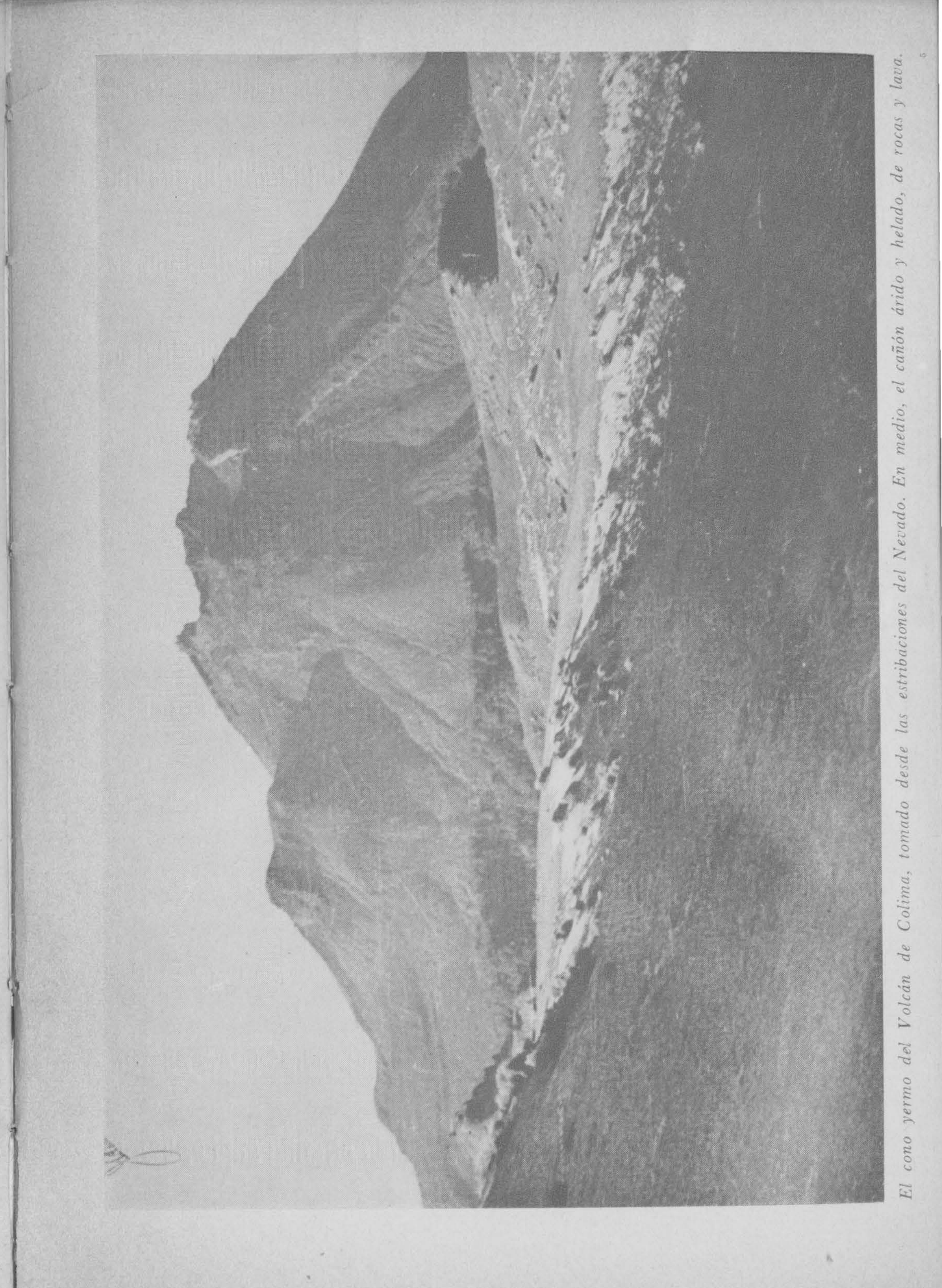
El capitán Marcos Torres, al regresar, se encontró con esa pena. El recogió el cadáver del compañero muerto y le dio sepultura.

Después de la muerte de Martín Zamora quedó como segundo del jefe Torres, el joven Pedro Radillo, muchacho ejemplarísimo en su vida de rectitud, en su compañerismo fraterno y en su valentía. Es aquel mismo de que ya se habló cuando el fusilamiento de Rafael Borjas; el que logró escapar cuando era llevado a la ejecución.

CRUELES VEJACIONES A SALVADOR VIZCAINO

Llegó el mes de octubre, pródigo también en flores purpúreas. El día 4 la escena se desarrolló en el pueblo de San Jerónimo, Col.

Tres libertadores, entre ellos el coronel Miguel Anguiano Márquez y Salvador Vizcaíno, llegaron en la noche para proveerse en una tienda de la orilla, de algunas cosas necesarias. Habían comprado ya lo que deseaban cuando fueron sorprendidos por los agra-



El cono yermo del Volcán de Colima, tomado desde las estribaciones del Nevado. En medio, el cañón árido y helado, de rocas y lava.



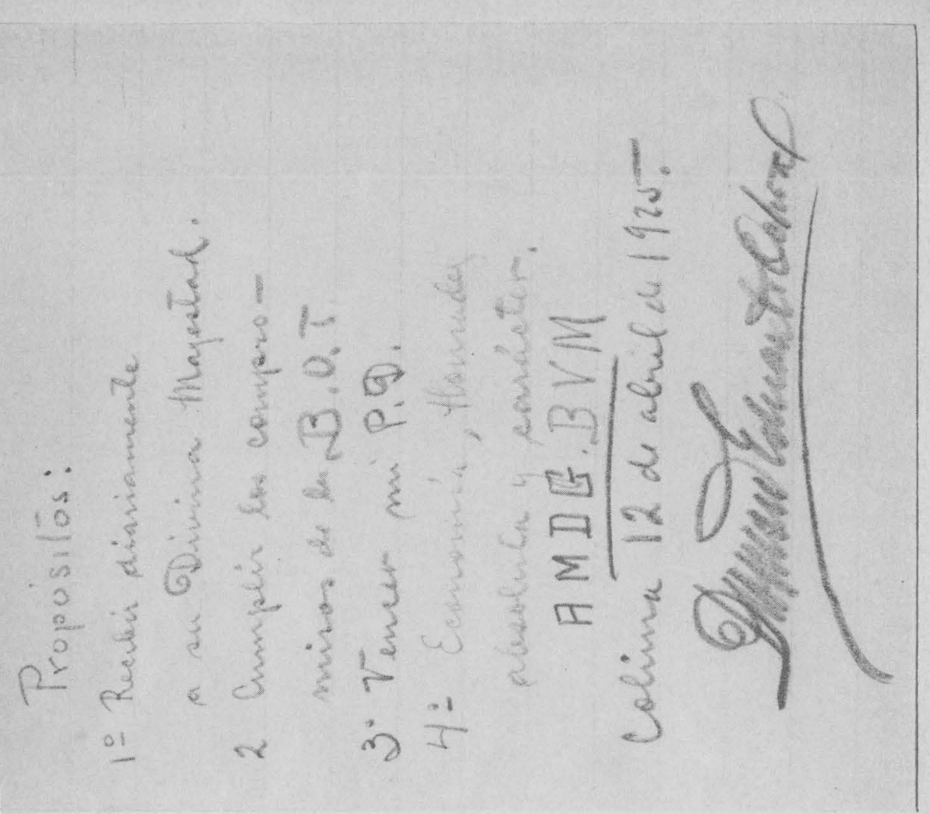
El Nevado de Colima. Foto tomada desde las faldas del cono del Volcán de Fuego. En medio, el árido cañón que pasa entre los dos volcanes.



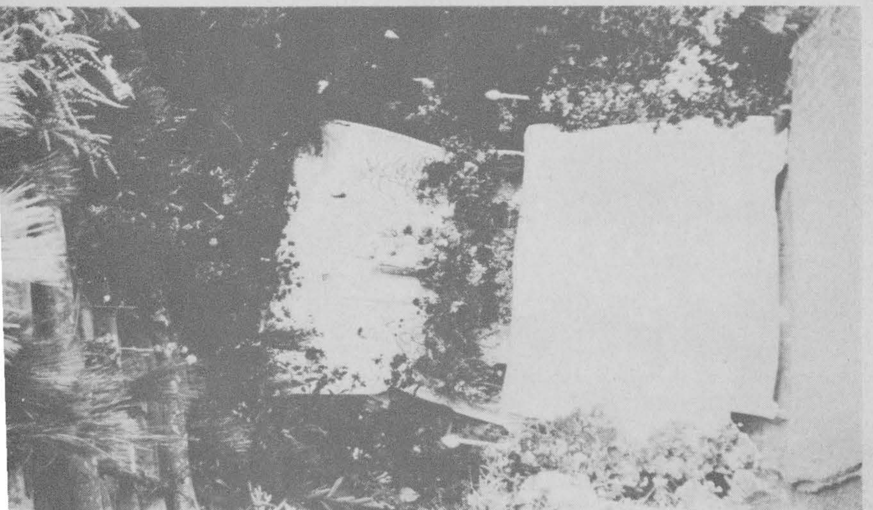
Las áridas y pedregosas playas de rocas y lava fría del cañón que divide los dos volcanes.



El P. Capellán Sr. Ochoa y algunos de los oficiales de la escolta de la Jefatura Cristera. 12 de noviembre de 1927. Campamento de La Mesa, momentos antes de la explosión.


Propósitos:
1º Recibir diariamente a su Divina Majestad.
2 Cumplir los compromisos de la B.O.T.
3º Vencer mi P.D.
4º Economía, Honradez absoluta y carácter.
AMDG. BVM
Colima 12 de abril de 1925.
Dionisio Eduardo Ochoa

Autógrafo de Dionisio Eduardo Ochoa encontrado después de su muerte. Las siglas B. O. T. se refieren a la organización secreta de la "U" a la cual perteneció. Las letras P. D. quieren decir: pasión dominante. A M D G. B V M significan: "A mayor gloria de Dios y de la beatísima Virgen María".



Altarcito improvisado en que se hizo la adoración eucarística la noche del 12 al 13 de noviembre de 1927 y frente al cual murieron horas más tarde, Dionisio Eduardo Ochoa, Antonio C. Vargas, Sarita Flores Arias, Angelita Gutiérrez y Faustina Almeida.

ristas del lugar, quienes empezaron a hacer fuego contra ellos. Batiéndose en retirada, los libertadores, a su vez, quemaron algunos cartuchos para detener el avance enemigo y poder escapar. Habían logrado salir del caserío y subían por un callejón lleno de fango en donde iban cayendo y levantando, cuando una bala, sin advertirlo los compañeros debido a la obscuridad, hirió a Salvador haciéndolo caer en el lodo.

Era Vizcaíno originario de aquel mismo lugar, joven, virtuoso y de no poca cultura; miembro de los más activos de la A.C.J.M.

Durante dos años, había sido alumno del Seminario; pero la necesidad de trabajar y algunas otras circunstancias, le habían hecho abandonar su carrera antes de que se desatase la persecución. Al regresar a su pueblo, cuando el conflicto religioso en Colima, fue uno de los apóstoles más fervorosos y, en la defensa armada, no sólo fue de los primeros que correspondieron a la actitud del general Dionisio Eduardo Ochoa, el iniciador, sino uno de sus mejores amigos y colaboradores, compañero en los trances más difíciles y cuya opinión consultaba en los problemas intrincados. Debía tener unos 22 años.

Cuando terminó el tiroteo que hemos referido, sus compañeros le esperaban, allá en un lienzo de piedra, fuera del pueblo, creyéndole sano y salvo; mas él, por el contrario, moribundo, caía en manos de los enemigos. Llenos de satisfacción y entre risotadas burlescas y dolorosos sarcasmos, le ataron una soga como si hubiese sido perro y lo arrastraron por las calles, a la vez que la campana de la torre, muda hacía tiempo, tocaba "agonía" para mayor mofa. Al oír los gritos de los agraristas y el toque inusitado del campanario, las gentes salían de sus casas y contemplaban aquella crueldad.

Unas pocas, de corazón perverso, unieron su alegría a la de los perseguidores; pero las más, heladas de espanto y angustia, con los ojos llenos de lágrimas e inmóviles por el dolor, fueron testigos de aquellas espeluznantes escenas. Salvador expiraba; su alma volaba al cielo y su cuerpo hecho pedazos seguía siendo el ludibrio de los enemigos.

Capítulo VI

LOS HORRIPILANTES DRAMAS DE EJUTLA. EL MARTIRIO DE LAS ADORATRICES. EL SANTO PARROCO AGUILAR

EJUTLA

POCOS DÍAS DESPUÉS TOCÓ al apacible pueblo de Ejutla, Jal., contemplar escenas más horribles aún.

Ejutla es un pueblo humilde colocado entre altas montañas que lo aprisionan. Eclesiásticamente pertenecía a la Diócesis de Colima, y civilmente, al Estado de Jalisco. Hoy pertenece a la Diócesis de Autlán. Sus moradores son de espíritu muy cristiano. Entre éstos y los de las rancherías que existían en las faldas del Volcán de Fuego y del Nevado, puede decirse que casi no había diferencia en cuanto a la pureza de vida, pero sí en cuanto a instrucción, pues Ejutla fue, no hace aún muchos años, el centro de cultura de la región. Hubo allí un Seminario que dio muchos y dignos sacerdotes a la Diócesis de Colima, un Colegio para niñas que era el mejor en más de setenta kilómetros a la redonda, y un convento de Adoratrices del Santísimo Sacramento, que existe aún en los tiempos actuales.

Era el jueves 27 del mismo octubre: la mañana estaba limpia, el cielo azul, el viento se agitaba frío, como presagio del cercano invierno. Contrastando con la hermosura del día, la angustia se reflejaba en los semblantes; de boca en boca circulaba la noticia de que se aproximaban los soldados callistas y todos temblaban de

zozobra. En efecto, serían las 11 de la mañana cuando se vio avanzar por el sureste una columna de federales a cargo del general callista Juan B. Izaguirre.

LA INVASION

Cuando los cristianos habitantes del lugar se cercioraron de la realidad del peligro, dejando casas y posesiones huyeron en gran parte a las montañas, para refugiarse entre las malezas, en los barrancos o en las entrañas de las cuevas.

Cuando llegaron las fuerzas callistas del general Izaguirre, ocuparon el poblado y lograron aprehender a muchos de los que huían.

Una de las primeras casas que invadió la soldadesca fue el Convento de las Adoratrices, cuya Superiora, la Reverenda Madre María de los Remedios, estaba enferma de gravedad. Para aquellas santas mujeres el atropello fue terrible: en un momento quedó su casa llena de soldados: templo, azoteas, celdas, corredores, escuela, jardines, huertas. Luego, el estruendo de los muebles que los soldados destrozaban y echaban por puertas y ventanas; los hachazos con que eran derribadas las puertas, los gritos incoherentes y las palabrotas soeces de aquellos vándalos; el ruido de las espuelas sobre tarimas y encementados; pero, en medio de todo, la Mano Omnipotente de Dios protegiendo a sus esposas de una profanación. Las religiosas estaban lívidas de angustia.

LA SALIDA DOLOROSA

Eran como las seis de la tarde cuando el general callista Izaguirre ordenó que las Adoratrices abandonaran su casa, y, en pequeños grupos, principiaron a salir. ¿A dónde irían? Sólo Dios lo sabía. Sin techos, sin alimentos, sin dinero y hasta sin abrigos. Muchas usaban el delantal a guisa de chal o bufanda. Pálidas, con el dolor pintado en el semblante, cabizbajas unas, otras con los ojos elevados al cielo, iban a donde la Providencia las llevase:

el Señor Omnipotente que las había librado del hálito emponzoñado de la soldadesca, no las abandonaría jamás. Sólo quedaron en la casa, la Superiora enferma, y algunas de las hermanas religiosas, para hacerle compañía, pero carecían de todo alimento para sí y para la venerable paciente.

SALVEMOS LA SAGRADA EUCARISTIA

Entre tanto, dos religiosas intentaron salvar el Copón del Divinísimo Sacramento, llevándolo consigo fuera de la población. Sin ser molestadas llegaron hasta la última casa, cuando ya obscurecía; pero ¡ah! los soldados del retén se encontraban allí. Trataron estos impíos de registrarlas y, cuando hubieron descubierto los vasos sagrados que llevaban aquellas fugitivas, se lanzaron sobre ellas para arrebatarlos. La religiosa que traía el copón, depositó en su chal las hostias consagradas y lo entregó vacío. La compañera se arrodilló y dijo temblando:

—Es el Dios que los ha de juzgar. *¡Viva Cristo Rey!*

Aquellos hombres, al oír a la religiosa que con su ferviente *¡Viva Cristo Rey!* hacía profesión de su fidelidad a Cristo, se pusieron furiosos y la golpearon en la cara con la culata de sus máuseres. Entre tanto, otros pusieron una soga al cuello a la otra religiosa —la que envuelta en su chal y contra su pecho defendía las sagradas hostias— y con puñal la amenazaban queriendo que las soltara.

Las agredidas no manifestaban temor.

—Pueden matarnos si gustan; pueden matarnos ustedes. No tememos la muerte.

No obstante los esfuerzos de las pobres monjas para consumir las hostias consagradas, muchas cayeron al suelo, en los movimientos de lucha tan desigual.

El sacrilegio estaba consumado. Un soldado de sentimientos más humanos, intervino para que dejasen libres a las religiosas, y éstas pudieron huír mientras los enemigos quedaban disputándose entre sí los vasos sagrados.

Tres días más tarde, pisoteadas por los caballos y por los mismos impíos, fueron recogidas por los fieles, de entre la tierra y basura del camino, algunas de las hostias consagradas, hechas ya pedazos. Otras se las había llevado el viento.

LA POBRE MADRE ENFERMA

Entretanto Sor María de los Remedios, la Superiora enferma, continuaba en su lecho rodeada de unas pocas religiosas que en torno de ella, de rodillas, estaban lívidas de espanto. Era ya de noche.

Los callistas a cada instante penetraban en la habitación de la Madre, molestando a las pobres monjas cuanto podían, insultándolas y amenazándolas soezmente.

La enferma estaba angustiadísima, no ya por el temor de la muerte, sino por sus pobres hijas, a quienes veía en medio de crueles vándalos.

Hubo un momento en que quedaron solas en la habitación y entonces, confiando en el poder de Dios, cerraron la puerta y atrancaron por dentro con cuanto pudieron. Los perseguidores se pusieron furiosos con esto, y entre gritos, insultos y amenazas, pretendían echar abajo la puerta; pero ésta resistió milagrosamente, mientras las religiosas por dentro, más que con tranca material, estaban sosteniéndola con oraciones fervientes que, de rodillas y temblando, no dejaban de elevar.

A la mañana siguiente resolvieron las religiosas sacar del convento a la enferma, pues aquella situación era insostenible y ella, con tanta angustia, se agravaba por momentos; la pusieron en un colchón, y cuando de esta manera la llevaban, los soldados del brutal general Izaguirre se dieron cuenta de ello y, a golpes con los máuseres, las hicieron soltar su carga, cayendo al suelo la atribulada Superiora.

Momentos después, cayó la enferma en estado comatoso y así, en lenta y prolongada agonía, duró hasta el primero de noviembre —la alegre fiesta de Todos los Santos— en que su alma voló

al Señor para recibir la doble y celestial corona de mártir y esposa fiel.

EL SEÑOR CURA RODRIGO AGUILAR

Una de las personas que la soldadesca de Izaguirre logró aprehender, cuando intentaban huír en la mañana del 27, fue el sacerdote don Rodrigo Aguilar, Párroco de Unión de Tula, de donde había tenido que salir huyendo el 20 de enero anterior.

Era el Padre Rodrigo Aguilar un sacerdote al par que muy ilustrado, muy piadoso. Diariamente pasaba varias horas al pie del Sagrario y suspiraba continuamente por alcanzar la palma del martirio. Muchas veces llegó a suplicar a las religiosas de Ejutla, que pidiesen a Dios le concediese morir mártir de su Religión. Dios atendió a sus deseos y le dio la gloria de sufrir y dar la vida por El.

Personas que vieron al sacerdote mártir la triste tarde de su prisión, cuando el más grande desconcierto reinaba en aquel piadoso pueblo invadido por los perseguidores, aseguraban que estaba completamente tranquilo, como si nada adverso pasase, y esto no obstante que se encontraba en medio de una turba maldiciente y soez.

A la una y minutos de la madrugada del día 28 fue llevado a la plaza central de Ejutla, para ser ahorcado. El heroico sacerdote continuaba tranquilo; casi toda la tarde y las horas que habían transcurrido de esa noche, las había pasado orando; su alma estaba levantada de la tierra y unida a Dios.

El silencio más completo reinaba y sólo lo interrumpían las voces de los callistas, que a cuantos las escuchaban hacían estremecer de pavor.

Al pie de un grueso y alto árbol de mango, que aún existe en la plaza de aquel pueblo, hicieron alto los enemigos. Las sombras de la noche envolvían el cuadro; el aire helado azotaba el rostro y mecía las frondas del árbol. Arrojaron los verdugos una cuerda

sobre una de las ramas más gruesas, hicieron una lazada y se puso al cuello del sacerdote mártir.

Un soldado, con cinismo escalofriante, queriendo poner a prueba, aún más, la fortaleza del sacerdote, le dice altaneramente.

—¿Quién vive?

—¡Cristo Rey y Santa María de Guadalupe! —contestó con voz firme.

Entonces la soga fue tirada con fuerza y el sacerdote don Rodrigo Aguilar quedó suspendido.

Se le bajó de nuevo, y con enojo y altanería se le volvió a preguntar:

—¿Quién vive?

—¡Cristo Rey y Santa María de Guadalupe! —respondió por segunda vez sin titubear.

—¿Quién vive? —se le gritó de nuevo, con soez provocación.

—¡Viva Cristo Rey y Santa María de Guadalupe! —dijo el santo Párroco, arrastrando su lengua agonizante.

Fue suspendido de nuevo y su alma, laureada con la corona del martirio, voló al cielo.

Eran como las dos de la madrugada. A esa hora —y lo aseguran personas dignas de fe— el pueblo de Ejutla fue inundado de una extraña y vaga claridad, y en el cielo, limpio entonces y sereno, apareció una luz clara y distinta que por tres veces se intensificó para luego desaparecer. De estos fenómenos fueron testigos muchos de los que habían huído y se encontraban en vigilia, presas del espanto, en las montañas que encierran el pueblo mártir, entre ellos el Padre don Emeterio C. Covarrubias que los refería.

Capítulo VII

HOLOCAUSTOS ACEPTADOS

NUEVAS DISPOSICIONES

DURANTE ESTE MISMO MES de octubre el general cristero Dionisio Eduardo Ochoa, con su carácter de Jefe de las fuerzas de la región y como representante del Control Militar, cedió el mando de los grupos de Zapotitlán y San José del Carmen, al general libertador don Jesús Degollado. Era éste un virtuoso y distinguido católico de suma abnegación, gran desinterés, de comprobada recta intención y valor. Estas fuerzas quedaron, por el momento, a cargo inmediato del señor Manuel C. Michel, el capitán de la hacienda de San Pedro, de quien ya se habló y que recibió el grado de coronel.

Después se formaron con aquellas fuerzas dos regimientos: uno, a cargo del general Bouquet, y el otro, a cargo del mismo coronel Michel. El general Bouquet organizó, con los grupos que se le dieron, su columna expedicionaria que no tuvo zona especial asignada, y el coronel Michel, con el resto, fue jefe militar de la región.

El mayor Filiberto Calvario, al frente en aquel entonces de toda la zona de Zapotitlán, Jal., cuyo mando se le había confiado desde la trágica muerte del capitán José Ortiz, no quiso separarse de la jefatura de Colima y quedó al lado de su antiguo Jefe el general Dionisio Eduardo Ochoa, quien lo puso como jefe inmediato en la región del Volcán.

Expiraba octubre cuando el general Ochoa regresó del recorrido

por sus diversos campamentos con el objeto de pasar revista a las fuerzas, y arreglar algunos otros asuntos militares. En su último viaje a Ciudad Guzmán, Jal., en los últimos días del mes, a través de las cumbres del Nevado, había traído una buena cantidad de cartuchos, y la brecha, al fin, estaba ya abierta para seguir consiguiendo elementos bélicos.

Ahora, entre los proyectos que Dionisio Eduardo Ochoa acariciaba, estaba una fiesta general que unificara más el espíritu de todos sus cristeros y les llenara de gracia y fortaleza sobrenatural. Para esto eligió el día de Cristo Rey, que cayó en ese año de 1927, el 30 de octubre. El lugar de la reunión fue el campamento de la Mesa de la Yerbabuena.

LA FIESTA DE CRISTO REY

En la parte superior de la Mesa, bajo unos grandes fresnos que forman espeso y fresco bosque, en donde cantaban sin cesar los mirlos, bandadas de canarios y otras diversas clases de pájaros silvestres formando un casi no interrumpido concierto, se levantó una pobrísima y pequeña capilla. Su techo estaba formado por pencas de maguey, a modo de tejado; por detrás y los lados estaba abrigada con delgadas varas y hojas; su frente, completamente descubierto, dejaba ver el altar colmado de flores silvestres, adornado con lámparas y ostentando a Jesús Sacramentado en un diminuto y artístico Sagrario que había sido regalado a los libertadores, precisamente en esos últimos días de octubre.

Estaban presentes, si no la totalidad de los libertadores del Volcán, sí la mayoría: Marcos Torres con los suyos, el mayor Calvario, el coronel Salazar. Y como en Zapotitlán y el Cedillo, las alabanzas no dejaron de resonar ni un momento, desde la víspera de la festividad, ante el sagrario del Divino Rey, ni de día, ni de noche.

Fue celebrada la Misa el lunes 31 muy en la madrugada, porque había precisión de salir y, a la hora de la Comunión, se acer-

ya en la alborada del cristianismo el grande Agustín había dicho: *Martyres, non poena sed causa facit.* "No es la clase de muerte, sino la Causa, la que hace a los mártires" (Epístola LXXXIX), y siglos más tarde, el doctor de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino, enseñaba que toda pena que a la muerte conduce sostenida con fortaleza cristiana por la causa de Dios, es martirio (Suma, 2, 2, Cuestión XXIV, Art. V., a 1o. 3o.). Y esto mismo de un modo más explícito, lo escribe en su libro *Cuarto de las Sentencias,* distinción 49, cuestión 5, artículo 3, en donde a la letra se lee: "Si alguno sufre la muerte por el bien común relacionado con Cristo, merecerá la aureola y será mártir, como el que defiende la república contra los enemigos que maquinan corromper la fe de Cristo y en tal defensa recibe la muerte".

Aquella humilde y viril declaración del jefe cerró la conversación y nadie dijo más sobre el asunto; pero Dios colmó los deseos de ambos interlocutores: el primero murió fusilado en la ciudad dos meses después y Ochoa pereció en la forma terrible que vamos a referir poco adelante.

Continuaron los cultos de adoración a Nuestro Señor, distribuyéndose los adoradores en turnos. A las 11 de la noche, en una solemne hora santa, fueron recibidos como miembros de la Asociación Nacional de Vasallos de Cristo Rey, el general Ochoa con los soldados de su escolta y las tres señoritas venidas de Guadalajara. Poco después de la media noche, ante el Sagrario, pronunciaron fervoroso y solemne el acto de consagración por el cual aquellos luchadores ofrendaban su vida entera en pro del reinado excelso del Corazón de Jesús: "Corazón divino de Cristo Rey, os ofrezco mi vida para que vuestra divina Realeza impere sobre México". Y Jesús, complacido, tomó la palabra de aquellos luchadores, reservándoles para pocas horas más tarde, la prueba más ardua de su fidelidad y de su amor.

Llegada la mañana comulgaron todos en la Santa Misa, que ayudó personalmente el general Dionisio Eduardo Ochoa. Después, reanudaron sus trabajos... Era el mediodía, cuando una fuerte detonación dio a conocer muy a lo lejos el desastre... ¡Las substancias explosivas se habían incendiado! Densa nube cubrió la humildísima choza y empezaron a oírse, desgarradores, los lamentos de las víctimas, que ardiendo sus ropas y temblando por el sufrimiento, mostraban sus brazos y su cara completamente ardidos.

—Nuestra última hora, ¡Padre! ¡Padre! —decían las señoritas clamando al Capellán y levantando en alto sus brazos ardidos y desnudos— ¡el perdón! ¡la absolución!

—Yo había ofrecido mi vida a Dios Nuestro Señor —fueron las primeras palabras de Dionisio Eduardo Ochoa al Sacerdote su hermano, ardiendo todavía sus ropas—, y hubiera preferido morir en manos de los enemigos —y con acento de resignación cristiana y honda tristeza que él dejó escapar con un suspiro que le salió de lo más profundo, dice:— ¡Dios así lo quiso! —y calló un instante. Luego, rehaciendo las fuerzas de su espíritu, interrogó con acento de esperanza y de consuelo:— Pero ¿también esto es morir por Cristo?

Y el Padre Capellán, el sacerdote hermano suyo, le contesta al momento con tono decidido, categórico:

—Sí, también esto es morir por Cristo.

Y queriendo el Sacerdote confirmar su aserto añade:

—¿Qué no únicamente por Cristo, por amor de El, abrazaste esta vida, dispuesto a morir cuando y como El lo determinase?

—Sí —contestó con voz humilde Dionisio Eduardo.

Pues si únicamente por Cristo abrazaste esta vida: si únicamente por El has continuado en esta lucha, por El han sido todas las penas, las hambres, los desvelos, las privaciones mil. Es también por Cristo esto que ha acontecido; también esto es morir por Cristo —dice el Padre Capellán.

Al oír Dionisio Eduardo aquella declaración, dio muestras grandes de alegría.

—¡También esto es morir por Cristo! —principió a exclamar en voz alta—. Muchachos: *¡Viva Cristo Rey!*

—*¡Viva Cristo Rey!* —contestó Antonio C. Vargas quemado al igual que él.

—*¡Viva Cristo Rey!* —decían aquellas admirables mujeres que temblaban de dolor.

Dionisio Eduardo se puso entonces a exhortar a sus compañeros de infortunio glorioso, a sufrir con grandeza de alma aquella prueba a que Cristo los sujetaba.

—Ya nos ha dado Cristo lo que habíamos anhelado, la gracia de morir por El. Ya ésta es la última prueba que nos resta.

Desde ese momento no se interrumpieron, como por espacio de una o dos horas, los "Vivas" a Cristo Rey y a la Santísima Virgen de Guadalupe. El Padre Capellán oraba por los moribundos y administró los últimos Sacramentos a las tres señoritas que con dolor desgarrador se lamentaban y los pedían.

Todas las víctimas fueron acomodadas en la humilde y estrecha capillita que les sirvió de sala de hospital, pues no había ningún otro ranchito, y en el vil suelo y sin almohada o cabecera alguna. Se vivía con mucha pobreza y se carecía de todo.

En aquellos instantes aumentó el fervor de un modo tan admirable en aquellas santas víctimas, que los dolores terribles que sufrían no alcanzaban a contenerlo.

Era casi imposible a los circunstantes soportar con serenidad aquel espectáculo: las carnes ardidas trepidaban con la intensidad del dolor. La luz de este mundo había ya desaparecido para ellos, pues habían quedado ciegos por las quemaduras; pero la luz de la fe fulguraba en sus almas, y de sus labios negros y convulsos no dejaban de brotar alabanzas a Dios.

Dionisio Eduardo Ochoa dice a Antonio, exhortándolo a sufrir con toda valentía cristiana: No nos quejemos: es la última prueba que Dios nos manda.

María de los Angeles Gutiérrez, la más joven de las señoritas,

se incorporó del suelo con energía y levantando al cielo su rostro y brazos ardidos, dice:

—Vamos cantando, muchachas, vamos cantando —y principió luego con entonada voz, seguida por sus compañeras, aquel cántico de misión—: *Al cielo, al cielo, al cielo quiero ir. Al cielo, al cielo, al cielo quiero ir.*

Dionisio Eduardo Ochoa quiso que el Padre Capellán les rezase el acto de contrición propio de los libertadores, y los cinco lo recitaron en alta y sonora voz: "No quiero ni sufrir, ni morir, sino sólo por tu Iglesia y por Ti. . . Quiero recibir la muerte como un castigo merecido por mis pecados. . ." El Gral. Ochoa pronuncia estas palabras con tal devoción y firmeza, que hace derramar lágrimas a los circunstantes.

Sarita Flores Arias, contestando al Sacerdote que los exhortaba a sufrir por Jesucristo y les hacía ver la gloria del sufrimiento, contesta, en nombre suyo y de sus dos compañeras:

—Bien conocemos, Padre, que es una muy grande gloria morir por Nuestro Señor. Nosotras no somos dignas de sufrir por El, ayúdenos a darle gracias.

Faustina Almeida, con una modestia a toda prueba, sufre en silencio tal, que parece que nada le afecta:

—Perdónenme —decía con humildad—, perdónenme, que yo fui la culpable de tanto desastre —decía esto únicamente por ser ella la comisionada para el trabajo de la fabricación de las bombas; pues las demás eran, en esa industria guerrera, sólo ayudantes y compañeras.

Antonio C. Vargas contestaba con voz que resaltaba entre todas, a todos los "Vivas" y oraciones que oía a sus compañeros.

Dionisio Eduardo, en tanto, también tendido en el suelo y moribundo, contestaba con voz clara a las oraciones litúrgicas de su hermano Sacerdote que administraba la Extrema Unción a las fervientes moribundas.

Cuando ese acto hubo terminado, al ver que no se continuaba con él administrándole los últimos Sacramentos, dice:

—¿A mí no? También a mí, hermano.

El Padre don Enrique le replica, diciéndole que no lo veía a él en estado de muerte.

—Aunque no me veas muy grave, yo sí me siento grave —responde Dionisio Eduardo, añadiendo luego con la grandeza de su alma humilde estas textuales palabras—: Es que soy muy cobarde. Yo creo que sí se me puede administrar la Extrema Unción. De todas maneras, es una bendición de Dios. ¿Me la administras?

Vencido el Padre Capellán, no replicó más y administró la Santa Unción a los dos heroicos y piadosos jefes del movimiento cristero del Volcán. Después principió a exhortarlos para que ofreciesen sus sufrimientos y su vida por el reinado de Cristo en México. Dionisio Eduardo Ochoa contestó:

—Ofréceme tú, hermano, tú lo harás mejor, yo casi no puedo; ofréceme como tú dices. Haz el ofrecimiento de mis sufrimientos y de mi vida en nombre mío.

ULTIMAS PALABRAS DEL GENERAL MORIBUNDO

El Sagrado Viático no fue posible administrárselos: ya el Sagrado Depósito había sido consumido. Sin embargo, aquella mañana habían comulgado ellos cinco. Dionisio Eduardo hacía ya varios años que comulgaba diariamente. Siempre, desde niño, había sido piadoso; pero en los últimos años su piedad se había encendido mucho más, y en su vida de cristero él comulgaba todos los días en que se celebraba la Santa Misa. Más aún, raras veces no la ayudó él, personalmente, como gloria, como gracia, como honor que él se disputaba cuando le era posible.

Cuando el general Ochoa sintió más de cerca la proximidad de su muerte, conociendo mejor que nunca la carga que por Jesucristo había tomado sobre sus espaldas, al ser jefe y sostén del movimiento libertador en el Estado, convocó a sus soldados como un buen padre a sus hijos, y les habló diciendo:

—Nosotros vamos a morir. Ustedes no vayan a desalentarse por nuestra muerte; ya Dios así lo quiso. ¡Sea por Dios! Acuérdense



Dionisio Eduardo Ochoa, su Padre Capellán Ochoa, sus 2 primeros compañeros cristeros: Antonio C. Vargas (de cachucha) y Rafael G. Sánchez (de sombrero); J. Trinidad Castro (de suéter); capitán Peregrina (zapatos y pantalón blanco); J. Refugio Soto, su asistente, a caballo. Foto tomada en el cuartel general de la Mesa de la Yerbabuena el 12 de noviembre de 1927, poco después de la Misa de Comunión general y momentos antes del siniestro. Al fondo, la capilla adornada con flores campestres aun en su exterior, en donde se había tenido la adoración nocturna y donde horas más tarde murieron las 5 víctimas.



Cuerpos carbonizados de los jefes iniciadores del movimiento: Dionisio Eduardo Ochoa y Antonio C. Vargas. 13 de noviembre de 1927.

LAS CINCO VICTIMAS DEL SINIESTRO



Angelita Gutiérrez.



Sarita Flores Arias.



General Dionisio Eduardo Ochoa.



Coronel Antonio C. Vargas.



Faustina Almeida.



Choza de pencas de maguey donde aconteció la explosión que motivó la muerte de Dionisio Eduardo Ochoa y compañeros. 12 de noviembre de 1927.



General Anguiano Márquez con su Padre Capellán y miembros de su escolta, cuando se hizo cargo de la Jefatura de Colima. Tomada frente a la capilla de El Naranjal, Col., en 5 de diciembre de 1927.

ustedes que juraron luchar hasta vencer o morir. Cuidado con desalientos por causa de nuestra muerte.

El coronel Vargas, el fiel compañero del general Ochoa, que moría muy cerca de él, cooperaba con empeño en aquella tarea.

ATROZ AGONIA

A medida que adelantaban las horas, avanzaba también la muerte a cortar la vida de los mártires.

La sed que sufrían era terrible: "tengo sed", repetían, como Cristo en su agonía; "agua, más agua" y esta exclamación era casi ininterrumpida. Este tormento de la sed duró hasta ya entrada la noche. "Agua, agua", sin interrupción.

La luz de la tarde apenas alumbraba, cuando María de los Angeles Gutiérrez, incorporándose violentamente dice: ¡Padre! ¡Padre! ¿En dónde está usted? Me muero. Réceme, Padre ¿me está ya rezando? Encomiéndeme a Dios...

Y cuatro o cinco minutos después, moría en un ataque de asfixia.

Y no había ningún medicamento para al menos calmar los dolores de aquellas víctimas. Dionisio Eduardo fue el primero que advirtió que estaban muriendo, más que de las quemaduras, de intoxicación; pues entre las sales que habían ardido, había arsénico. Pero no había ningún antídoto con qué atenderlos.

A la luz del crepúsculo, sucedió una noche llena de pesares. Alumbrados por dos pequeñas velas de parafina que ardían a los lados del altarcito, siguieron agonizando los demás. Eran las 11 de la noche cuando Faustina Almeida murió igualmente en un acceso de asfixia.

A las doce Ochoa repite con fervor, pero con voz ya entrecortada por la agonía, el acto de contrición que veinticuatro horas hacía había hecho, al recibirse como vasallo de Cristo Rey. Vargas, que tenía aún más vida que él, siguió con voz más fuerte y clara:

—Os ofrezco mis sufrimientos y trabajos de este día, para que tu divina Realeza impere sobre México...

En voz baja Dionisio Eduardo dice a su hermano el sacerdote que lo que le dolía, mucho más que las quemaduras, era el corazón.

Desde este momento el general Ochoa no hacía sino repetir, con suma frecuencia y con voz muy fuerte, que se oía a lo lejos, en medio del silencio de la noche: —¡Hágase, Señor, tu voluntad! ¡Ave María Purísima!— y suplicaba, con voz muy entrecortada, a su hermano sacerdote, que se rezase el Santo Rosario. Era, al par que su fervor filial a la Virgen, como fiel congregante mariano, el deber que a sí mismo se había marcado de que por ninguna circunstancia el Rosario de María se dejase de rezar en sus campamentos.

Eran las cuatro menos un cuarto de la mañana, cuando se consumó el sacrificio de su vida.

Sobre los altos fresnos del campamento, cuando el cuerpo fue sacado de la capilla, principiaba a brillar, anunciando el nuevo día el lucero del alba.

Tres cuartos de hora más tarde, expiró su hermano de ideales y de luchas el coronel cristero Antonio C. Vargas.

Los cuerpos de ambos jóvenes, por insinuación apremiante de J. Trinidad Castro, hermano de ambos en los ideales de la A.C.J.M., no se sepultaron luego, sino que fueron tendidos en el suelo, sobre humildes petates de tule, a la sombra de los encinos del campamento del capitán Ramón Cruz, allí mismo en la Mesa de la Yerbabuena, y ante ellos, llorosos y devotos, desfilaron los soldados libertadores; soldados que aquellos héroes habían agrupado alrededor de la Santa Bandera y a quienes ellos habían obedecido, no sólo con la sumisión del inferior a su jefe, sino con el amor del hijo a su padre.

Eran las diez de la noche, noche singularmente helada para los cuerpos y las almas, cuando los cristeros, ordenados y silenciosos, con velas encendidas en las manos y en larga caravana, conducían los restos de sus amados jefes para darles cristiana sepultura. Los sepulcros se cavaron, allí mismo, en la Mesa de la Yerbabuena, en un pequeño cementerio que sobre una pequeña colina se preparó.

Veinticuatro horas más tarde, el día 14 por la noche, principió

a agonizar Sara Flores Arias, y con gran placidez expiró en la madrugada del 15. Dos veces recibió, así moribunda, el Cuerpo de Jesús, Rey Eucarístico, en las mañanas de los días 13 y 14.

Así terminaron su vida aquellos infatigables luchadores cristianos.

Sus sepulcros fueron desde esas fechas objeto de veneración, en especial el de Dionisio Eduardo Ochoa, y sus soldados principiaron a asegurar, desde luego, haber obtenido, invocándolo, grandes favores del Cielo. Su nombre lo siguieron repitiendo con entrañable afecto y veneración.

Capítulo VIII

EL VOTO DE LOS LIBERTADORES EN "COLOMOS". LA ACCION DEL 23 y 24 DE DICIEMBRE

LA CRUZADA CONTINUA

A LA MUERTE DEL GENERAL OCHOA, quedó al frente del movimiento cristero en Colima, Rafael G. Sánchez, quien en unión de aquél había sido comisionado para que organizara el movimiento en tierras colimenses, y a quien Dionisio Eduardo Ochoa, ya agonizante, dejó encomendada la causa cristera en Colima. Sánchez, el mismo día de la muerte de los héroes, amplió su jurisdicción a Miguel Anguiano Márquez, nombrándolo jefe de todas las fuerzas colimenses.

Miguel Anguiano Márquez no estaba en el campamento cuando la muerte del jefe Ochoa; pero llegó horas más tarde, procedente de su lejana zona de El Naranjo. Desde ese día fue el sucesor del Gral. Ochoa.

A Dios gracias, no sufrió gravemente el movimiento libertador con la muerte del Jefe y de su intrépido colaborador el coronel Vargas. Tristes, pero resignados, siguieron todos trabajando con igual abnegación y entusiasmo, siempre al unísono, sin división ni discordia.

El enemigo, no obstante, activó entonces su persecución. Creyó que con la muerte del general Ochoa, el movimiento no podría sostenerse y que los primeros golpes bastarían para desorganizar definitivamente las filas de la Cruzada; pero pronto la experiencia



Aledaño de Colima. Sus volcanes.



5 de diciembre de 1927.—En El Naranjal, Col.—Grupo de Cristeros.—Se encuentran: Gral. Miguel Anguiano Márquez, coronel Andrés Salazar, coronel José Verduzco Bejarano, mayor Filiberto Calvario, capitán J. Jesús Dueñas, mayor J. Trinidad Castro, capitán J. Refugio Soto, teniente Manuel Partida y otros distinguidos libertadores.

le hizo saber que los libertadores seguían en pie y que, sobre los elementos humanos del movimiento cristero, estaba Dios, ayuda y fortaleza de sus hijos.

Entre los ataques más notables de los perseguidores en esos días, cuando apenas, con velocidad de rayo había llegado a sus oídos la noticia de la muerte del general Ochoa, estuvo el tenido en la zona de Cerro Grande, cuyo campamento principal se encontraba en la hacienda de La Palmita, Col.

COMBATE EN LA PALMITA

Seiscientos federales al mando del general Pineda atacaron las posiciones de aquellos cristeros. El combate fue largo y muy crudo; pues por una parte, las fuerzas de Calles, numerosas y bien armadas, lucharon con valentía y, por otra, los soldados de Cristo, si bien pocos, se defendieron con heroica bravura y en buenas posiciones. Al atardecer aconteció lo que con frecuencia sucedía: el parque de los cristeros se agotó y tuvieron que retirarse de sus trincheras, las cuales fueron invadidas por los federales; pero sin haber tenido aquéllos una sola baja de entre sus filas. En cambio, de los enemigos, hubo más de cincuenta muertos.

Las filas de Cristo Rey no se limitaron a defenderse; organizaron, además, algunos ataques que tuvieron mucho éxito, como el de la hacienda de Colomos el 30 de noviembre.

COMBATE DE LA HACIENDA DE COLOMOS, COL.

Y era necesario este ataque cristero a la hacienda de Colomos; pues por una parte, los agraristas se habían concentrado en este lugar, teniéndolo como centro de operaciones. De allí salían a efectuar sus incursiones por toda la zona del sur y oeste del Volcán de Fuego de Colima y al movimiento libertador cristero no convenía ese cuartel enemigo en la región de los Volcanes que ya ellos controlaban casi por completo. Había que echarlos fuera. Por otra

parte, era conveniente dar una prueba al callismo de que ellos —los cristeros— seguían en pie no obstante que Dios les había quitado al iniciador y jefe del movimiento libertador en Colima, general Dionisio Eduardo Ochoa.

Y el ataque tenía que ser efectivo y para ello necesitaban coordinación de fuerzas, unión, fe en Dios y ayuda del cielo.

Conferenciaron los jefes cristeros, coronel Salazar y mayor Filiberto Calvario, e hicieron su plan de ataque.

De esta suerte, en la madrugada del día 30 de noviembre, antes de la luz de la mañana, se presentaron en sus puestos, conforme al plan de ataque, el mayor Orozco de la gente del general Salazar, con los escuadrones de los capitanes Leocadio Llerenas, Félix Ramírez y Víctor García y el mayor Filiberto Calvario con los escuadrones de los capitanes Andrés Navarro, Plutarco Ramírez y Ramón Cruz.

Un voto se había hecho antes de la aurora cuando se preparaban para el combate: "Si Dios nos concede tomar las posiciones enemigas, desalojar de allí a los agraristas, matar al jefe de ellos y de nosotros no muere ninguno, iremos todos a rezar a la Santísima Virgen María un rosario de quince misterios sobre la tumba de nuestros mártires, esto es, de Dionisio Eduardo Ochoa y compañeros. Y, con la confianza puesta en Dios, principiaron a luchar con bizarría.

Era tenido Colomos como cuartel general de los agraristas de toda aquella región, por ser el lugar muy defendible, estar armados aquellos hombres con muy buenos rifles, y abundantemente municionados; pero sobre todo, por haber tomado muy a pecho el ser enemigos del movimiento cristero.

Aquel cuartel era considerado por sus defensores como inexpugnable. Las fincas de la hacienda y la capilla levantan sus muros, una al lado de la otra, sobre una loma de no mucha elevación, que se orienta casi de oriente a poniente. En esta última parte está la hacienda; en seguida, hacia el oriente, la capilla y, al norte de la loma, y a poca distancia, pasa el arroyo.

La finca de la hacienda, que luce un portal en derredor, había

sido circundada con cerca doble de piedra, que se apoyaba sobre las pilas tras del portal. Esta era la primera trinchera. Además, el terreno circundante había sido desmontado y limpiado en una amplia extensión, de tal suerte que tendrían que avanzar a pecho descubierto.

Pero los cruzados no vacilaron; unidas las fuerzas cristeras de Salazar y Calvario, se movilizaron la noche del veintinueve al treinta de noviembre, para sorprender al enemigo si era posible.

Cuando apareció la luz primera de la mañana principió el combate. Los agraristas por su parte, aunque sorprendidos, pero bien defendidos en sus trincheras, contestaron con arrogancia y bravura en los primeros momentos, haciendo difícil el avance de los cristeros, que siempre tuvieron necesidad de caminar pecho a tierra.

Así pasó la mañana, en medio de un nutrido tiroteo, sin que la victoria pudiese decidirse por ninguna parte; porque atacar a campo raso y descubierto, para sacar al enemigo de sus fortines, era cosa poco menos que imposible, y más aún el pretender salir ilesos de aquel ataque; pero los cristeros no desistían y seguían peleando con todo arrojo.

Al medio día ya estaban desalojados los agraristas de las primeras y segundas trincheras, y se parapetaron en la misma finca.

Sin embargo, los libertadores presionaban con tal energía, que al caer la tarde ya estaban desalojados los agraristas de sus posiciones de la hacienda y se habían visto precisados a parapetarse en la capilla, en donde, además, se habían concentrado sus familias. Desde este momento, todos los fuegos de los cristeros buscaron y batieron aquel objetivo. Los agraristas, rodeados materialmente por los cruzados, se dieron cuenta de que esta vez la cosa iba muy en serio. Pero era gente fogosa y se decidieron a disputarse la victoria.

Quienes más gritos lanzaban eran las mujeres, sobre todo la del jefe agrarista Ignacio Torres, alentando, animando, excitando a los hombres agraristas a luchar fuertemente y a no capitular.

Pero no obstante todo, ellos iban siendo vencidos cada vez más.

A la media noche los agraristas pidieron, no sin las protestas airadas de la mujer de Ignacio Torres, que se terminara el fuego; que estaban dispuestos a entregar las armas, pero que se les permitiera a las familias salir a beber agua, porque se estaban muriendo de sed. Los cristeros, creyendo de buena fe lo pedido por los agraristas, lo concedieron. De esta suerte, vestidos de mujeres, escaparon muchos por el arroyo a donde fingieron ir a tomar agua.

Los cristeros sólo tuvieron un herido. En cuanto a los agraristas, unos murieron en la lucha, otros, como se ha dicho, huyeron disfrazados de mujer, amparados en las sombras de la noche. El jefe Ignacio Torres, su esposa, que durante el combate se mostró enemiga acérrima del movimiento cristero, y que tomó parte en la defensa disparando su rifle y otros que cayeron prisioneros, fueron sujetados a juicio sumario y pasados por las armas. Se les recogieron doce rifles y abundante cantidad de cartuchos.

De parte de los cristeros, ni siquiera un muerto. El voto al cielo había sido aceptado. Después cumplieron lo prometido.

Es del todo falso lo que un articulista colimense escribía en su periódico en este último lustro, afirmando que al posesionarse los cristeros de la finca de Colomos, las mujeres fueron violadas por los atacantes victoriosos. Ese articulista estuvo mal informado. Como vimos en el capítulo *Manuel Facio y sus muchachos* de la I sección de esta II parte de la obra, estos delitos estaban severamente vedados. Manuel, no obstante sus relevantes méritos como guerrillero cristero y el cariño que por valiente y leal le tenía su jefe Dionisio Eduardo Ochoa, a duras penas fue absuelto, gracias a que pudo comprobarse que no había cometido ningún atropello.

En cambio, en tiempos del mismo Dionisio Eduardo, fue pasado por las armas un jefe de grupo por irregularidades graves que había cometido y, más tarde, en Cofradía de Juluapan, fueron fusilados un teniente cristero y su asistente porque allanaron un hogar y se apoderaron de una mujer que fue violada. Este teniente cristero pertenecía al escuadrón del capitán Joaquín Guerrero, el cual intercedió cuanto pudo por él para salvarlo, y lo lloró como se llora la

muerte de un buen amigo y hermano. Las leyes eran duras; pero eran leyes que se habían jurado cumplir y que supieron guardarse.

GIRA DEL GENERAL ANGUIANO MARQUEZ

Durante este mes de diciembre el Gral. Anguiano, nuevo jefe de las fuerzas libertadoras colimenses, pasó a la región de El Naranjo y Vallecito de Cristo Rey en cerro de Las Higuerillas, a visitar aquellos grupos, pasar revista y dar algunas instrucciones y órdenes personales, completando así la obra que había quedado cortada con la muerte del Gral. Dionisio Eduardo Ochoa; mas antes de partir, apenas descansando un poco los soldados libertadores del rudo combate de la hacienda de Colomos, Col., quiso el Gral. Miguel Anguiano Márquez hacer una concentración militar de las fuerzas de los campamentos del Volcán, la cual tuvo verificativo en la tarde del día 3 en Lo de Clemente, aquel mismo lugar de las faldas del sur del Volcán en donde el 31 de enero, cuando la vida bélica se iniciaba, fueron nuestros novatos cristeros atacados por vez primera por las fuerzas militares de la plaza de Colima, al mando del Gral. Callista Talamantes y en donde hubo el primer muerto en combate en las filas de la Cruzada de Cristo Rey, el joven Plutarco Arreguín y el primer herido, el soldado cristero Daniel Magaña, que aún vive.

El entusiasmo de aquella multitud de fogosos guerrilleros era grande. El Gral. Miguel Anguiano Márquez los exhortó a la unión, a la valentía, al sacrificio, en patética arenga militar. También el Padre capellán Don Enrique de Jesús Ochoa les habló alentándolos y encareciéndoles la conducta digna y cristiana, como correspondía a su misión de cruzados de Cristo Rey.

Para esas fechas, las muchachas de las brigadas femeninas de Guadalajara, Jal., habían mandado hacer, como regalo para los cristeros de Colima, unos fotobotones con el retrato del extinto querido jefe Dionisio Eduardo Ochoa, iniciador de la cruzada en Colima. Todos recibieron con mucho beneplácito el fotobotón de

su Gral. Ochoa difunto, cuyo recuerdo les seguía siendo muy querido.

Tampoco faltó en esta concentración el acto más importante desde el punto de visto religioso: la Santa Misa y la Comunión general de toda aquella grande multitud de cruzados de Cristo Rey. Este acto se celebró en la capilla vecina de El Naranjal, Col.

El día 5, poco antes del medio día, el Gral. Anguiano Márquez, acompañado del Padre capellán y de la escolta de la Jefatura, se despidió de aquellos soldados y emprendió el viaje rumbo a la hacienda de El Naranjo.

Esa noche durmieron en Buenavista. El día siguiente tocó al buen amigo el caporal don Ignacio González, recorrer la zona, hasta el río de El Naranjo, para reconocerla y ver si no había grupos de enemigos, fuesen escoltas de soldados de línea, fuesen agraristas.

El informe fue *sin novedad* y, en la noche de ese mismo día 6, se continuó el camino a través de los extensos llanos que hay entre la vía del ferrocarril y la hacienda de El Naranjo. La noche era diáfana. Una luna llena iluminó el camino a nuestros viajeros.

El día 7, por la noche, se estaba ya en el cerro de Las Higuerillas, en el campamento que los cruzados llamaban *Vallecito de Cristo Rey*. Allí se celebró, hermosa, la fiesta de la Inmaculada, al día siguiente.

Pasada la fiesta religiosa del día de la Inmaculada, el Padre Ochoa, con José Verduzco Bejarano y dos soldados más, partió hacia la lejana sierra del Cocoyul en donde habitaba, en una choza de la montaña, el anciano Obispo de la Diócesis, Excmo. Señor Velasco.

En la mañana del 10 fue la llegada y la visita se prolongó por algo más de una semana. Cuando el día 19 llegó el momento del regreso, con la efusión de su corazón paternal, el santo Obispo habitante de la montaña deseó al Sacerdote que partía las bendiciones de Dios:

—Yo te tendré diariamente presente en la Santa Misa para que el Señor te cuide y hagas a los soldados de Cristo Rey el mayor bien espiritual posible.

—Dios le pague, Su Excelencia.

—Mira, te voy a recomendar que en cuanto puedas, vayas en nombre mío y visites la tumba de tu hermano Dionisio y de sus compañeros, allá en la serranía del Volcán en donde los sepultaste. Ya más tarde, cuando esto sea posible, iré yo, personalmente, si Dios quiere, a visitar su sepulcro y a orar sobre él. Y la bendición de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ti y sobre los soldados de la cruzada de Cristo y permanezca eternamente, amén.

Entretanto se entrevistaban en Coalcomán, Mich., los generales cristeros Miguel Anguiano Márquez, jefe de las fuerzas de Colima, y Luis Navarro Origel, jefe de las fuerzas de Michoacán. Esta entrevista era del todo necesaria para un cambio de impresiones, combinación de planes, etc., más aún que estos elementos, los de Colima y Coalcomán, siempre marcharon de acuerdo en plena armonía y sincera, fraterna colaboración.

El día 20 ya estaban de regreso de su gira, en el campamento del Vallecito de Cristo Rey, tanto el Padre Don Enrique de Jesús Ochoa, como el Gral. Miguel Anguiano Márquez; pero al Gral. Anguiano Márquez le urgía llegar presto a su zona de Colima y se adelantó en el regreso, saliendo del campamento del *Vallecito* el día 22. El Padre permaneció allí para celebrar la Navidad con los cristeros de aquellos lugares.

Al tercer día después de Navidad —el día 27—, salió el Padre capellán para sus regiones del Volcán. Como a la una de la madrugada del día siguiente llegó a la hacienda de Buenavista. Una hora más tarde, llevando noticias sensacionales respecto a disposiciones del control militar de Occidente, con relación al del movimiento libertador colimense, llegaba el general cristero Miguel Anguiano Márquez.

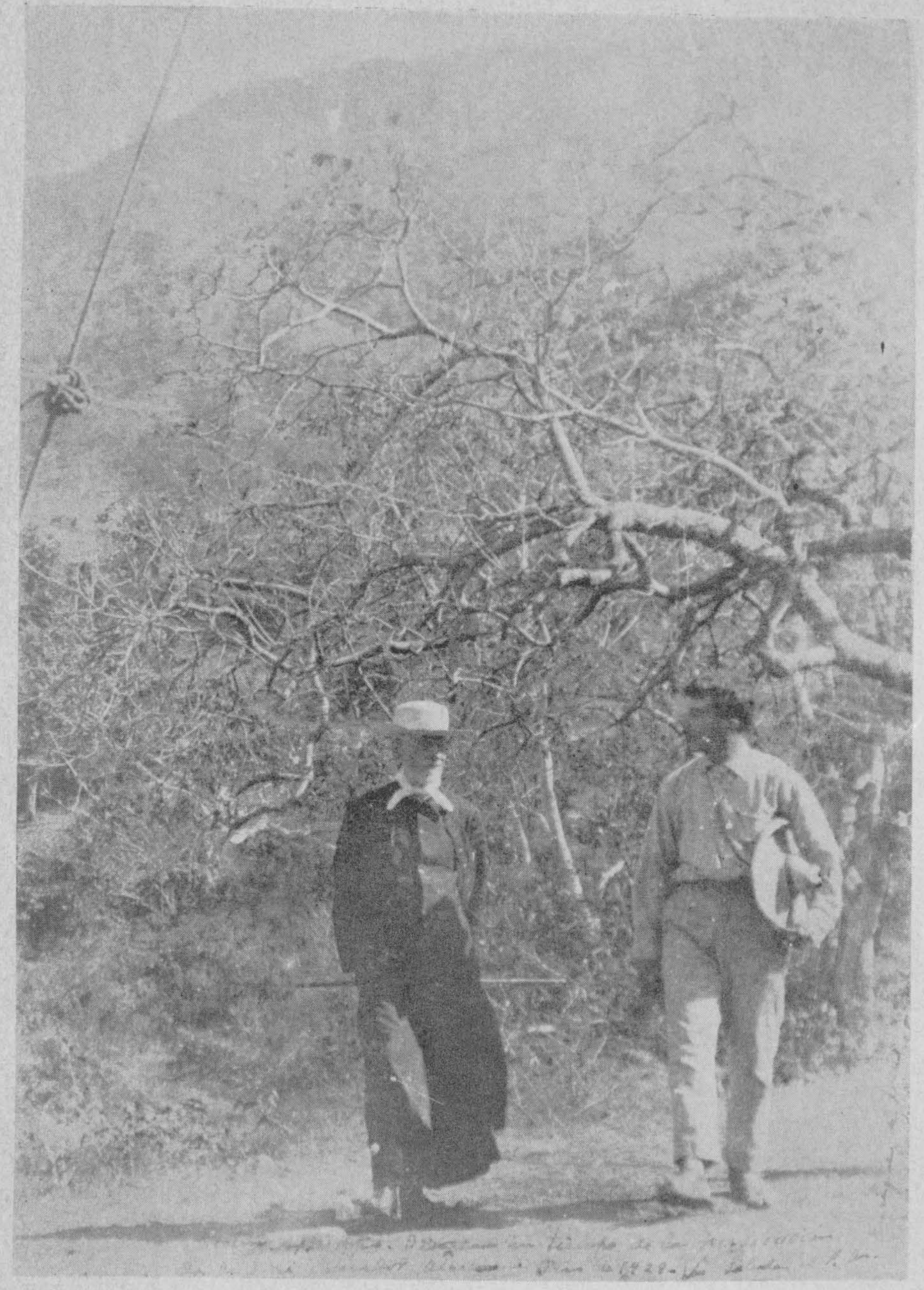
En esos días de Navidad hubo en la región del Volcán un combate muy fuerte, tal vez el de más importancia del primer año de lucha, después del de Caucentla. Las fuerzas del coronel Salazar y del mayor Calvario se encontraban amistosamente unidas para mejor operar, y acampaban en la región de Lo de Clemente, Naranjal y Los Rubios.

Era el día 23 de diciembre. Caminaban ochenta soldados de las fuerzas cristeras al mando de Salazar, por el camino que va de la Mesa de La Yerbabuena hacia Cofradía de Suchitlán; habían pasado ya el plan de La Joya y subido a los terrenos accidentados que se llaman Los Rubios, antes de Cofradía.

En estos terrenos de Los Rubios se encuentra una serie de pequeñas lomas. Por todas ellas pasa un lienzo sencillo de piedra. Al llegar la columna cristera a aquellas piedras, se dieron cuenta de que allá abajo, en sentido contrario a como ellos caminaban, venía una gruesa columna de soldados callistas. Eran los que comandaba el Gral. Pineda.

Los cristeros no rehuyeron el combate, tomaron sus posiciones y empezaron a luchar. Después de un día de rudo batallar, cuando al caer la tarde pensaban los cruzados retirarse de sus trincheras por escasez de parque, fueron auxiliados por don Justo Rivera con buena cantidad de cartuchos, con lo cual, entusiasmados en medio de grande algazara, se decidieron a seguir resistiendo al enemigo hasta que fuese necesario.

Al siguiente día, vigilia de Noche Buena, se combatió desde el amanecer sin haber un momento de descanso. Los libertadores estaban cansados, mas no abatidos ni agotados. Ya esa tarde, tanto las fuerzas callistas como las fuerzas cristeras estaban reforzadas. El Gral. callista Pineda había recibido nuevos contingentes, y también los libertadores se habían organizado y formaban un duro frente de batalla, combatiendo unidos los escuadrones del coronel cristero Salazar y los del mayor Filiberto Calvario.



Excmo. señor Obispo Velasco y el Padre don Enrique de Jesús Ochoa, cuando le visitó. Sierra del Cocoyal. Diciembre de 1927.

Al tercer día, finalmente, se hizo retroceder a los enemigos, a quienes se hicieron como setenta y cinco muertos y gran número de heridos. Por aquellas barranquillas, cerca de Los Rubios, hubo lugares en que corrió la sangre: muchos soldados callistas de los del Gral. Pineda, víctimas del pánico, se arrojaban al precipicio queriendo escapar de las manos de los cristeros vencedores. Se les quitaron máuseres y gran cantidad de parque.

De parte de los cruzados no hubo ni un muerto; pero sí seis heridos, entre los cuales estuvieron los valientes capitanes Leocadio Llerenas, Francisco Cruz y Plutarco Ramírez.